MO XIANG TONG XIU

Mo Dao Zu Shi 1

El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca

NORMA Editorial

MO XIANG TONG XIU
Mo Dao Zu Shi 1
El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca
NORMA Editorial

El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca

MO XIANG TONG XIU

Traducción: Javier Altayó

NORMA Editorial

CAPÍTULO I

Reencarnación

-¡ALBRICIAS! ¡Wei Wuxian está muerto!

El asedio a la colina de las fosas acababa de terminar. La noticia había volado a lo largo y ancho del mundo de la cultivación en cuestión de horas, propagándose aún más rápido que las llamas de la guerra que se había desatado.

Todos los cultivadores, tanto aquellos que pertenecían a clanes ilustres como los que se dedicaban a la práctica solitaria, andaban comentando aquella operación de conquista liderada por los cuatro clanes principales con el apoyo de cientos de familias más.

—¡Albricias, albricias, sí! ¿Y quién ha sido el héroe que ha matado al patriarca de Yiling?

—¿Quién va a ser? Su propio hermano cultivacional [1], Jiang Cheng, el joven líder de la secta Jiang. El ataque fue liderado por los cuatro grandes clanes: el clan Jiang de Yunmeng, el clan Jin de Lanling, el clan Lan de Gusu y el clan Nie de Qinghe. Juntos antepusieron la justicia a cualquier vínculo y arrasaron la guarida de Wei Wuxian.

—Pues hay que decirlo: dichosa sea su muerte.

Alguien arrancó a aplaudir de inmediato.

—¡Dichosa, sí! Han hecho bien. Si en su día el clan Jiang no lo hubiera acogido, Wei Ying [2] no habría llegado a nada en la vida… ¡Habría acabado sus días mendigando por plazas y mercados como un pordiosero! El anterior líder del clan Jiang lo crio como a un hijo de su sangre, ¿y él qué hizo? ¡Desertar y convertirse en enemigo de todos los cultivadores! No solo deshonró al clan Jiang, sino que estuvo a punto de causar su exterminio. ¡Solo un ingrato muerde la mano que le ha dado de comer!

—Jiang Cheng toleró sus desmanes durante demasiado tiempo. Yo, en su lugar, no me habría conformado con darle una estocada cuando desertó. ¡Lo habría liquidado del todo! Así no habría tenido ocasión de cometer tantas atrocidades… Ya sé que se criaron juntos, ¡pero uno no puede tener piedad con alguien así!

—Pues a mí me han contado otra cosa… Que la misma magia negra que Wei Wuxian practicaba se le volvió en contra y murió devorado por los mismos generales fantasma a los que comandaba. Dicen que lo destrozaron a dentelladas mientras aún estaba vivo hasta convertirlo en polvo.

—¡Ja, ja, ja, ja! El karma no perdona. Llevo mucho tiempo queriendo decir esto: sus generales eran tan despiadados como una jauría de perros rabiosos. ¡Si es verdad que al final se lo comieron, lo tuvo merecido!

—Pero, igualmente, si Jiang Cheng no hubiera tenido en cuenta el punto débil del patriarca de Yiling a la hora de acometer el asedio, quién sabe lo que habría pasado… No olvidemos lo que Wei Wuxian tenía en su poder, lo que dio muerte a más de tres mil cultivadores de renombre en una sola noche…

—¿No fueron cinco mil?

—Tres mil, cinco mil… Para el caso es lo mismo. Puede que sí fueran cinco mil.

—Menudo demente era…

—Pero antes de morir destruyó el amuleto del Tigre Estigio, al menos tiene eso en su descargo. Si no lo hubiera hecho, esa arma abominable seguiría causando estragos en el mundo y él aún cargaría con más culpa.

La mera mención de aquel objeto suscitó un brusco silencio. Todos parecían recelar de algo.

—Ah… —suspiró alguien al cabo de un rato—. El caso es que Wei Wuxian pertenecía a una familia de cultivadores muy rica y distinguida y tampoco le faltaba talento; llegó a cosechar grandes éxitos de joven, su futuro no podía ser más prometedor… ¿Cómo ha podido terminar así…?

El cambio de tema reavivó la discusión.

—Su final demuestra que un cultivador debe conducirse siempre por la senda ortodoxa. Al principio la senda demoníaca puede parecer gloriosa y tentadora. ¡Je! Pero mira adónde lo llevó…

—¡A morir despedazado [3] ! —exclamó una voz.

—No fue solo su forma de cultivar lo que lo perdió. La raíz de todo sigue siendo su pésimo carácter. ¡Wei Wuxian concitaba la ira del cielo y de los

hombres! Y, como bien es sabido que las acciones acarrean consecuencias, al final recibió su merecido…

Nadie tuvo nada que objetar. Ahora que Wei Wuxian estaba muerto, la discusión en torno a su persona había quedado zanjada. Todo el mundo coincidía en decir más o menos las mismas cosas de él y, en la rara ocasión en la que surgía alguna voz discordante, esta se silenciaba de inmediato.

Pero una idea perturbadora rondaba la cabeza de todos cual oscuro nubarrón…

Se suponía que Wei Wuxian, el patriarca de Yiling, había muerto en la colina de las fosas, pero los jirones de su alma no habían podido invocarse. Podía ser que su alma hubiera sido aniquilada por la miríada de fantasmas que devoraron su cuerpo, pero también podía ser que hubiera logrado escapar.

Lo primero sería, naturalmente, motivo de gran celebración. Sin embargo, el patriarca de Yiling poseía poderes inimaginables capaces de mover montañas y volcar los mares… o al menos eso se decía. Alguien así debía de ser capaz de resistirse a una invocación sin demasiada dificultad. Si la esencia de su espíritu regresaba y poseía un cuerpo, podría reencarnarse. En tal caso, no ya el mundo de la cultivación, sino la humanidad entera debería enfrentarse a una cruel venganza que la sumiría en un torrente de sangre y oscuridad.

Así pues, en cuanto las ciento veinte bestias de piedra que se necesitaban para sellar una montaña estuvieron colocadas en la cima de la colina de las fosas, los grandes clanes comenzaron a celebrar frecuentes rituales de invocación. También vigilaron estrechamente todos los casos de posesión e investigaron cualquier suceso extraño allá donde se produjera. La alerta era máxima.

Durante el primer año todo estuvo en calma.

También durante el segundo.

Y durante el tercero.

Pasaron trece años y todo seguía en calma.

Con el tiempo cada vez más gente empezó a creer que quizá, después de todo, Wei Wuxian no había sido tan poderoso; que su alma podía haberse

extinguido de verdad.

Al hombre que había doblegado el mundo le había llegado la hora de ser doblegado a su vez.

Nadie merecía eterna veneración. Las leyendas no eran más que leyendas.

[1] Término que designa a los discípulos de una misma secta. *(Todas las notas de este libro son del traductor).*

[2] Ying es el nombre de nacimiento de Wei Wuxian.

[3] En la China antigua toda muerte que implicara la destrucción o mutilación del cuerpo se consideraba particularmente aciaga. Despedazar a alguien hasta hacerlo polvo era un castigo exclusivamente reservado a los peores criminales.

CAPÍTULO II

El indomable

NADA MÁS ABRIR LOS OJOS, Wei Wuxian sintió que le propinaban una patada en el pecho.

—¡Deja de hacerte el fiambre! —tronó una voz en sus oídos.

El impacto estuvo a punto de hacerlo vomitar.

«Hay que ser muy temerario para atreverse a patear al patriarca de Yiling», pensó aturdido mientras yacía de espaldas en el suelo.

Había perdido la cuenta de los años que llevaba sin oír la voz de una persona viva, más aún un grito tan destemplado como aquel. La cabeza le daba vueltas, veía borroso y la voz de ganso ronco de un adolescente retumbaba en sus oídos:

—¿Te has parado a pensar de quién es esta choza en la que vives? ¿Y el arroz que comes? ¿Y el dinero que gastas? ¿Qué importa si te cojo un par de cosillas? ¡No me llevo nada que no sea mío!

En ese momento empezaron a oírse golpes y estrépito por todas partes: estanterías volcándose, objetos estrellándose contra el suelo… Al cabo de un rato, conforme Wei Wuxian empezó a ver con más claridad, distinguió un techo gris seguido de un rostro furibundo que le escupía desde arriba al gritarle.

—¡Ahora vas y cuentas esto también! ¿Crees que me da miedo? ¿De verdad piensas que alguien en esta casa va a ponerse de tu lado?

Dos hombres corpulentos con aspecto de sirvientes se acercaron corriendo.

—¡Ya está todo destrozado, señor!

—¿Tan rápido?

—Apenas había nada en este cuchitril.

El chico de la voz de ganso sonrió satisfecho. Luego se volvió hacia Wei Wuxian y, señalándolo con tanto ímpetu como si quisiera hacerle un agujero en la frente, le dijo:

—¡Para irte de la lengua eres muy valiente! ¿Ahora te haces el muerto?

¡Ahórrate la farsa, tu basura no le importa a nadie! ¡Trastos viejos y papeles raídos! ¡Si acaso, te he ayudado a limpiar! ¡A ver qué te inventas luego para acusarme! ¿Te crees muy superior por haber pasado un par de años entre cultivadores? ¡Si al final te echaron como a un perro!

«No estoy fingiendo, llevaba muchos años muerto de verdad», pensó Wei Wuxian, aún entre la muerte y la vida.

¿Quién era aquel chico?

¿Dónde estaban?

¿Y cuándo había poseído él aquel cuerpo?

Ahora que lo había pateado y le había puesto la casa patas arriba, el chico de la voz de ganso parecía haber descargado su ira lo suficiente. Seguido de sus dos sirvientes, desfiló hacia la puerta con aire de suficiencia y salió dando un sonoro portazo. Luego se lo oyó gritar:

—¡Vigiladlo! ¡No queremos que salga a hacer de las suyas y lo vean!

Los sirvientes que estaban con él al otro lado de la puerta asintieron al unísono. Cuando se fueron, se hizo el silencio tanto dentro como fuera de la casa. Wei Wuxian trató de sentarse, pero sus extremidades no lo obedecían, así que no tuvo más remedio que seguir tumbado. Aún con la cabeza dándole vueltas, consiguió volverse lo suficiente como para observar aquel entorno desconocido y el desorden del suelo.

A su lado había un espejo de bronce. Cuando lo recogió y se miró en él, vio una cara espantosamente blanca con dos grandes manchas rojas en las mejillas. Solo le faltaba sacar la lengua para terminar de parecer un fantasma degollado.

Abrumado por aquella visión, volvió a dejar el espejo en el suelo. Luego se tocó la cara y la mano se le quedó cubierta de polvo blanco.

Afortunadamente, aquella no era la apariencia natural de su nuevo cuerpo, solo un despropósito fruto de las inclinaciones del anterior dueño, un hombre hecho y derecho al que le gustaba maquillarse… pero al que se le daba de pena.

El sobresalto le devolvió algo de energía, así que por fin pudo incorporarse. Fue entonces cuando advirtió que estaba sentado sobre un círculo de invocación. Era de color rojo y tenía forma irregular, debían de

haberlo dibujado a mano con sangre. Aún no se había secado del todo y despedía un fuerte olor metálico. Contenía varios conjuros garabateados. Aunque los había emborronado un poco con el cuerpo, las formas y los caracteres que aún se podían reconocer irradiaban una inquietante malignidad. Para alguien como Wei Wuxian, apodado durante años «supremo señor del mal», «gran maestro de la cultivación demoníaca» y más cosas por el estilo, fue fácil reconocer a primera vista que aquello no era nada bueno.

Él no había poseído aquel cuerpo. ¡Se lo habían ofrendado!

Las ofrendaciones eran, en esencia, un tipo de maldición. La persona que la lanzaba tenía que hacerse varios cortes en el cuerpo con un arma afilada, usar la sangre para trazar un círculo y escribir una serie de conjuros en su interior. Después, sentada en el centro del círculo, invocaba al fantasma avieso más infame y vil posible y le pedía que tomara posesión de su cuerpo y la ayudara a cumplir un deseo. El precio era la pérdida de su cuerpo mortal en beneficio del espíritu maligno y la destrucción de su alma.

Así pues, una ofrendación era lo contrario de una posesión.

Las dos eran artes prohibidas con muy mala fama, pero la primera resultaba mucho menos popular que la segunda: al fin y al cabo, pocas personas deseaban algo con tanta intensidad como para estar dispuestas a sacrificar todo cuanto tenían. Por eso, después de siglos sin usarse, la técnica había caído prácticamente en el olvido. Los libros apenas recogían un puñado de casos respaldados por pruebas fiables. Todos habían sido venganzas y todos los espíritus malignos invocados habían cumplido el deseo de su invocador de forma cruel y sanguinaria.

Wei Wuxian estaba indignado.

¿Desde cuándo lo categorizaban como un «fantasma avieso, infame y vil»?

Si bien era cierto que su reputación había sido bastante mala y había sufrido una muerte cruel, después no había hecho ni una sola travesura, ni por diversión ni por venganza. Estaba en condiciones de jurar que no había hecho de un solo [illegible] más afable y pacífico que él.

El problema era que las ofrendaciones se regían por la [illegible] del

invocador. Por mucho que le disgustara, él ya estaba dentro de aquel cuerpo, lo cual era un reconocimiento tácito de que las partes habían establecido un contrato: o cumplía el deseo de su invocador o la maldición recaería sobre él, destruiría la esencia de su espíritu y ya nunca más podría reencarnarse.

Se aflojó el fajín y levantó los brazos para echarles un vistazo. Como era de esperar, tenía varios cortes entrecruzados que debían de proceder de un arma afilada. Ya no sangraban, pero sabía que aquellas no eran heridas corrientes: solo sanarían si cumplía el deseo del dueño original de aquel cuerpo. Cuanto más tardara, más empeorarían y, en caso de que el plazo de cumplimiento venciera, tanto su alma como el cuerpo que había recibido serían aniquilados.

Tras comprobar varias veces que no había ningún error y gritar «¡esto es ridículo!» otras tantas, se apoyó en la pared y se puso por fin de pie.

La casa era grande, pero estaba prácticamente vacía y en muy mal estado. Las sábanas de la cama debían de llevar mucho tiempo sin lavarse, porque apestaban a moho. En un rincón había una cesta de bambú, volcada momentos atrás, de la que sobresalían basura y unas cuantas bolas de papel arrugado. Wei Wuxian advirtió que tenían marcas de tinta, así que recogió una y la desenrolló. Cuando vio que estaba escrita, se apresuró a recoger las demás.

Aquellos papeles debían de ser la forma en la que el anterior propietario de aquel cuerpo había desahogado sus frustraciones en los malos momentos. Había varios pasajes confusos e incoherentes, pero la ansiedad de su autor era perfectamente palpable. Wei Wuxian leyó con atención cada página y, cuanto más leyó, más sintió que algo iba mal.

Después de un buen rato atando cabos, sacó en claro varias cosas. Para empezar, el propietario de aquel cuerpo se llamaba Mo Xuanyu y aquella casa estaba en la villa de su familia.

El abuelo materno de Mo Xuanyu había sido un hombre prominente de la zona. Su estirpe era poco numerosa y el destino no había querido darle ningún hijo varón. Tras años de intentos solo le concedió dos hijas. El nombre de la segunda no se mencionaba. Solo la primera había nacido de la esposa legítima, por eso la casaron con un hombre que se fue a vivir con

ellos [4] . La segunda hija era extraordinariamente hermosa, pero había nacido de una sirvienta, de modo que en un principio la familia había pensado casarla con quien fuera y deshacerse de ella. No imaginaban el maravilloso suceso que iba a acontecer: cuando tenía dieciséis años, el líder de un clan importante que pasaba por el lugar la vio y quedó prendado de ella. Ambos hicieron de la mansión de los Mo el escenario de sus encuentros furtivos, fruto de los cuales un año después ella dio a luz a un niño: Mo Xuanyu.

Los habitantes de la villa de los Mo solían reprobar tales asuntos, pero la gente de la época estaba fascinada por la cultivación. A ojos del común de los mortales, los cultivadores, envueltos en su aura de misticismo y nobleza, eran poco menos que elegidos de los cielos. El hecho de que el ilustre cultivador enviara de vez en cuando dinero para apoyar a su nueva rama familiar externa también ayudó a que hicieran la vista gorda.

Los Mo se sentían orgullosos y la gente los envidiaba, pero nada dura para siempre: el ilustre cultivador solo sentía apetito por la carne fresca y en menos de dos años se hartó. A partir de ese momento sus visitas fueron espaciándose y, después de que Mo Xuanyu cumpliera cuatro años, dejó de acudir.

En los años que siguieron la actitud de la gente de la villa cambió de nuevo. Volvieron otra vez la burla y el escarnio, esta vez acompañados de desdeñosa lástima. Sin embargo, la segunda hija de la familia Mo se negó a aceptar aquel destino. Estaba convencida de que el cultivador no iba a olvidarse de su hijo. Y, en efecto, así fue: cuando Mo Xuanyu cumplió catorce años, envió una gran comitiva que fue a llevárselo de forma oficial.

La segunda hija de la familia Mo volvió a llevar la cabeza bien alta. No pudo marcharse con su hijo, pero se resarció de las humillaciones sufridas proclamando con orgullo ante todo aquel que encontraba a su paso que su hijo iba a convertirse en el líder de una secta cultivacional y brindaría honor a sus antepasados. Así pues, la actitud de la gente cambió por tercera vez.

Sin embargo, antes de que Mo Xuanyu completara su formación y pudiera heredar el puesto de su padre, fue expulsado y tuvo que volver. La razón no podía ser más deshonrosa: Mo Xuanyu era un mangacortada [5] . No solo eso, sino que encima había tenido la osadía de acosar a otro miembro del

clan. Aquel escándalo, sumado al hecho de que Mo Xuanyu tenía un talento mediocre y no progresaba, dejó al clan sin motivos para retenerlo.

Su infortunio no terminó ahí. Algo más debió de pasarle, pues regresó completamente trastornado. Había ratos en los que estaba bien, pero luego había otros en los que se quedaba atontado, como si el miedo lo paralizara.

Wei Wuxian frunció el ceño al leer aquel pasaje.

Que le gustaran los hombres podía tener un pase, pero es que encima estaba chalado… Eso explicaba que llevase la cara pintarrajeada de aquella manera. También que a nadie le hubiera extrañado ver un círculo de invocación pintado en el suelo. Seguramente Mo Xuanyu podría haber embadurnado de sangre la habitación entera y a nadie le habría parecido raro. ¡Todos sabían que estaba mal de la cabeza!

Después de que Mo Xuanyu regresara a su antiguo hogar, comenzaron a lloverle burlas e insultos. Esta vez ya no había esperanza de que las cosas fueran a cambiar. Incapaz de soportar aquel revés, la segunda hija de la familia Mo murió asfixiada por la rabia que acumuló en el pecho.

Para entonces, el abuelo de Mo Xuanyu ya había muerto y quien llevaba las riendas de la familia era su primogénita. La nueva matriarca, que nunca había soportado a su hermana menor, despreciaba aún más a su bastardo. Ella también había tenido un hijo, el chico de la voz de ganso que acababa de poner patas arriba los aposentos de Mo Xuanyu. Su nombre era Mo Ziyuan. El día de la esplendorosa partida de Mo Xuanyu, la señora Mo había querido que los cultivadores se llevaran también a su hijo para entrenarlo. Al fin y al cabo, eran parientes. Sin embargo, su pretensión había sido rechazada o, mejor dicho, ignorada.

Pues claro. ¿Qué esperaba? ¿Que se llevaran a los dos por el precio de uno, como si fueran coles de oferta en el mercado?

Wei Wuxian no podía creer las ínfulas que se daba aquella familia. Por alguna extraña razón, estaban convencidos de que Mo Ziyuan tenía lo que había que tener para ser cultivador y que, de habérselo llevado a él en lugar de al fracasado de su primo, enseguida habrían reconocido su valía. Mo Ziyuan no era más que un niño cuando se llevaron a Mo Xuanyu, pero, a fuerza de inculcarle aquellas ideas absurdas, había acabado creyéndoselas, así que cada dos por tres se metía con él y lo acusaba de haberle robado la

oportunidad de su vida. Estaba tan enamorado de los talismanes, las píldoras y los pequeños artefactos espirituales que Mo Xuanyu se había traído que se los robaba y hacía lo que quería con ellos. El estado de enajenación de Mo Xuanyu no le impedía ser consciente de aquellas humillaciones. Trató de tolerar la situación, pero el comportamiento de su primo no hacía más que empeorar. Cuando ya prácticamente le había vaciado la casa, se hartó, se plantó delante de sus tíos y farfulló como pudo su queja. Ese era el motivo por el que Mo Ziyuan se había presentado para armar follón.

La letra de los papeles era tan menuda y apretada que a Wei Wuxian le dolían los ojos del esfuerzo que requería leerla.

«Menuda vida de mierda», pensó. «No me extraña que Mo Xuanyu estuviera dispuesto a ofrendar su cuerpo a un fantasma avieso a cambio de que se vengara por él».

El dolor de ojos se transformó en dolor de cabeza. Según el procedimiento habitual de las ofrendaciones, el invocador debía recitar mentalmente su deseo a la vez que trazaba el círculo. Como espíritu maligno invocado, Wei Wuxian tendría que haber oído los detalles de su petición. Sin embargo, Mo Xuanyu debía de haber aprendido la técnica de algún libro al que le faltasen páginas, pues se había saltado ese paso. Wei Wuxian podía suponer que buscaba venganza contra la familia Mo, pero ¿de qué tipo? ¿Hasta qué extremo? ¿Bastaría con recuperar las cosas que le habían robado? ¿Pegarle una paliza a toda la familia Mo?

O quizá… ¿matarlos?

¡Sí, lo más probable era que quisiese que los matara! Cualquiera que hubiera formado parte del mundo de la cultivación sabía qué términos se usaban para describir a Wei Wuxian: un hombre perturbado, un vil traicionero… la misma encarnación del mal. Mo Xuanyu no se habría atrevido a invocar a alguien con esa fama para encargarle una tontería.

Wei Wuxian suspiró con impotencia.

—Ah, pero conmigo te has equivocado…

Sintió ganas de lavarse la cara para poder contemplar el semblante que había pertenecido al antiguo dueño de su cuerpo. Sin embargo, dentro de aquella casucha no había agua de ningún tipo, ni siquiera para beber. El

único recipiente a la vista tenía más aspecto de orinal que de palangana.

Intentó abrir la puerta, pero estaba atrancada por fuera. Debían de tener miedo de que saliera a hacer chifladuras.

¡Reencarnarse no le estaba resultando nada grato!

Resignado, optó por sentarse a meditar un poco e intentar acostumbrarse a su nuevo cuerpo. Pasó así un día entero. Cuando volvió a abrir los ojos, la luz del sol se filtraba por las rendijas de la puerta y las ventanas. Aunque ya pudo levantarse y caminar, seguía sintiéndose mareado.

«Qué raro… Mo Xuanyu cultivó una fortaleza espiritual insignificante, manipular este cuerpo debería ser pan comido. ¿Por qué me cuesta tanto usarlo?».

Solo cuando oyó el ruido que le hacían las tripas comprendió que su estado no tenía nada que ver con la fortaleza espiritual: simplemente aquel cuerpo no estaba entrenado para el ayuno y tenía hambre. O se afanaba en encontrar algo de comer o corría el riesgo de pasar a la historia como el primer espíritu maligno que moría de inanición inmediatamente después de que le ofrendaran un cuerpo.

Respiró hondo y levantó una pierna. Justo cuando estaba a punto de echar la puerta abajo, oyó un ruido de pasos. Alguien pateó la puerta desde el otro lado y gritó:

—¡La comida!

A pesar de aquel anuncio, la puerta permaneció inmóvil. Wei Wuxian miró hacia abajo justo a tiempo de ver como le dejaban un pequeño cuenco en el suelo a través de una portezuela.

—¡Date prisa! ¿A qué esperas? —le gritó el sirviente que estaba fuera—. Y, cuando termines, saca el bol.

La portezuela era algo más pequeña que una trampilla para perros, de modo que no podían pasar personas, solo comida, en este caso un cuenco de arroz blanco con doble guarnición, a cuál menos apetitosa. Wei Wuxian cogió los palillos que estaban clavados en el arroz y empezó a mezclarlo todo con gesto alicaído.

El gran patriarca de Yiling había regresado al mundo para ser recibido con gritos y patadas. ¡Y su primera comida iba a consistir en sobras frías! Nadie

iba a creerlo cuando se lo contara. ¿Qué había sido de su sangriento reinado? ¿De qué habían servido tantas matanzas y masacres? Ah, pero de un dragón varado en una charca se ríen hasta las gambas; con el tigre que está fuera de su montaña se atreven hasta los perros; un fénix desplumado vale menos que un pollo.

Entonces volvió a oírse la voz del sirviente. Sin embargo, esta vez sonó tan risueña que bien podría haber pertenecido a otro hombre.

—¡Eh, Ding! Ven aquí.

—¡Tong! —le respondió una dulce voz femenina desde la distancia—. ¿Has venido a traerle la comida a ese?

Tong chasqueó la lengua.

—Pues claro. ¿Por qué iba a acercarme si no a este patio con tan mal fario?

La voz de Ding, bastante más cerca de la puerta ya, replicó:

—No te quejes tanto, que solo tienes que venir una vez al día; el resto del tiempo puedes hacer el vago sin que nadie te diga nada. En cambio, ¡mírame a mí! Tengo tanto trabajo que no puedo ni salir a dar un paseo…

—¡Oye, que hago más cosas! —protestó Tong—. ¿Y adónde ibas a ir, con tanto cadáver ambulante como hay últimamente? Todo el mundo está encerrado a cal y canto.

Wei Wuxian se acuclilló junto a la puerta y escuchó con atención mientras engullía el contenido del cuenco con ayuda de los palillos.

Parecía que las cosas andaban revueltas en la villa de los Mo. Los cadáveres ambulantes, como su nombre sugería, eran muertos vivientes con la facultad de caminar. Pertenecían a la categoría de cadáveres más baja que existía y eran bastante comunes. Tenían la mirada vidriosa, avanzaban muy lentamente y resultaban muy poco letales, pero, aun así, eran capaces de aterrorizar a la gente corriente y su pútrido olor podía hacerte vomitar.

Para Wei Wuxian, en cambio, aquellos cadáveres eran meras marionetas fáciles de controlar y muy obedientes. Oír hablar de ellos en aquel momento le resultaba casi entrañable.

Tong sonó como si estuviera arqueando las cejas con complacencia.

—Tienes que llevarme contigo cuando salgas, así podré protegerte…

—¿Tú vas a protegerme? —replicó Ding, burlona—. Anda, fanfarrón, ¿cómo vas a poder con esas criaturas?

—Si no puedo yo, no podrá nadie —protestó Tong en tono de agravio.

Ding se echó a reír.

—¿Y tú qué sabes de lo que son capaces los demás? Mira, justamente hoy ha llegado una misión de cultivadores. Dicen que son de una secta muy prominente… La señora está recibiéndolos en el salón principal, hay un montón de gente curioseando. ¿No oyes como un murmullo? Bueno, ya no pierdo más el tiempo contigo. Me voy, no sea que me necesiten para algo.

Wei Wuxian aguzó el oído. Efectivamente, se percibía un vago murmullo. Después de unos instantes de reflexión, se levantó y le pegó tal patada a la puerta que quebró el madero que la atrancaba.

Los sirvientes dicharacheros gritaron sobrecogidos al ver que la puerta se abría de golpe. Wei Wuxian tiró al suelo el cuenco y los palillos, y se aventuró al exterior. La luz del sol lo cegó. También le hizo sentir un ligero cosquilleo en la piel, así que se hizo sombra con la mano sobre los ojos y los mantuvo cerrados un momento.

Cuando Tong, que había soltado un alarido el doble de agudo que el de Ding, se recobró del susto y vio que se trataba de aquel loco con el que se metía todo el mundo, recuperó la gallardía. Sintiendo que debía recuperar la dignidad que acababa de perder, se abalanzó sobre Wei Wuxian agitando las manos como quien ahuyenta a un perro.

—¡¿Qué haces aquí fuera?! ¡Vuelve adentro, venga, venga!

Ni siquiera un mendigo o una mosca merecían aquel trato. Que los sirvientes se atrevieran a actuar con aquella impertinencia debía de significar que Mo Xuanyu se había dejado amedrentar.

Wei Wuxian derribó a Tong con una ligera patada y se rio de él.

—¿Con quién crees que te estás metiendo?

A continuación, siguiendo el murmullo, se encaminó hacia el este. Tanto el salón este como su patio exterior estaban abarrotados de gente. Nada más llegar, oyó una voz de mujer que se alzaba por encima de las demás:

—Uno de los miembros más jóvenes de nuestra familia se dedicó a la cultivación durante un tiempo…

Tenía que ser la señora Mo, tratando como siempre de vincularse con el mundo de los cultivadores. Sin esperar a que terminara de hablar, Wei Wuxian se abrió paso entre la multitud y se coló en el salón.

—¡Yo, yo, yo! ¡Aquí estoy! —gritó con entusiasmo mientras agitaba los brazos.

El asiento principal del salón estaba ocupado por una mujer de mediana edad que se conservaba bien y estaba lujosamente vestida: la señora Mo. Sentado un escalón por debajo de ella, estaba su marido, y frente a ambos un grupo de jóvenes vestidos de blanco y con espadas colgadas a la espalda. Su conversación se detuvo abruptamente al ver que un hombre de aspecto estrafalario y desaliñado aparecía entre el gentío, pero Wei Wuxian fingió no darse cuenta.

—Se refería a mí, ¿no? —prosiguió sin inmutarse—. ¡El que practicaba la cultivación! ¡Tengo que ser yo!

Llevaba tal cantidad de polvos en la cara que al sonreír se le resquebrajaban y empezaban a desprenderse. A uno de los jóvenes de blanco se le escapó un borbotón de risa, pero el chico que parecía liderar el grupo le lanzó una mirada de reprobación que le hizo recuperar la compostura al instante.

Alertado por aquel sonido, Wei Wuxian miró hacia ellos y se llevó una sorpresa mayúscula. Lo que había tomado por la exageración de una sirvienta ignorante había resultado ser cierto: aquellos eran, en efecto, discípulos de una secta muy prominente.

El porte digno de aquellos muchachos, con sus túnicas de mangas ligeras y sus cinturones de seda al viento, les confería un aire místico que era todo un regalo para la vista. Su atuendo no dejaba lugar a dudas: pertenecían al clan Lan de Gusu. Por vínculo de sangre, además, pues todos llevaban una cinta blanca con cenefa de nubes rodantes anudada a la frente.

El lema del clan Lan de Gusu era «Elegancia y rectitud» y aquella cinta simbolizaba la autodisciplina. Las nubes eran la insignia familiar. A sus cultivadores invitados o a los discípulos de otras familias a los que el clan

acogía bajo su protección solo se les permitía llevar una cinta blanca sin dibujo. A Wei Wuxian le daba dentera cada vez que veía a alguien de aquella familia. En su vida anterior solía burlarse del blanco luctuoso [6] de sus uniformes, así que estaba seguro de no errar al reconocerlos.

La señora Mo llevaba tanto tiempo sin ver a su sobrino que tardó unos instantes en reaccionar. Cuando por fin se dio cuenta de quién era aquel fantoche de la cara empolvada, se enfureció por dentro, pero, como no podía permitirse perder la compostura, se limitó a decirle por lo bajo a su esposo:

—¿Quién lo ha dejado salir? ¡Lleváoslo de aquí ahora mismo!

El hombre le respondió con una sonrisa sumisa. Luego se levantó y se fue hacia Wei Wuxian con gesto amenazador, pero este se echó al suelo y se aferró a él con pies y manos. Por más que tiraron de él, ni el esposo de la señora Mo ni los sirvientes que acudieron en su ayuda lograron moverlo. Lo habrían echado a patadas, pero se encontraban en presencia de forasteros.

Viendo que el semblante de su esposa se ensombrecía por momentos, el hombre empezó a sudar.

—¡Maldito chalado! —gritó—. ¡Retírate ahora mismo o ya verás la que te espera!

Los vecinos de la villa de los Mo sabían que un joven señor de la familia se había vuelto loco, pero Mo Xuanyu llevaba años sin salir de sus sombríos aposentos. Al ver que tanto su aspecto como sus acciones se asemejaban a los de un demonio, empezaron a cuchichear, ansiosos por ver cómo se desarrollaba aquel espectáculo.

—Si quieren que me retire, yo me retiro —dijo Wei Wuxian. Luego, señalando a Mo Ziyuan, añadió—: Pero antes ese tiene que devolverme todo lo que se ha llevado de mi cuarto.

Mo Ziyuan estaba asombrado por la osadía de aquel lunático. No se explicaba que hubiera tenido agallas de presentarse allí después de la lección que le había dado el día anterior.

—¡No digas disparates! —gritó con el rostro deformado por la ira—. ¿Cuándo me he llevado yo nada tuyo? ¡No tengo ninguna necesidad!

—¡Tienes razón! —asintió Wei Wuxian—. ¡No te lo has llevado, me lo

has robado!

La señora Mo comprendió al instante que Mo Xuanyu no se había presentado allí por casualidad. Estaba perfectamente lúcido y tenía la intención de dejarlos en evidencia.

—Has venido dispuesto a armar jaleo, ¿a que sí? —lo acusó, furiosa a la par que sorprendida.

Wei Wuxian puso cara de extrañado.

—¿Armar jaleo? ¿Pedir que me devuelvan lo robado es armar jaleo?

Antes de que su madre tuviera ocasión de responder, Mo Ziyuan levantó la pierna para patear a Wei Wuxian. Sin embargo, uno de los jóvenes de blanco movió ligeramente los dedos y Mo Ziyuan perdió el equilibrio. Su pierna pasó sin rozar a Wei Wuxian, pero este rodó por el suelo como si realmente le hubiera dado; luego se descubrió el pecho y todos pudieron ver la marca que le había quedado de la patada que Mo Ziyuan le había propinado el día antes.

La gente de la villa estaba disfrutando de lo lindo con el espectáculo y apenas podía contener el entusiasmo. Era imposible que Mo Xuanyu se hubiera hecho aquella marca a sí mismo. ¡Qué manera tan atroz de tratar a quien no dejaba de ser un miembro más de la familia! El chico no había vuelto así de loco, ellos debían de haber hecho que empeorara. Dicho esto, mientras hubiera espectáculo, a ellos les daba igual todo. Al fin y al cabo, las patadas no eran para ellos, y la trifulca resultaba aún más emocionante que la visita de los cultivadores.

La señora Mo sabía que, con tantas miradas observando, no había manera de librarse del chico por la fuerza. No tuvo más remedio que contener la rabia y tratar de calmar las aguas.

—¿Robar? ¡Qué palabra tan fea! —exclamó con fingida afectación—. Aquí todos somos familia, seguro que tu primo se ha llevado lo que fuera para verlo y ya está. Ziyuan es menor que tú, ¿tan grave es que tome prestada alguna de tus cosas? Sé un poco más generoso con él. Montar este espectáculo por algo así… ¡Ni que no fuera a devolverte las cosas!

Los cultivadores se miraron abochornados. Uno de ellos, que estaba bebiendo té, estuvo a punto de atragantarse. Como discípulos del clan Lan

de Gusu, se habían criado en un ambiente de elegancia y corrección, y probablemente nunca habían presenciado una farsa como aquella, desde luego no con aquel nivel de cinismo. Sin duda, estaba siendo un día muy enriquecedor.

Riendo para sus adentros, Wei Wuxian extendió la mano y dijo:

—Pues venga. Que me devuelva mis cosas.

Por supuesto, aquello era imposible para Mo Ziyuan a esas alturas: las cosas que no había roto las había tirado. E incluso en el caso de haber tenido algo que devolverle tampoco lo habría hecho de buena gana.

—¡Madre! —protestó, hirviendo de rabia—. ¿Vas a dejar que me insulte de esta manera?

La señora Mo lo fulminó con la mirada, dándole a entender que no debía empeorar la situación. Entonces Wei Wuxian volvió a hablar:

—En realidad, a mí lo que más me molesta no es que me robe, sino que se meta en mi cuarto de madrugada palpando a tientas… Todo el mundo sabe que me gustan los hombres. Puede que a él le dé igual, pero a mí no me conviene ser tan claro.

La señora Mo se quedó sin respiración.

—¡¿Cómo te atreves a insinuar algo así delante de todo el mundo?! —gritó luego—. ¡No tienes vergüenza! ¡Ziyuan es tu primo!

Si de formar escándalo se trataba, Wei Wuxian era un experto. En el pasado había tenido que mantener un mínimo decoro para que nadie pudiera acusarlo de no tener educación, pero, ahora que estaba en la piel de un loco, ya no tenía honor que conservar. Podía soltarse tanto como quisiera, de modo que estiró el cuello y dijo:

—¡Precisamente porque sabe que es mi primo debería haberse contenido! ¿Quién es el sinvergüenza aquí? ¡Si a ti te da igual tu reputación, al menos piensa en la mía! ¡Todavía tengo que encontrar a un buen hombre!

Mo Ziyuan rugió de rabia y levantó una silla dispuesto a lanzársela a Wei Wuxian. Este, satisfecho de ver que por fin lo había hecho explotar, se puso de pie de un salto y la silla se rompió en pedazos contra el suelo. Viendo que la cosa se ponía violenta, la multitud, que se agolpaba tanto dentro como fuera del salón este para contemplar con indisimulado deleite la

humillación de la familia Mo, empezó a dispersarse, temerosa de recibir.

Wei Wuxian se refugió detrás de los jóvenes cultivadores del clan Lan, que seguían estupefactos ante lo que estaba ocurriendo.

—¿Habéis visto? ¡Además de robarme, también me zurra! ¡Es un salvaje!

Mo Ziyuan echó a correr hacia él para pegarle, pero el líder de los cultivadores se lo impidió.

—Joven señor, cálmese… Si tienen algún problema, háblenlo sin pelear.

Al ver que el chico trataba de proteger a aquel lunático, la señora Mo se alarmó.

—Este joven es el hijo de mi hermana —intervino, forzando una sonrisa —, no está bien de la cabeza. Todos los que viven en esta villa saben cómo es y la clase de cosas que dice. Estimados cultivadores, no le hagan caso…

Antes de que terminara la frase, Wei Wuxian asomó la cabeza por detrás del cultivador.

—¿Que no me hagan caso? ¡A partir de ahora, al próximo que se atreva a robarme algo le corto un brazo!

En cuanto oyó aquello, Mo Ziyuan, que estaba siendo sujetado por su padre, volvió a estallar. Wei Wuxian se escurrió por la puerta y se marchó canturreando tan campante. Entonces el líder de los cultivadores se colocó raudo delante de la puerta y, adoptando un gesto serio, recondujo la conversación:

—Bueno, pues… como decíamos antes, esta noche trabajaremos en su patio oeste. Recuerden lo que les he dicho: en cuanto anochezca, cierren puertas y ventanas a cal y canto. No podrán salir a ningún sitio, mucho menos al patio oeste.

La señora Mo estaba temblando de la rabia, pero, como habría sido descortés apartar al joven que le impedía el paso, se limitó a responder:

—Sí… gracias, así lo haremos…

Mo Ziyuan no podía creer lo que estaba pasando.

—¡Madre! ¡Ese chiflado acaba de calumniarme delante de todo el mundo! ¿Vas a dejarlo pasar así como así? Tú misma dices siempre que es un…

—¡Cállate! —le espetó ella—. Ya hablaremos cuando estemos solos.

Para Mo Ziyuan, que no estaba acostumbrado a perder ni a ser humillado de aquel modo, la reprimenda de su madre no hizo más que encabritarlo aún más. Furioso, gritó:

—¡Esta noche me las pagarás, pirado!

Dando por concluido el espectáculo, Wei Wuxian salió por la puerta principal de la mansión y se fue a dar un paseo por la villa. Asustó a todo el que se cruzó en su camino, lo cual le pareció divertidísimo. Empezaba a encontrarle el gusto a ser un loco, también a sus pintas de fantasma degollado, así que decidió no quitarse el maquillaje.

«Me lo dejaré. De todas formas, no hay agua por aquí».

Mientras se arreglaba el pelo, se miró las muñecas. No había signos de que los cortes estuvieran curándose o desapareciendo, lo cual quería decir que para Mo Xuanyu lo que acababa de hacer no contaba como venganza.

¿De verdad tendría que matar a la familia entera?

Siendo sincero, tampoco iba a resultarle muy difícil.

Mientras pensaba esto, regresó a la mansión de los Mo. Al cruzar el patio oeste a paso ligero, vio que los discípulos del clan Lan se habían distribuido por el tejado y los aleros y estaban enfrascados en una seria discusión. Reculando cautelosamente, levantó la mirada y los observó con atención.

A pesar de que el clan Lan de Gusu había tenido un papel decisivo en el asedio a su guarida, en esa época aquellos muchachos no habían nacido aún o como mucho eran unos niños: no habían tenido nada que ver con el asunto. Wei Wuxian siguió observándolos, quería ver cómo planeaban manejar la situación. Entonces notó algo extraño.

¿Por qué le resultaban tan familiares aquellas banderas negras que colgaban de muros y tejados ondeando al viento?

Eran banderas invocadoras del mal. Unidas a una persona viva, tenían la capacidad de atraer a cada espíritu siniestro, cada alma vengativa, cada cadáver asesino y cada ser maligno que se hallara dentro de un radio determinado, los cuales atacaban a la persona. Dado que llevarlas te convertía en un objetivo, también se las conocía como banderas diana. Podían adosarse a las casas, pero dentro tenía que haber al menos una persona viva y el rango de ataque se ampliaba a todos los ocupantes. Como

el área en que se colocaban las banderas comenzaba a emanar una energía oscura que se arremolinaba como un torbellino negro, también había quien las llamaba banderas del viento negro.

Que los cultivadores hubieran dispuesto aquellas banderas en el patio oeste y hubieran prohibido a la gente acercarse solo podía significar que querían atraer a los cadáveres ambulantes hasta allí para destruirlos de un solo golpe.

La razón por la que las banderas le resultaban familiares era obvia. ¿Cómo no iba a reconocerlas si su inventor no había sido otro que él mismo? El mundo de la cultivación se había aliado para liquidarlo, pero años después seguían usando sus creaciones.

Uno de los discípulos apostados en el tejado se dio cuenta de que los estaba observando y le gritó:

—¡Márchese, por favor, este no es lugar para usted!

Quería echarlo, pero lo hacía por su bien y su tono no tenía nada que ver con el que habían empleado los sirvientes. Aprovechando que estaba desprevenido, Wei Wuxian dio un brinco y cogió una bandera.

El discípulo bajó del tejado de un salto y empezó a perseguirlo.

—¡No toque eso, que no es para usted!

—¡Me la quedo! ¡Para mí! —gritaba Wei Wuxian al tiempo que corría con el pelo alborotado y agitando las manos como un completo demente.

El cultivador lo alcanzó en apenas dos zancadas y lo agarró del brazo.

—¡Devuélvala a su sitio! ¡Mire que le pego!

Wei Wuxian se aferró a la bandera dispuesto a no dejarla ir. El líder de los jóvenes cultivadores, que andaba terminando de colocar una bandera en un alero, oyó la conmoción y descendió ligero como una pluma.

—Jingyi, cálmate —le dijo a su hermano cultivacional—. Limítate a quitarle la bandera y ya está, no hace falta que te pelees con él.

—¡No le he tocado un pelo, Sizhui! —protestó el otro—. ¡Pero míralo, está dejando la bandera hecha un guiñapo!

Mientras tanto, Wei Wuxian ya había terminado de analizar la bandera invocadora. Los hechizos estaban completos y los adornos eran los

adecuados; todo estaba impecable, funcionarían cuando se usaran. Sin embargo, era evidente que quienquiera que los hubiera pintado carecía de experiencia y solo conseguirían atraer a los seres malignos que estuvieran a menos de cinco lis [7] de distancia.

Lan Sizhui se dirigió a él con amabilidad:

—Joven señor Mo, está oscureciendo y vamos a empezar a cazar cadáveres ambulantes. Es peligroso que se quede aquí de noche, será mejor que vuelva a sus aposentos.

Wei Wuxian estudió al chico con la mirada. Era elegante y refinado, su porte era noble y una leve sonrisa le curvaba las comisuras de los labios. Se trataba, sin duda, de un tierno novicio digno de encomio. No solo había sido capaz de disponer las banderas invocadoras en perfecta formación, sino que además hacía gala de unos modales exquisitos. Wei Wuxian se preguntaba cuál de los rancios tradicionalistas del clan Lan de Gusu había conseguido formar a un discípulo así de excepcional.

Lan Sizhui empezó a decir:

—Esta bandera…

Antes de que pudiera terminar, Wei Wuxian lanzó la bandera invocadora al suelo.

—Es una birria —dijo con un mohín—, no sé a qué viene tanto jaleo. ¡Las mías son mucho mejores!

Entonces echó a correr. Los jóvenes cultivadores que observaban desde el tejado se rieron de su ridícula declaración. Lan Jingyi también se echó a reír, pero de pura frustración. Recogió la bandera del suelo y le sacudió el polvo.

—¡Menudo lunático!

—No digas eso —lo reprendió Lan Sizhui—. Venga, ven a ayudar.

Por su parte, Wei Wuxian siguió deambulando sin rumbo un tiempo más y no volvió al patio de Mo Xuanyu hasta después de que anocheciera. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y todo seguía patas arriba. Ignorando este hecho, Wei Wuxian escogió un rincón más o menos limpio del cuarto para sentarse a meditar.

Sin embargo, antes de que se le hiciera de día, una gran conmoción

proveniente del exterior lo sacó de su trance. Un clamor de pasos entremezclados con gritos y exabruptos se estaba acercando a toda velocidad. Wei Wuxian escuchó que decían:

—¡Saquémoslo de ahí aunque sea a rastras!

—¡Hay que denunciarlo a las autoridades!

—¿Denunciarlo? ¡Hay que matarlo a palos!

Abrió los ojos justo a tiempo de ver a varios sirvientes irrumpiendo en la casa. El patio entero estaba tan iluminado como si fuera de día. Alguien gritó:

—¡Llevémonos a este loco asesino al salón principal y hagámosle pagar con la vida!

Lo primero que pensó Wei Wuxian fue que las banderas invocadoras de los jóvenes cultivadores habían fallado.

El más mínimo descuido en el uso de sus creaciones podía tener consecuencias desastrosas, por eso había querido asegurarse de que las banderas estuvieran bien dibujadas. Cuando echaron mano de él para llevárselo, se dejó arrastrar sin oponer resistencia; así se ahorraba la molestia de andar.

El salón este se encontraba tan concurrido como lo había estado durante el día con la villa entera reunida. Se hallaban presentes la mayoría de los familiares y sirvientes de la mansión, algunos con la ropa de dormir y sin haberse peinado. Todos estaban consternados. La señora Mo estaba recostada en su sillón como si acabara de volver en sí tras un desmayo. Tenía los ojos humedecidos y rastros de lágrimas en las mejillas, pero, en el momento en el que hicieron entrar a Wei Wuxian, su mirada afligida se transformó en una de odio y rencor.

En el suelo frente a ella había un bulto que parecía el cuerpo de una persona. Estaba tapado con una sábana blanca de la que solo sobresalía la cabeza. Lan Sizhui y los demás estaban inspeccionándolo entre susurros. Sus palabras llegaron a oídos de Wei Wuxian:

—¿Y dices que lo habéis encontrado hace menos de un incienso [8] ?

—Sí. Justo después de someter a los cadáveres ambulantes, de camino hacia aquí, nos lo hemos encontrado tirado en una galería.

Era el cuerpo de Mo Ziyuan.

Cuando Wei Wuxian fue a echarle un vistazo, tuvo que mirar dos veces para cerciorarse.

Aquel cadáver se parecía a Mo Ziyuan y al mismo tiempo era muy diferente. Los rasgos eran los de aquel granuja, pero tenía las mejillas hundidas, los ojos salidos de sus órbitas y la piel arrugada como una pasa. Comparado con el Mo Ziyuan de antes, en la flor de la vida, este de ahora parecía haber envejecido veinte años de golpe: era como si le hubieran sorbido la carne y la sangre, y solo hubieran dejado los huesos y una fina capa de piel. Si Mo Ziyuan había sido solo feo, aquel cadáver era feo y viejo.

Mientras Wei Wuxian escrutaba el cadáver, la señora Mo se abalanzó a toda velocidad sobre él con el brazo en alto. Empuñaba un objeto brillante. ¡Una daga!

Lan Sizhui reaccionó de inmediato y la agarró para evitar el ataque. Antes de que pudiera decir nada, la señora Mo empezó a chillarle:

—¡Suéltame! ¡Mi hijo ha sufrido una muerte horrible y tengo que vengarlo! ¿Por qué os interponéis?

Wei Wuxian corrió a esconderse detrás de Lan Sizhui.

—¿Qué tiene que ver la muerte horrible de su hijo conmigo? —preguntó agazapado.

Lan Sizhui, que no solo había visto la escena que Wei Wuxian había organizado durante el día, sino que luego también había oído toda clase de chismes sobre el hijo ilegítimo de la familia Mo, sentía compasión por aquel pobre desequilibrado y trató de defenderlo.

—Señora Mo, fíjese en el estado del cadáver de su hijo: le han sorbido la sangre, la carne y la esencia… Esto es claramente obra de un ser maligno, él no puede haber sido.

El pecho de la señora Mo se hinchó de indignación.

—¡¿Qué sabrás tú?! ¡El padre de este desequilibrado también era cultivador, seguro que algo conoce de las artes oscuras!

Lan Sizhui se dio la vuelta y miró con lástima al supuesto chiflado que

tenía detrás.

—Señora… No tiene ninguna prueba para…

—¡La prueba es el cuerpo de mi hijo! —gritó la mujer, señalando el cuerpo que yacía en el suelo—. ¡Miradlo! ¡Su cadáver deja bien claro quién lo ha asesinado!

Adelantándose al resto de los presentes, Wei Wuxian levantó la sábana de un tirón y el cadáver de Mo Ziyuan quedó al descubierto.

Estaba incompleto.

¡Le faltaba el brazo izquierdo entero, del hombro para abajo!

—¿Lo veis? —prosiguió la señora Mo, fuera de sí—. ¿Qué ha dicho hoy ese loco aquí mismo, delante de todos? ¡Que, si Ziyuan volvía a tocar sus cosas, le iba a cortar un brazo!

Después de aquel arrebato se cubrió la cara y empezó a sollozar.

—Mi pobrecito hijo no le había quitado nada y, aun así, él, no contento con calumniarlo, luego lo ha asesinado… Es un perturbado…

¡Un perturbado! ¿Cuántos años hacía que nadie le dedicaba aquella lindeza? Wei Wuxian se señaló a sí mismo dispuesto a refutar el calificativo, pero luego no supo qué decir. No tenía claro quién estaba más loco, si él o la señora Mo. Después de todo, en su juventud había proferido todo tipo de amenazas: acabar con familias y clanes enteros, exterminar a millones de personas, hacer correr ríos de sangre… Sin embargo, la mayoría de las veces habían sido palabras vacías. Si realmente hubiera sido capaz de hacer todas aquellas cosas, llevaría tiempo reinando sobre el mundo de la cultivación.

En el fondo, la señora Mo no quería vengar la muerte de su hijo, solo buscaba a alguien sobre quien descargar su ira. Wei Wuxian decidió que no valía la pena discutir con ella. Se quedó pensativo un momento. Luego rebuscó en la pechera de Mo Ziyuan y sacó un objeto. Cuando lo desenrolló, descubrió que era una bandera invocadora del mal.

Al momento supo exactamente lo que había pasado.

—¡Hizo otra de las suyas y le ha costado la vida!

Cuando Lan Sizhui y los demás vieron la bandera, lo entendieron todo

también. Teniendo en cuenta lo ocurrido durante el día, no era difícil de deducir: después de la humillación sufrida a manos de Mo Xuanyu, Mo Ziyuan había querido ajustar cuentas con él. Sin embargo, como Mo Xuanyu se había ido a dar una vuelta por la villa, no halló ni rastro y se vio obligado a esperar a que volviera para desquitarse.

Al caer la noche, salió de su cuarto a escondidas, pasó por el patio oeste y vio las banderas invocadoras plantadas en los aleros. Los cultivadores habían insistido en que nadie debía salir en toda la noche, que el patio oeste estaba prohibido y que aquellas banderas negras no se podían tocar por nada del mundo, pero él pensó que debían de haberlo dicho para que nadie les robara sus preciadas armas espirituales. Ignoraba el terrible efecto de las banderas invocadoras y que, en cuanto se embolsara una, iba a convertirse en un blanco viviente. Siempre había tenido las manos largas. Robar los talismanes y artefactos espirituales de su primo se había convertido en una adicción. Cada vez que veía uno de aquellos objetos maravillosos, sentía unas ganas irrefrenables de echarles mano. Por eso, aprovechando que los dueños de las banderas estaban ocupados sometiendo a los cadáveres ambulantes del patio oeste, birló una.

De las seis banderas que componían la formación, cinco permanecieron colocadas en el patio oeste. Los cultivadores del clan Lan hacían de señuelo, pero llevaban consigo innumerables artefactos espirituales que los protegían. Mo Ziyuan, en cambio, a pesar de haber robado solo una bandera, no llevaba ninguna protección. Naturalmente, los espíritus malignos habían preferido atacar al más débil. De haberse tratado de meros cadáveres ambulantes, el resultado no habría sido tan trágico: a lo sumo Mo Ziyuan se habría llevado unos cuantos mordiscos, pero no habría muerto en el acto y habrían tenido tiempo de salvarlo. Por desgracia para él, su bandera había atraído a algo mucho más peligroso: ¡un espíritu maligno desconocido que no solo lo había matado, sino que también le había arrancado un brazo!

Wei Wuxian levantó las manos. Tal y como había imaginado, uno de los cortes de los antebrazos se le había curado. Al parecer el pacto de ofrendación reconocía la muerte de Mo Ziyuan como obra suya; al fin y al cabo, él era el inventor de las banderas invocadoras del mal. Aquella casualidad le había venido de perlas.

La señora Mo era perfectamente consciente de los defectos de su hijo, pero no estaba dispuesta a admitir que Mo Ziyuan hubiera causado su propia muerte. Fuera de sí, cogió una taza de té y la lanzó en dirección a la cara de Wei Wuxian.

—¡Si ayer no lo hubieras humillado delante de toda esa gente, Ziyuan no habría huido en mitad de la noche! ¡Tú tienes la culpa, malnacido!

Wei Wuxian, que había estado esperando un arrebato como aquel, se apartó a tiempo de esquivar el ataque. Entonces la mujer se puso a gritarle a Lan Sizhui:

—¡Y vosotros también! ¡Sois un hatajo de inútiles! ¡Mucha cultivación y mucho exorcismo, pero no habéis sido capaces de proteger a mi pobre niño! ¡Ziyuan era muy joven!

Los chicos eran meros novicios y aquella era una de sus primeras misiones. Toparse con un ser maligno tan feroz como aquel había sido una sorpresa para ellos, pues no habían detectado nada fuera de lo normal en la zona. Sabían que habían pasado algo por alto y se sentían culpables por ello, pero aquel rapapolvo tan injusto los estaba irritando cada vez más; después de todo, pertenecían a un clan muy respetado y hasta el momento nadie se había atrevido a tratarlos de aquella manera. Sin embargo, las enseñanzas del clan Lan de Gusu eran muy estrictas: no solo tenían prohibido levantarle la mano a la gente común, sino que ni siquiera se les permitía cometer la más mínima descortesía. Obligados a contener su irritación, cada vez endurecían más el gesto.

Wei Wuxian se hartó de verlos así.

«Aun después de tantos años, los miembros del clan Lan siguen siendo igual de mojigatos que siempre. ¿Para qué les sirve su dichoso autocontrol, para asfixiarse? ¡Fijaos en mí!».

—¡Eh! —gritó—. ¿Quiénes cree que son estos muchachos para gritarles así? ¿Los ha tomado por sus siervos? ¡Han venido de muy lejos para limpiar su casa de seres malignos a cambio de nada! ¿Cree que le deben algo? ¿Y cuántos años tenía su hijo? Al menos diecisiete, ¿no? ¡Edad suficiente para hacer caso! ¿No es cierto que nos repitieron una y otra vez que no fuéramos al patio oeste y que no tocáramos nada dentro de la formación de banderas? ¿De quién es la culpa de que se escabullera en mitad de la noche a robar?

¿Mía? ¿De ellos?

Lan Jingyi y los demás suspiraron aliviados y su gesto se relajó. La señora Mo estaba desolada, pero también sentía una rabia irrefrenable. En su mente resonaba una única palabra: muerte. No la propia para reunirse con su hijo, sino la del resto del mundo, especialmente la de quienes tenía delante. Como siempre que ocurría algo, recurrió a su marido.

—¡Llama a todo el mundo! —le gritó, dándole un empujón—. ¡Que vengan inmediatamente!

El marido seguía con la mirada perdida. Quizá la muerte de su único hijo lo había trastornado. Entonces le devolvió el empujón. La señora Mo, desprevenida, cayó al suelo. Estaba atónita.

Normalmente le bastaba con gritarle para que él corriera a obedecerla, pero esta vez había tenido que darle un empujón ¡y él se había atrevido a devolvérselo!

Todos los sirvientes se asustaron al ver la expresión de su señora. Ding, temblorosa, trató de ayudarla a levantarse, pero ella, apretándose el pecho con la mano, le gritó:

—¡Fu… fuera de mi vista ahora mismo!

El marido seguía absorto. Ding le echó un par de miradas a Tong, tras lo cual este corrió a llevarse a su señor afuera. El caos reinaba en todas partes. Al ver que la familia se había calmado por fin, Wei Wuxian se dispuso a seguir inspeccionando el cadáver. Sin embargo, cuando apenas le había echado un vistazo, se oyó un grito estridente y agudo en el patio.

Todos los ocupantes del salón salieron en tromba a ver qué había pasado. Encontraron dos cuerpos convulsionando en el suelo: uno de ellos, sentado, era Tong. Seguía vivo. El otro, tendido en el suelo, estaba tan marchito y arrugado como si le hubieran sorbido la carne y la sangre. Le faltaba el brazo izquierdo, pero no le brotaba sangre de la herida. Su aspecto era idéntico al del cadáver de Mo Ziyuan.

La señora Mo acababa de zafarse del brazo de Ding, pero, al ver el cadáver que yacía en el suelo, se quedó aturdida. Sin fuerzas para volver a estallar, acabó desmayándose. Wei Wuxian, a su lado por casualidad, la cogió al vuelo y se la pasó a Ding, que venía detrás. Luego se miró el brazo

derecho: le había desaparecido otro corte.

El marido de la señora Mo había caído fulminado en el momento en que cruzó la puerta del salón, antes siquiera de pisar el patio. Había ocurrido en meros instantes. Lan Sizhui, Lan Jingyi y los demás estaban blancos como el papel. El primero en reaccionar fue Lan Sizhui, que fue hacia Tong y le preguntó:

—¿Has podido ver algo?

El sirviente estaba tan aterrorizado que no podía ni abrir la boca. Se limitaba a mover la cabeza de un lado a otro repetidamente. Ansioso, Lan Sizhui ordenó a sus compañeros que se lo llevaran dentro. Luego se volvió hacia Lan Jingyi.

—¿Has disparado la señal?

—Sí —respondió este—, pero, como no haya cultivadores experimentados cerca por casualidad, me temo que los nuestros tardarán como poco una hora en llegar. ¿Qué hacemos mientras tanto? Ahora mismo ni siquiera sabemos a lo que nos enfrentamos.

No podían marcharse sin más. Si los discípulos de un clan huían de un enfrentamiento con espíritus malignos para salvar el pellejo, no solo deshonrarían a su clan, sino que ellos mismos sentirían tanta vergüenza que no querrían volver a dejarse ver. Llevarse con ellos a la aterrada familia Mo tampoco era una opción, pues el espíritu maligno ya debía de andar entre ellos y, por tanto, iba a acompañarlos.

Lan Sizhui apretó los dientes.

—¡Permaneceremos en guardia hasta que aparezcan los refuerzos!

Ahora que habían disparado la señal de socorro, no tardarían en venir en su ayuda más cultivadores. Si Wei Wuxian quería evitarse más problemas, tenía que irse. En caso de que vinieran cultivadores que no lo conociesen, no pasaría nada, pero, como apareciera alguien con quien hubiera tratado o bregado, podía formarse una buena.

Sin embargo, la maldición que pesaba sobre su persona le impedía abandonar las tierras de la familia Mo por el momento. Además, la criatura a la que habían atraído se había cobrado dos vidas humanas en muy poco tiempo, lo cual demostraba una brutalidad extraordinaria. Si se lavaba las

manos y se iba, para cuando llegaran los refuerzos, probablemente las calles de la villa de los Mo estarían llenas de cadáveres sin brazo izquierdo, entre ellos, sin duda, el de algún discípulo del clan Lan.

Después de sopesar la situación unos instantes, se dijo:

«Acabemos con esto de una vez».

Los cultivadores eran jóvenes e inexpertos, pero, a pesar de su evidente nerviosismo, asumieron valientemente sus puestos, decididos a proteger la mansión de los Mo. Colocaron talismanes tanto dentro como fuera del salón. El sirviente Tong había sido llevado al interior. Lan Sizhui estaba tomándole el pulso con la mano izquierda a la vez que con la derecha masajeaba la espalda de la señora Mo. Mientras se debatía entre a cuál de los dos ayudar primero, Tong se incorporó de un respingo.

—¡Tong! ¡Estás despierto! —exclamó Ding.

Antes de que el rostro de la sirvienta tuviera tiempo de expresar alegría, Tong levantó la mano izquierda y se agarró el cuello.

Al ver esto, Lan Sizhui corrió a pulsarle varios puntos de acupresión con ágiles toques triples. Wei Wuxian sabía que, a pesar de su delicada apariencia, los miembros del clan Lan poseían una fuerza en los brazos que era de todo menos delicada. Aquella técnica era capaz de inmovilizar al instante a cualquiera, pero Tong parecía inmune; su mano izquierda seguía apretando cada vez con más fuerza y su cara se retorcía cada vez más dolorosamente. Lan Jingyi trató de apartarle la mano, pero su agarre era tan sólido como el acero y no se movió ni un ápice.

Al poco se oyó un crujido, Tong ladeó la cabeza y la mano se relajó.

¡Tong acababa de estrangularse a la vista de todos!

—¡Es un fa… fantasma! —gritó Ding, aterrada ante aquella visión—. ¡Hay un fantasma invisible entre nosotros que ha hecho que Tong se estrangule!

Su voz lúgubre y angustiada espeluznó a los presentes. Todos la creyeron al instante. Todos menos Wei Wuxian, que había llegado justo a la conclusión contraria: no se trataba de un fantasma avieso.

Había visto los talismanes de los muchachos y eran del tipo que ahuyentaba a los malos espíritus. El patio oeste estaba completamente

cubierto de ellos. Si un espíritu maligno hubiera entrado allí, habrían empezado a arder en llamas verdes al instante; no habrían permanecido inertes como ahora.

El problema no era que los chicos no hubieran sabido reaccionar a tiempo, sino que el intruso era singularmente feroz. Las sectas cultivacionales definían el término «fantasma avieso» de forma muy precisa: solo se consideraban como tales aquellos fantasmas que mataban a una persona al mes durante un mínimo de tres meses consecutivos. Aquel criterio, establecido por el propio Wei Wuxian, debía de seguir usándose. Lidiar con fantasmas aviesos era su especialidad y, en su experiencia, cualquier espíritu maligno que matase a una persona a la semana ya podía considerarse como un fantasma avieso particularmente problemático. Sin embargo, aquel ser con el que estaban tratando había liquidado a tres personas seguidas, y en un espacio de tiempo muy corto. Hasta el cultivador más experimentado habría tenido dificultades para idear un contraataque adecuado sobre la marcha, con más razón aquellos novicios.

Wei Wuxian andaba pensando en eso cuando las llamas de las velas parpadearon.

Una súbita ráfaga de viento siniestro apagó todas las luces del salón y del patio. Inmediatamente empezaron a oírse gritos. La gente se empujaba y tropezaba tratando de huir.

—¡Que nadie se mueva de su sitio! —gritó Lan Jingyi—. ¡Al que eche a correr lo arrestamos!

Su intención no era alarmarlos porque sí. Los espíritus malignos solían servirse de la oscuridad para sembrar el caos y beneficiarse de la confusión resultante. Cuanto más gritaran y corrieran, más fácil sería que atrajeran problemas sin saberlo. En momentos así era extremadamente peligroso quedarse solo o dejarse llevar por el pánico. Sin embargo, muertos de miedo como estaban, ¿cómo iban a escucharlo o a hacerle caso? Al poco el salón quedó en silencio. Solo se oían respiraciones agitadas y algún que otro sollozo. Tal vez solo quedara un puñado de personas.

De pronto, apareció una luz en la oscuridad: Lan Sizhui había encendido un talismán iluminador.

Su llama no podía ser extinguida por vientos nefarios, así que la usó para

volver a encender las velas mientras sus compañeros trataban de calmar a la gente que quedaba. Wei Wuxian aprovechó el regreso de la luz para mirarse los brazos. Le había desaparecido otro corte.

Entonces se dio cuenta de que el número de cortes no cuadraba.

Había empezado con dos cortes en el brazo izquierdo y dos en el derecho. Uno se le había curado tras la muerte de Mo Ziyuan, otro tras la muerte del padre de este y otro tras la muerte de su sirviente, Tong. Eso sumaba un total de tres cortes, dejando el último, el corte con la herida más profunda e infligido con más ensañamiento.

Pero ya no le quedaba ninguno. Todos habían desaparecido.

Wei Wuxian estaba convencido de que la señora Mo formaba parte del grupo de personas de las que Mo Xuanyu deseaba vengarse. El corte más largo y profundo debía de ser para ella. Pero había desaparecido. ¿Podía ser que Mo Xuanyu hubiera tenido una epifanía y hubiera renunciado a su odio? No, él ya había sacrificado el alma como pago por la invocación de Wei Wuxian. La herida solo podía sanar si moría la señora Mo.

Su mirada viajó desde sus brazos hasta la señora Mo, que acababa de levantarse y estaba rodeada de gente. Tenía la cara blanca como el papel.

¿Y si ya estuviera muerta?

Wei Wuxian estaba seguro de que algo se había apoderado del cuerpo de la mujer. Si no podía ser un espíritu, entonces, ¿qué?

De repente oyó a Ding sollozando:

—¡El brazo… el brazo izquierdo de Tong!

Lan Sizhui acercó el talismán iluminador al cadáver de Tong. También le había desaparecido el brazo izquierdo.

¡El brazo izquierdo!

De repente, Wei Wuxian tuvo una luminosa revelación: una criatura malvada, brazos izquierdos que desaparecían… ¡No podía ser más evidente! Entonces se echó a reír a carcajadas, lo cual enfureció a Lan Jingyi.

—¡¿Qué hace este memo riéndose en un momento así?! —gritó, sin pararse a pensar que, si de verdad era un memo, no merecía la pena

molestarse por ello.

Wei Wuxian lo agarró de la manga negando con la cabeza.

—¡No, no!

Lan Jingyi, irritado, se zafó de un tirón.

—¿Que no qué? ¿Que no es un memo? ¡Venga, deje de molestar!

—¡No son ellos! —dijo entonces Wei Wuxian, señalándole los cuerpos del padre de Mo Ziyuan y de Tong en el suelo.

Después de contener a Lan Jingyi para que no explotara, Lan Sizhui preguntó:

—¿Qué quiere decir con que «no son ellos»?

Wei Wuxian respondió solemnemente:

—Quiero decir que este no es el padre de Mo Ziyuan. Y ese tampoco es Tong.

Cuanto más solemne se ponía debajo de todo aquel maquillaje que llevaba, más daba la impresión de estar mal de la cabeza. Sin embargo, a la tétrica luz de las velas, sus palabras resultaron inquietantes para todos. Lan Sizhui dudó por un momento, pero luego preguntó:

—¿Por qué no?

Wei Wuxian respondió orgulloso:

—Porque no eran zurdos. ¡Lo sabré yo! Siempre me atizaban con la derecha.

Ahí Lan Jingyi terminó de perder la paciencia.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara de satisfacción? ¡Eso no es nada de lo que presumir!

Lan Sizhui, en cambio, sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Repasó lo acontecido: Tong se había estrangulado con la mano izquierda. El marido de la señora Mo había empujado a su mujer con la mano izquierda. Sin embargo, durante el día, cuando Mo Xuanyu había causado el alboroto en el salón principal y ambos habían tratado de echarlo, utilizaron la mano derecha. ¿Qué probabilidades había de que los dos se hubieran vuelto zurdos de repente poco antes de morir?

Aunque aún no supieran el motivo, si querían averiguar qué era lo que andaba haciendo travesuras, tenían que partir de aquellos brazos izquierdos. Tras llegar a esa conclusión, Lan Sizhui miró con asombro a Wei Wuxian.

«Que haya dicho eso de repente… no parece una coincidencia».

Wei Wuxian le sonrió. Era consciente de que su indirecta había sido demasiado obvia, pero no le quedaba otra opción.

Por suerte, Lan Sizhui no le dio demasiadas vueltas.

«Bueno, en cualquier caso, si el joven señor Mo ha querido alertarme no puede haber sido con mala intención».

Apartó la mirada de Wei Wuxian para dirigirla hacia Ding, que acababa de desmayarse. Luego la posó sobre la señora Mo.

Primero le miró la cara, luego los brazos. Los llevaba colgando, de manera que las mangas le cubrían las manos casi por completo. Los dedos que asomaban por la manga derecha eran finos y blancos como la nieve, propios de una mujer acomodada que no había trabajado un solo día en su vida. En cambio, los dedos de la mano izquierda parecían bastante más largos, también más gruesos, y se cerraban en un puño lleno de fuerza.

¡No pertenecían a la mano de una mujer, sino a la de un hombre!

—¡Sujetadla! —gritó Lan Sizhui.

Los jóvenes cultivadores aprehendieron a la señora Mo.

—¡Con permiso! —se disculpó Lan Sizhui. Tenía un talismán en la mano y estaba a punto de colocárselo. Entonces el brazo izquierdo de la señora Mo se retorció en un ángulo imposible y trató de agarrarlo del cuello.

La única forma en que una persona habría sido capaz de retorcer el brazo de aquella manera hubiera sido que tuviera los huesos rotos. Fue muy veloz, y habría conseguido cogerlo del cuello de no ser porque en el último momento Lan Jingyi, dando un alarido, cubrió con su cuerpo a Lan Sizhui.

Un destello de fuego. La mano acababa de coger a Lan Jingyi por el hombro cuando de pronto quedó envuelta de llamas verdes y lo soltó.

Lan Sizhui había escapado de la muerte. Quiso darle las gracias a Lan Jingyi por haber arriesgado la vida para protegerlo, pero entonces vio lo maltrecho que había quedado su compañero, con la mitad del ropón

quemado. Este se quitó la mitad restante y se dio la vuelta para increpar con rabia a Wei Wuxian:

—¿A qué ha venido esa coz, majadero? ¿Acaso quiere matarme?

Wei Wuxian se alejó de él protegiéndose la cabeza con las manos.

—¡Yo no he sido!

Sí había sido. Los ropones de los uniformes del clan Lan estaban profusamente bordados por dentro con hechizos y conjuros que los protegían. Sin embargo, ante un oponente tan formidable como aquel, quedaban inutilizados después de un solo uso. Apremiado por la urgencia, Wei Wuxian no había visto otra salida que pegarle una patada a Lan Jingyi para que protegiera con su cuerpo el cuello de Lan Sizhui.

Lan Jingyi estuvo a punto de gritarle más cosas, pero justo entonces la señora Mo se desplomó en el suelo. Le habían succionado la carne y la sangre de la cara, todo lo que quedaba era una fina capa de piel que cubría su calavera. Aquel brazo masculino que no le pertenecía ya no estaba unido a su cuerpo, pero seguía moviendo los dedos y podían vérsele las venas palpitando; daba la sensación de que estuviera ejercitando los músculos.

¡Esa era la criatura maligna a la que habían atraído las banderas invocadoras!

El descuartizamiento era una muerte cruel por definición. Se consideraba una forma de morir algo más digna que la de Wei Wuxian, aunque no por mucho. La diferencia entre ser descuartizado y ser despedazado y reducido a cenizas era que en el primer caso los miembros cercenados retenían parte del resentimiento del muerto, ansiaban conformar un cadáver completo y trataban por todos los medios posibles de reunirse con el resto. Cuando lo lograban, o bien descansaban en paz, o bien causaban aún más daño; pero, cuando no daban con el resto del cuerpo, se veían obligados a elegir la segunda mejor opción.

¿Cuál era esa segunda mejor opción? Tratar de acoplarse al cuerpo de una persona viva. Exactamente lo que estaba haciendo aquel brazo fantasma: devoraba el brazo izquierdo de una persona viva, ocupaba su lugar y comenzaba a succionar la carne, la sangre y el espíritu de su huésped. Al terminar, abandonaba el cuerpo y se iba en busca del siguiente. No pararía hasta reencontrarse con su cadáver original.

La persona parasitada moría en el mismo instante en que el brazo se le acoplaba al cuerpo, pero, hasta que su carne y su sangre no eran consumidas del todo, podía seguir moviéndose como de costumbre bajo el control del brazo, dando la impresión de estar aún viva. El primer huésped había sido Mo Ziyuan. El segundo había sido su padre. Devolver el empujón que le había propinado su mujer había sido una reacción muy impropia de él. En el momento, Wei Wuxian había supuesto que la pérdida de su hijo lo habría enajenado o que por fin se había hartado de los modos con que lo trataba su mujer. Sin embargo, ahora quedaba claro que lo que su aspecto mostraba no era abatimiento, tampoco hartazgo, sino quietud: la quietud de un muerto.

El tercer anfitrión había sido Tong y el cuarto, la señora Mo. El brazo fantasma había aprovechado el caos desatado al apagarse las luces para migrar del uno a la otra. Y en ese momento, el momento de la muerte de la señora Mo, el último corte de los brazos de Wei Wuxian había desaparecido.

Cuando los jóvenes cultivadores del clan Lan se dieron cuenta de que los talismanes no surtían efecto, pero sus uniformes sí, se quitaron los ropones y comenzaron a echarlos encima de aquel brazo. Terminó tan arropado como una crisálida en su estuche. Un instante después prendió y empezó a arder entre fieras llamas verdes que se elevaban hacia el cielo. Habían conseguido el efecto deseado, pero no iba a durar: en cuanto los ropones se quemaran del todo, el brazo resurgiría de entre las cenizas. Wei Wuxian aprovechó que nadie le prestaba atención para echar a correr hacia el patio oeste.

Allí aguardaban los cadáveres ambulantes que los cultivadores habían capturado, quietos y en silencio porque los hechizos pintados en el suelo los contenían. Wei Wuxian borró uno de los caracteres con el pie y el conjuro se rompió. Entonces dio dos palmadas y los cadáveres se sacudieron. Al instante abrieron los ojos, completamente blancos, como si un trueno los hubiera despertado.

—Venga —los conminó Wei Wuxian—. ¡A trabajar!

Nunca le habían hecho falta conjuros enrevesados para controlar cadáveres marioneta. Le bastaba con dar órdenes sencillas y directas como aquella. Los cadáveres que estaban delante dieron un par de pasos

temblorosos, pero, conforme lo tuvieron cerca, empezaron a asustarse, se les aflojaron las rodillas y cayeron de bruces al suelo como humanos vivos aterrorizados.

Wei Wuxian no sabía si reír o llorar. Volvió a dar dos palmadas, esta vez mucho más suaves. Sin embargo, aquellos cadáveres debían de haber vivido en la villa de los Mo desde su primer aliento hasta el último y habían visto muy poco mundo; obedecían las órdenes de su invocador de forma instintiva, pero por alguna razón también le tenían pánico, así que siguieron gimoteando en el suelo sin atreverse a levantarse.

Cuanto más cruel era un ser maligno, más fácil le resultaba a Wei Wuxian controlarlo. Aquellos cadáveres no habían sido entrenados por él, así que eran incapaces de soportar su control directo. No llevaba encima materiales con los que fabricar una herramienta que los calmara y tampoco veía nada con lo que improvisarla. Observando que las llamas verdes del patio este comenzaban a extinguirse, de repente se le ocurrió una idea.

Si lo que quería eran muertos odiosos y llenos de resentimiento, no tenía que haber salido a buscarlos.

¡En el salón este había varios!

Volvió raudo al patio este. Agotado su primer plan, Lan Sizhui había tenido otra idea. Los jóvenes cultivadores habían desenvainado sus espadas largas y las habían clavado en el suelo formando una especie de jaula para encerrar al brazo fantasma, que andaba estampándose contra ellas. Estaban tan concentrados en mantener las espadas clavadas con firmeza en el suelo que ninguno tenía tiempo de fijarse en quién iba y quién venía.

Wei Wuxian entró en el salón este, agarró los cadáveres de la señora Mo y de Mo Ziyuan por el pescuezo y les susurró:

—¿Qué hacéis dormidos? Arriba.

¡Con aquella invocación, sus almas regresaron!

Un instante después la señora Mo y su hijo abrieron los ojos en blanco y lanzaron el característico grito de los fantasmas aviesos en el momento de su despertar.

En mitad de los gritos, agudo el de ella y grave el de él, un tercer cadáver se levantó tambaleante y se les unió con una voz que no podía ser más

débil. Era el marido de la señora Mo.

Sus voces eran suficientemente poderosas y rebosaban odio. Wei Wuxian estaba muy satisfecho. Les dijo:

—¿Reconocéis ese brazo de ahí?

Luego sonrió con frialdad.

—Despedazadlo.

Al instante los tres miembros de la familia Mo pasaron por su lado como tres negras exhalaciones.

El brazo izquierdo acababa de romper una de las espadas y estaba saliendo de la jaula cuando los tres cadáveres asesinos se abalanzaron sobre él.

Aparte del hecho de que no se habrían atrevido a desobedecer la orden de Wei Wuxian, cada uno de ellos albergaba también un profundo odio hacia aquel brazo fantasmal que los había matado; arremetieron contra él con toda su furia. La líder del grupo era, sin lugar a dudas, la señora Mo. Las mujeres solían transformarse en cadáveres asesinos especialmente brutales. Tenía el pelo revuelto, los ojos inyectados en sangre, y las uñas le habían crecido varios centímetros. Echaba espumarajos por la boca y daba unos gritos que hacían temblar la mansión… ¡Estaba completamente fuera de sí! Mo Ziyuan la secundaba a mordisco limpio, mientras que su padre se mantenía en la retaguardia de ambos, rellenando los huecos entre sus ataques.

Los jóvenes cultivadores que habían estado conteniendo al brazo estaban atónitos. Hasta el momento solo habían sabido por libros y habladurías de la fiereza con la que los cadáveres asesinos luchaban entre sí; aquella era la primera vez que presenciaban una escena así de sangrienta en persona y no podían apartar la mirada… ¡Menuda maravilla!

El trío de cadáveres y el brazo estaban enzarzados en su feroz confrontación cuando, de repente, Mo Ziyuan dio un grito y se echó a un lado. El brazo le había reventado el abdomen y se le estaban saliendo los intestinos. Al verlo, la señora Mo rugió con furia, se colocó frente a su hijo para protegerlo y redobló su agresividad. Sus uñas cortaban el aire como sables de acero, pero Wei Wuxian sabía que no iba a resistir mucho más.

¡Ni siquiera tres cadáveres asesinos juntos eran capaces de someter a

aquel brazo!

Wei Wuxian observaba atento la batalla con la lengua ligeramente curvada y lista para dar un enérgico silbido. Si lo hacía, instigaría más hostilidad en los cadáveres y quizá eso lograra volver las tornas del combate, pero iba a ser muy difícil que nadie se diera cuenta de que él estaba controlando a los cadáveres.

Entonces el brazo, veloz como un rayo, le rompió el cuello a la señora Mo con un movimiento certero y despiadado. Viendo que la familia empezaba a perder, Wei Wuxian se decidió a soltar por fin aquel silbido que había estado reprimiendo, pero justo entonces el punteo de dos cuerdas resonó en la lejanía.

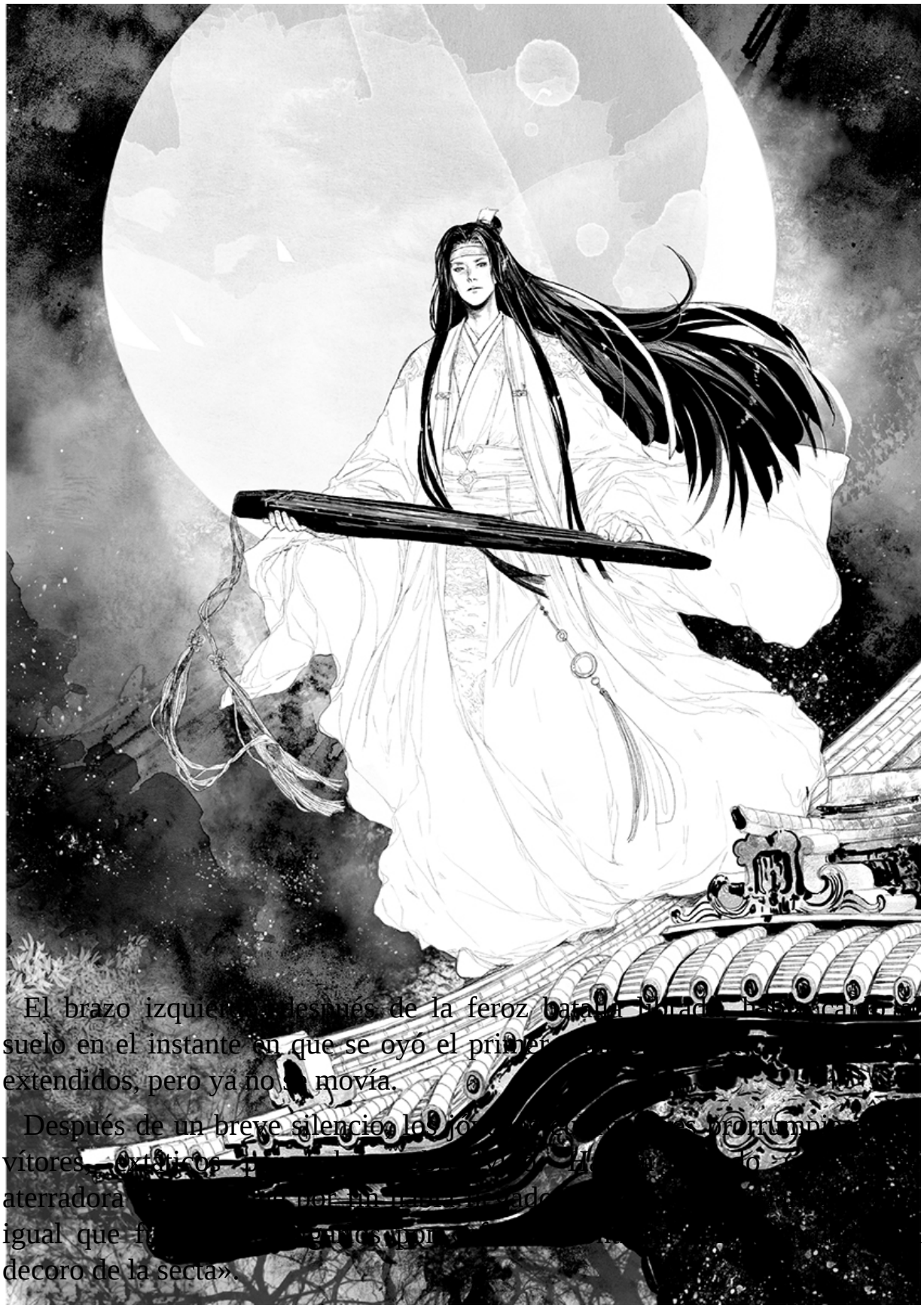
Fueron dos notas diestramente ejecutadas: limpias, claras y con la frialdad del viento entre los pinos. Los seres demoníacos que batallaban en el patio se quedaron paralizados en el mismo instante en que las oyeron.

Los jóvenes cultivadores del clan Lan de Gusu sonrieron tan radiantes de felicidad como si acabaran de resucitar. Lan Sizhui se limpió la sangre de la cara con la mano, miró hacia arriba y exclamó jubiloso:

—¡Es Hanguang-jun!

En el mismo instante en el que oyó la cítara y aquel sobrenombre, Wei Wuxian se dio la vuelta y se fue.

Un nuevo punteo. Esta vez la nota fue más alta y rasgó el cielo con la dureza del invierno. Los tres cadáveres asesinos retrocedieron y se taparon una oreja con la mano derecha, pero aquel gesto era insuficiente para protegerse del tono erradicador del clan Lan de Gusu. Apenas retrocedieron unos pasos más, se oyó el leve crujido de sus cráneos.



El brazo izquier[illegible] después de la feroz batalla [illegible] suelo en el instante en que se oyó el prim[illegible] extendidos, pero ya no [illegible] movía.

Después de un breve silencio, los jó[illegible] prorrumpi[illegible] vítores [illegible] extáticos. [illegible] aterradora [illegible] igual que f[illegible] decoro de la secta».

Mientras saludaban en dirección a la luna, de pronto Lan Sizhui echó en falta a alguien. Tiró de la manga de Lan Jingyi y le preguntó:

—¿Dónde se ha metido?

Lan Jingyi, absorto en la celebración, replicó:

—¿Quién? ¿A quién te refieres?

—Al joven señor Mo.

—¿Eh? ¿Para qué quieres a ese loco? Tendría miedo de que le pegara y se habrá escapado.

Lan Sizhui calló. Sabía lo despreocupado que era Lan Jingyi. Nunca les daba vueltas a las cosas ni cuestionaba nada.

«Cuando baje Hanguang-jun, lo pondré al corriente de todo», se dijo.

La villa de los Mo estaba sumida en el silencio, aunque no se sabía si dormía o solamente lo fingía. A pesar de la sangrienta batalla entre cadáveres que había tenido lugar en los patios este y oeste de la mansión de los Mo aquella noche, nadie había acudido a curiosear. Por mucho que a uno le gustaran los espectáculos, cuando incluían gritos tan espeluznantes, era mejor no asistir.

Wei Wuxian se afanó en borrar todo rastro del círculo de ofrendación de la casa de Mo Xuanyu, y luego salió disparado por la puerta.

«¡Qué suerte la mía! ¡De todos los clanes posibles, tenía que venir alguien del clan Lan! ¡Y, de todos sus miembros, tenía que ser Lan Wangji precisamente!».

Lan Wangji, aquel Hanguang-jun al que jaleaban los novicios del clan Lan, era alguien con quien Wei Wuxian había tratado y también bregado. Tenía que marcharse de allí cuanto antes. Ansioso por encontrar montura, al pasar por un patio, vio un burro moteado masticando con parsimonia junto a una rueda de moler. Cuando el animal lo vio echando a correr hacia él, lo miró con la misma suspicacia que habría mostrado una persona. En el instante en que sus ojos se encontraron, Wei Wuxian quedó prendado de su mirada desdeñosa.

Se le acercó, asió sus riendas y trató de tirar de él, pero el burro protestó ruidosamente. Wei Wuxian tuvo que pasar un buen rato jaleándolo y

arrastrándolo hasta que al final lo convenció. Salieron a la luz del alba y se fueron trotando por el camino principal.

[4] Antigua práctica conocida como «adopción del yerno» (*ruzhui*). Las familias pudientes sin herederos varones solían casar a una de sus hijas con un hombre de inferior nivel económico que aceptaba irse a vivir con ellos y adoptaba el apellido familiar para así poder perpetuarlo.

[5] Término peyorativo para referirse a un hombre homosexual.

[6] En la cultura china el blanco es el color tradicional del luto.

[7] 2,5 kilómetros. Un li equivale a quinientos metros.

[8] Un incienso equivale a treinta minutos.

CAPÍTULO III

El engreído

WEI WUXIAN TARDÓ MUY POCOS DÍAS en darse cuenta del error que había cometido: aquel burro que se había agenciado era tremendamente difícil de complacer.

Pese a ser un simple asno, se negaba a comer otra cosa que no fuera la hierba más fresca y tierna; solo con que tuviera las puntas un poquito amarillas, ya no la quería. Cuando pasaron por una granja, Wei Wuxian robó un poco de paja para dársela, pero al cabo de un par de mordiscos el animal la escupió, y con más ímpetu y sonoridad de lo que lo hubiera hecho una persona… Si no comía bien, se enfadaba, se negaba a seguir avanzando y empezaba a dar coces. Wei Wuxian había estado a punto de recibir más de una. Encima rebuznaba de una manera terrible.

¡No servía para nada! Ni de montura ni de mascota.

Wei Wuxian echaba de menos su espada voladora. Seguramente colgara de la pared del líder de algún clan importante que la exhibía como trofeo.

Después de mucho empujar y arrastrar al animal, llegó a una gran explanada de cultivos a las afueras de una aldea. Hacía un sol de justicia. Al borde del camino había una enorme sófora que daba mucha sombra y, a su pie, un viejo pozo junto al que los aldeanos habían dejado un cubo y un cucharón para que los viajeros pudieran saciar la sed. En cuanto el burro llegó a aquel sitio, se negó a dar un paso más. Wei Wuxian se bajó de un salto y le dio un manotazo en su eminente trasero.

—¡Tú debes de ser de noble linaje! Eres aún más caprichoso que yo.

El burro le escupió.

Mientras ellos se ponían a reñir, a lo lejos apareció un grupo de personas que se acercaban por un camino adyacente. Cargaban con grandes capazos e iban vestidas con túnicas de lino y sandalias de esparto: eran claramente gente de campo. Entre ellas había una chica de cara redonda que podía pasar por bonita. También debía de llevar mucho tiempo caminando bajo aquella solanera, pues se la veía con ganas de parar a beber y refrescarse. Sin embargo, al ver a aquel burro dándole coces a un loco despeinado y con la cara pintarrajeada, no se atrevió a acercarse.

Wei Wuxian, que siempre se había enorgullecido de tratar a las mujeres con la debida deferencia, se alejó un poco para dejarle sitio y siguió regañando con su burro. Cuando el grupo se dio cuenta de que eran inofensivos, se acercaron al pozo. Todos tenían la cara roja y sudorosa. Mientras se abanicaban e iban sacando agua, la chica se acomodó junto al pozo y, como si supiera que Wei Wuxian le había dejado sitio a propósito, le sonrió tímidamente.

Uno de los hombres sostenía una brújula en la mano. Primero oteó la lejanía, luego bajó la cabeza y la miró con gesto contrariado.

—Ya casi hemos llegado al pie del monte Brahma, ¿por qué sigue sin moverse la aguja?

Tanto la aguja como los motivos grabados en aquel artefacto eran muy peculiares. No era una brújula al uso, de las que señalaban el norte, sino una brújula del mal, capaz de detectar criaturas demoníacas y mostrar su posición. Wei Wuxian comprendió que había topado con una familia de campesinos en apuros económicos que quería probar fortuna cazando fantasmas y demonios. Además de los grandes clanes cultivacionales, existían muchas otras familias pequeñas como aquella que actuaban de manera independiente. Wei Wuxian se preguntó si habían abandonado su aldea para buscar refugio en algún clan grande con el que tuvieran algún vínculo de parentesco o si estaban de cacería nocturna.

El hombre de mediana edad que lideraba el grupo llamó a sus compañeros para que bebieran.

—Tu brújula se habrá roto —le dijo—. Ya te conseguiré otra más tarde, ahora tenemos que seguir. Apenas nos faltan diez lis para llegar al monte Brahma. Después de lo que nos ha costado llegar hasta aquí, sería una lástima que nos dejáramos arrebatar el botín en el último momento.

Así que estaban de cacería nocturna. Muchos clanes cultivacionales, amantes del refinamiento en el lenguaje, se referían a la práctica de viajar por el mundo exterminando fantasmas y demonios como «expediciones de caza» y, como dichas criaturas solían aparecer de noche, estas actividades recibían el nombre de «cacerías nocturnas». De todos los clanes pasados y presentes, apenas un puñado había logrado hacerse un nombre. Si un clan ordinario, uno sin fama heredada, quería ganar prestigio y reconocimiento

para llegar a codearse con las grandes familias del mundo de la cultivación, tenía que demostrar logros tangibles. Atrapar fieros monstruos y espíritus malignos era la única manera.

Las cacerías nocturnas eran la especialidad de Wei Wuxian. Sin embargo, en las pocas tumbas que había abierto por el camino aquellos días, apenas había encontrado un puñado de fantasmitas de poca monta. Necesitaba un general fantasma que poner a su servicio, así que decidió ir a aquel «monte Rana» del que hablaban a probar suerte. Si topaba con algún ejemplar útil, lo capturaría y le daría buen uso.

El grupo dio por concluido su descanso y se dispuso a reemprender la marcha. Antes de irse, la chica de la cara redonda sacó de su cesta una manzana a medio madurar y se la ofreció a Wei Wuxian.

—Toma. Para ti.

Wei Wuxian sonrió y tendió la mano para recibirla, pero el burro trató de arrebatársela con los dientes. Wei Wuxian la apartó a tiempo. Viendo cómo babeaba el animal por ella, tuvo una idea. Cogió una rama larga, le ató la manzana con hilo de pescar y la colocó delante. En cuanto el burro olió la dulce fragancia de la manzana, la deseó y empezó a perseguirla. ¡Terminó galopando con más brío que cualquiera de los corceles de renombre que Wei Wuxian hubiera visto jamás, y muy pronto no se vio de ellos más que una nube de polvo!

El burro trotó sin parar y Wei Wuxian alcanzó el monte antes de que oscureciera. Fue al llegar a su pie cuando entendió que se había confundido de nombre. No era el monte Rana, sino el monte Brahma: visto desde la distancia, su forma era la misma que la de la oronda y benévola deidad.

A sus pies había una aldea llamada, precisamente, Pie del Buda. Wei Wuxian encontró allí a muchos más cultivadores de los que había esperado, una reunión de gente muy variopinta que iba de aquí para allá, vestidos con uniformes de todos los colores. Por algún motivo, todos parecían muy tensos. Ninguno de ellos dedicó un momento a burlarse de su estrafalario aspecto.

En mitad de la larga calle había un grupo de cultivadores enfrascados en una seria discusión. Parecía que estuvieran dirimiendo algún tipo de desacuerdo. Wei Wuxian pudo oírlos ya desde lejos. Al principio la

conversación iba bien, pero luego fue subiendo de tono.

—Dudo que en esta zona haya ni bestias ni espectros devoradores. Ninguna brújula del mal detecta nada extraño.

—Si no hay devoradores, ¿cómo explicas que siete personas hayan perdido el alma? ¿De repente se han puesto todos enfermos de lo mismo? ¡Jamás he oído hablar de semejante enfermedad!

—Que las brújulas no los detecten no significa que no haya devoradores. Son muy imprecisas, a menudo solo apuntan en una dirección aproximada. No deberíamos fiarnos de ellas. Puede que haya algo en los alrededores que esté afectándolas.

—¿Olvidas quién inventó las brújulas del mal? Jamás he sabido de nada que fuera capaz de alterarlas.

—¿Qué tonterías dices? ¡Sé perfectamente que las inventó Wei Ying, pero no todo lo que hacía era perfecto e infalible! ¿Acaso no se lo puede criticar?

—¡Yo no he dicho que no se lo pueda criticar! ¡Ni que todos sus inventos fueran infalibles! ¡Retira esa calumnia ahora mismo!

Mientras su discusión degeneraba en trifulca, Wei Wuxian pasó por su lado a lomos de su burro y riéndose por lo bajo. No esperaba seguir siendo causa de polémica entre los cultivadores al cabo de tantos años. Podía decirse que, allá donde se mentaba a Wei, la cosa se calentaba. Si un día hubiera que escoger al cultivador con la popularidad más duradera entre todos los clanes, sin duda él tendría todas las de ganar.

En honor a la verdad, aquel cultivador tenía razón: las brújulas del mal que estaban usando eran una primera versión muy poco precisa. Wei Wuxian había empezado a trabajar en su mejora, pero, muy a su pesar, el asalto de su guarida le había impedido acabarla y evitar a las generaciones posteriores el engorro de tener que seguir usando la inexacta versión primigenia.

De todos modos, las criaturas de bajo rango como los cadáveres ambulantes solo consumían sangre, carne y huesos. Las únicas criaturas capaces de sorber y digerir almas eran monstruos y espíritus de mucho mayor nivel. La presa de aquella cacería nocturna se había comido nada menos que siete almas seguidas, de ahí que hubiera despertado el interés de

tantos clanes. Algo tan formidable tenía la capacidad de pasar desapercibido a las brújulas del mal.

Wei Wuxian dio un tirón de riendas, bajó de su burro y le ofreció la manzana que llevaba persiguiendo todo el camino.

—Un mordisco. Solo uno… ¡Eh, no te me comas la mano!

Después de darle un par de mordiscos por el otro lado, dejó que el animal devorara el resto. Mientras se preguntaba cómo había podido caer tan bajo como para tener que compartir una manzana con un burro, notó que alguien chocaba contra su espalda. Cuando se dio la vuelta, vio a una chica. Pese a haber chocado con él, no lo miraba, sino que sonreía con los ojos fijos en la lejanía.

Cuando Wei Wuxian miró en la misma dirección, vio un pico oscuro y frondoso. Era el monte Brahma.

De pronto la chica arrancó a bailar delante de él.

Sus movimientos eran bruscos, salvajes; sacudía los brazos de forma amenazadora. Wei Wuxian la observó divertido hasta que llegó una mujer corriendo con las faldas recogidas y se abrazó a ella llorando.

—¡Yan, vámonos de aquí, por favor, vamos a casa! —imploró entre gemidos.

Yan se la quitó de encima de un manotazo y sin dejar de sonreír en ningún momento. Su fervor resultaba escalofriante. Se fue calle abajo dando saltos y contorsionándose con la mujer detrás, persiguiéndola desconsolada.

—¡Qué calamidad! —se lamentó un vendedor ambulante—. La hija del herrero Zheng ha vuelto a escaparse.

—Me compadezco de su pobre madre. Tanto la hija como el prometido de esta y el marido cayeron en desgracia…

Wei Wuxian dedicó un rato a pasearse por la aldea y, por las conversaciones que fue oyendo aquí y allá, consiguió hacerse una idea de lo que pasaba.

El monte Brahma acogía un viejo cementerio donde se hallaban la mayoría de las tumbas ancestrales de las gentes de Pie del Buda. También había enterrado algún que otro cadáver anónimo con su placa de madera. Varios meses atrás, una noche se desató una gran tormenta con truenos y

relámpagos. Las lluvias torrenciales causaron un corrimiento de tierras y a la mañana siguiente el cementerio amaneció destrozado. La mayoría de las tumbas estaban dañadas y varios ataúdes habían quedado expuestos en la superficie. Los rayos les habían volado la tapa y los habían dejado totalmente carbonizados, cadáveres incluidos.

Inquietos ante aquel mal presagio, los habitantes de Pie del Buda reconstruyeron el cementerio y celebraron ritos para atraer la buena fortuna, esperando que aquello evitara males mayores. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, pronto comenzaron a sucederse las inanimaciones, es decir, casos de gente que perdía el alma.

El primero fue un pordiosero, un pobretón inútil que se pasaba el día holgazaneando. Solía subir al monte a cazar pájaros, y la noche de la tormenta el alud lo dejó atrapado. Por suerte, todo quedó en un susto y a la mañana siguiente fue capaz de regresar sin problemas. Lo extraño fue que, a los pocos días de aquello, de repente encontró esposa, celebró una boda por todo lo alto y declaró que a partir de entonces se dedicaría a hacer buenas obras y vivir en paz.

La noche de bodas se emborrachó tanto que, cuando se acostó, ya no volvió a levantarse de la cama. Cuando su recién tomada esposa vio que no respondía y fue a zarandearlo, descubrió que tenía la mirada perdida y el cuerpo aterido. Aparte del hecho de que seguía respirando, podría haberse confundido con un muerto. A los pocos días de estar así, y sin comer ni beber nada, lo enterraron y su esposa pasó a ser su viuda.

El segundo caso fue el de Yan, la hija del herrero Zheng. Su futuro marido había muerto devorado por los lobos durante una cacería en la montaña al día siguiente de prometerse. Cuando la muchacha recibió la noticia, cayó enferma con los mismos síntomas del pordiosero. Su estado mejoró al cabo de un tiempo, pero su mente había quedado trastocada y desde entonces cada dos por tres tenía un arrebato y se echaba a la calle a bailar con aquella sonrisa indeleble.

El tercer caso fue el del padre de Yan, el herrero Zheng. Hasta la fecha había habido siete víctimas consecutivas.

Después de ponderar los hechos, Wei Wuxian concluyó que tenía que tratarse de un espectro devorador de almas y no de una bestia devoradora de

almas.

Tenían nombres parecidos, pero eran seres completamente distintos: los espectros pertenecían a la categoría de los fantasmas, mientras que las bestias pertenecían a la de los monstruos. Wei Wuxian sospechaba que los rayos que partieron los ataúdes desenterrados por el alud debían de haber liberado a algún espectro que descansara en su interior. Para confirmar su hipótesis, iba a tener que examinar los ataúdes calcinados para ver si tenían restos de algún sello mágico, pero era muy probable que los aldeanos se hubieran deshecho de ellos y hubieran vuelto a enterrar los cadáveres en otros nuevos, así que no esperaba encontrar demasiadas pistas.

El camino que subía al monte Brahma atravesaba Pie del Buda, así que Wei Wuxian comenzó a recorrerlo tranquilamente a lomos del burro.

Al cabo de un rato se cruzó con un grupo de personas que volvían de la montaña con gesto ceñudo y hablando todas a la vez. Varias de ellas llevaban la cara magullada. Estaba empezando a oscurecer y la visión de un hombre con pintas de fantasma degollado a lomos de un burro las hizo brincar del susto. Después de que pasaran por su lado echando sapos y culebras por la boca, Wei Wuxian se giró para mirarlas. ¿Se estaban retirando porque la presa era demasiado dura de roer o por algún otro motivo? Tras una breve reflexión, palmeó el trasero de su burro y se fue al trote.

Se perdió las quejas del grupo, que empezaron justo después.

—¡Nunca había visto semejante abusón!

—¿Qué necesidad tenía el líder de un clan tan grande de venir a disputarnos un espectro devorador de almas? ¡Con todos los que debe de haber matado desde que era joven!

—Dejémoslo, no hay nada que hacer. De todos los clanes, si hay alguno al que es mejor no tener en contra es el clan Jiang y, de todos los Jiang, si hay alguien al que es mejor no ofender es a Jiang Cheng. ¡Aceptemos nuestra mala suerte, recojamos los bártulos y larguémonos de aquí!

Seguía oscureciendo. Muy pronto se necesitaría una antorcha para poder orientarse entre los árboles. Wei Wuxian estaba encontrando a muy pocos cultivadores a su paso. Eso le extrañó. ¿Podía ser que, de todos los clanes que habían acudido, la mitad siguiera discutiendo en Pie del Buda y la otra

mitad estuviera retirándose con las manos vacías, como el grupo con el que acababa de cruzarse?

De pronto le llegaron gritos de auxilio desde más adelante.

—¡Ayuda!

—¡Socorro!

Eran voces de hombres y mujeres llenas de miedo e indefensión. No parecía una trampa. Sin embargo, nueve de cada diez veces las llamadas de auxilio que se oían en las montañas eran espíritus malignos tratando de atraer a los incautos.

Wei Wuxian se alegró. ¡Cuanto más maligno fuera el espíritu, mejor! ¡Si al final resultaba no serlo, iba a llevarse una decepción!

Espoleó al burro para que lo llevara hasta el lugar de donde procedían las voces, pero al llegar no encontró a nadie. Cuando miró hacia arriba, vio que no se trataba de ningún ser malvado, sino de aquel clan de cultivadores rurales con el que había coincidido antes. Estaban atrapados en una gigantesca red dorada que colgaba de un árbol.

El hombre de mediana edad que lideraba el grupo había querido llevarlos a explorar el bosque, pero, en lugar de hallar a su ansiada presa, habían caído en aquella trampa tendida por algún rico cultivador y no podían moverse. Al notar que alguien se acercaba, se alegraron, pero, en cuanto vieron quién era, se llevaron una gran desilusión.

Los hilos de aquella trampa, llamada red espiritual, eran muy finos, pero estaban hechos de un material de primerísima calidad que era casi imposible de romper. Cualquiera que quedara atrapado en ella, fuera humano, dios, fantasma o demonio, sería incapaz de zafarse a menos que contara con algún artefacto cultivacional aún más poderoso para romperla. No tenía sentido esperar que aquel loco fuera capaz de ayudarlos a bajar. Probablemente ni supiera qué era aquello.

Justo cuando estaban a punto de pedirle que fuera a buscar ayuda, se oyeron unos pasos ágiles quebrando la hojarasca, y de la oscuridad de los árboles surgió un adolescente vestido con una túnica de color claro.

Tenía un punto bermellón en la frente y sus facciones eran tan delicadas que irradiaban dureza. Era muy joven, debía de tener los mismos años que

Lan Sizhui. Llevaba a la espalda una aljaba con flechas emplumadas y una brillante espada larga hecha de oro; en la mano, un arco. El exquisito bordado de sus ropas le convergía en el pecho formando una hermosa peonía blanca cuyo relieve de filigrana de oro destellaba en la noche.

«¡Este tiene dinero!», pensó Wei Wuxian.

Tenía que ser un joven señor del clan Jin de Lanling. Ellos eran los únicos que tenían una peonía por insignia. Comparándose con la reina de las flores, querían dejar claro su estatus en el mundo de la cultivación. El punto de la frente simbolizaba el afán de abrirse a la sabiduría e iluminar el mundo con su luz.

El chico estuvo a punto de disparar una flecha, pero se detuvo al ver que la red espiritual solo había capturado a humanos. Su decepción no tardó en transformarse en fastidio.

—¡Siempre lo mismo! ¡Otra panda de estúpidos! ¡De las cuatrocientas redes espirituales que tengo repartidas por esta montaña, ya me habéis desbaratado una docena!

«¡Este tiene pero que mucho dinero!», volvió a admirarse Wei Wuxian.

Si ya una sola de aquellas redes era cara, él había colocado nada menos que cuatrocientas. Aquel dispendio habría arruinado a cualquier clan menor, pero el clan Jin se lo podía permitir. Aun así, el uso indiscriminado de redes espirituales, que atrapaban todo cuanto se movía, era impropio de una cacería nocturna. Estaba claro que buscaban disuadir a la competencia. Aquellos cultivadores de antes no se estaban retirando porque la presa fuera demasiado difícil de cazar, sino por miedo a ganarse la enemistad de un clan prominente.

En los días que había durado su periplo, y también gracias a lo que había escuchado en Pie del Buda, Wei Wuxian se había puesto al corriente de los cambios acontecidos en el mundo de la cultivación. Como vencedor de la tortuosa guerra librada entre los clanes durante más de cien años, el clan Jin de Lanling presidía sobre todos los demás y su líder se arrogaba el título de «cultivador jefe». Siempre habían sido unos engreídos a los que les gustaba hacer ostentación de su riqueza, pero, en los años en los que venían disfrutando de su nueva posición de privilegio, se habían vuelto aún más petulantes y educaban a sus hijos para ejercer la tiranía sobre los demás sin

ninguna clase de miramiento. Por hirientes que fueran, los clanes inferiores no tenían otro remedio que soportar todas sus humillaciones. Por eso, a pesar de las palabras abusivas del chico, aquella familia de cultivadores rurales atrapada en la red no rechistó.

—Joven señor, tenga la bondad de liberarnos —imploró servil el líder del grupo.

Frustrado porque su presa no aparecía, el muchacho terminó de descargar su ira contra aquellos pueblerinos.

—¡Os prefiero ahí colgados, sueltos volveríais a entorpecerme! —espetó, cruzándose de brazos—. Cuando atrape a la bestia devoradora, si me acuerdo de vosotros, ya os bajaré.

Como de verdad tuvieran que pasar la noche allí colgados y el monstruo que rondaba la montaña los encontrara, iba a sorberles el alma sin que pudieran hacer nada por defenderse. La chica de cara redonda que le había regalado una manzana a Wei Wuxian sintió miedo y se puso a llorar.

Wei Wuxian estaba sentado con las piernas cruzadas encima de su burro, pero, cuando el animal oyó los sollozos de la chica, levantó las orejas y echó a correr. De no haber sido por el horrible rebuzno que soltó, habría parecido un heroico corcel trotando con gallardía. Wei Wuxian, desprevenido, cayó de espaldas y estuvo a punto de romperse la cabeza. El burro iba directo hacia el chico, aparentemente convencido de que iba a poder lanzarlo por los aires de una embestida. Aquel sacó una flecha a toda prisa, se volvió hacia el animal y tensó el arco. Wei Wuxian, que no tenía ganas de buscarse una nueva montura, agarró al vuelo las riendas del burro y tiró con todas sus fuerzas para detenerlo.

Cuando el chico vio a Wei Wuxian, por un momento se sobresaltó; sin embargo, enseguida su sorpresa mudó en desagrado.

—Ah, eres tú —le dijo con una mueca de desprecio.

Su tono, dos partes de extrañeza y ocho de repugnancia, descolocó a Wei Wuxian.

—¿Qué pasa, te volviste majareta después de que te expulsáramos? —continuó el chico—. ¡Menudas pintas llevas, no puedo creer que te hayan dejado salir así!

¿Podía ser verdad lo que acababa de oír?

Wei Wuxian se dio un manotazo en el muslo.

¿Podía ser que el padre de Mo Xuanyu no hubiera sido el líder de un clan de poca monta, sino nada menos que el famoso Jin Guangshan?

Jin Guangshan había sido el líder del clan Jin de la generación anterior y ya llevaba muerto algún tiempo. La historia del personaje era un tanto complicada. Se casó con una mujer de buena familia que era muy controladora. Todo el mundo sabía que él le tenía pánico, pero, por mucho que la temiera, nunca perdió la afición a las mujeres y, por más que ella quisiera atarlo corto, era imposible tenerlo vigilado todo el tiempo. Se las arreglaba para tener escarceos con todo tipo de mujeres, desde damas distinguidas hasta las prostitutas más humildes. Le encantaba ser mujeriego y tuvo un gran número de hijos ilegítimos, pero era muy voluble: en cuanto se hartaba de una mujer, la descartaba y se desentendía de cualquier responsabilidad hacia ella. Solo uno de todos sus hijos ilegítimos había demostrado ser suficientemente talentoso como para que él lo reconociera: el actual líder del clan Jin de Lanling, Jin Guangyao.

La muerte de Jin Guangshan había sido muy poco digna. Queriendo demostrarse que seguía siendo un hombre viril a pesar de la edad, un día se encamó con varias mujeres a la vez y murió en pleno acto. Ante la imposibilidad de divulgar un hecho tan deshonroso, el clan optó por alegar que su líder había muerto de extenuación. El resto de los clanes estaban al corriente de lo sucedido, pero tuvieron la cortesía de fingir ignorancia.

Esta era, en fin, la verdadera causa de la fama de Jin Guangshan.

Después de Jiang Cheng, Jin Guangshan había sido el otro gran actor del asedio a la colina de las fosas. Ahora que Wei Wuxian ocupaba el cuerpo de uno de sus hijos ilegítimos, se preguntaba si eso contaba como venganza.

Al notar la extraña fascinación con que Wei Wuxian lo observaba, el chico le gritó:

—¿Qué miras? ¡Lárgate ya, me dan arcadas solo de verte! Maldito mangacortada…

Mo Xuanyu tenía edad suficiente para haber sido su tío, pero el chico se permitía faltarle al respeto de aquella manera. Wei Wuxian se sintió en la

obligación de ponerlo en su sitio, si no por él mismo, al menos por Mo Xuanyu.

—¡Qué actitud! —le dijo—. Está visto que tu madre te parió, pero no te enseñó modales.

Sus palabras encendieron la ira en los ojos del chico, que al momento desenvainó la espada que llevaba a la espalda.

—¿Qué… has dicho? —preguntó amenazante.

La espada refulgió con áureo resplandor. Claramente se trataba de otro raro artefacto de exquisita factura que la mayoría de los clanes no habría podido permitirse ni aun ahorrando toda la vida. Wei Wuxian se la quedó mirando. Le resultaba vagamente familiar, pero había visto tantas espadas de calidad con brillo dorado que no le dio más importancia y se puso a rebuscar en el saquito de tela que llevaba en la mano.

Era un saquito atrapaespíritus que había improvisado días antes con materiales que había ido encontrando por el camino. Cuando el chico se le echó encima, extrajo un muñeco de papel, se hizo a un lado para esquivar el ataque y se giró a tiempo de palmearle la espalda.

El chico era increíblemente ágil, pero Wei Wuxian tenía mucha experiencia en hacer tropezar a la gente y pegarles talismanes en la espalda, así que fue más rápido aún. El muchacho notó que la espalda se le entumecía y comenzaba a pesarle; muy pronto no pudo soportarlo más y cayó de bruces al suelo; también su espada, y con gran estrépito. Por más ímpetu que puso, fue incapaz de levantarse. ¡Se sentía como si soportara el peso del mismísimo monte Tai [9] !

En realidad tenía pegado en la espalda el fantasma de un hombre que había muerto por glotón. Pesaba tanto que apenas lo dejaba respirar. Era un fantasmita de tres al cuarto, pero servía para mantener a raya a mocosos como él.

Wei Wuxian recogió la espada, la sopesó y luego la blandió para romper la red espiritual.

La familia de cultivadores cayó al suelo con gran estrépito. Se dispersaron a toda prisa y sin decir palabra. La chica de la cara redonda hizo ademán de querer darle las gracias a Wei Wuxian, pero tiraron de ella temerosos de que

el joven señor del clan Jin los odiara aún más.

—¡Maldito mangacortada! —gritó el chico desde el suelo—. ¡Mírate, recurriendo a las artes oscuras porque tu espíritu es demasiado débil como para cultivarlo! ¡Yo que tú tendría cuidado! ¿Sabes quién está aquí hoy? Ha venido…

—¡Uy, qué miedo! —se burló Wei Wuxian llevándose los puños al pecho.

El método de cultivación de Wei Wuxian había sido ampliamente denostado porque a la larga resultaba perjudicial para la salud del cultivador. Sin embargo, al mismo tiempo también era capaz de producir resultados muy rápidamente y no requería demasiada fortaleza espiritual ni talento, lo cual lo hacía muy tentador. Como nunca faltaba gente dispuesta a tomar atajos, aquel chico pensaba que después de su expulsión Mo Xuanyu había tomado la senda de la cultivación demoníaca, una sospecha razonable que ahorró a Wei Wuxian tener que dar explicaciones innecesarias.

El chico empujó el suelo con las manos varias veces para tratar de levantarse, pero no lo consiguió. Rojo de ira y apretando los dientes, gritó:

—¡Como no me quites esto de encima, se lo diré a mi tío y serás hombre muerto!

La frase despertó la curiosidad de Wei Wuxian.

—¿Por qué a tu tío y no a tu padre? ¿Quién es tu tío?

Una voz grave y amenazadora sonó a su espalda:

—Su tío soy yo. ¿Algo más que añadir a tus últimas palabras?

El sonido de aquella voz hizo que a Wei Wuxian se le subiera de golpe toda la sangre del cuerpo a la cabeza e inmediatamente le volviera a bajar. Por suerte, llevaba la cara pintada de blanco, así que no se le notó.

Un hombre se le acercaba con paso decidido. Vestía una túnica ligera de color púrpura y apoyaba la mano en la empuñadura de su espada. Llevaba un cascabel de plata en la cintura, pero no le sonaba al caminar.

Era un hombre joven de ojos almendrados, intimidantemente atractivo. Su intensa mirada estaba llena de hostilidad; sus ojos se clavaban en Wei Wuxian como dos fríos relámpagos. Se detuvo a diez pasos de él, tan tenso como la cuerda de un arco a punto de disparar su flecha, altivo incluso en su pose.

—Jin Ling, ¿qué haces aquí perdiendo el tiempo? —dijo con el ceño fruncido—. ¿Necesitas que venga a buscarte? Mira el estado en el que te encuentras. ¡Levántate ahora mismo!

Recuperado de su estupor inicial, Wei Wuxian reaccionó con presteza: dobló un dedo dentro de su manga, y el muñeco de papel voló hacia él. Cuando Jin Ling sintió que el peso de la espalda se le aligeraba, rodó hacia un lado, agarró su espada y se puso en pie. Luego corrió a colocarse junto a Jiang Cheng.

—¡Te voy a partir las piernas! —gritó mientras señalaba a Wei Wuxian.

Ahora que estaban el uno junto al otro, podía apreciarse lo parecidos que eran: tío y sobrino podrían haber pasado por hermanos. Jiang Cheng hizo un leve gesto con el dedo y el muñeco de papel se escurrió de la mano de Wei Wuxian para volar hasta la suya. Le echó un vistazo y una ola de resentimiento inundó sus ojos. Entonces cerró el puño con fuerza y el papel empezó a arder. El fantasmita gritó hasta que quedó reducido a cenizas.

—¿Partirle las piernas? —preguntó Jiang Cheng con tono siniestro—. ¿Qué te tengo dicho? ¡Cada vez que encuentres a uno de estos hechiceros, mátalo y échaselo a tu perro!

Wei Wuxian retrocedió apresuradamente, olvidándose hasta de su burro. Había supuesto que, por grande que hubiera sido el odio que Jiang Cheng sentía hacia él, después de tantos años se habría apaciguado; sin embargo, no podía haberse equivocado más: el odio no solo seguía vivo, sino que, igual que le sucedía al licor, había ganado intensidad con el tiempo. ¡Y encima se había hecho extensivo a todos los cultivadores que practicaran sus artes!

Ahora que tenía quien lo respaldara, Jin Ling arremetió contra él con redoblada agresividad. Wei Wuxian introdujo dos dedos en el saquito atrapaespíritus, pero, antes de que pudiera sacar lo que había cogido, una espada con brillo azul surgida de la nada comenzó a batallar con la espada de Jin Ling.

El brillo dorado de la espada espiritual del chico se apagó al instante. Las dos hojas en liza eran igual de formidables, pero no así la pericia de sus dueños. Wei Wuxian había calculado con precisión el tiempo de respuesta,

pero el brillo de aquella nueva espada lo cogió desprevenido, tropezó, se cayó y fue a parar justo delante de un par de botas blancas como la nieve. Sobrecogido, levantó la mirada.

Lo primero que apareció ante sus ojos fue una hoja larga y delgada, tan cristalina como el hielo.

Aquella espada era famosa en el mundo de la cultivación. Wei Wuxian había tenido el honor de verla en acción en múltiples ocasiones, tanto luchando a su lado como contra ella. Su empuñadura estaba forjada en pura plata refinada con una técnica secreta y su hoja, estrecha y translúcida, parecía que fuera de hielo, pero era capaz de cortar el hierro como si fuera arcilla. A pesar de su aspecto liviano, era muy pesada: una persona normal no habría sido capaz ni de levantarla.

¡Era Bichen, la espada del Retiro de lo Mundano!

Su filo viró y Wei Wuxian la oyó encajar en su vaina al tiempo que Jiang Cheng decía:

—Justo andaba preguntándome de quién podría tratarse. Resulta que era el segundo joven señor de Lan.

Las botas blancas dieron tres pasos tranquilos para rodear a Wei Wuxian. Este levantó la cabeza y se puso en pie. En el momento en que pasaba por su lado, quizá sin intención, por un instante Lan Wangji cruzó la mirada con la suya.

Iba envuelto en luz de luna. Llevaba a la espalda una cítara negra de siete cuerdas y de suave lustre, más estrecha de lo habitual; ceñida a la frente, una cinta blanca con cenefa de nubes rodantes. Tenía la piel tan clara y sus rasgos eran tan finos que parecía hecho de jade pulido. Sus ojos cristalinos tenían una mirada excesivamente fría. Fría era también su expresión, tan solemne que resultaba severa. La mantuvo imperturbable incluso al ver las ridículas pintas de Wei Wuxian.

Su atuendo era impecable de la cabeza a los pies: ni una mota ni una arruga; nada en él desentonaba o contravenía la etiqueta. Aun así, a Wei Wuxian solo le vinieron a la mente dos palabras:

«¡Blanco luctuoso!».

Realmente parecía que vistiera de luto. Por mucho que los demás clanes

insistieran en proclamar los uniformes del clan Lan de Gusu como los más hermosos de todos, esa era la impresión que daban. Y, aunque Lan Wangji fuera justamente considerado como un hombre de singular apostura, de los que solo nacen una vez cada cien años, eso no cambiaba el hecho de que su circunspección lo hiciera parecer un viudo afligido que extrañaba a su esposa.

«¡Qué mala suerte tengo!», pensó Wei Wuxian. «Se me acumulan los enemigos. Ya dicen que los males siempre vienen a pares».

Lan Wangji permaneció en silencio con la mirada fija en Jiang Cheng. El líder del clan Jiang era excepcionalmente apuesto, pero, cuando tenía a Lan Wangji delante, no había duda de que era menos agraciado. También más impulsivo.

—¡Hanguang-jun haciendo honor a su reputación de enfrentarse al caos allá donde reine! —dijo, enarcando una ceja—. ¿Qué te trae por estos inhóspitos lares?

Por lo general, los cultivadores de renombre como ellos no solían dignarse a cazar espíritus malignos de bajo rango. Lan Wangji, sin embargo, era una excepción: nunca hacía ascos a ninguna presa y jamás había dejado de acudir a una cacería nocturna porque la criatura malévola no fuera suficientemente fiera o porque su captura no fuera a valerle aclamación. Bastaba con que alguien necesitara ayuda para que él acudiera. Así lo había hecho desde muy temprana edad, motivo por el que la gente solía decir de él que estaba siempre dispuesto a enfrentarse al caos allá donde reinara, lo cual era tanto una descripción de sus actos como un elogio de su carácter. Ahora bien, el tono con el que Jiang Cheng había pronunciado la frase no era precisamente elogioso y los jóvenes cultivadores del clan Lan que venían detrás de Lan Wangji se sintieron molestos.

—Lo mismo que a usted, ¿no? —replicó sin reparos Lan Jingyi.

Jiang Cheng bufó con desaprobación.

—Cuando alguien de mayor autoridad que tú está hablando, debes mantener la boca cerrada —dijo con voz gélida—. El clan Lan de Gusu presume de decoro y buenos modales, ¿es así como educan a sus discípulos?

Lan Wangji, que no parecía dispuesto a dirigirle la palabra a Jiang Cheng,

lanzó una mirada a Lan Sizhui. Este comprendió de inmediato y, en consonancia con su rango, pasó a dirigirse a Jin Ling:

—Joven señor Jin, las cacerías nocturnas siempre han sido competiciones justas. Las redes que ha distribuido por esta montaña entorpecen los movimientos de los cultivadores de los demás clanes. ¿No cree que está contraviniendo las reglas?

Jin Ling le contestó con la misma frialdad que su tío.

—¡Si son tan tontos como para quedar atrapados, no es mi problema! Primero capturaré a mi presa, luego ya veremos.

Lan Wangji frunció el ceño. Jin Ling fue a decir algo más, pero se encontró con que no podía abrir la boca ni articular ningún sonido. Aterrado, palideció de miedo.

Al ver que su sobrino era incapaz de despegar los labios, Jiang Cheng enrojeció de rabia y abandonó la falsa cortesía.

—¿Qué es este disparate? ¡Tú eres un Lan, no te corresponde aleccionar a Jin Ling! ¡Deshaz el hechizo ahora mismo!

El hechizo silenciador era lo que el clan Lan usaba para disciplinar a sus discípulos. Wei Wuxian había sufrido sus efectos en múltiples ocasiones. A pesar de que no era una magia demasiado compleja, solo podían deshacerla los miembros del clan Lan. Si, a pesar de todo, uno intentaba hablar a la fuerza, corría el riesgo de desgarrarse los labios o quedarse ronco durante días. Lo único que se podía hacer era permanecer callado y reflexionar sobre la falta cometida hasta que el castigo terminara.

—No se preocupe —le dijo Lan Sizhui a Jiang Cheng—. Mientras no trate de resistirse, el hechizo se romperá al cabo de un incienso.

Antes de que Jiang Cheng tuviera tiempo de replicar, un hombre ataviado con el uniforme púrpura de su clan surgió de entre los árboles.

—¡Señor!

Cuando vio que Lan Wangji estaba presente, vaciló.

—¡Habla! —le ordenó Jiang Cheng—. ¿Qué otra mala noticia me traes ahora?

El cultivador dijo en voz baja:

—Acaba de pasar volando una espada azul que ha segado las redes que habíamos dispuesto.

Jiang Cheng le lanzó una mirada furibunda a Lan Wangji. La rabia que acumulaba en el pecho empezaba a aflorar.

—¿Cuántas de ellas? —preguntó.

El discípulo respondió, temeroso:

—Todas…

¡Más de cuatrocientas redes!

Jiang Cheng estaba a punto de estallar.

No podía creer la mala suerte que estaba teniendo. Había venido a ayudar a Jin Ling, quien a sus quince años ya estaba en la edad en la que uno iniciaba su camino como cultivador y comenzaba a medirse con los vástagos de los demás clanes. Había escogido el lugar, lo había llenado de redes espirituales e incluso había intimidado a los cultivadores de los otros clanes para que se retiraran y pudiera erigirse ganador sin problemas. Cuatrocientas redes espirituales costaban una fortuna, pero el clan Jiang de Yunmeng podía asumir su pérdida. Las redes le daban igual, no así la humillación. La injerencia de Lan Wangji le resultaba intolerable y su furia estaba a punto de desbordarse. Entrecerró los ojos y, de forma inconsciente, comenzó a acariciar el anillo que llevaba en el dedo índice derecho.

Aquel gesto era muy peligroso.

Todos sabían que aquel anillo era un arma mágica mortal. Cada vez que el líder del clan Jiang lo acariciaba, estaba indicando su deseo de matar. Sin embargo, al cabo de unos segundos, Jiang Cheng se obligó a contener su hostilidad.

Por irritado que estuviera, no podía permitirse el lujo de actuar con la misma impulsividad infantil que Jin Ling. El líder de una secta debía tener más cosas en consideración. Después de la caída del clan Nie de Qinghe, de los tres grandes clanes restantes, el clan Jin de Lanling y el clan Lan de Gusu mantenían una relación muy estrecha gracias a la amistad que unía a sus líderes. Jiang Cheng, en cambio, lideraba el clan Jiang de Yunmeng en solitario, prácticamente aislado de los otros dos. Lan Wangji no era solo un cultivador de prestigio; también era el hermano menor del actual líder del

clan Lan de Gusu, Lan Xichen. En la medida en que ambos hermanos mantenían una relación armoniosa, a Jiang Cheng no le convenía meterse con Lan Wangji.

También se daba la circunstancia de que su espada, Sandu, la espada de los Tres Venenos, nunca se había enfrentado a la de Lan Wangji, Bichen, la espada del Retiro de lo Mundano, de modo que no estaba claro que pudiera ganarle. Y, aunque también contara con el anillo de su familia, Zidian, el Relámpago Púrpura, la cítara de Wangji, llamada Wangji como él, la cítara del Olvido de toda Empresa, tenía fama de peligrosa. Jiang Cheng odiaba luchar en desventaja; hasta que no estuviera seguro de poder salir victorioso, no iba ni a plantearse atacar a Lan Wangji.

Lentamente retiró la mano con la que había estado acariciando el anillo. Lan Wangji parecía decidido a interferir en aquel asunto y a él no le convenía seguir interpretando el papel de villano. Se la guardaría para la próxima.

Tomada esta decisión, Jiang Cheng se volvió hacia Jin Ling, que seguía tratando de abrir la boca, y le dijo:

—Si Hanguang-jun ha querido darte una lección, será mejor que la aceptes. Su interés por la educación de los jóvenes de clanes ajenos es loable.

Su tono era de sarcasmo, pero no quedaba claro a quién lo dirigía. Lan Wangji, que nunca participaba en batallas dialécticas, lo ignoró.

—¿Por qué sigues ahí parado? ¿Esperas que la presa venga a clavarse en tu espada ella sola? —insistió Jiang Cheng con mordacidad—. ¡Como hoy no mates a la criatura que ronda esta montaña, no quiero volver a verte!

Jin Ling miró con rabia a Wei Wuxian. Habría hecho lo mismo con Lan Wangji, pero no se atrevió por miedo a que volviera a lanzarle el hechizo silenciador. Envainó su espada, hizo una reverencia en dirección a ambos, tomó su arco y desapareció.

—Líder de la secta Jiang —dijo entonces Lan Sizhui—, el clan Lan de Gusu reembolsará el dinero de las redes destruidas.

Jiang Cheng sonrió con apatía.

—No es necesario.

Luego se dio la vuelta y comenzó a descender la montaña con paso firme. El discípulo que le había traído el mensaje lo siguió con gesto contrariado, consciente de la bronca que le esperaba.

Una vez que sus siluetas se perdieron entre los árboles, Lan Jingyi no pudo evitar decir:

—¿Se puede saber qué le pasa a ese?

Solo después de pronunciar aquella frase, recordó la norma del clan Lan que prohibía hablar mal de nadie a sus espaldas. Encogido, miró de soslayo en dirección a Hanguang-jun y dio un paso atrás.

Lan Sizhui se dirigió a Wei Wuxian con una sonrisa:

—Joven señor Mo, volvemos a encontrarnos.

Wei Wuxian forzó una sonrisa, pero fue Lan Wangji quien habló con su parquedad habitual.

—A trabajar.

Recordando al fin la razón por la que habían ido a aquella montaña, los novicios dejaron de lado cualquier otro pensamiento y se quedaron mirando a Lan Wangji en espera de instrucciones. Él se limitó a decirles:

—Hacedlo lo mejor que podáis, pero sin heroicidades.

Su voz profunda y cautivadora estremecía el corazón. Los muchachos asintieron y al momento se internaron en la espesura.

«Jiang Cheng y Lan Zhan [10] tienen estilos completamente opuestos, se nota hasta en su forma de dirigirse a los novicios», pensó Wei Wuxian.

Entonces vio que Lan Wangji lo saludaba con un leve gesto de cabeza y esto lo desconcertó.

Desde su más temprana juventud, Lan Wangji había sido exasperadamente formal, tan rígido y severo que daba la impresión de no haber vivido un momento de laxitud en su vida. Jamás se permitía la más mínima transgresión, y en su día había visto con muy malos ojos la decisión de Wei Wuxian de dedicarse a la cultivación demoníaca. Sin embargo, aunque a estas alturas sin duda Lan Sizhui ya debía de haberle hablado de su sospechoso comportamiento en la villa de los Mo, ahora estaba saludándolo con solemnidad. Wei Wuxian supuso que le estaba dando las

gracias por haber sacado de apuros a los novicios de su clan, así que le devolvió el gesto. Para cuando volvió a levantar la mirada, Lan Wangji había desaparecido.

Tras un breve desconcierto, Wei Wuxian dio media vuelta y empezó a andar cuesta abajo. Fuera cual fuera la presa que esperaba en la montaña, ya no la quería. No le habría importado disputársela a cualquiera menos a Jin Ling.

No podía creer que fuera él.

El clan Jin de Lanling tenía tantos discípulos que nunca habría imaginado que fuera a encontrárselo. Si hubiera sabido quién era, no le habría dicho aquello de «está visto que tu madre te parió, pero no te enseñó modales». Cualquiera que le hubiera dicho eso a Jin Ling habría recibido tal paliza de parte de Wei Wuxian que habría escarmentado para siempre. Pero, en este caso, el bocazas había sido él mismo.

Después de permanecer un rato parado en silencio, levantó la mano y se dio una bofetada. Aplicó tanta fuerza que la cara acabó escociéndole. Entonces oyó un crujido entre los arbustos y vio aparecer a su burro. Cuando bajó la mano, el animal, a diferencia de todas las veces anteriores, se le acercó por propia voluntad. Wei Wuxian le tiró de las orejas y, esbozando una sonrisa amarga, le dijo:

—Has querido salvar a una damisela en apuros, pero el que ha acabado pagando las consecuencias he sido yo.

Mientras el burro rebuznaba su respuesta, en la distancia apareció una multitud de cultivadores. Ahora que la espada voladora de Lan Wangji había destruido las redes espirituales, todos los cultivadores que habían estado aguardando indecisos en Pie del Buda estaban subiendo la montaña en tropel. En la medida en que eran competidores de Jin Ling, Wei Wuxian consideró la idea de hacerlos retroceder, pero al final se hizo a un lado y los dejó pasar.

Había discípulos de muchos clanes, cada cual vestido con su uniforme, refunfuñando al caminar.

—¡Ese Jin Ling es un malcriado! ¡Tan joven y los aires que se da! El clan Jin y el clan Jiang lo mimaron demasiado. Si algún día llega a liderar el clan Jin será una catástrofe, ¡no creo que sobrevivamos!

Wei Wuxian aminoró la marcha.

—Pero ¿cómo no iban a mimarlo? —dijo con un suspiro una cultivadora de buen corazón—. Se quedó huérfano de padre y madre tan pequeñito…

—Hermana, eso no tiene sentido. ¿Qué tendrá que ver que sus padres estén muertos? En el mundo hay montones de huérfanos. ¡Si todos se comportaran como él, sería terrible!

—Yo sigo sin explicarme cómo Wei Wuxian fue capaz de hacer lo que hizo. La madre de Jin Ling era hermana de sangre de Jiang Cheng, y él crio a Wei Wuxian como si fuera de la familia.

—Qué injusto para Jiang Yanli, crio a un lobo que terminó mordiéndole la mano… Y Jin Zixuan tuvo un destino aún peor. Acabar de esa manera solo porque una vez tuvo una pelea con Wei Wuxian…

—Wei Wuxian se peleaba con todo el mundo.

—Eso es verdad. ¿Has oído que se llevara bien con alguien que no fueran esos perros rabiosos que crio? Allá donde iba hacía enemigos. Hanguang-jun tampoco podía verlo, se llevaban como el perro y el gato.

—Hablando de Hanguang-jun, menos mal que ha aparecido…

Al rato de caminar, Wei Wuxian oyó el murmullo de un arroyo.

Que no lo hubiera oído durante la subida quería decir que estaba bajando la montaña por un sendero distinto.

Tiró de las riendas de su burro y lo condujo hasta el arroyo. La luna colgaba en lo alto del cielo, limpio de ramas u hojas que pudieran taparla, y el agua transportaba placas de escarcha. Wei Wuxian vio en ella el reflejo ondulante de su cara.

Furioso, golpeó el agua con toda su rabia y aquel rostro ridículo desapareció. Luego levantó la mano empapada y se limpió el maquillaje.

Ahora el agua reflejaba el rostro de un hombre joven y agraciado. Su imagen era tan prístina como la luna del cielo; tenía los ojos claros, las cejas delineadas, y los labios se le curvaban en las comisuras. Cuando se inclinó para observarlo mejor, las gotas que acumulaba en las pestañas comenzaron a caérsele como si fueran lágrimas.

Aquel era el rostro de un desconocido. No era el patriarca de Yiling, el

hombre que en su día estremeció al mundo y lo sumió en un torrente de sangre y muerte.

Wei Wuxian pasó un buen rato contemplando su reflejo. Luego terminó de limpiarse la cara, se quitó el agua de los ojos y se sentó pesadamente a la orilla del arroyo.

No solía permitir que le afectara lo que dijeran de él. Desde el mismo momento en que decidió tomar el camino que tomó, había sido consciente de lo que iba a reportarle; por eso se había recordado a sí mismo el lema del clan Jiang de Yunmeng: «Intenta lo imposible».

Sin embargo, aunque creyera tener el corazón de piedra, al final no dejaba de ser humano.

El burrillo pareció intuir su abatimiento y, por una vez, en lugar de rebuznar con impaciencia, se limitó a sacudir la cola en silencio. Al rato echó a andar, pero Wei Wuxian permaneció sentado en la orilla sin reaccionar. Viendo que no lo seguía, el burro dio media vuelta y lo pisoteó con las pezuñas, pero Wei Wuxian siguió sin reaccionar. Irritado, el animal empezó a tirarle del brazo con los dientes.

Como en el fondo le daba lo mismo irse que quedarse, Wei Wuxian terminó cediendo ante su insistencia. El burro lo condujo hasta un claro entre los árboles, donde empezó a dar vueltas sobre algo. Era una bolsa del cosmos. Estaba justo debajo de una red dorada cortada. Debía de habérsele caído a algún cultivador incauto en el momento de zafarse. Wei Wuxian la recogió. Dentro halló un calabacino de licor medicinal, varios talismanes, un espejito detector de fantasmas y muchas más cosas por el estilo.

Mientras seguía rebuscando en la bolsa, sacó distraídamente un talismán que al momento comenzó a arder en su mano.

Era un talismán combustible. Se llamaba así porque consumía energía oscura; en cuanto entraba en contacto con ella, empezaba a arder y, cuanto más fuerte era la energía, más vivas eran sus llamas. El hecho de que hubiera empezado a arder tan pronto como Wei Wuxian lo había sacado de la bolsa significaba que cerca de allí había algún espíritu.

Wei Wuxian, alerta en cuanto lo vio arder, lo alzó para determinar la dirección de la que provenía la energía. Si se volvía hacia el este, la llama se debilitaba, pero, en cuanto se giraba hacia el oeste, se avivaba. Así pues,

caminó varios pasos en aquella dirección. Enseguida divisó una figura blanca y encorvada bajo un árbol.

El talismán terminó de consumirse y las cenizas se le escurrieron entre los dedos. Un anciano de espaldas a él estaba murmurando algo entre dientes.

Wei Wuxian se le acercó lentamente. Conforme lo fue teniendo más cerca, sus palabras se hicieron más claras.

—Qué dolor, qué dolor…

—¿Dónde le duele? —preguntó Wei Wuxian.

—Aquí, en la cabeza. Me duele la cabeza… —le respondió el anciano.

—Déjeme ver.

Cuando Wei Wuxian rodeó al anciano para verle la cara, descubrió que tenía un agujero ensangrentado en la frente. Era el alma de un difunto, presumiblemente alguien que había muerto a causa de un golpe en la cabeza. Tanto el corte como el material de la túnica funeraria que vestía eran de primera calidad, señal de que había recibido adecuada sepultura. No era el alma perdida de un vivo.

Pero no tenía sentido que el alma de un difunto anduviera suelta por allí.

Wei Wuxian no conseguía explicarse esta incoherencia. Solo sabía que no era un buen presagio. Saltó sobre el lomo de su burro, le dio una palmada en el trasero y se fue trotando cuesta arriba en busca de Jin Ling y los demás.

Los alrededores del viejo cementerio estaban llenos de cultivadores que caminaban de aquí para allá con la esperanza de que saltara la liebre y la criatura se dejara ver. Uno de ellos había tenido el valor de izar una bandera invocadora del mal, pero solo había conseguido atraer a un grupo de almas plañideras.

Wei Wuxian dio un tirón de riendas, miró a su alrededor y preguntó con voz alta y clara:

—Disculpad la interrupción, ¿alguno de vosotros sabe adónde han ido los discípulos de los clanes Jin y Lan?

Ahora que se había lavado la cara, ya no lo ignoraban.

—Se han ido al santuario de la diosa celestial —respondió un cultivador.

—¿El santuario de la diosa celestial?

La familia de cultivadores rurales se encontraba entre los cazadores nocturnos. Al enterarse de que las redes espirituales habían sido destruidas, habían vuelto a subir a la montaña. Su líder reconoció a Wei Wuxian como aquel loco que los había salvado gracias a la ropa y al burro dentudo que lo acompañaba, pero no se atrevió a hablarle por vergüenza. La chica de la cara redonda le indicó el camino:

—Se va por allí. Es un pequeño santuario excavado en la roca.

—¿A qué deidad está dedicado? —preguntó Wei Wuxian.

—Creo… que hay una estatua de piedra con forma de diosa. Se hizo de manera natural.

Wei Wuxian asintió y le dio las gracias. Después se dirigió a toda velocidad hacia el santuario.

Un pordiosero que había encontrado esposa, ataúdes destrozados por los rayos, un prometido despedazado por los lobos, una hija y un padre a los que les habían robado el alma de forma consecutiva, una túnica funeraria exquisitamente bordada… Uno a uno, los hechos iban engarzándose alrededor de un mismo hilo como las cuentas de un rosario budista.

¡Con razón las brújulas del mal no servían de nada! ¡Por no hablar de las banderas invocadoras! ¡Estaban subestimando el poder de lo que se escondía en aquella montaña! ¡No era lo que pensaban!

Después de una búsqueda infructuosa en el cementerio, Lan Sizhui y los demás andaban buscando pistas en el santuario. Allí no se veneraba a Buda ni a Guanyin [11] , sino a una diosa celestial danzante.

Varios siglos atrás, un cazador de Pie del Buda se aventuró en lo más profundo de la montaña y descubrió una roca maravillosa en el interior de una cueva. Medía casi un zhang [12] de alto y, a pesar de haberse formado de manera natural, guardaba un parecido increíble con una persona que moviera las cuatro extremidades al bailar. Aún más asombrosos eran sus rasgos faciales, que, sin ser del todo distinguibles, recordaban a la cara de

una joven sonriente.

Los habitantes de Pie del Buda quedaron maravillados ante aquel descubrimiento. Convencidos de que se trataba de una roca divina en la que se había reunido la energía espiritual del cielo y de la tierra, no tardaron en inventar cuentos y leyendas en torno a ella. En una de las historias, un inmortal secretamente enamorado de la Oscura Señora de los Nueve Cielos [13] empezó a esculpir una escultura a su imagen y semejanza para aliviar el desconsuelo que sentía. Sin embargo, cuando ella se enteró, montó en cólera y ya nunca más se supo de la estatua a medio terminar. Según otra leyenda, el Emperador de Jade [14] había tenido una hija muy querida que murió a muy temprana edad y mandó hacer la estatua en honor a su memoria. Inventaron tantas historias, a cuál más sorprendente, que al final empezaron a creérselas, así que reformaron la cueva y la convirtieron en un santuario sagrado. La base de la roca fue esculpida para que sirviera de altar, la estatua fue rebautizada como diosa celestial y empezaron a venerarla.

El interior de la cueva era tan espacioso como un templo. La diosa estaba colocada justo en el centro. Si uno entrecerraba los ojos, su forma recordaba vagamente a la de una mujer y su cintura podía incluso pasar por hermosa. De cerca, en cambio, era bastante más tosca. Pese a todo ello, que una roca formada naturalmente pudiera parecerse tanto a un ser humano no dejaba de ser sorprendente.

Lan Jingyi movió su brújula del mal, pero la aguja permaneció inmóvil. Sobre la mesa de ofrendas, cubierta por una gruesa capa de cenizas de incienso, había restos de velas y frutas estropeadas que despedían un olor nauseabundo. Como el resto de los miembros del clan Lan de Gusu, Lan Jingyi era bastante maniático con la limpieza y tuvo que abanicarse la nariz.

—¿No decían los aldeanos que la diosa de este santuario concede muchos deseos? ¿Cómo pueden tenerla así? Deberían pasarse a limpiar de vez en cuando…

—Ha habido siete inanimaciones seguidas y corre el rumor de que unos rayos liberaron al espíritu maligno de un antepasado —explicó Lan Sizhui —. Ahora mismo nadie se atreve a subir a la montaña. Interrumpido el culto, es natural que se acumulen cenizas.

Una voz desdeñosa llegó del exterior de la cueva:

—Si no es más que un trozo de roca. ¡Hay que ser muy idiota para tomarla por una diosa y venerarla!

Jin Ling entró con los brazos cruzados. El efecto del hechizo silenciador había pasado y volvía a ser capaz de abrir la boca; sin embargo, seguía sin salir nada bueno de ella.

Mirando en dirección a la estatua, resopló con desprecio y dijo:

—Estos aldeanos… En cuanto tienen algún problema, en lugar de afrontarlo, se pasan el día quemando incienso y pidiendo intercesión divina. ¡Hay miles de millones de personas en el mundo! Los dioses ya tienen bastante con lo suyo, ¿qué les van a importar? Encima, adoran a una divinidad salvaje y sin nombre… Si realmente es tan espléndida como dicen, probemos a pedirle algo: ¡deseo que lo que sea que se está llevando las almas de los alrededores de esta montaña aparezca ante mí en el acto! ¿Me lo va a conceder?

El grupo de cultivadores de clanes menores que venía detrás de él secundó sus palabras con gran algarabía. La súbita afluencia de personas hizo que el santuario pareciera más pequeño y su atmósfera, más opresiva.

Sacudiendo la cabeza con desagrado, Lan Sizhui se giró en dirección opuesta a ellos y recorrió la cueva con la vista. Su mirada fue a posarse en el rostro de la estatua. Sus rasgos apenas eran discernibles, pero, aun así, se le intuía una sonrisa piadosa. Aquel rostro le resultó extrañamente familiar, como si ya lo hubiera visto en alguna parte, pero ¿dónde podría haber sido?

Convencido de que estaba ante una pista importante, se acercó al altar para examinar el rostro de la diosa. Entonces notó que alguien chocaba con su espalda.

El cultivador que tenía detrás se había desplomado en el suelo. Alarmados, todos los presentes se pusieron en guardia de inmediato.

—¿Qué le pasa a este? —preguntó Jin Ling.

Lan Sizhui desenvainó la espada y se acercó con cautela al cultivador. Respiraba con normalidad. Era como si se hubiera quedado dormido de repente, pero, por mucho que lo llamaron y lo sacudieron, no consiguieron despertarlo. Lan Sizhui levantó la cabeza y dijo:

—Parece como si…

Antes de que pudiera terminar la frase, todo se iluminó. La cueva, previamente en penumbra, se tiñó de rojo como si una cortina de sangre se hubiera derramado por las paredes. ¡Las velas del altar y de todos los rincones se habían encendido solas!

En una sucesión de silbidos metálicos, varios de los presentes desenvainaron las espadas; otros sacaron talismanes que sostuvieron en alto. Justo entonces llegó Wei Wuxian, que irrumpió a toda velocidad con un calabacino en la mano y roció la estatua de la diosa con su contenido. Un fuerte olor a licor medicinal inundó el ambiente. Luego cogió un talismán, dibujó algo en el aire con él y se lo lanzó a la estatua. El altar ardió en llamas en el acto y la cueva se iluminó como si fuera de día.

Habiendo utilizado todo su contenido, Wei Wuxian tiró al suelo la bolsa del cosmos y gritó:

—¡Salid todos ahora mismo! ¡Aquí dentro hay una diosa devoradora de almas!

—¡Está cambiando de postura! —exclamó alguien con asombro.

Hasta entonces la estatua divina había tenido una pierna alzada y los brazos en alto, uno de ellos apuntando a los cielos. Ahora, sin embargo, la silueta que vislumbraban tras las llamas anaranjadas tenía bajados tanto la pierna como los brazos. ¡Era absolutamente cierto, los ojos no les estaban jugando una mala pasada!

Un instante después, la estatua divina volvió a levantar la pierna… ¡Y salió de entre las llamas!

—¡Corred, corred, corred! —gritó Wei Wuxian—. ¡No intentéis atacarla, será inútil!

Casi todos los cultivadores lo ignoraron. Ahora que por fin había aparecido el monstruo devorador de almas que buscaban, no iban a desaprovechar la oportunidad. Sin embargo, ni sus espadas ni sus talismanes ni el resto de los artefactos espirituales que usaron fueron capaces de impedir que la estatua siguiera moviéndose. Medía casi un zhang de alto y se movía como un gigante que fuera a pisotearlos en cualquier momento. Agarró a dos cultivadores y se los acercó a la cara. Tras

un instante en el que pareció que sus pétreos labios se abrían, los cultivadores dejaron caer sus espadas y ladearon la cabeza. Acababa de sorberles el alma.

Sin ataques que surtieran efecto, los demás cultivadores hicieron caso al fin y salieron de la cueva huyendo en todas direcciones. Wei Wuxian buscó a Jin Ling en medio de la multitud, pero, cuanto más ansioso estaba, más difícil le resultaba. Montó en su burro y se internó en un bosque de bambú cercano; cuando miró atrás, vio a los discípulos del clan Lan corriendo hacia él y exclamó:

—¡Niños!

—¡No somos sus niños! —protestó Lan Jingyi, indignado—. ¿Se le ha olvidado a qué clan pertenecemos? ¡A ver si por haberse lavado la cara ya cree que puede pasar por nuestro pariente!

—Está bien, está bien. Hermanos. ¡Rápido, disparad una señal para que venga… ese Hanguang-jun de vuestro clan!

Los chicos asintieron y empezaron a rebuscar en sus uniformes al tiempo que seguían corriendo.

—No nos quedan… —reconoció Lan Jingyi poco después—. Gastamos la última aquella noche en la villa de los Mo.

Wei Wuxian no daba crédito.

—¡¿Y desde entonces no habéis repuesto una cosa tan importante?!

Aquellas bengalas se utilizaban muy poco, quizá una vez cada ochocientos años.

—Se nos pasó —respondió Lan Sizhui, avergonzado.

Wei Wuxian los abroncó:

—¡¿Cómo podéis olvidaros de algo así?! ¡Ya veréis cuando se entere vuestro Hanguang-jun!

Lan Jingyi se tornó blanco como el papel.

—Oh, no… Esta vez nos va a castigar en serio…

—¡Que lo haga! Así aprenderéis para la próxima.

—Joven señor Mo, ¿cómo ha sabido que lo que andaba arrebatando almas no era ni un espectro ni una bestia devoradores de almas, sino la estatua de

la diosa? —preguntó Lan Sizhui.

Wei Wuxian buscaba a Jin Ling con la mirada mientras corría.

—¿Que cómo lo he sabido? Lo he visto.

Lan Jingyi los alcanzó; ahora corrían uno a su izquierda y el otro a su derecha.

—¿Qué ha visto? —preguntó Lan Jingyi—. ¡Nosotros también hemos visto muchas cosas!

—Ah, ¿sí? ¿Qué hay en los alrededores del cementerio?

—¿Qué va a haber? Almas de difuntos.

—Exacto, almas de difuntos. Era imposible que se tratara de un espectro o de una bestia devoradores de almas. ¿Qué habría hecho con las almas cualquiera de esos dos seres, dejar que siguieran flotando por ahí sin comérselas? No.

—¿Por qué no? —preguntaron los novicios al unísono.

—Ay, el clan Lan no tiene remedio… —se lamentó frustrado Wei Wuxian —. ¡A ver cuándo dejan de haceros memorizar normas de etiqueta y todas esas bobadas interminables sobre la historia y la genealogía de los clanes y empiezan a enseñaros cosas más útiles! ¿Tan difícil de entender es? Sorber el alma de un muerto es mucho más fácil que sorber la de un vivo. El cuerpo de los vivos funciona a modo de una coraza protectora que hay que atravesar. Es un poco como…

Se fijó en su burro, que iba jadeando con los ojos fuera de sus órbitas.

—Es como si tuvierais que elegir entre una manzana que cuelga frente a vuestras narices y otra guardada bajo llave en un cofre. ¿Cuál os comeríais primero? ¡La de enfrente, claro! Pero esta criatura solo devora almas de personas vivas, y tiene forma de conseguirlas: eso significa que es muy selectiva y también muy poderosa…

—Ah, pues tiene mucho sentido… ¡Oiga, usted no está tan loco como aparenta! —exclamó Lan Jingyi con sorpresa.

—Nosotros pensábamos que el alud y los rayos que destrozaron los ataúdes eran la causa de que hubiera tantas almas dispersas —explicó Lan Sizhui—, por eso concluimos que estábamos ante un espectro devorador de

almas.

—Os equivocasteis —respondió Wei Wuxian.

—¿Sí?

—Sí. Tanto con el orden de los acontecimientos como con su causante. ¿Qué fue primero, el alud o las inanimaciones? ¿Cuál fue la causa y cuál el resultado?

Lan Sizhui respondió sin vacilar:

—Primero fue el alud y luego los incidentes. Lo primero es la causa, lo segundo el resultado.

—¡Al revés! Las inanimaciones empezaron antes que los destrozos y el alud. Las inanimaciones son la causa de todo; ¡el resto, sus consecuencias! La noche del alud se desató una tormenta de repente y los rayos abrieron varios ataúdes, recordad eso. La primera víctima, aquel pordiosero, se casó al poco de pasar la noche atrapado en la montaña.

—¿Qué tiene eso de raro? —preguntó Lan Jingyi.

—¡Todo! Era un pobre desgraciado sin oficio ni beneficio, ¿cómo pudo costearse una boda tan fastuosa?

Los chicos no sabían qué decir. Era de esperar: como miembros del clan Lan de Gusu, nunca habían tenido que preocuparse de temas tan mundanos como el dinero.

Wei Wuxian prosiguió:

—¿Os habéis fijado en las almas de difuntos que vagan por esta montaña? Una de ellas es la de un anciano que murió de un brutal golpe en la cabeza. El corte y el material de su túnica funeraria son excepcionales. Con esa mortaja tan espléndida, seguro que no estaba solo en su ataúd; lo enterrarían con algún tipo de ajuar funerario. Es más que probable que uno de los ataúdes destrozados por los rayos fuera el suyo, aunque las personas que recogieron los restos no encontraron ningún objeto valioso… Eso me lleva a pensar que el pordiosero se los llevó. ¡Lo cual explicaría cómo se hizo rico de la noche a la mañana! Encontró fortuna y esposa después de pasar la noche atrapado en la montaña. Algo tuvo que pasar ahí… Era una noche de tormenta, así que buscaría refugio. ¿En qué lugar de esta montaña puede uno resguardarse de la lluvia? En el santuario de la diosa. ¿Y qué suele

hacer la gente en los santuarios?

Lan Sizhui empezaba a atar cabos.

—¿Rezar?

—Exacto. Pediría tener un golpe de suerte, hacerse rico, disponer de dinero suficiente para poder casarse o algo por el estilo. Y la diosa se lo concedió: hizo caer varios rayos que abrieron las tumbas y afloraron los tesoros que contenían. Como pago por hacer realidad su deseo, la diosa se le apareció durante la noche de bodas… ¡y le arrebató el alma!

—Todo esto son suposiciones, ¿no? —preguntó Lan Jingyi con escepticismo.

—Lo son. Pero su lógica concuerda con el resto de las cosas que han pasado.

—¿Cómo explica lo que le pasó a la señorita Yan? —preguntó Lan Sizhui.

—Buena pregunta. Imagino que habréis indagado sobre el tema en la aldea y sabréis que Yan acababa de comprometerse. Todas las muchachas en su situación suelen tener el mismo deseo.

—¿Cuál? —preguntó Lan Jingyi.

—Algo así como «¡que mi futuro esposo me ame y me honre toda su vida!».

Los novicios se miraron con extrañeza.

—¿Puede concederse un deseo así…?

—Claro —respondió Wei Wuxian con las manos extendidas—. Basta con que esa vida no dure. ¿Qué mejor forma de asegurarse de que la amara y la honrara hasta el final que matarlo mientras seguía enamorado?

Lan Jingyi comprendió al fin.

—¡Oooh! Entonces… ¡entonces lo más probable es que al prometido de la señorita Yan se lo comieran los lobos al día siguiente de contraer el compromiso porque ella había ido al santuario a rezar!

Wei Wuxian remató:

—Es difícil saber si fueron los lobos u otra cosa. Pero el caso de Yan tiene una peculiaridad: de todas las víctimas, ¿por qué solo ella pudo recuperar el alma? ¿Cuál es la diferencia que la distingue de los demás? La diferencia es

que un miembro de su misma familia también perdió el alma. ¡Mejor dicho, la intercambió por la de ella! El herrero Zheng quería a su hija más que a nada en el mundo. ¿Y qué opción le queda a un padre cuya hija ha perdido el alma cuando ve que no puede hacer nada por ella porque no hay medicina ni remedio para su mal?

Esta vez fue Lan Sizhui quien contestó:

—Encomendar sus últimas esperanzas a los cielos. ¡Seguro que él también acudió a la diosa y le pidió que su hija Yan recuperara el alma!

Wei Wuxian asintió.

—Por eso el alma de Yan fue la única que regresó, y por eso el herrero Zheng fue el tercero en perder la suya. Pero, para cuando la estatua escupió el alma de Yan, ya estaba dañada, de ahí que de vez en cuando imite involuntariamente la postura danzarina de la diosa, sonrisa incluida.

Todas las inanimaciones tenían algo en común: las víctimas habían pedido un deseo ante la estatua. Y el precio por concedérselo habían sido sus almas.

La estatua de la diosa empezó siendo una roca corriente con la particularidad de que parecía una persona. Después de siglos recibiendo culto, empezó a adquirir poder espiritual, pero su avidez era insaciable y tuvo una siniestra idea: acelerar el desarrollo de sus poderes comiendo almas. Como las obtenía a cambio de deseos, podía considerarse que las personas las sacrificaban de forma voluntaria; todo quedaba en un intercambio justo en el que ambas partes obtenían lo que deseaban, por eso las brújulas del mal no se movían y las banderas invocadoras no atraían nada. Las espadas mágicas y los talismanes tampoco eran efectivos, pues la criatura que habitaba el monte Brahma no era un monstruo ni un demonio, sino una diosa, una divinidad salvaje nutrida por siglos de oraciones e incienso. Usar contra ella cualquier artilugio diseñado para atacar a espíritus malignos sería echar más leña al fuego.

—¡Un momento! —interrumpió Lan Jingyi—. ¡Antes, en el santuario, también le han sorbido el alma a un cultivador y ninguno de nosotros ha oído que pidiera deseo alguno!

El corazón de Wei Wuxian se aceleró.

—¿Que le han sorbido el alma a alguien más? Describidme lo ocurrido, no os dejéis un solo detalle.

Lan Sizhui le contó a toda velocidad lo que había pasado. Cuando llegó al punto en el que Jin Ling había dicho «Si realmente es tan espléndida como dicen, probemos a pedirle algo: ¡deseo que lo que sea que se está llevando las almas de los alrededores de esta montaña aparezca ante mí en el acto!», Wei Wuxian explotó:

—¡¿Y se supone que eso no es un deseo?! ¡Pues claro que lo es!

Todos los cultivadores que habían manifestado su acuerdo con Jin Ling en el santuario habían formulado el mismo deseo que él de forma tácita. Como en ese momento la diosa devoradora de almas ya estaba justo delante de ellos, lo había cumplido de forma automática, ¡y a continuación había empezado a recolectar el pago!

De pronto el burro frenó, dio media vuelta y echó a correr en dirección opuesta. Wei Wuxian, desprevenido, volvió a caerse al suelo, pero esta vez pudo aferrarse a las riendas. Entonces oyó que alguien estaba masticando y sorbiendo detrás de los matorrales que tenían enfrente. Cuando se asomó, descubrió una gigantesca figura agazapada y con la cabeza hundida en el abdomen de una persona tendida en la hierba. Al oír ruido, se giró y sus miradas se encontraron.

Si antes los rasgos faciales de la diosa habían sido apenas discernibles, ahora que se había comido las almas de varios cultivadores, estaban claramente definidos. Su rostro era el de una mujer sonriente con sangre fresca goteándole de las comisuras de los labios. Un brazo desgarrado le colgaba de la boca: se lo estaba comiendo.

Inmediatamente los tres se unieron al burro en su huida.

Lan Sizhui estaba al borde del colapso.

—¡Esto no debería estar pasando! ¡El patriarca de Yiling decía que los seres de rango superior comen almas, que solo los inferiores comen carne!

—¿Y tú por qué tienes que creerte todo lo que dijo al pie de la letra? —le gritó Wei Wuxian con exasperación—. ¡Se equivocó en muchísimas cosas! Además, no hay regla que sea inmutable. Piensa en la estatua como si fuera un bebé: cuando aún no tenía dientes, solo podía alimentarse de sopas y

gachas, pero, ahora que le han crecido, le apetece comer carne. ¡Sus poderes espirituales han aumentado, es natural que le apetezca probar cosas nuevas!

La diosa se puso en pie. Alta y maciza, empezó a bailar agitando manos y piernas con incontrolable frenesí. Parecía muy complacida. De repente llegó una flecha silbando que le atravesó la frente y le salió por detrás de la cabeza.

Wei Wuxian miró en la dirección desde la que había venido. De pie sobre una ladera no muy lejos de allí, Jin Ling estaba apuntando una segunda flecha. Cuando destensó la cuerda de su arco, la flecha voló y atravesó el cráneo de la diosa, que se tambaleó por el impacto y reculó un par de pasos.

—¡Joven señor Jin! —gritó Lan Sizhui—. ¡Dispare su señal de socorro!

Jin Ling lo ignoró: estaba decidido a matar a aquel monstruo. Serio y concentrado, posicionó en su arco tres flechas a la vez. La diosa había recibido ya dos impactos, pero no parecía molesta en absoluto; fue a por Jin Ling sin perder la sonrisa. Aunque no dejaba de bailar al desplazarse, resultaba escalofriantemente rápida; tardó apenas un instante en reducir a la mitad la distancia que los separaba.

De pronto aparecieron varios cultivadores a ambos lados que se unieron a la lucha y consiguieron detener su avance. Jin Ling acertaba con cada una de sus flechas y no dejaba de dispararlas, parecía decidido a vaciar la aljaba antes de pasar al combate cuerpo a cuerpo. Su pulso era firme y apuntaba con precisión, pero, por desgracia, los artefactos espirituales carecían de efecto sobre la diosa.

Tanto Jiang Cheng como Lan Wangji estaban en Pie del Buda esperando noticias, de modo que no se sabía cuánto iban a tardar en darse cuenta de que algo iba mal y acudir en su ayuda. Los incendios se apagaban con agua. ¡Si los artefactos espirituales de los cultivadores no surtían efecto, era hora de probar con métodos demoníacos!

Wei Wuxian desenvainó la espada que colgaba de la cintura de Lan Sizhui, cortó con ella una caña de bambú delgada y fabricó una flauta. Entonces se la llevó a los labios e inhaló profundamente.

Un chirrido agudo y estridente atravesó el cielo nocturno.

De haber tenido otra opción, no habría recurrido a aquello. Sin embargo, llegados a aquel punto, le daba igual lo que atrajera. ¡Solo esperaba que fuera lo suficientemente violento y vengativo como para hacer trizas a aquella diosa devoradora de almas!

Lan Sizhui estaba tan asombrado que no podía reaccionar. Lan Jingyi, en cambio, se cubrió los oídos y gritó:

—¿Cómo se le ocurre ponerse a tocar la flauta en un momento así? ¡Y encima desafinando de esa manera!

La diosa acababa de sorber las almas de varios cultivadores más y ya estaba a menos de dos zhangs de Jin Ling, que desenvainó la espada. El corazón le palpitaba con fuerza, la sangre le llenaba el cerebro; pensaba:

«Como no consiga cortarle la cabeza a la primera, moriré en el intento… ¡Pero que pase lo que tenga que pasar!».

Justo en ese instante, un traqueteo metálico comenzó a resonar en el bosque del monte Brahma.

Clin, clan; clin, clan.

Había momentos en los que aceleraba, luego se hacía más lento; a ratos desaparecía, luego volvía a resonar. Parecían cadenas siendo arrastradas por el suelo. Sonaban cada vez más cerca, cada vez más fuertes.

Por alguna razón, aquel sonido resultaba inquietantemente amenazador. Incluso la diosa dejó de bailar y miró hacia la profunda oscuridad de donde procedía.

Wei Wuxian bajó la flauta y miró expectante en la misma dirección.

A pesar de su creciente inquietud, por lo menos el hecho de que la criatura estuviese dispuesta a dejarse invocar por él aseguraba que iba a obedecerlo.

El sonido cesó y una figura emergió de la oscuridad.

La expresión en el rostro de los cultivadores al verla fue de pánico.

Habían estado enfrentándose a la estatua de una diosa que podía sorberles el alma en cualquier momento sin amilanarse ni mostrar el menor atisbo de miedo. Ahora, en cambio, gritaron despavoridos:

—¡El general fantasma! ¡Es Wen Ning, el general fantasma!

Aquel nombre era igual de infame e inspiraba el mismo terror que el del

patriarca de Yiling. De hecho, a menudo era mencionado en la misma frase que aquel. Y es que se refería a la antigua mano derecha de Wei Ying, aquel que lo apoyaba en todas sus atrocidades y junto a quien sembraba el caos y el miedo allá adonde iba, un cadáver asesino cuyos huesos se suponía que habían sido reducidos a cenizas hacía mucho tiempo.

¡Wen Ning!

Tenía la cabeza ligeramente agachada y llevaba los brazos colgando. Parecía una marioneta a la espera de las órdenes de su titiritero.

Aquel rostro, pálido y delicado, poseía cierta belleza melancólica. Sin embargo, sus ojos sin pupila, macabramente blancos, sumados a las grietas negras que le trepaban por el cuello hasta las mejillas, hacían que la melancolía se transformara en siniestra desolación. Llevaba los bajos y las mangas de la túnica hechos jirones, revelando unas muñecas y tobillos tan pálidos como la cara. Los llevaba sujetos con sendos grilletes de hierro. El traqueteo de antes procedía sin duda de las cadenas que arrastraba. En cuanto cesó el ruido, se hizo un silencio sepulcral.

Era fácil imaginar por qué los cultivadores presentes le tenían tanto miedo. Wei Wuxian tampoco estaba mucho más calmado que ellos: la inquietud empezaba a desbordarlo.

No era que Wen Ning no debiera estar allí, sino que no debería existir. ¡Se suponía que había sido ajusticiado y reducido a cenizas mucho antes del asedio de la colina de las fosas!

Cuando Jin Ling oyó pronunciar aquel nombre, por reflejo giró su espada, que hasta entonces había estado apuntando a la diosa, en dirección al general fantasma. Aprovechando aquel descuido, la diosa extendió el brazo, agarró a Jin Ling y lo levantó en el aire.

Cuando vio que la diosa abría la boca y la acercaba a la cara de Jin Ling, Wei Wuxian salió de su estupor y volvió a llevarse la flauta a la boca. El ligero temblor de sus manos se trasladó a las notas que produjo. Además, como había tallado la flauta a toda prisa, los sonidos eran muy burdos y desagradables.

Apenas tocó un par de notas, Wen Ning entró en acción.

Se plantó raudo ante la diosa y le golpeó el cuello con el canto de la

mano. Eso hizo que se le agrietara. Sin mover el cuerpo un ápice, la diosa giró la cabeza violentamente hasta que su cara estuvo donde había estado su nuca. Seguía sonriendo.

Wen Ning le asestó otro golpe, esta vez en la mano que sostenía a Jin Ling, y se la partió. La diosa bajó la mirada para ver el corte limpio. Luego, en lugar de volver la cabeza a su posición correcta, volvió cara y espalda hacia Wen Ning. Sin tiempo que perder, Wei Wuxian tomó aire, inclinó la cabeza y continuó manejando a Wen Ning. Sin embargo, cada vez se sentía más agitado.

Los cadáveres de baja categoría como los ambulantes eran incapaces de pensar por sí mismos y requerían órdenes que los dirigieran. Incluso los cadáveres asesinos, bastante más letales, solían hallarse en un estado de confusión mental y carecían de consciencia propia. Wen Ning era un caso distinto: había sido refinado por Wei Wuxian y eso lo hacía único, podía decirse que era el cadáver asesino más fuerte del mundo. Siempre había sido capaz de pensar por sí mismo y, aparte de no temer ni al dolor ni al fuego ni al frío ni a ninguna de las demás cosas a las que solían temer los vivos, había sido exactamente igual a ellos.

¡Sin embargo, el Wen Ning de ahora parecía carecer de consciencia propia!

Wei Wuxian seguía sin salir de su agitación cuando de repente escuchó unos gritos horrorizados.

Wen Ning había hecho caer a la diosa a base de golpes y patadas. Aprovechando que la tenía quieta en el suelo, levantó una roca más grande que una persona y se la echó encima. ¡El golpe la destrozó!

Una perla blanca como la nieve salió rodando de los escombros. Era la condensación de las docenas de almas vivas que la diosa había sorbido. Si se manejaba con cuidado, aún podrían restaurarse las más recientes, pero nadie hizo esfuerzo alguno por tomarla: todas las espadas que hasta el momento habían apuntado a la diosa se habían vuelto contra un nuevo objetivo.

—¡Rodeadlo! —gritó con todas sus fuerzas un cultivador.

Algunos hombres le hicieron caso, pero la mayoría se mostraron indecisos

y retrocedieron varios pasos.

—¡Que no escape, compañeros! —gritó el cultivador—. ¡Debemos detenerlo a toda costa, se trata de Wen Ning!

Sus palabras lograron convencerlos. ¿Qué era una simple criatura devoradora de almas comparada con el general fantasma? Aún no sabían por qué había aparecido, pero matarlo valía más que matar a diez mil espectros devoradores. ¡Después de todo, se trataba del perro más obediente y fiero del patriarca de Yiling, sin duda su captura iba a brindarles fama y gloria! Habían ido de cacería nocturna al monte Brahma precisamente porque querían hacerse un nombre matando demonios y monstruos, así que aquella idea los entusiasmó a casi todos.

Los cultivadores de más edad, que en su día habían tenido ocasión de ver en persona de lo que era capaz Wen Ning, no terminaban de decidirse. El cultivador les gritó:

—¡No temáis, sin su dueño no es nada!

Por lo que ellos pensaron:

«¡Eso es verdad, hace tiempo que el patriarca de Yiling mordió el polvo!».

El cerco de espadas que rodeaba a Wen Ning se estrechó. Este agitó los brazos y sus pesadas cadenas negras arramblaron con todas las espadas. Luego dio un paso adelante, agarró del cuello al hombre que tenía más cerca y lo levantó del suelo. Wei Wuxian comprendió que la melodía que acababa de tocar había sido demasiado rápida y había exacerbado la brutalidad de Wen Ning. Había que aplacarlo y calmar sus emociones, así que tocó con decisión otra melodía.

Le había venido a la mente de forma espontánea. Era muy pausada y no tenía nada que ver con los chirridos estridentes de antes. Wen Ning se detuvo en cuanto la oyó; después, muy lentamente, fue girando la cabeza hacia la dirección de la que procedía. Wei Wuxian se mantuvo de pie en su sitio, mirando directamente a sus ojos sin pupilas.

Al cabo de un instante Wen Ning aflojó la mano y el cultivador cayó al suelo. Dejó los brazos colgando y empezó a avanzar a paso lento hacia Wei Wuxian.

La forma en que arrastraba aquellas pesadas cadenas con la cabeza gacha

hacía que pareciera abatido. Wei Wuxian empezó a retroceder lentamente sin dejar de tocar, atrayéndolo. Pasaron un buen rato adentrándose en el bosque de esa manera hasta que Wei Wuxian percibió un fresco aroma a sándalo.

Su espalda topó con alguien, luego sintió un intenso dolor en la muñeca y dejó de tocar. Temiéndose lo peor, lentamente se dio la vuelta y topó con la gélida mirada de Lan Wangji.

«Oh, no».

En su día, Lan Wangji lo había visto usar la flauta para manejar cadáveres.

Lan Wangji lo sujetaba con fuerza del brazo con una mano. A menos de dos zhangs de ellos, Wen Ning miraba a su alrededor desconcertado, como tratando de encontrar la melodía que acababa de desaparecer. Comenzaban a verse luces y a oírse voces en la lejanía. La mente de Wei Wuxian se puso a discurrir a toda velocidad y al momento tomó una decisión.

«¿Y qué más da que me viera? En el mundo hay millones de personas que saben tocar la flauta y suficientes imitadores de mi técnica de control de cadáveres como para formar una secta entera. ¡Así me mate, negaré ser yo!».

Ignorando la mano que lo agarraba, levantó el brazo y retomó su melodía; esta vez fue más rápida, más acuciante. Su agitada respiración lo hacía desafinar y las notas le chirriaban en los oídos. La mano de Lan Wangji lo apretó aún con más fuerza, estaba a punto de romperle el brazo. Incapaz de soportar aquel dolor, dejó caer la flauta al suelo.

Por suerte, para entonces sus órdenes ya habían quedado claras: al momento Wen Ning se internó en la tenebrosa oscuridad del bosque sin hacer un solo ruido y desapareció sin dejar rastro. Wei Wuxian temió que Lan Wangji fuera tras él para matarlo, así que también lo agarró del brazo. Sin embargo, Lan Wangji mantenía la vista puesta en él, no había mirado a Wen Ning en ningún momento.

Los dos se quedaron allí de pie, cada uno sujetando el brazo del otro, mirándose frente a frente.

Entonces Jiang Cheng llegó corriendo.

Había tratado de ser paciente y esperar noticias en Pie del Buda, pero,

antes de que pudiera acabarse la primera taza de té, un discípulo había llegado corriendo a contarle lo poderoso que era realmente el ser malévolo del monte Brahma. Al escuchar eso, el corazón le había dado un vuelco y se había apresurado a volver a la montaña, donde ahora llamaba a su sobrino:

—¡Ling!

Jin Ling había estado a punto de que le sorbieran el alma, pero ahora ya se había recuperado, así que pisó firme en el suelo, puso los brazos en jarra y respondió:

—¡Tío!

Al ver que no le había pasado nada a su sobrino, se le quitó el peso que sentía en el pecho y ya pudo gritarle:

—¿Es que no llevas señales de socorro? ¿Por qué no has disparado una, querías hacerte el fuerte delante de una criatura así? ¡Ven aquí ahora mismo!

Jin Ling, igualmente enfadado porque no había conseguido capturar a la diosa devoradora de almas, también se puso a gritar:

—¡Has sido tú el que me ha dicho que tenía que atraparla a toda costa! ¡Que no querías volver a verme hasta que no la matara!

Jiang Cheng sintió ganas de darle a aquel mocoso un bofetón que lo enviara de vuelta al vientre de su madre. Sin embargo, tenía razón: él le había dicho todas aquellas cosas de verdad. Incapaz de reconocerlo, se volvió hacia los cultivadores que había esparcidos por el suelo e ironizó:

—¿Qué clase de criatura os ha dejado en esta postura tan digna?

Entre los cultivadores vestidos con una miríada de colores había varios miembros del clan Jiang camuflados. Jiang Cheng les había ordenado que ayudaran a escondidas a Jin Ling en caso de que tuviera problemas. Como mentor suyo que era, no escatimaba esfuerzos.

Uno de los cultivadores seguía conmocionado.

—Se… señor… Era… era Wen Ning…

Jiang Cheng creyó haber oído mal.

—¿Qué has dicho?

—¡Wen Ning ha vuelto!

El asombro, la ira, el asco y la incredulidad pasaron por el rostro de Jiang Cheng en rápida sucesión. Después dijo:

—¿Cómo va a haber vuelto un ser que fue ajusticiado y reducido a cenizas delante de todo el mundo hace tanto tiempo?

El cultivador insistió:

—¡Era Wen Ning de verdad! ¡No nos equivocamos! —Entonces, de repente, señaló a alguien—. ¡Él lo ha invocado!

Wei Wuxian, que seguía firmemente sujeto por Lan Wangji, se convirtió en el centro de atención.

Jiang Cheng también dirigió hacia él su fría y electrizante mirada. Luego, esbozando una leve sonrisa, volvió a acariciar su anillo con la mano izquierda.

—Vaya, vaya… Así que has vuelto —susurró.

Entonces retiró la mano y en ella apareció un largo látigo: Zidian.

Era extremadamente fino y, como su nombre indicaba, era una corriente de electricidad púrpura que crepitaba como los rayos que rasgaban los cielos durante las tormentas. Jiang Cheng sostenía un extremo con firmeza. ¡Entonces lo hizo restallar y fue como si liberara un velocísimo relámpago! Antes de que Wei Wuxian tuviera tiempo de hacer nada, Lan Wangji ya estaba sosteniendo su cítara. Punteó una cuerda con decisión y el sonido se expandió en el aire como las ondas de un estanque, colisionó con Zidian y neutralizó su ataque.

Jiang Cheng había mandado al cuerno su decisión de no enfrentarse a Lan Wangji y evitar poner en su contra al clan Lan.

Aquella noche, en el cielo sobre los bosques del monte Brahma se vieron fogonazos de luz púrpura y resplandores blancos como la alborada; también se oyeron truenos rugientes y largos plañidos de cítara. Los demás cultivadores corrieron a ponerse a cubierto y observaron la lucha desde la distancia. Estaban aterrados, pero al mismo tiempo eran incapaces de apartar la vista; al fin y al cabo, no era nada habitual ver a dos cultivadores de prestigio combatiendo. Por eso no podían dejar de desear que su lucha fuera aún más violenta, aún más encarnizada; algunos incluso albergaban la secreta esperanza de que la relación entre los clanes Jiang y Lan

se deteriorara.

Wei Wuxian, por su parte, aprovechó la oportunidad para echar a correr.

Todos se quedaron perplejos. ¡La única razón por la que el látigo de Jiang Cheng no lo había alcanzado aún era que Lan Wangji se interponía, alejarse de él equivalía al suicidio!

Y, efectivamente, en cuanto Wei Wuxian estuvo fuera del área de protección de Lan Wangji, tal y como si tuviera ojos en la espalda, Jiang Cheng levantó el látigo y lo hizo restallar.

¡El Relámpago Púrpura surcó el aire como un fiero dragón y golpeó al fugitivo en mitad de la espalda!

El impacto habría hecho volar por los aires a Wei Wuxian de no haber sido porque su burro lo interceptó antes de que se estrellara contra un árbol. Lan Wangji y Jiang Cheng interrumpieron su lucha y se lo quedaron mirando.

Wei Wuxian se incorporó frotándose la espalda, se parapetó detrás de su burro y gritó:

—¡¿Te parece bonito?! ¿Crees que por pertenecer a un clan poderoso ya puedes ir por ahí agrediendo a la gente, eh?

Lan Wangji lo miraba atónito.

Jiang Cheng también.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó Wei Wuxian, tan inquieto como exasperado.

Zidian poseía un poder especial: cuando se usaba contra un poseso, el espíritu que se había apoderado de su cuerpo era expulsado al momento y sin excepción. Sin embargo, aquel hombre seguía hablando y moviéndose exactamente igual que antes del latigazo sin ningún problema. Solo había una explicación posible: no estaba poseído.

«Pues claro que tu látigo no puede expulsarme de este cuerpo», pensó Wei Wuxian. «Yo no lo poseí, me fue ofrendado. ¡A la fuerza!».

Jiang Cheng no lograba salir de su desconcierto. Estuvo a punto de darle otro latigazo, pero Lan Jingyi protestó:

—Señor Jiang, con eso debería ser suficiente, ¿no? ¡Se trata de Zidian!

Los artefactos cultivacionales del nivel del Relámpago Púrpura no

requerían segundos intentos. Si no había exorcizado nada era que no había nada que exorcizar; la única conclusión posible era que aquel hombre no estaba poseído. Lo contrario implicaría que Zidian gozaba de una reputación inmerecida. Incapaz de aceptar eso, Jiang Cheng no tuvo más remedio que desistir.

Pero ¿quién sino Wei Wuxian podía haber convocado a Wen Ning?

Jiang Cheng no era capaz de aceptar aquello. Señaló a Wei Wuxian y le preguntó:

—¿Quién demonios eres?

Justo entonces uno de los cultivadores que habían estado observando la pelea se atrevió a intervenir. Primero se aclaró la garganta, luego dijo:

—Señor Jiang, usted no presta atención a ese tipo de asuntos, así que no puede saberlo, pero este Mo Xuanyu es aquel discípulo del clan Jin de Lanling que… eh… bueno, un antiguo discípulo. Entre su debilidad de espíritu, su falta de dedicación y… lo que le hizo a otro discípulo, al final lo expulsaron del clan. También se rumorea que está loco. Imagino que la frustración que sintió al fracasar en la senda ortodoxa lo llevaría a caer en las artes oscuras. Pero eso no quiere decir que esté… poseído por el patriarca de Yiling.

—¿«Lo que le hizo a otro discípulo»? ¿Qué le hizo? —preguntó Jiang Cheng.

—Pues… eh…

Alguien que no pudo resistirlo más gritó:

—¡Es un mangacortada!

Jiang Cheng frunció el ceño. La mirada que lanzó a Wei Wuxian a continuación contenía aún más repugnancia que antes.

Había algo más que ninguno de los presentes se atrevía a mencionar en presencia de Jiang Cheng.

Dejando a un lado su infame reputación, lo cierto era que, antes de que Wei Wuxian traicionara al clan de Yunmeng, había tenido fama de ser un joven muy apuesto, todo un caballero diestro en las seis artes [15] . Ocupaba el cuarto lugar en la clasificación de jóvenes señores de familias ilustres, donde se lo describía como «apuesto y encantador». El irascible líder del

clan Jiang ocupaba el quinto lugar, un puesto por debajo, algo que nadie en su sano juicio osaba mencionar en su presencia.

Wei Ying había sido un frívolo al que le encantaba tontear con las mujeres, ni se sabía cuántas cultivadoras habían caído presas de sus encantos, pero nunca había habido rumores de que su interés se extendiera a los hombres. En caso de haber querido poseer un cuerpo para vengarse, conociéndolo, jamás habría elegido el de un mangacortada chiflado que se pintarrajeaba la cara para parecer un fantasma degollado y tenía un burro por montura.

Otro cultivador murmuró:

—Se mire por donde se mire, está claro que no es él… Pero si no sabe ni tocar la flauta… No es más que un burdo imitador.

Años atrás, durante la campaña de derribo del sol, el patriarca de Yiling había tocado su flauta en el campo de batalla a lo largo de toda una noche, y el ejército de miles de soldados y generales fantasma que controlaba arrasó con todo cuanto se interpuso en su camino. ¿Cómo iban a comparar la melodía de aquella flauta celestial con los horribles chirridos de la de aquel hijo repudiado del clan Jin? Wei Wuxian había sido un hombre execrable, pero igualmente aquella comparación era insultante.

Wei Wuxian estaba un poco ofendido.

«Es una caña con cuatro agujeros mal hechos. ¿Por qué no pruebas tú a tocar algo con ella después de años sin practicar? ¡Si suena bien, me arrodillaré ante ti!».

Escasos momentos antes Jiang Cheng había estado hirviendo de ira convencido de que aquel hombre era Wei Wuxian, pero ahora su látigo le había dicho que no se trataba de él. Era imposible que Zidian le mintiera, mucho menos aún que se equivocara, así que se serenó tan rápido como pudo para pensar con claridad. No era un problema grave. Buscaría algún pretexto para llevarse a aquel hombre con él y ya se encargaría de hacerlo hablar. Por eso no había que preocuparse, seguro que tarde o temprano confesaría algo. Siempre pasaba igual.

Tras llegar a esta conclusión, Jiang Cheng hizo una señal con la mano. Sus discípulos la captaron al momento y empezaron a rodear a Wei Wuxian, que rápidamente tiró de su burro para llevárselo detrás de Lan Wangji.

—¡Eh! ¿Qué me queréis hacer? —gritó después, llevándose las manos al pecho.

Lan Wangji se limitó a observar sus aspavientos sin decir nada.

Al ver que no hacía intento de echarse a un lado, Jiang Cheng le preguntó:

—Segundo joven señor de Lan, ¿me vas a poner las cosas difíciles?

Todos los cultivadores sabían hasta qué punto la obsesión del joven líder del clan Jiang por evitar el regreso de Wei Wuxian era enfermiza. Prefería capturar a un inocente antes que dejarlo escapar. En cuanto tenía la más mínima sospecha de que alguien podía estar poseído por Wei Wuxian, se lo llevaba a Yunmeng y lo torturaba de forma brutal.

Si permitían que se llevara a aquel hombre, iba a quitarle al menos media vida.

Lan Sizhui trató de apaciguarlo.

—Señor Jiang, acaba de ver con sus propios ojos que el joven señor Mo no está poseído, ¿por qué se empeña en hostigar a un cultivador sin importancia como él?

—Si tan insignificante es, ¿por qué el segundo joven señor del clan Lan se empeña en protegerlo? —respondió Jiang Cheng con frialdad.

Wei Wuxian soltó una risita burlona.

—Deja de atosigarme, por favor, me estás incomodando.

Jiang Cheng enarcó las cejas. Algo le decía que estaba a punto de oír alguna barbaridad.

—Entiendo que te guste y te agradezco el interés, pero esto es demasiado —continuó Wei Wuxian—. Que me gusten los hombres no significa que esté dispuesto a irme con el primero que me lo pida. Lo siento, pero los hombres como tú no me interesan.

Intentaba provocarlo.

Jiang Cheng odiaba perder hasta en las competiciones más triviales. Bastaba con que le dijeran que tal o cual persona era mejor que él para que se enfadara y ya no pudiera pensar en otra cosa que en ganarle.

—Ah, ¿no? —preguntó con gesto sombrío—. ¿Y cuáles te gustan, si puede saberse?

Wei Wuxian respondió:

—¿Cuáles? Hum… Pues los hombres como Hanguang-jun. Él me gusta mucho.

Lan Wangji no soportaba aquella clase de bromas absurdas. Wei Wuxian estaba seguro de que enseguida iba a querer poner tierra de por medio entre ambos y lo dejaría en paz. ¡Si conseguía darles grima a los dos, mataría dos pájaros de un tiro!

Sin embargo, para su sorpresa, Lan Wangji se volvió hacia él, lo miró impasible y le dijo:

—Tú lo has decidido.

Wei Wuxian solo atinó a decir:

—¿Eh?

Lan Wangji se volvió hacia Jiang Cheng. Cortés, pero con firmeza, anunció:

—Me lo llevo a casa.

Wei Wuxian solo atinó a repetir:

—¿Eh?

[9] Primera de las cinco montañas sagradas del taoísmo, símbolo de solidez y estabilidad.

[10] Zhan es el nombre de nacimiento de Lan Wangji.

[11] Diosa de la misericordia que oye las lamentaciones del mundo.

[12] Un zhang equivale a 3,58 metros.

[13] Diosa de la guerra, el sexo y la inmortalidad.

[14] Soberano supremo del cielo que reina sobre dioses, inmortales y humanos.

[15] Etiqueta, música, manejo del arco, equitación, caligrafía y matemáticas.

CAPÍTULO IV

El frívolo y el elegante

1

LA RESIDENCIA DEL CLAN se hallaba escondida en las profundidades de una montaña a las afueras de Gusu.

Rodeados de jardines, estanques y pabellones elegantemente dispersos, sus vastos edificios blancos con tejados negros permanecían ocultos por la bruma durante las cuatro estaciones del año. Estando entre ellos, uno tenía la sensación de hallarse en mitad de un sublime océano de nubes. La espesa niebla que opacaba los rayos del sol desde primera hora de la mañana convenía con el nombre del lugar: lo llamaban Nubes Recónditas.

La montaña y sus moradores guardaban silencio, todo era serenidad. El único sonido perceptible era el lejano tañido de una campana en lo alto de una torre. Sin ser un monasterio, el lugar exudaba la misma atmósfera de calma y meditación.

Esa atmósfera se vio turbada por un largo berrido que sobrecogió a los discípulos que estaban leyendo o entrenando con la espada. Todos miraron en dirección a la entrada del complejo, que era de donde procedía.

Wei Wuxian estaba llorando a grito pelado frente a la puerta principal, abrazándose a su burro mientras Lan Jingyi lo regañaba:

—¡¿A qué viene este escándalo?! ¿No dijo que le gustaba Hanguang-jun? Ahora que él se lo trae a casa, usted se pone a lloriquear…

Wei Wuxian puso cara de desconsuelo.

Después de aquella noche en el monte Brahma, no había tenido ocasión de volver a invocar a Wen Ning y averiguar qué hacía de vuelta en el mundo de los vivos o por qué había perdido las facultades mentales porque Lan Wangji se lo había llevado a rastras.

En su juventud, Wei Wuxian y más discípulos de otros clanes habían sido enviados allí por sus familias para estudiar con el clan Lan durante tres meses, un tiempo en el que Wei Wuxian pudo experimentar la sofocante monotonía del lugar. Aún recordaba con escalofríos el muro de la disciplina y sus más de tres mil normas grabadas en minúsculos caracteres. Justo hacía

un rato, al pasar por delante mientras lo arrastraban montaña arriba, se había dado cuenta de que habían añadido mil más y ahora ascendían a cuatro mil. ¡Cuatro mil!

Lan Jingyi lo reprendió:

—¡Deje ya de gritar! En Nubes Recónditas está prohibido armar escándalo.

¡Pero él estaba armando escándalo precisamente porque no quería entrar en Nubes Recónditas!

Sabía que, una vez dentro, iba a resultarle muy difícil salir. En sus días de estudiante invitado, todos los discípulos recibían una ficha de jade que servía de salvoconducto. Llevarla encima era la única manera de poder entrar y salir, pues de lo contrario la barrera protectora que rodeaba Nubes Recónditas lo impedía. Más de una década después, si las medidas de seguridad habían cambiado solo habría sido para endurecerse.

Lan Wangji permanecía de pie junto a la entrada observando la pataleta de Wei Wuxian sin mediar palabra. Cuando vio que empezaba a calmarse del berrinche, dijo:

—Dejad que lloriquee. Cuando se canse, traedlo a rastras.

Wei Wuxian rompió a llorar con más desesperación aún y empezó a darse cabezazos contra su burro. ¡Oh, desgracia! Saberse absuelto de toda sospecha tras el ataque fallido del Relámpago Púrpura lo había envalentonado y, lenguaraz como siempre, había intentado quitarse de encima a Lan Wangji con una chanza. ¿Cómo iba a imaginar él que Lan Wangji reaccionaría de forma opuesta a como lo hacía antaño? ¿Qué lógica era aquella? ¿Podía ser que, con los años, a pesar de los progresos alcanzados en su cultivación, se hubiera vuelto aún más retorcido?

Wei Wuxian probó a librarse alegando:

—A mí me gustan los hombres, y en tu clan sois todos tan guapos que tengo miedo de no poder contenerme…

Lan Sizhui intentó razonar con él.

—Joven señor Mo, Hanguang-jun lo ha traído aquí por su bien. El líder del clan Jiang no lo habría dejado en paz si usted no se hubiera venido con nosotros. En estos años ha capturado a infinidad de personas y, una vez que

se las lleva a su residencia en Muelle de Loto, ya no se vuelve a saber de ellas.

—Así es —confirmó Lan Jingyi—. Usted no conoce sus métodos, ¿a que no? Es un sádico…

Al decir eso, se detuvo. Se había acordado de la norma «No hablarás de los demás a sus espaldas». Miró de reojo a Lan Wangji. Cuando vio que no tenía intención de castigarlo, se atrevió a añadir:

—¡La culpa de todo es del patriarca de Yiling y sus malas artes! Hay muchísima gente jugando a imitar su espurio método de cultivación. Y, como el líder del clan Jiang es tan paranoico, no da abasto. Si hasta sospecha de usted, que toca la flauta como… como… Ay…

Aquel suspiro, más elocuente que mil palabras, hizo que Wei Wuxian sintiera la necesidad de defenderse:

—Bueno, yo, en realidad… Quizá no me creáis, pero suelo tocar mucho mejor…

Antes de que pudiera terminar su alegato, varios cultivadores vestidos de blanco cruzaron la puerta principal.

Iban ataviados con el uniforme del clan Lan, austero y del color de la nieve, con cinturón de seda ondeante. El hombre que encabezaba el grupo era alto y delgado. Colgada de su cintura, junto a su espada, llevaba una flauta hecha de jade blanco. Cuando Lan Wangji lo vio, inclinó la cabeza con cortesía. El hombre le devolvió el gesto, luego miró a Wei Wuxian y dijo, sonriendo:

—Wangji, tú nunca traes invitados a casa. ¿Quién es este joven?

Ahora que estaba frente a frente con Lan Wangji, parecía su reflejo. Lo único que los diferenciaba era el color de los ojos: los de Lan Wangji eran excepcionalmente pálidos y casi tan transparentes como el cristal, mientras que los suyos eran de un color más cálido e intenso.

Se trataba de Lan Xichen, el líder del clan Lan de Gusu. Su nombre de nacimiento era Lan Huan y también se lo conocía por el sobrenombre de Zewu-jun.

Suele decirse que las personas son producto de su entorno. El clan Lan de Gusu tenía fama de engendrar hombres guapos en cada generación. Lan

Xichen y Lan Wangji, conocidos como los jades gemelos de Lan, eran el ejemplo más reciente. A pesar de no ser gemelos de verdad, se parecían como dos gotas de agua, lo cual dificultaba dirimir cuál de los dos hermanos era el más guapo. Sus personalidades, en cambio, no podían ser más opuestas: Lan Xichen era afable y risueño, mientras que Lan Wangji era frío y estirado a más no poder y jamás permitía que nadie se le acercara. Por eso, en la clasificación de jóvenes señores de familias ilustres, el hermano mayor ocupaba el primer lugar y el menor, el segundo.

Digno de su posición, Lan Xichen ni siquiera pestañeó al ver a Wei Wuxian abrazado a su burro. Este, esbozando una gran sonrisa, soltó al animal y fue a saludarlo. El clan Lan valoraba mucho las jerarquías: si decía alguna barbaridad delante de su líder, era más que probable que lo echaran a golpes de allí. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de demostrar sus habilidades, Lan Wangji le lanzó una mirada y ya no pudo despegar los labios.

Lan Wangji se volvió de nuevo hacia Lan Xichen y continuó conversando con él.

—Hermano, ¿vas a hacerle otra visita a Lianfang-zun?

Lan Xichen asintió.

—Sí, quiere hablar conmigo sobre el simposio que celebraremos en la torre de la Carpa Dorada.

Incapaz de abrir la boca, Wei Wuxian volvió enfurruñado a la vera de su burro.

Lianfang-zun era el sobrenombre de Jin Guangyao, el actual líder del clan Jin de Lanling y único hijo legítimo reconocido por Jin Guangshan. Como hermanastro de Jin Zixuan, padre de Jin Ling, también era tiastro de este. Jin Guangyao era asimismo hermanastro de la identidad actual de Wei Wuxian, Mo Xuanyu, aunque los dos no podían llevar vidas más diferentes: mientras que Mo Xuanyu vivía encerrado en una cabaña en las tierras de la familia Mo y tenía que comer las sobras que le daban, Jin Guangyao ocupaba la posición más privilegiada que existía en el mundo de la cultivación y podía hacer y deshacer a su antojo, ya fuera celebrar un simposio o convocar a Lan Xichen para que acudiera a verlo. Sin embargo, eso último también se debía a la estrecha relación de los dos líderes, pues

eran hermanos de juramento.

—Nuestro tío está examinando lo que trajiste de la villa de los Mo —dijo Lan Xichen.

Al escuchar aquello, Wei Wuxian aguzó el oído. De pronto, notó que se le despegaban los labios. Lan Xichen acababa de quitarle el hechizo silenciador.

—No sueles traer a nadie a casa ni mostrarte así de alegre —dijo aquel—. Trata a tu invitado con algo más de cortesía.

¿Alegre? Wei Wuxian escudriñó el rostro de Lan Wangji. ¡¿Dónde había visto Lan Xichen la alegría exactamente?!

Lan Wangji esperó a que su hermano se despidiera y estuviera lejos para decir:

—Metedlo.

Y Wei Wuxian fue arrastrado a aquel lugar que una vez prometió no volver a pisar.

Hasta entonces, los únicos visitantes que habían cruzado aquel umbral habían sido distinguidos líderes de clanes u otros cultivadores de prestigio. Nunca habían tenido un invitado como Wei Wuxian, por eso los novicios que empujaban y tiraban de él estaban entusiasmados; si las estrictas normas del clan no lo hubieran prohibido, seguramente habrían ido riendo alegremente por todo el camino.

—Hanguang-jun, ¿dónde lo dejamos? —preguntó Lan Jingyi.

—En el Jingshi —respondió Lan Wangji.

—¡¿En… la habitación del silencio?!

Wei Wuxian no sabía a qué se referían. Los chicos se miraron consternados y sin atreverse a decir nada. El Jingshi o habitación del silencio era el estudio y dormitorio de Hanguang-jun. Nunca dejaba entrar a nadie.

El interior del Jingshi estaba austeramente amueblado, no había un solo objeto superfluo a la vista. El biombo que dividía el espacio estaba ilustrado con nubes de diversas formas exquisitamente detalladas. Delante había una mesa baja para la cítara. En un rincón, sobre una mesita de tres patas,

descansaba un incensario de jade blanco. Las suaves espirales de humo que emanaba llenaban la habitación con un fresco aroma a sándalo.

Lan Wangji tenía asuntos que discutir con su tío, así que dejaron a Wei Wuxian solo dentro. En cuanto Lan Wangji salió por la puerta, Wei Wuxian se escabulló también. Después de darse una vuelta por Nubes Recónditas, comprobó que, tal y como había supuesto, era imposible salir de allí sin un salvoconducto. Los muros del lugar medían apenas unos zhangs, pero, si los trepaba, la barrera protectora del lugar iba a hacerlo rebotar de vuelta, lo cual atraería la atención de los guardias.

No le quedó otro remedio que volver al Jingshi.

Por grave que fuera el aprieto en el que se encontrase, Wei Wuxian nunca desesperaba. Se echó las manos a la espalda y empezó a pasearse por la habitación convencido de que tarde o temprano se le ocurriría algo. El aroma del sándalo le resultaba muy grato; quizá un tanto parco, pero sin duda cautivador.

A falta de algo mejor en lo que ocupar la mente, reparó en algo: «Así es como huele Lan Zhan. Probablemente se le haya pegado a la ropa por todo el tiempo que pasa aquí meditando y tocando la cítara».

Sintió el impulso de acercarse a la mesita del rincón. Sin embargo, al hacerlo, notó algo raro en uno de los paneles de madera del suelo. Lleno de curiosidad, se agachó y empezó a dar golpecitos con los nudillos aquí y allá. En su vida pasada había descubierto infinidad de pasadizos en tumbas y fosas, así que no tardó en localizar el panel sospechoso.

Si el mero hecho de haber encontrado un compartimento secreto en los aposentos de Lan Wangji ya lo tenía sorprendido, ver lo que escondía lo dejó impactado. En el mismo momento en que levantó el panel, percibió un intenso olor a alcohol que hasta el momento había estado camuflado por el aroma del sándalo. Había siete u ocho tinajas negras apiñadas en un pequeño hueco.

¡Escondiendo alcohol! Desde luego, en esto sí que había cambiado Lan Wangji.

El alcohol estaba prohibido en Nubes Recónditas. Justamente esa norma había desencadenado una pelea entre los dos el día en que se conocieron. Lan Wangji llegó a romper una tinaja de Sonrisa de Emperador de las dos

que Wei Wuxian había subido a la montaña desde Gusu.

Después de su regreso a Yunmeng, Wei Wuxian no había vuelto a probar aquel licor, pues solo se producía en Gusu. Lo recordó durante el resto de su vida, diciéndose que, en cuanto se le presentara la ocasión de regresar, volvería a probarlo, pero eso nunca ocurrió. No le hacía falta abrir las tinajas. El olor que desprendían bastaba para que supiera que contenían licor Sonrisa de Emperador. Jamás pensó que llegaría el día en que encontraría un alijo escondido en la habitación de Lan Wangji. El que seguía las normas a rajatabla, el que no probaba el alcohol… ¡Por fin empezaba a serle grata la reencarnación!

Se bebió la primera tinaja en un suspiro. Le encantaba beber y tenía mucho aguante. Al rato se puso a pensar y, concluyendo que tenía que cobrarle intereses a Lan Wangji por aquella tinaja que le había roto hacía años, se bebió otra. Justo cuando empezaba a achisparse, se le ocurrió una idea: en realidad, conseguir un salvoconducto de jade no era tan difícil…

En Nubes Recónditas había un manantial de aguas frías con propiedades mágicas a disposición de todos los cultivadores varones, pues, según se decía, sus aguas serenaban el ánimo y calmaban las inflamaciones perversas. Antes de bañarse en ellas, como era natural, tenían que quitarse la ropa y, como difícilmente iban a meterse en el agua con el salvoconducto en la boca, eso brindaba a Wei Wuxian la oportunidad perfecta de hacerse con uno.

Wei Wuxian dio una palmada y se terminó el último sorbo que le quedaba a la tinaja. Luego miró a su alrededor, pero no vio ningún lugar donde poder deshacerse de las tinajas, así que las llenó de agua, las cerró, volvió a colocarlas donde estaban y las tapó con el panel. Hecho esto, se fue en busca de su salvoconducto de jade.

Tiempo atrás, antes del comienzo de la campaña de derribo del sol, Nubes Recónditas había sufrido un gran incendio, pero, como se había reconstruido respetando la estructura original, Wei Wuxian supo orientarse por sus sinuosos senderos y no tardó en llegar al manantial, situado en una zona tranquila y apartada.

No había rastro de los discípulos encargados de su vigilancia. Las mujeres tenían reservada otra zona, así que no frecuentaban el lugar, y, en cualquier

caso, ningún miembro del clan Lan se habría atrevido a hacer de mirón. Así pues, la seguridad era muy laxa, algo que le vino muy bien a Wei Wuxian para poner en marcha su desvergonzado plan. Por pura casualidad no tardó en encontrar un montón de ropa blanca encima de una gran roca escondida detrás de un arbusto de eupatorios. Ya había alguien bañándose.

La ropa estaba tan meticulosamente doblada que ponía los pelos de punta, parecía un bloque de tofu. Incluso la cinta de la frente estaba plegada a conciencia. A Wei Wuxian le dio un poco de pena cuando empezó a manosearla en busca del salvoconducto. En estas miró de refilón hacia el manantial y ya no pudo apartar la vista.

El agua del manantial estaba helada, por lo que, a diferencia de lo que ocurría en las fuentes termales, en su superficie no se formaban vapores que obstruyeran la visión. Eso permitió a Wei Wuxian ver con toda claridad la espalda del hombre que se bañaba en él. Era alto y de tez clara. Tenía una larga cabellera azabache que le descansaba empapada sobre un hombro. Los contornos de su espalda y sus caderas eran gráciles y elegantes, pero a la vez irradiaban fuerza. Dicho en pocas palabras, era un hombre hermoso.

Sin embargo, lo que impedía a Wei Wuxian apartar los ojos del bañista no era su hermosura. Al fin y al cabo, por atractivo que fuera, a él no le atraían los hombres. Era lo que tenía en la espalda.

Docenas de cicatrices entrecruzadas.

Eran la clase de marcas que dejaban los látigos disciplinarios. Todos los clanes tenían un látigo que usaban exclusivamente para castigar las faltas graves de los discípulos de la familia principal. Las cicatrices que dejaba eran imposibles de borrar. Wei Wuxian no lo había sufrido en sus carnes, pero Jiang Cheng sí. En su día, Wei Wuxian se había devanado los sesos pensando en la manera de hacer desaparecer aquella marca deshonrosa, aunque solo fuera en parte, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Por eso estaba seguro de que no se equivocaba.

Por lo general, uno o dos latigazos disciplinarios bastaban para que a la persona se le quedara grabada la lección de por vida y ya nunca más se atreviera a cometer el mismo error. Sin embargo, aquel hombre acumulaba al menos treinta. ¿Qué ofensa imperdonable tenía que haber cometido para que lo fustigaran tantas veces? Y, si realmente había sido tan imperdonable,

¿por qué no lo habían matado directamente para purgar a la secta de tamaña maldad?

Justo en ese momento el hombre se dio la vuelta. Debajo de la clavícula izquierda, cerca del corazón, tenía una marca a fuego. Al verla, el asombro de Wei Wuxian alcanzó su punto álgido.

La marca acaparó toda su atención. Ocupado como estaba en preguntarse si no estaría confundiéndose, no reparó siquiera en el rostro del individuo. Su respiración se aceleró. De pronto, como si una cortina de nieve descendiera ante sus ojos, todo se volvió blanco; un instante después, la cortina se abrió y apareció el gélido brillo azul de una espada que iba directa hacia él.

No había una sola persona en el mundo que no fuera capaz de reconocer a Bichen. ¡Horror, se trataba de Lan Wangji!

Wei Wuxian era todo un experto esquivando espadas para salvar el pellejo. Se echó al suelo, rodó hacia un lado para eludir el ataque y echó a correr. Tuvo tiempo hasta de quitarse una hoja que se le había enredado en el pelo, pero luego, en su huida frenética, se dio de bruces contra los guardias nocturnos que pasaban por allí. Uno de ellos lo agarró y le gritó:

—¡¿Por qué corre?! ¡En Nubes Recónditas están prohibidas las prisas!

Cuando Wei Wuxian vio que eran Lan Jingyi y compañía, se alegró. Pensando que con eso lograría que por fin lo echaran a patadas de aquella montaña, corrió a incriminarse:

—¡No he visto nada, de verdad que no! ¡De ninguna manera he venido a ver a Hanguang-jun bañándose!

Los novicios se quedaron estupefactos al escuchar aquella infamia. Hanguang-jun era un cultivador ampliamente respetado, especialmente por los miembros más jóvenes de su clan, que lo adoraban como a un dios. ¿Espiarlo mientras se bañaba en el manantial? ¡La mera ocurrencia ya suponía un crimen imperdonable!

Lan Sizhui se quedó tan consternado que incluso le cambió la voz.

—¿Qué? ¿Hanguang-jun? ¡¿Hanguang-jun está aquí?!

—¡Maldito mangacortada! —le gritó Lan Jingyi, lleno de indignación—. ¡¿Có… cómo se atreve a espiarlo?!

Wei Wuxian remató la faena:

—¡Juro que no he visto cómo luce su cuerpo desnudo!

—¡Cuanto más lo niega, más culpable parece! —le espetó Lan Jingyi, furioso—. ¿Qué hacía merodeando por aquí si no? ¡Míreme a la cara, sinvergüenza!

Wei Wuxian se tapaba el rostro con las manos.

—Baja la voz, por favor, en Nubes Recónditas están prohibidos los gritos…

En medio de aquel alboroto, Lan Wangji surgió de los eupatorios envuelto en su túnica y con el pelo suelto. Había tenido tiempo de vestirse mientras ellos discutían, pero seguía sin envainar a Bichen. Los novicios se inclinaron para saludarlo en cuanto lo vieron.

—¡Hanguang-jun, este Mo Xuanyu es un indeseable! —corrió a decirle Lan Jingyi—. Por mucho que nos ayudara en la mansión Mo, no merece que… que…

Wei Wuxian estaba seguro de que esta vez se había excedido lo suficiente como para que lo echaran. Sin embargo, Lan Wangji se limitó a mirarlo con indiferencia. Tras un breve silencio, envainó a Bichen y dijo:

—Podéis retiraros.

Aquellas dos simples palabras fueron lo suficientemente enfáticas como para dejar claro que no habría más discusión, así que los chicos se fueron al momento. Entonces Lan Wangji agarró tranquilamente a Wei Wuxian de la parte posterior del cuello de la túnica y se lo llevó a la habitación del silencio.

En su vida pasada, Wei Wuxian había tenido una estatura bastante similar a la de Lan Wangji. Los dos eran altos y delgados, y, si bien Wei Wuxian medía ligeramente menos, la diferencia apenas se notaba cuando estaban el uno al lado del otro. Sin embargo, ahora que había vuelto a la vida dentro de otro cuerpo, la situación era distinta: Wei Wuxian seguía siendo más alto que la media, pero Lan Wangji le sacaba dos pulgadas. Prisionero de su agarre, Wei Wuxian fue incapaz de zafarse por más que lo intentó.

Mientras seguía revolviéndose, abrió la boca para quejarse, pero Lan Wangji le advirtió fríamente:

—Los alborotadores serán silenciados.

¡Lo que él quería era que lo echara montaña abajo, no que le sellara los labios con el hechizo silenciador! Aquello era desesperante. ¿Desde cuándo toleraba el clan Lan una conducta tan vergonzosa como espiar a su cultivador más distinguido mientras se bañaba? ¿Cómo era posible que dejaran pasar algo así?

Lan Wangji lo metió en el Jingshi, lo arrastró hasta la recámara y lo arrojó enérgicamente sobre la cama. Wei Wuxian se quejó lastimeramente al aterrizar y por un momento no pudo levantarse, así que se sentó. Se le ocurrió gemir coquetamente para hacer que Lan Wangji se estremeciera, pero, cuando levantó la mirada, se encontró con este mirándolo con desprecio espada en mano.

Wei Wuxian estaba acostumbrado al segundo joven señor de Lan que lo llevaba todo en su sitio: el pelo recogido, la cinta bien atada… Su aspecto en aquel momento, con el pelo suelto y a medio vestir, era algo que él nunca antes había presenciado, así que no pudo evitar echarle un par de vistazos más de la cuenta. Con el trajín de arrastrarlo, el cuello de la túnica de Lan Wangji, que él siempre llevaba cerrado, se había abierto y revelaba una clavícula claramente definida y la marca de color rojo oscuro que tenía debajo.

Una vez más, aquello captó toda la atención de Wei Wuxian.

Antes de convertirse en el patriarca de Yiling, él también había tenido una marca como aquella. La de Lan Wangji era exactamente igual, tanto en la forma como en el sitio en que la llevaba, de modo que no solo le resultaba familiar, sino también extraña.

Pero la marca no era lo único que le chocaba. A eso había que añadirle las más de treinta cicatrices de su espalda, sin duda infligidas por un látigo disciplinario.

Lan Wangji había sido un reputado cultivador desde muy temprana edad, el más ortodoxo de todos ellos, uno de los jades gemelos de los que tanto se enorgullecía su familia; los ancianos de todos los clanes consideraban cada una de sus palabras y de sus actos como un modelo para todos los jóvenes… ¿Qué clase de error imperdonable podía haber cometido para merecer un castigo tan severo?

Una treintena larga de latigazos podía haberlo matado. Tan pronto como el látigo disciplinario tocaba el cuerpo, la cicatriz te acompañaba el resto de tu vida para que nunca olvidaras tu error y te abstuvieras de repetirlo.

Lan Wangji advirtió su mirada y se afanó en recolocarse el cuello para taparse clavícula y marca. Luego volvió a ser el hierático Hanguang-jun de siempre.

En ese momento, se escuchó el solemne tañido de una campana.

El clan Lan se regía por unos horarios de trabajo y descanso muy estrictos que cumplían a rajatabla: se acostaban a la hora del cerdo y se levantaban a la hora del conejo [16] . Aquella campana servía de recordatorio. Lan Wangji la escuchó atentamente hasta que cesó. Después le dijo a Wei Wuxian:

—Dormirás aquí.

Sin darle oportunidad de réplica, se dirigió a la habitación contigua y lo dejó tirado en la cama, solo y confundido.

Wei Wuxian había considerado la posibilidad de que Lan Wangji pudiera haber adivinado quién era, pero la idea carecía de sentido. Las ofrendaciones eran una antigua magia prohibida que había tenido muy pocos adeptos a lo largo de la historia y los escasos registros escritos que se conservaban eran, como mucho, pasajes fragmentarios sin ninguna utilidad práctica; apenas quedaba gente que creyera en ellas. A saber de dónde había sacado Mo Xuanyu el manuscrito que usó para invocar a Wei Wuxian… Tampoco era posible que Lan Wangji lo hubiera reconocido solo por la horrible melodía que había tocado con aquella flauta de pacotilla.

Wei Wuxian no creía haber compartido una amistad especialmente estrecha con Lan Wangji en su vida pasada. Habían sido compañeros de clase, sí; también habían vivido aventuras juntos e incluso batallado codo con codo, pero todas aquellas vivencias fueron efímeras, pasaron con la velocidad de un pétalo que arrastra la corriente. Como discípulo del clan Lan de Gusu, Lan Wangji estaba obligado a conducirse con elegancia y rectitud, lo cual era incompatible con la personalidad de Wei Wuxian. Aunque Wei Wuxian no pensaba que su relación pudiera calificarse de mala exactamente, tampoco podía fingir que hubiera sido buena. Era bastante probable que Lan Wangji opinara de él lo mismo que el resto de la gente: que era un depravado carnicero carente de moral al que por fin le había

llegado su merecido. Después de traicionar al clan Jiang de Yunmeng y convertirse en el patriarca de Yiling, Wei Wuxian había estado en seria confrontación con el clan Lan, especialmente en los meses previos a su muerte. Si Lan Wangji creyera realmente que él era Wei Wuxian, a estas alturas ya lo habría liquidado.

A pesar de todo, Wei Wuxian no sabía qué pensar de la situación actual. Antes Lan Wangji se enfadaba con él a la mínima; ahora, en cambio, por mucho que se esforzara en hacerlo rabiar, ni se inmutaba. ¿Debería quizá felicitarlo por aquel tremendo progreso?

Después de un rato mirando a la nada, Wei Wuxian rodó de la cama, se puso en pie y fue con sigilo a la habitación contigua.

Lan Wangji estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados. Wei Wuxian se le acercó sin hacer ruido.

Aún no se había dado por vencido. Extendió la mano, dispuesto a palpar en busca de aquel salvoconducto de jade que tan obstinadamente se le resistía. Sin embargo, justo entonces las largas pestañas de Lan Wangji se movieron y abrió los ojos.

Wei Wuxian tomó la drástica decisión de echársele encima.

Recordaba lo mucho que Lan Wangji odiaba el contacto físico. En el pasado, a la mínima que alguien intentaba tocarlo, le propinaba tal empujón que lo hacía salir volando. Como también fuera capaz de soportar esto, entonces definitivamente no era Lan Wangji. ¡Habría que empezar a sospechar que lo habían poseído!

Wei Wuxian estaba a horcajadas encima de Lan Wangji, con una rodilla a cada lado de su cintura y las manos apoyadas en la cama de madera, atrapándolo. Empezó a bajar lentamente la cabeza. Sus caras estaban cada vez más y más cerca. Cuando estuvieron tan cerca que Wei Wuxian casi no podía respirar, Lan Wangji abrió la boca.

Después de un breve silencio, dijo:

—Aparta.

—No quiero —respondió Wei Wuxian con descaro.

Dos pálidos ojos lo observaban a una distancia ínfima.

Sosteniéndole la mirada, Lan Wangji repitió con calma:

—Aparta.

—No. Deberías haber previsto que algo así iba a pasar si me dejabas dormir aquí.

—¿«Algo así»? ¿Estás seguro de que es lo que quieres?

Wei Wuxian vaciló. Algo le decía que debía tener cuidado con su respuesta.

Justo cuando empezaba a esbozar una sonrisa, de pronto sintió que la cintura se le adormecía y las piernas le fallaban. Entonces se desplomó sobre el cuerpo de Lan Wangji.

La sonrisa a medio formar se le quedó congelada en los labios. Tenía la cara aplastada contra el pectoral derecho de Lan Wangji y era incapaz de moverse. La voz de Lan Wangji le llegó al oído desde arriba. Era grave y profunda. Su pecho vibró ligeramente con cada palabra.

—Entonces quédate así toda la noche.

Wei Wuxian jamás habría imaginado que un día iba a llegar a verse en aquella tesitura. Intentó levantarse, pero la mitad inferior de su cuerpo seguía dormida. No tuvo más remedio que permanecer en aquella incómoda posición, aplastado contra el pétreo cuerpo de otro hombre. No conseguía salir de su asombro.

«¿Qué rayos le habrá pasado a Lan Wangji en estos años para haberse vuelto así?».

«¡Ya no es el Lan Zhan de antes!».

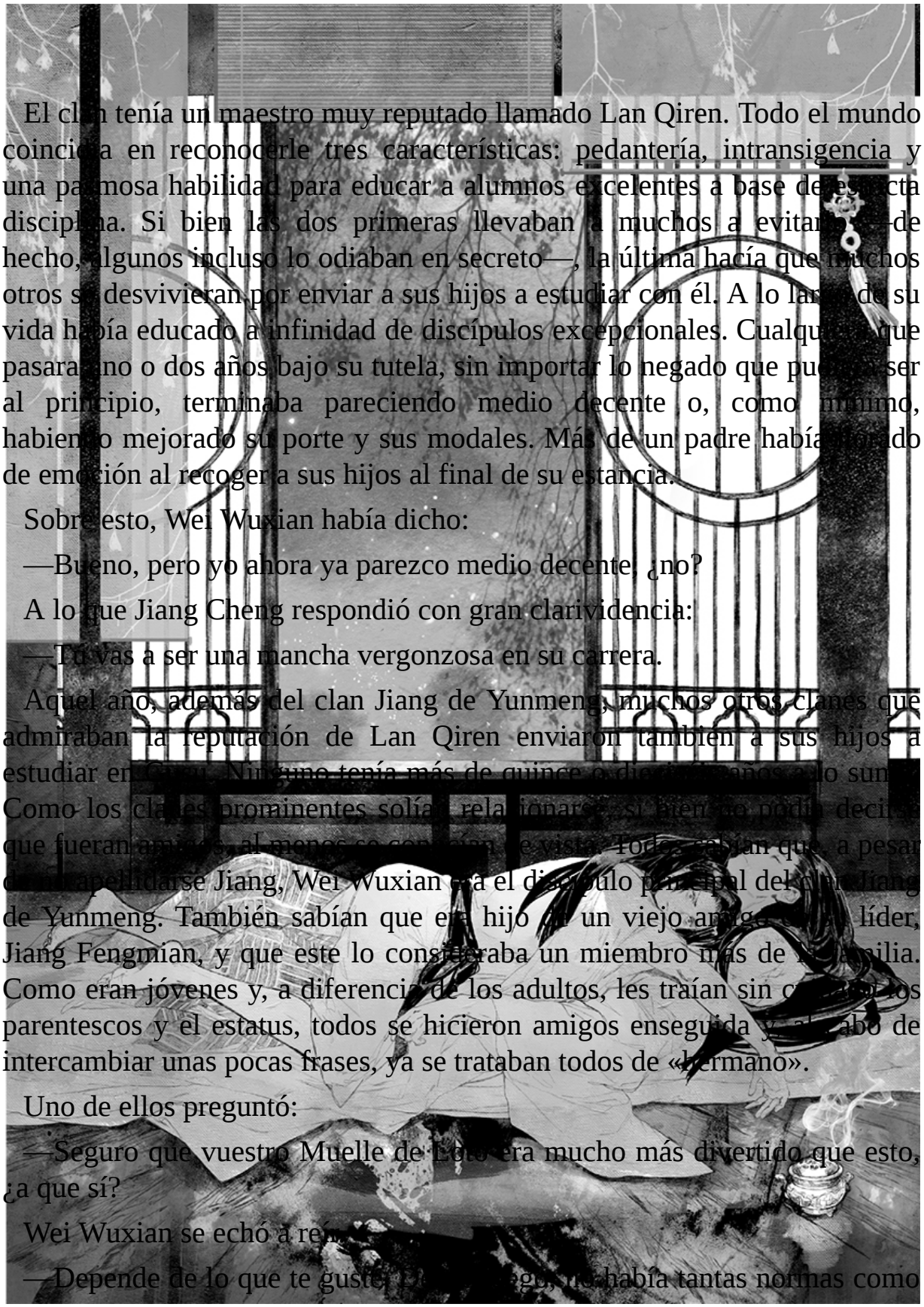
«¡¿No será él el poseído?!».

Mientras él se debatía, Lan Wangji se enderezó ligeramente. Wei Wuxian pensó que por fin se habría hartado y se alegró. Sin embargo, Lan Wangji se limitó a hacer un suave gesto con la mano.

Y las velas se apagaron.

Pasado un rato, Wei Wuxian se puso a pensar en el origen de sus problemas con Lan Wangji. Probablemente todo había empezado el año en que

cumplió los quince, cuando llegó a Gusu con Jiang Cheng para pasar tres meses estudiando con el clan Lan.



El clan tenía un maestro muy reputado llamado Lan Qiren. Todo el mundo coincidía en reconocerle tres características: pedantería, intransigencia y una pasmosa habilidad para educar a alumnos excelentes a base de estricta disciplina. Si bien las dos primeras llevaban a muchos a evitarlo —de hecho, algunos incluso lo odiaban en secreto—, la última hacía que muchos otros se desvivieran por enviar a sus hijos a estudiar con él. A lo largo de su vida había educado a infinidad de discípulos excepcionales. Cualquiera que pasara uno o dos años bajo su tutela, sin importar lo negado que pudiera ser al principio, terminaba pareciendo medio decente o, como mínimo, habiendo mejorado su porte y sus modales. Más de un padre había llorado de emoción al recoger a sus hijos al final de su estancia.

Sobre esto, Wei Wuxian había dicho:

—Bueno, pero yo ahora ya parezco medio decente, ¿no?

A lo que Jiang Cheng respondió con gran clarividencia:

—Tú vas a ser una mancha vergonzosa en su carrera.

Aquel año, además del clan Jiang de Yunmeng, muchos otros clanes que admiraban la reputación de Lan Qiren enviaron también a sus hijos a estudiar en Cloud. Ninguno tenía más de quince o dieciséis años, lo sumo. Como los clanes prominentes solían relacionarse, si bien no podía decirse que fueran amigos, al menos se conocían de vista. Todos sabían que, a pesar de apellidarse Jiang, Wei Wuxian era el discípulo principal del clan Jiang de Yunmeng. También sabían que era hijo de un viejo amigo del líder, Jiang Fengmian, y que este lo consideraba un miembro más de la familia. Como eran jóvenes y, a diferencia de los adultos, les traían sin cuidado los parentescos y el estatus, todos se hicieron amigos enseguida y, al cabo de intercambiar unas pocas frases, ya se trataban todos de «hermano».

Uno de ellos preguntó:

—Seguro que vuestro Muelle de Loto era mucho más divertido que esto, ¿a que sí?

Wei Wuxian se echó a reír.

—Depende de lo que te guste. Allí abajo, sí había tantas normas como

aquí, eso seguro. Y tampoco teníamos que madrugar tanto.

En el clan Lan de Gusu todo el mundo tenía que acostarse a la hora del cerdo y levantarse a la hora del conejo, y no se permitían excepciones.

—¿A qué hora os levantabais vosotros? ¿Y qué hacíais? —preguntó otro chico.

Jiang Cheng resopló.

—¿Este? Se acostaba a la hora del búfalo y se levantaba a la hora de la serpiente [17] . Y, al levantarse, en vez de practicar con la espada o meditar, se iba a navegar, a nadar, a coger lotos o a cazar faisanes.

—Por muchos faisanes que cazara, seguía siendo el número uno —replicó Wei Wuxian.

—¡El año que viene quiero ir a Yunmeng a estudiar con el clan Jiang! ¡Nadie me lo impedirá! —dijo emocionado uno de los chicos.

Otro arrojó un jarro de agua fría sobre sus pretensiones:

—Nadie te lo impedirá. Tu hermano mayor te partirá las piernas, eso es todo.

El entusiasmo del chico se desvaneció al instante. Era Nie Huaisang, segundo joven señor del clan Nie de Qinghe. Su hermano mayor, Nie Mingjue, era un hombre enérgico y resuelto, unánimemente reconocido en el mundo de la cultivación por su gran arrojo. Aunque eran hijos de distinta madre, su relación era muy sólida. Nie Mingjue era muy estricto con él, especialmente en todo lo que se refería a su educación. Por eso, aunque Nie Huaisang lo idolatraba, también temía hablar con él sobre sus estudios.

—En realidad, Gusu no está tan mal —comentó Wei Wuxian, a lo que Nie Huaisang dijo:

—Hermano Wei, voy a darte un consejo. Nubes Recónditas no es como Muelle de Loto. Solo recuerda una cosa: mientras estés en Gusu, procura no enfadar a cierta persona.

—¿A quién? ¿A Lan Qiren? —preguntó Wei Wuxian con curiosidad.

—No, no me refiero al viejo. Con el que debes tener cuidado es con su favorito, Lan Zhan.

—¿Lan Zhan? ¿Uno de los hermanos conocidos como los jades de Lan?

¿Lan Wangji?

El líder del clan Lan de Gusu tenía dos hijos, Lan Huan y Lan Zhan, conocidos como los jades gemelos de Lan. Desde el día en que cumplieron los quince años, todas las familias del mundo de la cultivación habían visto en ellos un ejemplo con el que a menudo comparaban a sus hijos. Por eso no era de extrañar que todos los conocieran.

—¿Acaso hay otro Lan Zhan? —replicó Nie Huaisang—. Claro que me refiero a él. Tiene nuestra misma edad, pero nadie lo diría. ¡Es muy serio y estirado, casi peor que su tío!

—¡Ah! Te refieres a ese que es tan guapo, ¿no? —dijo Wei Wuxian.

Jiang Cheng soltó una risa sarcástica.

—Como si en el clan Lan hubiera alguien feo. Si hasta rechazan a los estudiantes que no tienen la cara bien proporcionada… Prueba a buscar alguno que sea normal, verás como no lo encuentras.

—Especialmente guapo —enfatizó Wei Wuxian. Luego, señalándose la parte superior de la cabeza, añadió—: Vestido de blanco, con una cinta en la frente y una espada plateada a la espalda. Pero, por guapo que sea, con esa cara tan seria que lleva siempre, parece que vaya de funeral.

—¡Sí, sí, ese es! —exclamó Nie Huaisang. Al cabo de una pausa añadió —: Pero estos días ha estado entrenando a puerta cerrada. ¿Cuándo lo has visto, si llegaste ayer?

—Anoche.

—¿Cómo que anoche? —preguntó Jiang Cheng—. Nubes Recónditas tiene toque de queda, ¿dónde lo viste? ¿Y por qué no me he enterado?

Wei Wuxian señaló la parte superior de un muro muy alto.

—Lo vi allí.

Los demás se quedaron sin habla. Jiang Cheng cerró los ojos y apretó los dientes.

—¡Acabamos de llegar y ya estás causando problemas! ¿Qué pasó?

Wei Wuxian esbozó una sonrisa pícara.

—Nada. ¿Recuerdas que de camino hacia aquí pasamos por delante de una licorería, Sonrisa de Emperador? Anoche no podía dormir. Cuando me

harté de dar vueltas en la cama, bajé la montaña y compré dos tinajas. ¡Ya sabes que en Yunmeng no se consiguen!

—¿Y dónde están? —preguntó Jiang Cheng.

—Verás… Al regresar, justo volviendo a cruzar el muro, cuando tenía una pierna a cada lado, me topé con Lan Wangji —explicó Wei Wuxian.

—Qué mala suerte tuviste, hermano —le dijo otro de los chicos—. Se pondría a hacer guardia recién salido de su reclusión y justo te pilló.

Jiang Cheng se mostró suspicaz.

—Cuando a alguien se le pasa el toque de queda, ya no se le permite entrar hasta la hora del conejo. ¿Cómo es que a ti te dejó pasar?

—No me dejó —replicó Wei Wuxian encogiéndose de hombros—. Se empeñó en que apartase la pierna que ya tenía dentro. Yo no le hice caso, claro. Entonces subió de un salto, ligero como una pluma, y me preguntó qué era lo que cargaba.

A Jiang Cheng empezaba a dolerle la cabeza. Tenía un mal presentimiento.

—¿Y tú qué le contestaste?

—«¡Sonrisa de Emperador! Te regalo una tinaja y haces como si no me hubieras visto. ¿Trato hecho?».

Jiang Cheng dejó escapar un suspiro.

—En Nubes Recónditas está prohibido el alcohol. Con eso ya son dos infracciones…

—¡Eso mismo me dijo él! Y yo le pregunté: «¿Se puede saber qué no está prohibido en tu clan?». No le sentó bien, me dijo que, si no lo sabía, fuera a leer el muro que hay a la entrada. Ahora en serio: más de tres mil normas escritas en estilo sigilar [18] , ¿quién va a leerse eso? ¿Tú te las has leído? ¿Y tú? Yo, desde luego, no, y no creo que sea para enfadarse…

—¡Exacto!

Todos en el grupo opinaban lo mismo que él. Empezaron a quejarse de las extrañas y anticuadas normas de Nubes Recónditas, felices de haberse conocido.

—¿Qué otro clan tiene una lista de más de tres mil normas sin contar

repeticiones? Cosas como «No sacrificarás seres vivos», «No te meterás en peleas», «No cometerás actos impuros», «No saldrás al exterior de noche», «No causarás alboroto» son esperables, pero no puedo creer que aún tengan otras como «No te reirás sin motivo», «No te sentarás en postura indebida», «No comerás más de tres cuencos»…

—Espera —lo interrumpió Wei Wuxian—. ¿Las peleas también están prohibidas?

—Sí, también —dijo Jiang Cheng—. No me digas que te peleaste con él.

—Pues sí. Y en el proceso rompimos una tinaja de Sonrisa de Emperador.

Los demás se dieron palmadas en los muslos, lamentando la pérdida.

Como las cosas ya no podían empeorar, Jiang Cheng quiso saber el resto de la historia:

—Antes has dicho que compraste dos tinajas, ¿qué pasó con la otra?

—Me la bebí.

—¿Dónde?

—Delante de él. Le dije: «Bueno, pues, si el alcohol está prohibido en Nubes Recónditas, entonces me lo bebo aquí, en el muro. Eso no infringe las normas, ¿no?». Y me vacié la tinaja de un trago.

—¿Y después?

—Después empezamos a pelear.

—¡Hermano Wei, eres un inconsciente! —dijo Nie Huaisang, consternado.

Wei Wuxian arqueó las cejas.

—La verdad es que Lan Zhan no lo hizo mal, es bastante ágil.

—¡Estás apañado, hermano! Nadie ha humillado nunca a Lan Zhan de esa manera, seguro que a partir de ahora no te quitará el ojo de encima. ¡Sé muy prudente! ¡Aunque asista a clase con nosotros, está a cargo de los castigos del clan!

Nada de lo que dijo consiguió intimidar a Wei Wuxian.

—¡Bah, no me da miedo! —dijo, haciendo un gesto displicente con la mano—. ¿No dicen que Lan Zhan es un portento desde que era pequeño? Si

tan precoz es, a estas alturas su tío le habrá enseñado ya todo lo que tenía que enseñarle; se pasará el día meditando y cultivando a puerta cerrada, no tendrá tiempo de estar pendiente de mí. Me…

Antes de que terminara la frase, el grupo dobló la esquina de un edificio con grandes ventanales y vieron a un chico sentado en posición erguida dentro del Lanshi o salón orquídea. Vestido de blanco y con una cinta ceñida a la frente, desprendía un aura más fría que la escarcha. La mirada que les dirigió fue glacial.

Fue como si les hubiera lanzado el hechizo silenciador a todos: entraron en el aula mudos, mudos escogieron un asiento lo más alejado posible de él y mudos permanecieron.

Jiang Cheng le dio un golpecito en el hombro a Wei Wuxian y le susurró:

—No te quita ojo. Ya puedes ir rezando…

Wei Wuxian solo tuvo que girar la cabeza para ver el perfil de Lan Wangji. Era excepcionalmente apuesto y elegante; sus pestañas, largas y delicadas, y miraba hacia delante perfectamente erguido. En el momento en que Wei Wuxian iba a llamar su atención, el profesor entró en el aula.

Lan Qiren era alto, delgado, y mantenía la espalda tan recta como la caña de un pincel. Si bien podía presumir de tener una larga barba de chivo negra [19] , no era viejo en absoluto y, siguiendo con la tradición del clan Lan de engendrar hombres guapos en cada generación, tampoco era nada mal parecido. Por desgracia, el aura de rancia pedantería que conjuraba conseguía que llamarlo anciano no pareciera descabellado. Entró con un pergamino en las manos que desenrolló hasta el suelo. Entonces se puso a recitar las normas del clan Lan. Las caras de todos los muchachos palidecieron.

Muerto de aburrimiento, Wei Wuxian paseó la mirada por el salón orquídea hasta volver a detenerla en el perfil de Lan Wangji. Su concentración no era en absoluto fingida. Wei Wuxian no se explicaba cómo podía estar tan atento a una cosa tan soberanamente aburrida.

De pronto, Lan Qiren tiró el pergamino al suelo y sonrió con frialdad.

—Están grabadas en el muro de la disciplina, pero, en vista de que nadie parece haberlas leído, he querido recordarlas una a una; a partir de ahora

ninguno de vosotros podrá excusarse en la ignorancia. Veo que a algunos os cuesta concentraros… Está bien, tratemos otros asuntos.

Sus palabras podían aplicarse a todos los presentes, pero Wei Wuxian tuvo la sensación de que eran una advertencia específicamente dirigida a su persona.

Y, en efecto, Lan Qiren lo llamó casi de inmediato:

—Wei Ying.

—Presente —respondió Wei Wuxian.

—Contesta esta pregunta: ¿son prodigios, demonios, fantasmas y monstruos una misma cosa?

Wei Wuxian sonrió.

—No.

—¿Por qué no? ¿En qué se diferencian?

—Los prodigios se forman a partir de seres no humanos vivos. Los demonios se forman a partir de seres humanos vivos. Los fantasmas se forman a partir de seres humanos muertos. Los monstruos se forman a partir de seres no humanos muertos.

—Los prodigios y los monstruos son fáciles de confundir. Pon un ejemplo de cómo distinguirlos.

—Muy fácil. —Wei Wuxian señaló un árbol frondoso que había en el exterior—. Un árbol vivo expuesto a una atmósfera de erudición durante siglos puede llegar a convertirse en un ser supersensible dotado de consciencia que se dedique a hacer travesuras. Eso es un prodigio. Pero, si tomo un hacha, y talo el árbol de forma que solo quede el tocón muerto y es eso lo que se convierte en un ser supersensible, entonces estaremos hablando de un monstruo.

—¿Cuál era el oficio del fundador del clan Nie de Qinghe?

—Matarife.

—La insignia del clan Jin de Lanling es una peonía blanca. ¿De qué variedad?

—Estrella de nieve.

—¿Cuál fue el primer cultivador que se centró en fortalecer el clan en

detrimento de la secta?

—El fundador del clan Wen de Qishan, Wen Mao.

Las ágiles respuestas de Wei Wuxian tenían a sus compañeros en vilo. Por un lado, se sentían aliviados, pero, al mismo tiempo, rezaban para que no titubeara y diera a Lan Qiren ocasión de preguntarles.

El maestro dijo:

—Como discípulo del clan Jiang de Yunmeng, naturalmente habrás oído repetir todas esas cosas hasta el punto de ser capaz de recitarlas de memoria. Tus aciertos no tienen ningún mérito. Te haré otra pregunta: un verdugo que en vida ejecutó a cientos de personas muere asesinado, dejando atrás a sus padres y a su esposa. Lo mataron en la calle y su cadáver pasó siete días a la intemperie, acumulando resentimiento. Ahora se dedica a hacer el mal. ¿Cómo proceder?

Esta vez Wei Wuxian no respondió de inmediato. Sus compañeros pensaron que no se sabía la respuesta y empezaron a inquietarse. Lan Qiren los regañó:

—¿Qué hacéis todos mirándolo? Pensad también en la respuesta. ¡Sin consultar el libro!

Todos apartaron las manos de los libros que estaban a punto de abrir y reflexionaron: asesinado en la calle, siete días a la intemperie… Era la definición misma de un gran fantasma avieso, un gran cadáver asesino; resultaba muy difícil de resolver. No les quedó más remedio que rezar por que el viejo no les preguntara.

Viendo que Wei Wuxian seguía absorto en sus pensamientos, sin contestar, Lan Qiren dijo:

—Wangji, explícale cómo se debe proceder.

Lan Wangji asintió respetuosamente y, sin girarse a mirar a Wei Wuxian en ningún momento, formuló su respuesta en tono mecánico:

—Primero, liberar; segundo, contener; tercero, destruir. Se empieza hablando con la familia para averiguar qué es lo que puede estar reteniéndolo en este mundo, luego se intenta solventar para que sea libre. En caso de que esto no sea posible, lo que hay que hacer es contenerlo y, en caso de que perpetre crímenes extremos y la energía de su resentimiento no

se disipe, destruirlo. Es preciso que los cultivadores actúen en este orden y sin cometer error alguno.

Todos respiraron aliviados y agradecieron a los cielos que el viejo hubiera escogido a Lan Wangji. De haberles preguntado a ellos, probablemente habrían omitido alguno de los pasos o confundido su orden.

Lan Qiren asintió satisfecho.

—Una respuesta clara y prolija. —Después de una breve pausa, añadió—: Tanto en la cultivación como en la vida, uno siempre debe partir de una base así de sólida. Si permitimos que una inmerecida reputación obtenida por haber matado cuatro monstruos de montaña se nos suba a la cabeza y empezamos a actuar con arrogancia, tarde o temprano seremos humillados.

Wei Wuxian enarcó una ceja mientras miraba el perfil de Lan Wangji. «Así que el viejo me tiene ojeriza», pensó. «Seguro que ha puesto a su discípulo favorito en mi clase para poder dejarme en evidencia».

Entonces dijo:

—Tengo una pregunta.

—Adelante —lo conminó Lan Qiren.

—Ya sé que se supone que la liberación es lo primero que debemos intentar, pero muchas veces eso es imposible. Averiguar qué es lo que lo retiene en este mundo y tratar de solventarlo suena muy sencillo, y puede serlo si se trata de algo como el deseo de ser amortajado con ropa nueva, pero ¿y si es el deseo de matar a una familia entera por venganza?

Lan Wangji respondió a su pregunta sin mirarlo:

—Para eso están la contención y, en caso necesario, la destrucción.

Wei Wuxian sonrió.

—Pues menudo desperdicio de recursos… —Tras una pausa, continuó—. Antes no es que no supiera la respuesta, es que estaba pensando en una cuarta posibilidad.

—Jamás he oído hablar de una cuarta posibilidad —dijo Lan Qiren.

—El verdugo tuvo una muerte violenta, luego su transformación en cadáver asesino era inevitable. Aprovechando que ejecutó a cientos de personas en vida… ¿por qué no exhumar sus cadáveres, despertar su

resentimiento, unir sus calaveras y hacer que se enfrenten a él?

Lan Wangji se giró por fin para mirarlo. Su expresión seguía siendo impasible, pero fruncía ligeramente el ceño.

—¡Estás demostrando una ignorancia supina! —gritó Lan Qiren, tan alterado que la barba le temblaba.

Todos los presentes en el salón orquídea estaban atónitos.

Lan Qiren se levantó de un salto.

—¡El fin último de los exorcismos y la aniquilación de demonios es la liberación! En vez de tratar de procurarla, ¿pretendes despertar aún más energía resentida? ¡Eso sería un despropósito contra el orden natural, una inmoralidad!

Wei Wuxian replicó:

—Pero, habiendo seres para los que la liberación ya no es posible, ¿por qué no hacer uso de ellos? Cuando Yu el Grande [20] se dispuso a regular el curso del río Amarillo, optó por redirigir el agua en lugar de contenerla. Yo creo que deberíamos imitarlo…

Lan Qiren le lanzó un libro a la cabeza, pero él se hizo a un lado y lo esquivó. Luego, sin inmutarse, siguió diciendo disparates:

—El resentimiento es una energía igual que el *qi* es una energía. La energía vital que acumulamos en los núcleos del cuerpo nos sirve para mover montañas y llenar océanos, ¿por qué el resentimiento no?

Lan Qiren le lanzó otro libro, luego le gritó:

—¡Déjame preguntarte una cosa! ¿Cómo vas a asegurarte de que toda esa energía resentida permanece bajo tu control y no daña a terceros?

Después de agacharse para esquivar el segundo libro, Wei Wuxian contestó:

—¡Esa parte aún no se me ha ocurrido!

Lan Qiren estaba fuera de sí.

—¡Si ya se te hubiera ocurrido, el mundo de la cultivación no te permitiría seguir viviendo! ¡Fuera de aquí!

Sin esperar a que se lo dijera dos veces, Wei Wuxian puso pies en polvorosa.

Dedicó el resto de la mañana a deambular por Nubes Recónditas oliendo las flores y acariciando la hierba. Cuando terminaron las clases, sus compañeros tardaron un buen rato en encontrarlo. Estaba en lo alto de un muro, sentado sobre las tejas negras con una pierna colgando y el mentón apoyado sobre la mano derecha. Llevaba una brizna de hierba en la boca.

—¡Hermano Wei! —lo saludaron desde abajo—. ¡Eres increíble! ¡Te mandan a paseo y tú coges y te vas de verdad! Ja, ja, ja…

—El viejo ha tardado un rato en asimilar lo que acababa de pasar. ¡Tendrías que haber visto su cara!

Aún con la hierba en la boca, Wei Wuxian masculló:

—Respondo a todas sus preguntas, me voy cuando me lo pide… ¿Qué más quiere de mí?

—¿Soy yo o el viejo tenía ganas de ensañarse contigo? No ha parado de hacerte preguntas hasta que ha encontrado algo por lo que regañarte —dijo Nie Huaisang.

Jiang Cheng resopló con desdén.

—Se lo ha buscado él solo. Menuda respuesta le ha dado… ¡Soltar barbaridades en casa es una cosa, atreverse a repetirlas delante de Lan Qiren es desear la muerte!

—Nada de lo que le respondiera iba a gustarle —señaló Wei Wuxian—. Para eso, mejor decía lo que quería… En cualquier caso, mi intención no era ofenderlo, solo he respondido con sinceridad, nada más.

Nie Huaisang se quedó pensativo un momento. Después el rostro se le iluminó.

—Pues eso que ha dicho el hermano Wei es muy interesante… Obtener energía espiritual requiere cultivar y esforzarse mucho para formar un núcleo dorado. ¡En el caso de alguien como yo, que nací sin una pizca de talento, quién sabe los años que tendrán que pasar antes de que eso ocurra! En cambio, la energía resentida es producida en abundancia por todas esas criaturas malvadas que hay ahí fuera. ¡Sería maravilloso poder utilizarla!

El núcleo dorado era una concentración de energía que se formaba en el cuerpo del cultivador cuando este alcanzaba cierto nivel. Su función era generar y almacenar energía espiritual. Una vez formado, el cultivador

progresaba a pasos agigantados y sus habilidades alcanzaban cotas anteriormente inimaginables. Todo cultivador que se preciara tenía uno. Que el hijo de un clan prestigioso tardara mucho tiempo en formar el suyo era un hecho deshonroso, pero Nie Huaisang no parecía avergonzado en absoluto.

Wei Wuxian le contestó entre risas:

—¿A que sí? No utilizarla es un desperdicio.

—¡Ya es suficiente! —lo reprendió Jiang Cheng—. Habla todo lo que quieras, pero que no se te ocurra tomar esa senda aberrante.

Wei Wuxian respondió sonriente:

—¿Por qué iba a apartarme de un camino ancho y soleado para irme a cruzar un abismo oscuro sobre un estrecho tablón de madera? Si de verdad fuera tan sencillo, a estas alturas alguien lo habría hecho ya. Relájate, solo estaba respondiendo a una pregunta. Bueno, ¿os venís a cazar faisanes conmigo? Aún falta para el toque de queda.

—¿Qué faisanes? —le espetó Jiang Cheng—. ¿Tú has visto algún faisán por aquí? ¡Anda y vete a transcribir *El compendio de la elegancia y la rectitud* ! Lan Qiren me ha encargado decirte que tienes que copiar el capítulo «Justicia suprema» tres veces, así aprenderás de una vez cuáles son las leyes naturales que rigen todas las cosas.

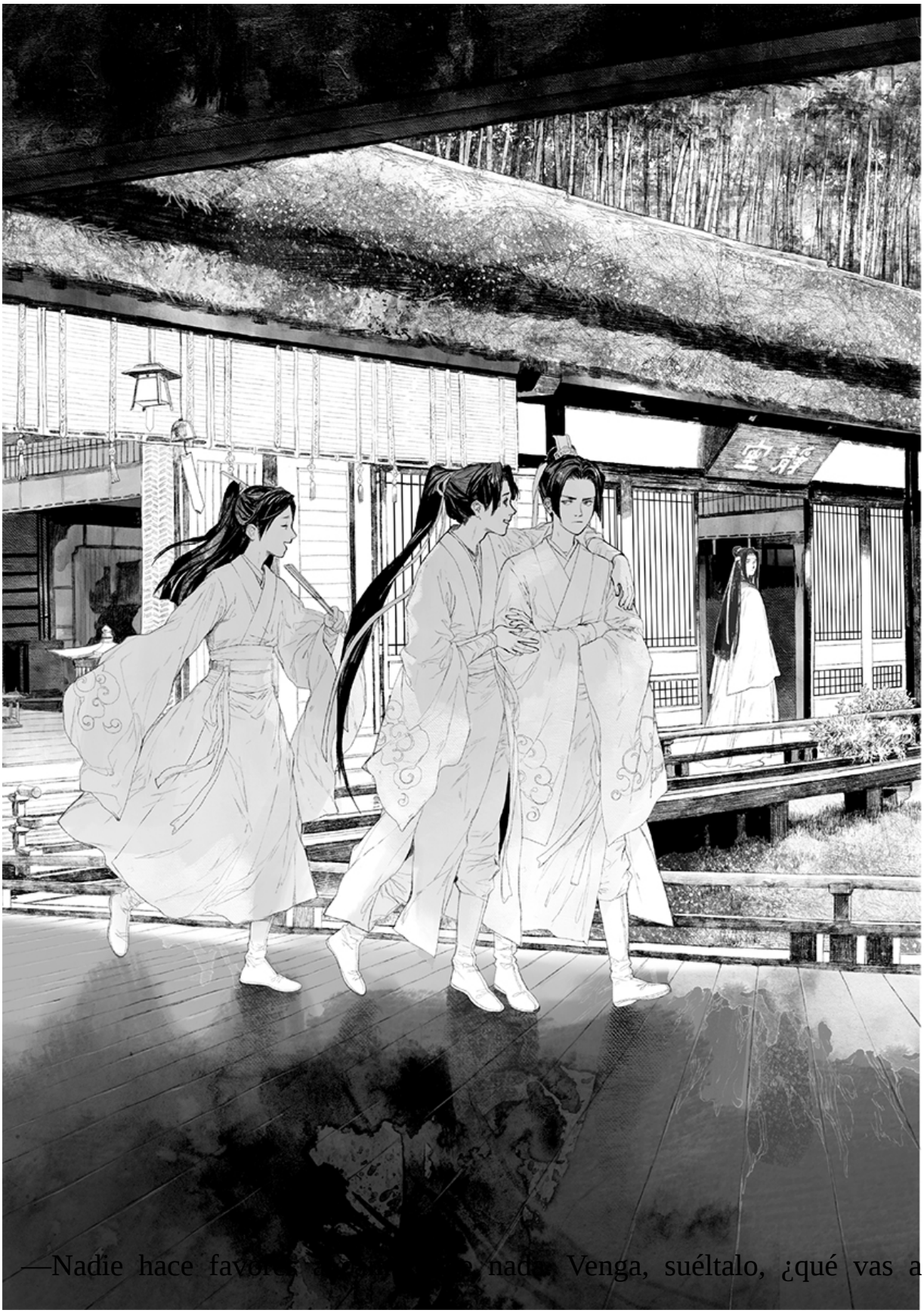
El compendio de la elegancia y la rectitud contenía los preceptos del clan Lan. Eran tantos que Lan Qiren había tenido que recopilarlos y organizarlos en aquel grueso volumen. Los capítulos «Justicia suprema» y «Principios de etiqueta» constituían cuatro quintas partes de la obra.

Wei Wuxian escupió la brizna de hierba que había estado mordiendo, se sacudió el polvo de las botas y dijo:

—¿Tres veces? Pero si solo con una ya me habré ganado la ascensión. No soy un Lan ni pienso casarme con nadie de la familia, ¿por qué tengo que copiar sus normas? Me niego.

—¡Yo lo haré por ti, no te preocupes! —se apresuró a decir Nie Huaisang.

Wei Wuxian lo miró con recelo.



—Nadie hace favor[illegible] nad[illegible]. Venga, suéltalo, ¿qué vas a

pedirme?

—Verás —comenzó Nie Huaisang—, el viejo tiene una mala costumbre. Nos…

A mitad de frase carraspeó, se cubrió la cara con su abanico y se hizo a un lado. Comprendiendo que algo pasaba, Wei Wuxian miró a su alrededor y vio a Lan Wangji de pie en la distancia junto a un venerable y frondoso árbol. Llevaba su espada a la espalda y su porte era tan majestuoso que él mismo parecía un árbol de jade y las motas de luz que se filtraban por entre las hojas danzaban alegremente sobre su túnica. En cambio, la cara con que los observaba era de todo menos alegre; encontrar su mirada era como adentrarse en una caverna de hielo. Todos en el grupo sabían que habían estado gritando demasiado y probablemente había sido eso lo que lo había atraído, así que se callaron de golpe. Wei Wuxian, en cambio, bajó al suelo de un salto y lo saludó:

—¡Hermano Wangji!

Lan Wangji se dio la vuelta inmediatamente y echó a andar, pero Wei Wuxian fue tras él.

—¡Hermano Wangji, espérame! —lo llamó con entusiasmo.

Los vuelos de la túnica de Lan Wangji desaparecieron detrás del árbol. Era evidente que no quería hablar con él. Dolido por aquel desprecio, Wei Wuxian se volvió hacia sus amigos y dijo en tono acusatorio:

—Me ha ignorado.

—Sí —respondió Nie Huaisang—. Parece que te odia de verdad, él no suele… No, él nunca es así de grosero.

—¿Que me odia? —preguntó Wei Wuxian, sorprendido—. Y yo que quería pedirle perdón…

—¡A buenas horas! —se burló Jiang Cheng—. Seguro que piensa de ti lo mismo que su tío: que eres un infame y un caradura. Por eso te ignora.

A Wei Wuxian no le importó.

—Ah, ¿sí? —replicó, desdeñoso—. Pues, si quiere ignorarme, que me ignore. ¿Quién se ha creído que es? Ni que fuera tan guapo…

Pero entonces, pensándolo mejor, no tuvo más remedio que admitir que sí

lo era y se le pasaron las ganas de refunfuñar.

Tres días más tarde, Wuxian se enteró de cuál era la «mala costumbre» de Lan Qiren.

No satisfecho con someterlos al suplicio de sus interminables clases, en los exámenes exigía que sus alumnos fueran capaces de reproducir por escrito todo su contenido: la evolución de los clanes a lo largo de los años, las divisiones de poder, frases célebres de cultivadores distinguidos, genealogías…

Seguir el hilo de sus disertaciones era más difícil que descifrar las escrituras celestiales [21] , así que no les quedaba otra que estudiar como condenados para memorizarlas. Antes del siguiente examen, cuando ya le había copiado el capítulo «Justicia suprema» dos veces, Nie Huaisang pidió ayuda a Wei Wuxian:

—¡Ayúdame, hermano, te lo ruego! ¡Este es mi tercer año en Gusu; como no consiga sacar buenas notas de una vez, mi hermano me va a cortar las piernas de verdad! No sé cómo esperan que sepamos diferenciar entre linajes directos y colaterales, familias principales y secundarias… ¡Si los discípulos de clanes grandes como nosotros no nos aclaramos ni con las relaciones de nuestra propia familia, que a cualquier pariente un poquito lejano ya lo llamamos «tío» o «tía»! ¿Cómo vamos a tener espacio en el cerebro para recordar las relaciones de las familias de los demás?

El día del examen las notitas volaban por todas partes. Lan Wangji irrumpió por sorpresa en el salón orquídea y aprehendió a todos los que estaban haciendo trampa. Lan Qiren montó en cólera y envió cartas a los clanes relatando lo ocurrido con airada indignación. En el pasado, si bien no siempre eran capaces de concentrarse y prestar atención, como mínimo los novicios se abstenían de crear problemas y mantenían el trasero pegado al asiento. La llegada de Wei Ying lo había cambiado todo. De repente, aquellos zascandiles sobrados de malicia pero escasos en iniciativa empezaron a cometer todo tipo de fechorías: hacían escapadas nocturnas, bebían alcohol… y su querencia por saltarse las normas no dejaba de aumentar. ¡Tal y como había anticipado, Wei Ying era una amenaza para la humanidad!

La carta de respuesta de Jiang Fengmian decía lo siguiente:

Wei Ying siempre ha sido así.

No dude en aplicar las medidas disciplinarias que crea oportunas.

Así que Wei Wuxian volvió a ser castigado.

Al principio no le dio importancia; al fin y al cabo, tan solo se trataba de copiar textos y nunca le faltaban voluntarios para hacerlo por él. Sin embargo, esta vez Nie Huaisang le dijo:

—Hermano Wei, me encantaría ayudarte, pero no puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Wei Wuxian, sorprendido.

—El viej… eh… el maestro Lan ha dicho que esta vez tendrás que copiar no uno, sino dos capítulos: «Justicia suprema» y «Principios de etiqueta».

De los doce capítulos que conformaban el libro de preceptos del clan Lan, «Principios de etiqueta» era el más largo y tedioso. Contenía tantas citas de obras clásicas y tantos caracteres en desuso que copiarlo una sola vez ya quitaba las ganas de vivir. Copiarlo diez veces aseguraba la ascensión inmediata.

Nie Huaisang añadió:

—También ha dicho que, mientras dure el castigo, no podemos acercarnos a ti ni ayudarte con la transcripción.

—¿Y cómo va a asegurarse de que no lo hacéis? —preguntó con extrañeza Wei Wuxian—. ¿Va a poner a alguien a vigilarme?

—Exacto —dijo Jiang Cheng.

Wei Wuxian se quedó perplejo.

—¿Qué?

Jiang Cheng explicó:

—Durante un mes no se te permitirá ir a ningún otro sitio más que a la biblioteca. Cada mañana irás directamente hacia allí, trabajarás en la transcripción y reflexionarás sobre tu comportamiento. Por supuesto, habrá alguien vigilándote. No hace falta que te diga quién, ¿verdad?

Biblioteca.

Una estera de bambú y un escritorio de madera. Dos palmatorias y dos personas. La primera, sentada como es debido a un extremo del escritorio; la segunda, Wei Wuxian. Acababa de copiar una docena de páginas del capítulo «Principios de etiqueta» y tenía la cabeza embotada. Muerto de aburrimiento, soltó el pincel para tomarse un respiro y se puso a mirar al joven que tenía enfrente.

En Yunmeng, muchas chicas del clan Jiang lo habían envidiado al saber que iba a estudiar con Lan Wangji. Según ellas, si el clan Lan de Gusu engendraba hombres guapos en cada generación, sus jades gemelos eran todavía más extraordinarios. Wei Wuxian no había tenido ocasión de observar el rostro de Lan Wangji de cerca hasta el momento. Ahora que por fin podía hacerlo, su mente empezó a divagar:

«Es guapo con ganas. No tiene un solo defecto. Pero me gustaría que las chicas pudieran verlo ahora, con este gesto de amargado que lleva siempre. No hay cara bonita que pueda compensar eso».

Lan Wangji se hallaba transcribiendo unos libros muy antiguos que no estaban en condiciones de ser sacados de la biblioteca. Los trazos de su pincel eran diestros y mesurados; sus caracteres, impecables. Wei Wuxian no pudo evitar alabarlos:

—¡Qué caligrafía tan bonita! Supera las mejores.

Lan Wangji permaneció indiferente.

Wei Wuxian no estaba acostumbrado a mantener la boca cerrada durante tanto tiempo y sentía que se asfixiaba. Pensó: «Este hombre es un muermo. Como tenga que pasarme todo un mes sentado aquí con él varias horas al día, no voy a sobrevivir».

Llegado a este punto, no pudo aguantar más y se inclinó hacia delante.

Se le daba muy bien buscar formas de entretenerse, conseguía hallar diversión incluso en las situaciones más penosas. Como no había nada mejor con lo que jugar, recurrió a Lan Wangji.

—Hermano Wangji.

Lan Wangji lo ignoró. Él volvió a intentarlo:

—Wangji.

Ni caso.

—Lan Wangji.

Ninguna reacción.

—¡Lan Zhan!

Lan Wangji dejó de mover el pincel por fin, levantó la vista y lo miró con frialdad. Wei Wuxian se echó hacia atrás y levantó las manos en postura defensiva.

—No pongas esa cara. Solo te he llamado así porque por Wangji no respondías. Si quieres, usa mi nombre de nacimiento también.

—Baja la pierna —lo instó Lan Wangji.

Wei Wuxian estaba sentado en una postura muy inapropiada, con la espalda torcida y una pierna levantada. Regocijándose en secreto por haber logrado que Lan Wangji hablara, lo obedeció y bajó la pierna. Sin embargo, luego se inclinó hacia delante y, casi sin darse cuenta, apoyó los codos en la mesa, una postura que volvía a ser inapropiada.

—Lan Zhan, quiero hacerte una pregunta —dijo seriamente—. ¿De verdad me odias?

Lan Wangji bajó la mirada. Sus pestañas proyectaron una ligera sombra sobre sus mejillas de jade.

—¡Ay, no seas así! —se quejó Wei Wuxian—. Apenas me has dicho dos palabras y ya vuelves a ignorarme. De verdad que quiero reconocer mis errores y pedirte perdón. Por favor, mírame.

Esperó un momento y luego continuó:

—¿No me miras? Bueno, pues te lo digo así. Lo de la otra noche estuvo mal. Culpa mía. No debí saltar el muro ni beber ni pelearme contigo. ¡Pero te juro que no te provoqué a propósito, realmente no había leído las normas de tu clan! Las del clan Jiang no están escritas en ninguna parte, se transmiten oralmente. De lo contrario, no habría hecho lo que hice.

«En lugar de beberme el licor delante de ti, me lo habría escondido debajo de la ropa y me lo habría llevado a mi cuarto para disfrutarlo. Habría bebido un poco cada día, habría podido compartirlo con mis amigos y todos

habríamos sido mucho más felices».

—Además —continuó—, seamos honestos: ¿quién atacó primero? Tú. Si tú no hubieras empezado, podríamos haber solucionado el tema hablando con calma. Pero yo, si me atacan, me tengo que defender, así que no soy el único culpable. Lan Zhan, ¿me estás escuchando o no? Mírame, anda. ¿Joven señor Lan? —Chasqueó los dedos—. ¡Segundo hermano Lan, haga el favor de mirarme!

—Sigue con la transcripción —dijo Lan Wangji sin levantar la vista.

Wei Wuxian hizo como si se desplomara.

—No seas así. Es culpa mía, ¿vale?

Lan Wangji expuso sus mentiras sin pestañear:

—No te arrepientes lo más mínimo.

Wei Wuxian optó por arrastrarse:

—¡Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento! Te lo puedo repetir tantas veces como quieras. Si hace falta, me pongo de rodillas.

Lan Wangji bajó el pincel. Wei Wuxian supuso que por fin se había hartado e iba a querer pegarle, pero entonces fue a esbozar una sonrisa burlona y se encontró con que tenía los labios pegados. Su expresión cambió drásticamente y trató de protestar:

—¿Mmm? ¡Mmm, mmm, mmm!

Lan Wangji cerró los ojos y exhaló un suave suspiro. Luego volvió a abrirlos, retomó el pincel y siguió con lo suyo como si no pasara nada. Wei Wuxian había oído hablar del temible hechizo silenciador del clan Lan, pero se resistía a creer que algo tan diabólico existiera realmente. Intentó abrir la boca de mil maneras, incluso se arañó los labios hasta que se le pusieron rojos, pero de nada sirvió. Entonces cogió un trozo de papel, garabateó algo en él y se lo lanzó a Lan Wangji.

Este le echó un vistazo rápido y dijo:

—No tiene gracia.

Arrugó el papel y lo tiró al suelo.

Frustrado, Wei Wuxian se revolcó con rabia sobre la estera. Luego volvió

a incorporarse, cogió otro papel, escribió algo y lo plantó sobre la mesa delante de Lan Wangji. Este, a su vez, arrugó el papel y lo tiró al suelo.

El hechizo duró hasta que fue hora de terminar. A la mañana siguiente, cuando Wei Wuxian llegó a la biblioteca, todas las bolas de papel del suelo habían desaparecido.

Wei Wuxian siempre había sido de los que olvidaban el dolor en cuanto se les curaba la herida: a pesar de haber sufrido la terrible experiencia de ser silenciado apenas un día antes, su necesidad de hablar volvió a apoderarse de él enseguida. Después de apenas un par de frases, Lan Wangji ya le había vuelto a lanzar el hechizo silenciador. Al no poder hablar, se dedicó a garabatear papeles y pasárselos a Lan Wangji, quien a su vez los arrugaba y los tiraba al suelo. Al día siguiente pasó exactamente lo mismo. Y al otro. Y al otro.

El último día del castigo Lan Wangji notó algo extraño en Wei Wuxian. Desde su llegada a Gusu, siempre iba dejando la espada tirada en cualquier sitio; nunca lo había visto cargar con ella como era debido. Sin embargo, aquel día no solo la trajo con él, sino que la colocó al lado del escritorio. Y, en lugar de meterse con él e intentar sacarlo de sus casillas como solía hacer, se sentó sin decirle una palabra, cogió el pincel y se puso a trabajar. Aquella formalidad resultaba sospechosa.

Sin motivos para lanzarle el hechizo silenciador, Lan Wangji se dedicó a mirarlo de reojo una y otra vez, como si fuera incapaz de creer que de repente hubiera decidido comportarse. Y, efectivamente, al rato Wei Wuxian volvió a las andadas: le puso una hoja de papel delante y le indicó que la mirara.

Lan Wangji supuso que serían más absurdeces como las que solía escribirle, pero por alguna razón decidió echar un vistazo al papel. Era un retrato: un joven sentado con gran aplomo junto a una ventana leyendo un libro en silencio. La expresión de su rostro estaba muy conseguida. Se reconoció.

Viendo que Lan Wangji no apartaba la mirada del dibujo, Wei Wuxian sonrió y le guiñó un ojo. Incluso sin palabras, era evidente lo que quería decir: «Se te parece, ¿eh? ¿A que es genial?».

Lan Wangji dijo con voz tranquila:

—Malgastando el tiempo con garabatos en vez de trabajar en la transcripción. Me parece que a este paso no vas a terminar nunca.

Wei Wuxian sopló con suavidad sobre la tinta que aún no se había secado y replicó:

—¡Pues no, porque ya he terminado; mañana no vendré!

Los finos dedos de Lan Wangji parecieron detenerse por un instante antes de pasar la siguiente página amarillenta. No le lanzó el hechizo silenciador. Cuando Wei Wuxian se dio cuenta de que lo que había dicho no bastaba para provocar una reacción, le pasó el dibujo con un ligero movimiento y dijo:

—Para ti. Te lo regalo.

El dibujo aterrizó sobre la esterilla sin que Lan Wangji hiciera ademán de cogerlo. Había hecho lo mismo con todos los papeles en los que Wei Wuxian lo había insultado, había tratado de congraciarse con él o le había pedido disculpas; también con aquellos en los que le había suplicado o en los que, como ahora, simplemente había hecho un dibujo. Estaba tan acostumbrado que ya no les daba importancia.

Entonces Wei Wuxian dijo:

—Ay, se me olvidaba una cosa.

Acto seguido recogió el dibujo, tomó el pincel y añadió unas cuantas pinceladas. Entonces miró el dibujo, luego miró al modelo y empezó a revolcarse por el suelo muerto de risa. Lan Wangji bajó su libro para echar un rápido vistazo al papel.

Wei Wuxian le había añadido una flor en el pelo.

Apenas sus labios se contrajeron, Wei Wuxian se enderezó para poder hablar antes que él:

—Vas a decir que no tiene gracia, ¿a que sí? ¿No podrías decir algo diferente para variar? ¿Añadir una palabra o dos?

Lan Wangji respondió fríamente:

—No tiene ninguna gracia.

Wei Wuxian se puso a aplaudir con entusiasmo.

—¡Vaya, has añadido una palabra! Muy bien.

Mirando hacia otro lado, Lan Wangji cogió el libro que acababa de dejar sobre el escritorio y volvió a abrirlo. Después de apenas un vistazo lo soltó como si quemara.

El libro que había estado leyendo era una colección de aforismos budistas, pero, cuando volvió a abrirlo, sus ojos fueron asaltados por un repugnante amasijo de cuerpos desnudos y entrelazados.

Alguien le había cambiado el libro por un álbum erótico con cubiertas falsas y no había que pensar mucho para adivinar quién. Tenía que haber sido cierta persona que aprovechó el instante en que tenía su atención centrada en el retrato. Una persona que, sin la más mínima intención de disimular, estalló en carcajadas mientras daba golpes al escritorio.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

El libro cayó al suelo y Lan Wangji se echó atrás como si se guardara de una criatura venenosa.

—¡Wei Ying! —rugió, furioso.

Wei Wuxian, doblándose de la risa y a punto de caerse al suelo, hizo un esfuerzo para levantar la mano.

—¡Presente! ¡Aquí estoy!

Lan Wangji desenvainó su espada. Desde que se conocían, Wei Wuxian nunca lo había visto así de alterado. Se apresuró a coger la suya, la extrajo un tercio de su vaina y dijo:

—¡Compostura! ¡Guarde la compostura, segundo joven señor de Lan! Yo también me he traído la espada hoy. ¿Qué será de la biblioteca de tu clan si empezamos a luchar?

Había previsto que Lan Wangji montaría en cólera y se había traído la espada para defenderse y evitar morir ensartado.

Lan Wangji lo apuntó con la espada. Prácticamente podía verse fuego ardiendo en sus pálidos ojos.

—¡¿Qué clase de persona eres?!

—¿Qué clase de persona voy a ser? —replicó Wei Wuxian—. ¡Un hombre!

—¡No tienes vergüenza! —murmuró con desprecio Lan Wangji.

—¿Vergüenza? ¿Crees que debería avergonzarme por eso? No me digas que es la primera vez que ves una cosa así. No me lo creo.

Si Lan Wangji tenía alguna carencia era que no sabía insultar. Tras un instante de impotente frustración, sin dejar de apuntar a Wei Wuxian con la espada y con la dureza del hielo en la mirada, le dijo:

—Resolvamos esto fuera.

Wei Wuxian sacudió la cabeza con vehemencia y se hizo el inocente.

—Uy, no, no puede ser. ¿No lo sabe, joven señor Lan? En Nubes Recónditas está prohibido pelearse.

Intentó recoger el libro del suelo, pero Lan Wangji fue más rápido que él y se lo arrebató. Temiendo que se propusiera usarlo como prueba para denunciarlo, le dijo con intención:

—¿Por qué me lo quitas? Pensaba que no querías mirarlo. ¿Ahora sí? No hace falta que me lo quites, lo he pedido prestado expresamente para enseñártelo. Ahora que has visto mi álbum erótico, ya eres mi amigo y podemos intercambiar impresiones. Hay muchos más como este…

Lívido de ira, Lan Wangji enunció:

—No. Pienso. Mirarlo.

Wei Wuxian continuó tergiversando sus palabras:

—Si no piensas mirarlo, ¿para qué lo quieres? ¿Para tu colección? No puedes quedártelo, ¿eh? Ya te he dicho que me lo han prestado; cuando termines con él, tengo que devolverlo… ¡Eh, eh, eh! ¡No te me acerques tanto, que me pongo nervioso! Hablemos con calma. No se lo vas a enseñar a nadie, ¿no? ¿A quién? ¿Al viej… digo, a tu tío? Segundo joven señor del clan Lan, ¿cómo le va a enseñar eso a un anciano? Pensará que lo has mirado. Con lo que a ti te preocupa tu reputación, ¿podrás vivir con esa vergüenza?

Lan Wangji concentró su fuerza espiritual en la mano derecha y el álbum estalló en mil pedazos que flotaron en el aire antes de caer lentamente al suelo.

—¡Ay, no! ¡Qué lástima! —lamentó Wei Wuxian, vistiendo de pesar lo que en realidad era alivio por haber conseguido incitarlo a destruir las

pruebas.

Luego cogió un pedacito que le había caído en el pelo, se lo mostró a Lan Wangji, que aún estaba lívido, y le dijo:

—Lan Zhan, estás dotado en todas las áreas menos en la limpieza. Dime, ¿cuántas bolas de papel has tirado al suelo en los últimos días? La de hoy, encima, has tenido que hacerla trizas. Pues te va a tocar limpiarlo a ti, yo esta vez no te ayudo.

Nunca lo había hecho.

Harto de soportar sus juegos, Lan Wangji estalló:

—¡Largo de aquí!

—¡Vaya, vaya, Lan Zhan! Todo el mundo diciendo que eres un dechado de virtudes, la luz de este mundo, que tienes unos modales impecables… y resulta que no es verdad. En Nubes Recónditas está prohibido gritar, ¿no lo sabías? Y encima acabas de gritar «¡largo!». ¿Es la primera vez que le dices algo así a alguien?

Lan Wangji blandió su espada y lo atacó, pero Wei Wuxian se encaramó con agilidad al alféizar de la ventana.

—Si quieres que me largue, me largo; soy experto en largarme. ¡Adiós, no hace falta que me acompañes!

Saltó del pabellón riendo a carcajadas como un loco. Luego se fue corriendo al bosque, donde lo esperaban sus amigos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Nie Huaisang—. ¿Lo ha mirado? ¿Qué cara ha puesto?

—¿Que qué cara ha puesto? ¡Je! ¿No has oído cómo gritaba? —respondió Wei Wuxian.

Nie Huaisang lo miró con admiración.

—¡Sí! ¡Te ha dicho que te largaras! ¡Hermano Wei, es la primera vez que oigo a Lan Wangji decirle eso a alguien! ¿Cómo lo has conseguido?

—Ha sido un placer ayudarlo a romper ese tabú —declaró, orgulloso de su gesta—. Lo habéis visto, ¿no? Todo el mundo alaba la disciplina y el autocontrol del segundo joven señor de Lan, pero conmigo no tiene nada que hacer.

Jiang Cheng lo regañó con el ceño fruncido:

—¿A qué viene esa cara de satisfacción? ¡Eso no es nada de lo que enorgullecerse! ¿Crees que es un honor conseguir que te peguen un grito? ¡Estás avergonzando a nuestro clan!

—Yo pensaba disculparme, pero él no me hacía caso. Además, después de todas las veces que me ha sellado la boca, tampoco pasa nada porque lo haga rabiar un poco. Hermano Huaisang, siento lo que le ha pasado a tu precioso álbum. ¡Aún no lo había terminado, pero lo que pude ver era realmente espectacular! Lan Zhan no aprecia esas cosas, ha cogido un sofoco… Qué manera de arruinar una cara bonita.

—¡Tranquilo! Tengo muchos álbumes más —dijo Nie Huaisang.

Jiang Cheng rio con frialdad.

—Ya te has puesto en contra a Lan Qiren y a Lan Wangji. ¡A partir de mañana los dos irán a por ti y nadie querrá salvarte el pellejo!

—¡Bah! Todo eso me trae sin cuidado, yo lo que quería era chincharlo —dijo Wei Wuxian agitando la mano con desdén. Luego le pasó el brazo por los hombros—. Y tú ya me has salvado el pellejo tantas veces que no vendrá de una más.

Jiang Cheng lo apartó y le arreó una patada.

—¡Ni lo sueñes! ¡La próxima vez que quieras hacer algo así, no me lo cuentes ni me pidas que mire!

Esa noche Wei Wuxian durmió abrazado a su espada para poder defenderse en caso de que el carca viejo o el carca joven vinieran a sacarlo de la cama para castigarlo. Sin embargo, la noche transcurrió sin sobresaltos. A la mañana siguiente Nie Huaisang acudió a verlo, radiante de felicidad.

—¡Hermano Wei, tienes una suerte increíble! Anoche el viejo se fue a Qinghe para asistir al simposio de mi clan. ¡No tendremos clase durante varios días!

El viejo se había ido, pero aún quedaba el joven. ¡Por fortuna, era manejable! Wei Wuxian se sentó en la cama con una sonrisa de oreja a oreja

y empezó a calzarse las botas.

—¡La suerte me sonríe de verdad! ¡Los cielos están de mi parte!

Jiang Cheng, que estaba puliendo su espada con esmero, echó un jarro de agua fría sobre su euforia:

—No vas a librarte. Cuando vuelva, te castigará igual.

Wei Wuxian replicó:

—No es bueno vivir pendientes de lo que pueda pasarnos una vez muertos. Los días de fiesta están para disfrutarlos. Vamos, me niego a creer que no haya al menos un par de faisanes en esta montaña.

Los tres salieron a dar una vuelta cogidos de los hombros. Al pasar por delante de la sala de recepción de Nubes Recónditas, conocida como el Yashi o sala de la elegancia, Wei Wuxian se detuvo en seco.

—Dos carc… ¡Lan Zhan!

Un grupo de cultivadores acababa de salir del Yashi y se dirigía hacia ellos. Los dos jóvenes que iban delante eran muy parecidos: ambos tenían el mismo semblante de hielo y jade, ambos vestían las mismas ropas blancas e incluso las borlas de sus espadas danzaban al mismo ritmo. Solo diferían en su expresión. Wei Wuxian identificó inmediatamente al de la expresión rígida como Lan Wangji, lo cual quería decir que el del gesto amable tenía que ser el otro jade de Lan, Lan Xichen.

Lan Wangji frunció el ceño en cuanto vio a Wei Wuxian. Después de dedicarle una mirada furibunda, apartó la vista y se puso a mirar la lejanía, como si fuera a mancharse si seguía mirándolo. Lan Xichen, en cambio, sonrió y preguntó:

—¿Quiénes son estos dos muchachos?

Jiang Cheng respondió cortésmente:

—Soy Jiang Wanyin, de Yunmeng.

Wei Wuxian hizo lo mismo:

—Wei Wuxian, de Yunmeng.

Después de que Lan Xichen les devolviera las cortesías, Nie Huaisang lo saludó con su voz de mosquito:

—Hermano Xichen.

—¡Huaisang! —exclamó aquel—. Acabo de volver de Qinghe. Tu hermano me ha preguntado cómo te iban los estudios. ¿Crees que lograrás tu objetivo de aprobar este año?

—Yo creo que sí…

Arrugándose como un calabacín después de una helada, Nie Huaisang miró a Wei Wuxian en busca de apoyo. Aquel, sonriente, lo ayudó a cambiar de tema:

—¿Adónde vais, Zewu-jun?

—Vamos a exterminar espíritus acuáticos —respondió Lan Xichen—. Cuando he visto que necesitábamos ayuda, he venido a buscar a Wangji.

—Hermano, no hacen falta tantas explicaciones, el tiempo apremia. Partamos de una vez —dijo Lan Wangji con frialdad.

—¡Un momento, un momento! —protestó Wei Wuxian—. Yo también sé cazar fantasmas acuáticos. ¡Zewu-jun, por favor, llevadnos con vosotros!

Lan Xichen se limitó a sonreír sin contestar, así que Lan Wangji lo hizo por él:

—Eso va contra las normas.

—¿Cómo va a ir en contra de las normas? —replicó Wei Wuxian—. En Yunmeng solíamos ir a cazar fantasmas acuáticos muy a menudo. Encima estos días no tendremos clase.

Yunmeng era tierra de lagos y ríos, así que los miembros del clan Jiang eran auténticos expertos en lidiar con espíritus acuáticos. Ansioso por reparar los daños sufridos por la reputación de su clan desde su llegada a Gusu, Jiang Cheng secundó la propuesta de Wei Wuxian:

—Por favor, Zewu-jun. Estoy seguro de que podremos ayudar.

—No os necesitamos —le espetó Lan Wangji—. El clan Lan…

Antes de que pudiera terminar la frase, Lan Xichen dijo, sonriente:

—Está bien, id a prepararos, saldremos juntos. ¿Vienes tú también, Huaisang?

A Nie Huaisang le habría gustado unirse a ellos, pero ver a Lan Xichen lo había hecho pensar en su hermano y no se atrevió a aceptar la invitación.

—No, yo… mejor me quedo a repasar…

Con aquello esperaba que Lan Xichen le hablara bien de él a su hermano la próxima vez que lo viera. Wei Wuxian y Jiang Cheng fueron a prepararse.

Lan Wangji observó cómo se alejaban con el ceño fruncido.

—Hermano, ¿por qué has aceptado que vengan con nosotros? —preguntó después—. Los exorcismos no son ningún jolgorio.

—El hijo y el discípulo principal del líder del clan Jiang son muy conocidos en Yunmeng —respondió Lan Xichen—. Seguro que saben hacer algo más que armar jolgorio.

Lan Wangji se calló lo que pensaba, pero podía vérsele escrito en la cara: «Lo dudo mucho».

—Además, tú querías que él viniera, ¿no? —añadió Lan Xichen.

Lan Wangji lo miró desconcertado.

—Por la expresión de tu cara, me ha parecido que querías que el discípulo principal del clan Jiang nos acompañara, por eso he aceptado.

El silencio que se hizo frente al Yashi fue glacial.

Después de una larga pausa, finalmente Lan Wangji masculló:

—Qué tontería.

Quiso justificarse, pero justo entonces Wei Wuxian y Jiang Cheng regresaron con sus espadas a la espalda, así que no tuvo más remedio que callar.

Los cuatro montaron en sus espadas y emprendieron el vuelo.

---

[16] 21.00 y 05.00, respectivamente.

[17] 02.00 y 09.00, respectivamente.

[18] Estilo caligráfico que se caracteriza por la uniformidad de sus caracteres.

[19] En la cultura tradicional china, una barba larga denota experiencia y sabiduría.

[20] Emperador mítico que accedió al trono tras acabar con las continuas inundaciones que afectaban a su pueblo.

[21] Textos canónicos taoístas de marcado carácter esotérico.

El lugar donde rondaban los espíritus acuáticos era una aldea llamada Caiyi que se encontraba a algo más de veinte lis de Nubes Recónditas.

Sus vías fluviales eran tan abundantes que costaba saber si era una aldea surcada por un sinfín de canales o más bien una telaraña de agua con viviendas apiñadas alrededor. Flanqueados por casas blancas de tejado plomizo, los canales estaban atestados de barcas con hombres y mujeres que ofrecían su mercancía: cestas y más cestas con flores, frutas y verduras, productos de artesanía, dulces, tofu, té, seda… El negocio florecía en todas las orillas.

Gusu pertenecía a la zona de Jiangnan, así que todas las voces que se escuchaban hablaban en el apacible dialecto local. Incluso cuando dos barcas chocaron y se volcaron varias tinajas de licor de arroz, los gritos de sus patrones resultaron tan melodiosos como trinos de oropéndola. Yunmeng era tierra de lagos y ríos, pero tenía muy pocas de aquellas aldeas flotantes, así que Wei Wuxian observó la escena con curiosidad. Luego compró dos tinajas de licor y le pasó una a Jiang Cheng.

—El acento de Gusu es tan cálido… No parecía que estuvieran discutiendo. El día que vayan a Yunmeng y escuchen a alguien de allí enfadado, igual se mueren de la impresión… ¡Lan Zhan, no me mires así! Si no te he comprado nada no es por tacañería, sino porque sé que a los miembros de tu clan no se os permite beber alcohol…

Sin más dilación, el grupo se distribuyó en una docena de pequeñas barcas y empezaron a impelerse con pértigas en dirección a donde se congregaban los espíritus acuáticos. Conforme avanzaban, poco a poco empezaron a verse menos casas y el ambiente se volvió más silencioso. Wei Wuxian y Jiang Cheng, cada uno a bordo de una barca, se dedicaban a competir por ser el más rápido al tiempo que escuchaban el relato de lo acontecido en la región.

Aquella vía de agua desembocaba en un gran lago llamado Biling. Después de más de diez años, en los que no se había visto un solo fantasma acuático por la zona, en los últimos meses se habían ahogado muchas personas tanto en el lago como en sus tributarios. Por si fuera poco, varios champanes se habían hundido misteriosamente también. Lan Xichen había

dispuesto una formación de banderas en el área unos días antes pensando que atraparía uno o dos fantasmas, pero al final fueron una docena. Cuando limpiaron los cadáveres y se los enseñaron a los aldeanos, la mayoría se quedó sin identificar porque nadie los reconocía. El día anterior, Lan Xichen había vuelto a echar las redes y de nuevo había capturado otro montón.

—Pero sería muy raro que vinieran de otro sitio —intervino Wei Wuxian —. Los espíritus acuáticos suelen habitar cuerpos de agua específicos, generalmente aquellos en los que se ahogaron, y casi nunca los abandonan.

—Exactamente —dijo Lan Xichen—. Por eso he pensado que no estábamos ante un asunto menor y he ido a buscar a Wangji.

Wei Wuxian expresó su preocupación:

—Zewu-jun, los fantasmas acuáticos son muy listos. Si seguimos paseándonos por la superficie de esta manera, la búsqueda puede hacerse eterna. ¿Qué hacemos si se quedan escondidos en el fondo y no se dejan ver?

—Rastrear el agua hasta que los hallemos —dijo Lan Wangji—. Es nuestro deber.

—¿Con redes? —preguntó Wei Wuxian.

—Sí —respondió Lan Xichen—. ¿Vuestro clan lo hace de otra forma?

Wei Wuxian le sonrió sin responder. Obviamente, el clan Jiang utilizaba redes también, pero él, que era muy buen nadador, siempre saltaba al río y sacaba a los fantasmas directamente. Se trataba de un método demasiado peligroso para que pudiera usarlo en presencia de ningún Lan. Si llegara a oídos de Lan Qiren, le esperaría otro largo sermón, de modo que cambió de tema:

—Ojalá tuviéramos algún tipo de señuelo capaz de atraerlos para que vinieran hasta nosotros. O algo que indicara su posición, como una especie de brújula.

—¡Tú y tus fantasías! —lo regañó Jiang Cheng—. ¡Mantén la vista fija en el agua y concéntrate!

—¡La cultivación y las espadas voladoras también fueron quimeras en su día! —protestó Wei Wuxian. Luego bajó la cabeza y paseó la mirada hasta

llegar al punto en el que la barca de Lan Wangji se fundía con el agua. Entonces notó algo sospechoso.

—¡Lan Zhan, mírame!

Lan Wangji, que estaba alerta y en guardia, no pudo evitar levantar la mirada. Lo único que vio fue a Wei Wuxian clavando la pértiga en el agua y salpicándolo, así que se dio un leve impulso y aterrizó con ligereza en otra barca. Molesto por confirmar que Wei Wuxian solo había venido a hacer travesuras, le dijo:

—¡No tiene gracia!

Pero entonces Wei Wuxian pateó el costado de la barca en la que Lan Wangji había estado y le dio la vuelta para revelar su casco. ¡Aferrados a los tablones de madera había tres fantasmas acuáticos con los rostros abotargados y espantosamente blancos!

Los discípulos más cercanos a ellos los eliminaron al instante. Lan Xichen estaba admirado.

—¿Cómo has sabido que estaban ahí debajo? —preguntó a Wei Wuxian.

—¡Fácil! —respondió este mientras golpeaba el costado de su barca—. Por el calado. No era normal que una barca con solo una persona flotara a un nivel más bajo que otra con dos, tenía que llevar algo agarrado al casco.

—Al final resultará que eres todo un experto —dijo Lan Xichen con una sonrisa.

Wei Wuxian se dio impulso con la pértiga para que su barca alcanzara la de Lan Wangji.

—Lan Zhan, no te he salpicado a propósito. Los fantasmas acuáticos son muy listos; si me hubieran oído avisarte, habrían huido. ¡Eh, no me ignores! ¡Segundo joven señor de Lan, míreme!

Lan Wangji se dignó a mirarlo al fin.

—¿Para qué has querido venir?

Wei Wuxian respondió con sinceridad:

—Para pedirte perdón. Lo que hice anoche estuvo mal. Lo siento.

Lan Wangji lo miró con expresión sombría. Probablemente estaba recordando cómo se había «disculpado» Wei Wuxian con él la vez anterior.

Wei Wuxian podía imaginar lo que pasaba por su mente, pero fingió ignorancia.

—¿A qué viene esa cara? No te preocupes, también he venido a ayudar.

Jiang Cheng no podía soportar más aquella escena.

—¡Si quieres ayudar, déjate de cháchara y ven aquí!

De repente, un discípulo gritó:

—¡Las redes se mueven!

Las cuerdas de las redes se estaban agitando.

—¡Ya están aquí! —exclamó Wei Wuxian con entusiasmo.

Espesas cabelleras negras flotaban alrededor de las barcas. Pares y pares de manos huesudas comenzaron a aferrárseles por todos lados.

Lan Wangji desenvainó su espada y cortó limpiamente una docena de muñecas del lado izquierdo de su barca. Solo quedaron las manos clavadas en la madera. Cuando se volvió para lidiar con los fantasmas del lado derecho, se encontró con el brillo rojizo de la espada de Wei Wuxian, que volvía a su vaina.

La extraña agitación del agua cesó y las redes recuperaron la quietud. Los escasos instantes en los que Wei Wuxian había tenido la espada desenvainada habían bastado a Lan Wangji para darse cuenta de que era un arma espiritual de primera calidad.

—¿Cómo llamas a tu espada? —preguntó solemne.

—Lo que sea.

Lan Wangji se lo quedó mirando. Wei Wuxian supuso que no lo había oído bien y repitió:

—Lo que sea.

Lan Wangji frunció el ceño.

—Esa espada posee energía espiritual. Llamarla de cualquier manera es una falta de respeto.

Wei Wuxian suspiró con hastío.

—No lo has pillado, ¿no? No es que la llame lo que sea, es que se llama Suibian, es decir, «lo que sea». Mira si no.

Se la entregó a Lan Wangji para que leyera la inscripción. En la vaina, entre cenefas y adornos, había grabados dos caracteres antiguos: «sui» y «bian». Lo que sea.

Lan Wangji se quedó sin habla.

—No hace falta que me lo preguntes, ya imagino que querrás saber por qué le puse ese nombre —dijo Wei Wuxian, solícito—. Todo el mundo me pregunta siempre si tiene algún significado especial, pero la verdad es que no. Cuando el líder del clan Jiang me la regaló, me preguntó cómo quería llamarla. Se me ocurrieron decenas de nombres, pero ninguno me convencía del todo. Entonces, pensando que él elegiría por mí, le dije: «Lo que sea». ¡Quién me iba a decir que, al volver de la fragua, tendría escritas mis palabras exactas! El tío Jiang me dijo: «A partir de ahora esta espada se llamará Suibian, que significa, como quisiste, “lo que sea”». ¿Qué, ya te va gustando más el nombre?

Lan Wangji murmuró entre dientes:

—¡Es absurdo!

—Bah, eres un soso —dijo Wei Wuxian al tiempo que se apoyaba la espada en el hombro—. El nombre está muy bien, sirve para confundir a los estirados como tú. ¡Nunca falla! Ja, ja…

En ese momento, bajo la superficie esmeralda del lago, una sombra alargada pasó al lado de las barcas. Jiang Cheng, que acababa de lidiar con los espíritus acuáticos de su lado y permanecía alerta por si alguno se le hubiera escapado, la vio e inmediatamente gritó:

—¡Han venido más!

Varios discípulos persiguieron a la sombra con las redes preparadas. Entonces se oyó otro grito.

—¡Por aquí también hay!

Otra sombra se movía por aquel lado también. Varias barcas se apresuraron a lanzar sus redes, pero no lograron capturar nada.

—Qué raro —murmuró Wei Wuxian—. Esa sombra no tiene forma humana. Cambia de forma constantemente, se alarga y se acorta, se agranda y se encoge… ¡Lan Zhan, debajo de tu barca!

Al momento Bichen salió de su vaina y se zambulló en el agua. Al cabo de unos instantes emergió de la superficie, dibujando un arco de agua tras de sí. No había capturado nada. Lan Wangji la asió y la observó con gesto serio. Justo cuando iba a decir algo, otro discípulo desenvainó su espada y le ordenó perseguir a la sombra que corría por el río.

La espada se hundió en el agua y no volvió a salir. El discípulo invocó su nombre varias veces para que emergiera, pero fue en vano. Era como si el río se la hubiera tragado. El chico, que aparentaba más o menos los mismos años que Wei Wuxian y los demás cultivadores jóvenes, empezó a ponerse pálido al ver que su espada no regresaba.

Un cultivador de mayor edad que estaba a su lado le preguntó:

—Su She, ¿por qué has lanzado la espada antes de estar seguro de qué es lo que hay ahí abajo?

Su She parecía algo azorado, pero su expresión se mantuvo mayormente serena.

—He visto que el segundo joven señor lo hacía y he pensado…

Antes de terminar la frase siquiera, ya se había dado cuenta de lo absurda que resultaba. Lan Wangji y su espada eran incomparables. Solo él era capaz de enviarla al agua sin saber a qué se enfrentaban con la seguridad de que no pasaría nada, los demás no. Su She estaba blanco como la cera, pero las mejillas se le encendieron por la vergüenza. Espió por el rabillo del ojo a Lan Wangji, pero este no lo miraba. Estaba observando el agua atentamente. Al momento volvió a desenvainar su espada.

Esta vez, en lugar de lanzarla al agua, sumergió la punta en la superficie y pescó la sombra que pasaba flotando. Una masa negra y empapada cayó sobre la cubierta de la barca.

Era un vestido.

Wei Wuxian estuvo a punto de caerse al agua de la risa.

—¡Lan Zhan, eres increíble! Es la primera vez que veo a alguien desnudar a un fantasma acuático.

Lan Wangji se limitó a inspeccionar su espada en busca de anomalías. Parecía que había decidido no seguir hablando con él.

—¡Cierra el pico! —le gritó Jiang Cheng—. ¡Esa cosa que iba flotando por ahí abajo no era ningún fantasma acuático, sino un vestido!

Wei Wuxian lo sabía perfectamente, pero no podía dejar pasar la oportunidad de chinchar a Lan Wangji.

—¿Así que solo era un vestido? Ahora entiendo que las redes no pudieran atraparlo y que las espadas no pudieran atravesarlo, si no dejaba de cambiar de forma… Pero una simple prenda de ropa no es capaz de tragarse una espada espiritual. Estas aguas deben de esconder algo más.

Las barcas se aproximaban al corazón del lago. El agua era de un intenso verde oscuro. De pronto, Lan Wangji levantó ligeramente la cabeza y dijo:

—Tenemos que irnos de aquí ahora mismo.

—¿Por qué? —preguntó Lan Xichen.

—La criatura que se esconde en estas aguas nos está atrayendo hacia el centro del lago a propósito.

Justo cuando Lan Wangji acababa de decir esto, todos sintieron que las barcas comenzaban a hundirse.

El agua empezó a colarse dentro de las barcas a gran velocidad. Wei Wuxian advirtió que el agua del lago ya no era verde, sino prácticamente negra, sobre todo conforme uno se acercaba al centro. Un enorme remolino formado de la nada atrapó a las barcas, que empezaron a dar vueltas al tiempo que seguían hundiéndose. ¡Parecía que estuvieran siendo succionadas por una enorme boca negra!

El sonido metálico de las espadas al ser desenvainadas resonó en el aire. Uno detrás de otro, todos montaron de un salto sobre sus espadas y empezaron a elevarse en el aire. Wei Wuxian, de los primeros en subir, miró hacia abajo y vio que la barca de Su She, cuya espada aún estaba en el agua, estaba siendo engullida por el lago Biling y al muchacho le llegaba el agua por las rodillas. Se podía leer el pánico en su rostro, pero no gritaba pidiendo ayuda; tal vez estaba petrificado por el miedo. Sin dudarlo, Wei Wuxian se agachó, estiró el brazo para agarrarlo de la muñeca y tiró de él.

Con el peso añadido de otra persona, la espada se hundió un poco, pero luego retomó su ascenso. Sin embargo, esto duró poco. Un poderoso tirón de Su She estuvo a punto de hacer descabalgar a Wei Wuxian de su espada.

La mitad inferior del cuerpo de Su She estaba completamente sumergida en el remolino, que giraba cada vez más rápido al tiempo que su cuerpo se hundía. Era como si algo escondido en las profundidades del agua lo tuviera agarrado y tirase de él hacia abajo.

Jiang Cheng, que ya andaba a unos veinte zhangs [22] de altura subido a su espada, Sandu, se dio cuenta de lo que pasaba y se apresuró a descender con expresión irritada.

—¡¿A qué estás jugando ahora?!

La fuerza de atracción que emanaba del lago era cada vez mayor. La espada de Wei Wuxian, superior en términos de destreza y agilidad pero inferior en fuerza, empezó a verse arrastrada hacia abajo y casi tocaba la superficie del agua. Wei Wuxian trató de estabilizar su postura al tiempo que seguía tirando de Su She con las dos manos.

—¡Que alguien me ayude! ¡Como siga tirando así de mí, voy a tener que soltarlo!

De pronto sintió que la parte posterior del cuello de su túnica se tensaba: alguien lo estaba levantando. Cuando volvió la cabeza, vio a Lan Wangji sujetándolo con una sola mano. Miraba hacia el frente sin inmutarse a pesar de que estaba cargando con el peso de tres personas. También luchaba contra la misteriosa fuerza del lago, pero igualmente su espada seguía elevándose a un ritmo constante.

Jiang Cheng estaba asombrado.

«Si yo hubiera bajado con Sandu a tirar de Wei Wuxian, no habría podido volver a subir a un ritmo tan estable y acelerado… Lan Wangji tiene más o menos mi edad, pero…».

Entonces Wei Wuxian dijo:

—¡Lan Zhan, tu espada es formidable! Te estoy muy agradecido, pero… ¿tienes que agarrarme así del cuello? ¿No puedes sujetarme de otra forma? Esto es muy incómodo para mí. ¿Y si te doy la mano?

—No me gusta tocar a nadie —respondió Lan Wangji con frialdad.

—Pero conmigo es diferente, somos amigos.

—No lo somos.

Wei Wuxian fingió estar dolido.

—Eres imposible…

Jiang Cheng no podía soportarlo más y estalló:

—¡Tú sí que eres imposible! ¡¿Es que no puedes tener la boca cerrada ni cuando te llevan por el aire cogido del cuello?!

El grupo se alejó del lago tan rápido como pudo. Al llegar a tierra firme, Lan Wangji soltó a Wei Wuxian, se dio la vuelta y le dijo a su hermano:

—Es un abismo acuático.

Lan Xichen sacudió la cabeza con preocupación.

—Esto se pone feo.

Tan pronto como oyeron las palabras «abismo acuático», Wei Wuxian y Jiang Cheng se hicieron cargo de la situación: lo más peligroso del lago Biling y sus tributarios no era ningún fantasma, sino el agua que fluía en ellos.

Debido a la topografía o a las corrientes, algunos ríos y lagos eran especialmente proclives a los naufragios o los ahogamientos. Con el tiempo, esas aguas terminaban desarrollando una apetencia y, como niñas caprichosas acostumbradas a los lujos, al cabo del tiempo exigían más muertes en sacrificio. Si no se producían, ellas mismas se encargaban de provocarlas.

Los habitantes de Caiyi estaban familiarizados con el agua, así que no solía haber naufragios ni ahogamientos en la zona. Era imposible que se hubiera creado un abismo acuático de forma natural. La única explicación para su presencia era que alguien lo hubiera traído desde otro sitio.

Una vez que se manifestaba, el abismo acuático convertía el río o el lago en un monstruo con el que resultaba muy difícil acabar. Había que drenarlo, limpiar el fondo de restos y de cadáveres, y exponerlo a la luz del sol durante varios años, lo cual era casi imposible. Otro método mucho más expeditivo, si bien insolidario, era expulsar el abismo a otra masa de agua y dejar que fueran otros los que lidiaran con él.

—¿Sabemos de alguna otra zona afectada por abismos acuáticos últimamente? —preguntó Lan Wangji.

Lan Xichen señaló al cielo.

Apuntaba hacia el sol. Cuando Wei Wuxian y Jiang Cheng se dieron cuenta, pensaron: «El clan Wen de Qishan».

En el mundo de la cultivación existían tantos clanes como estrellas en el firmamento, pero solo un gigante superaba con creces a todos los demás: el clan Wen de Qishan.

No solo tenían el sol como insignia familiar, sino que su lema, «Esplendor y longevidad», también hacía alusión a él. Residían en un complejo tan vasto como una gran ciudad del que se decía que allí nunca se hacía completamente de noche; por eso lo llamaban el Cielo sin Noche, también la Ciudad sin Noche. El clan Wen solía compararse con un coloso porque nadie era capaz de hacerle sombra: ni en número de discípulos ni en poder ni en territorio ni en artefactos espirituales; nadie estaba a su altura. Muchos cultivadores consideraban un honor ser sus invitados. A juzgar por la forma en que solían actuar, era más que probable que la presencia del abismo acuático en Caiyi hubiera sido causada por ellos.

Todos guardaron silencio. Si de verdad había sido el clan Wen, no había más que hablar. Por mucho que los acusaran, no serviría de nada. Jamás lo admitirían, y mucho menos ofrecerían compensación alguna.

Un discípulo se mostró indignado.

—Traer un abismo acuático aquí es causar la desgracia de la región. Como crezca y se extienda a los canales de la aldea, la gente se verá obligada a ganarse la vida sobre la superficie de un monstruo. Es horrible…

Lidiar con aquel desastre que les habían endilgado iba a acarrear infinidad de problemas al clan Lan de Gusu.

—Está bien, está bien. Volvamos a la aldea —los conminó Lan Xichen.

Al llegar a los muelles, se subieron a nuevas barcas que dirigieron a la zona más concurrida de la aldea. Después de pasar el arco de un puente, entraron en la red de canales y Wei Wuxian volvió a hacer de las suyas.

Soltó la pértiga, apoyó un pie en el borde de la barca y miró su reflejo en el agua para asegurarse de que no se había despeinado. Venía de eliminar a decenas de fantasmas y acababa de escapar de las fauces de un abismo acuático, pero no lo parecía. Sereno y relajado, comenzó a lanzar miradas

sugerentes a diestra y siniestra.

—¿Cuánto cuesta un jin [23] de nísperos? —preguntó galante a una mujer.

Era tan joven y apuesto que encandilaba, tan seductor como aquellas livianas flores de melocotonero de las que hablaba el sabio poeta [24] . La mujer levantó la cabeza para mirarlo por debajo de su sombrero de bambú y le sonrió.

—¿Quieres que te regale uno, zagal?

Su acento melodioso deleitaba los oídos. En señal de agradecimiento, Wei Wuxian se cubrió el puño con la palma izquierda a la altura del pecho.

—Si viene de tus manos, será un honor.

La mujer rebuscó en su cesto y le lanzó un orondo níspero dorado.

—¡Ahí lo llevas! ¡Te lo has ganado por guapo!

Las barcas se movían a tal velocidad que, al momento de encontrarse, ya se habían cruzado. Wei Wuxian se dio la vuelta y cazó la fruta al vuelo.

—¡Tú sí que eres guapa! —le gritó, sonriente.

Mientras él prodigaba zalamerías, Lan Wangji mantenía la vista fija al frente con noble compostura. Haciendo brincar el níspero en la mano con cara de satisfacción, de repente lo señaló.

—¿Y de él qué me decís? ¿Guapo también?

Lan Wangji no había esperado verse involucrado en aquello y no supo cómo reaccionar. Todas las mujeres de alrededor gritaron al unísono «¡reguapo!», sus voces mezclándose con las risas de algunos hombres.

—¡Pues entonces a ver quién le regala otro níspero! —les dijo Wei Wuxian—. ¡Que, si no, luego se me pondrá celoso!

Un alegre gorjeo de risas resonó a lo largo del canal.

La mujer de la siguiente barca dijo:

—¡Vale, vale, ahí te va otro! ¡Toma, hermoso, que os aprovechen!

Un segundo níspero aterrizó en las manos de Wei Wuxian.

—¡Espléndido! ¡La próxima vez que venga compraré una cesta entera!

La mujer, más parlanchina y atrevida que la anterior, señaló a Lan Wangji y dijo:

—¡Pero no vengas solo, tráetelo a él también!

Wei Wuxian sostuvo el níspero frente a los ojos de Lan Wangji. Sin embargo, este no desvió la mirada.

—Guarda eso.

Wei Wuxian lo hizo.

—Sabía yo que no ibas a quererlo… Por eso no planeaba dártelo. ¡Jiang Cheng, toma!

Jiang Cheng, que justo pasaba por su lado a bordo de otra barca, levantó la mano y cazó el níspero al vuelo. Se le formó una sonrisa en los labios, pero luego refunfuñó:

—¿Ya has estado tonteando?

—¡Déjame! —le gritó Wei Wuxian, pletórico. Luego se dio la vuelta—. Lan Zhan, tú eres de Gusu, así que conoces el habla local, ¿verdad? Enséñame alguna palabrota, anda.

Lan Wangji le espetó su habitual «no tiene gracia» y se cambió de barca. En realidad, Wei Wuxian no esperaba que le respondiera. Simplemente, después de escuchar el suave acento de los lugareños, se le había ocurrido que Lan Wangji debía de haberlo aprendido de niño y quería tomarle un poco el pelo. Bebió un sorbo de licor de arroz. Después, con la pequeña tinaja negra en una mano, tomó la pértiga con la otra y se impulsó enérgicamente para ir a incordiar a Jiang Cheng.

Lan Wangji se había ido con su hermano Lan Xichen. Por una vez, su parecido era total: los dos estaban igual de serios pensando en cómo proceder contra el abismo de agua y cómo explicarle al jefe de la aldea Caiyi los muchos arreglos que debían hacerse.

Una barca cargada hasta los topes de nísperos dorados empezó a pasar por su lado. Lan Wangji les echó un breve vistazo y luego volvió a mirar hacia delante.

Lan Xichen le dijo:

—Si te apetece comer nísperos, podemos comprar una cesta.

Lan Wangji agitó la manga con desprecio y dijo:

—¡No me apetece!

Entonces volvió a cambiarse de barca.

Wei Wuxian compró un montón de baratijas y recuerdos en Caiyi que luego, de vuelta en Nubes Recónditas, repartió entre los discípulos de los otros clanes. Las clases seguían suspendidas porque Lan Qiren aún no había vuelto de Qinghe, así que los jóvenes se entregaron a la ociosidad. Todas las noches se metían en la habitación de Wei Wuxian y Jiang Cheng, desplegaban sus esteras en el suelo y bebían, comían, jugaban a los dados y ojeaban álbumes eróticos hasta que se hacía de día. Una de esas noches Wei Wuxian perdió a los dados y como castigo le hicieron escalar el muro a escondidas, bajar la montaña y comprar Sonrisa de Emperador para que por fin todos pudieran disfrutar de aquella delicia.

Sin embargo, a la mañana siguiente, antes incluso de que amaneciera, mientras todos dormían la mona esparcidos por el suelo de la habitación, alguien abrió la puerta.

El sonido sobresaltó a algunos de los muchachos. Aún con ojos adormilados, vieron a Lan Wangji de pie en el umbral de la puerta con una expresión fría como el hielo y se despertaron al instante.

Nie Huaisang zarandeó vigorosamente a Wei Wuxian, que estaba durmiendo con la cabeza en el suelo y los pies en el aire.

—¡Hermano Wei, hermano Wei!

Tuvo que pellizcarlo para que reaccionara.

—¿Qué pasa? ¿Quién más quiere pelea? ¿Jiang Cheng? ¡Peleemos! ¡No te tengo miedo!

Jiang Cheng había bebido demasiado la noche anterior y su cuerpo se lo estaba agradeciendo con un terrible dolor de cabeza. Tumbado en el suelo con los ojos cerrados, palpó en busca de un objeto y lo lanzó en la dirección de donde procedía la voz de Wei Wuxian.

—¡Cállate!

El proyectil, un libro, golpeó a Wei Wuxian en el pecho y se abrió. Cuando Nie Huaisang le echó un vistazo, se dio cuenta de que era uno de sus preciados álbumes eróticos descatalogados. Entonces levantó la vista y se topó con la gélida mirada de Lan Wangji. Sintió que se moría. Wei Wuxian, ajeno a todo ello, abrazó el libro, murmuró algo y se dio la vuelta

para seguir durmiendo. Lan Wangji entró en la habitación, agarró a Wei Wuxian del cuello de la ropa y lo arrastró en dirección a la puerta.

Poco después Wei Wuxian abrió los ojos y, tras unos instantes de confusión, torció la cabeza y preguntó:

—Lan Zhan, ¿qué haces?

Lan Wangji continuó arrastrándolo sin decir una palabra y Wei Wuxian se despertó un poco más. Uno por uno, el resto de los cuerpos que yacían en el suelo de la habitación empezaron a recobrar la conciencia. Cuando Jiang Cheng se dio cuenta de que Lan Wangji se había llevado a Wei Wuxian, corrió tras ellos.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde te lo llevas? —le preguntó a Lan Wangji.

Este se giró y, enfatizando cada sílaba, le dijo:

—A que reciba su merecido.

Jiang Cheng, cuya mente seguía nublada por el sueño y la resaca, recordó de pronto el desorden del suelo de la habitación y el sinfín de normas que habían roto la noche anterior. Su rostro se paralizó.

Lan Wangji arrastró a Wei Wuxian hasta el salón ancestral del clan Lan, donde varios miembros de edad provecta aguardaban en silencio. Eran ocho en total, y cuatro de ellos sostenían con gesto solemne unos enormes listones de madera de sándalo en los que había grabados miles de minúsculos caracteres. Eran varas disciplinarias. Cuando vieron a Lan Wangji entrar con el penitente, dos de los ancianos se acercaron a sujetarlo.

Mientras lo obligaban a arrodillarse en el suelo, Wei Wuxian preguntó:

—Lan Zhan, ¿vas a castigarme?

Lan Wangji le devolvió una mirada fría.

—¡No lo acepto! —gritó Wei Wuxian.

En ese momento llegaron corriendo el resto de los muchachos, pero les impidieron entrar en el salón. Angustiados e indefensos, cuando vieron las varas disciplinarias, se quedaron mudos de asombro. Entonces vieron que Lan Wangji se levantaba la falda de la túnica para arrodillarse junto a Wei Wuxian.

Wei Wuxian palideció de terror. Intentó levantarse con todas sus fuerzas,

pero entonces Lan Wangji gritó:

—¡Adelante!

Wei Wuxian, aterrado, se apresuró a decir:

—¡Un momento, un momento, un momento! Acepto el castigo, Lan Zhan, admito mi c… ¡Ay!

Le llovieron más de cien golpes en las palmas de las manos, en las piernas y en la espalda. Lan Wangji no necesitó que nadie lo sujetara. De principio a fin siguió arrodillado en perfecta verticalidad mientras Wei Wuxian aullaba y se retorcía sin reservas. Sus compañeros se estremecían de dolor solo de verlo. Cuando la golpiza llegó a su fin, Lan Wangji se levantó en silencio, se inclinó respetuosamente ante los miembros de su clan y se marchó sin mostrar el menor signo de dolor. Wei Wuxian, en cambio, no paró de gemir y lamentarse durante todo el camino de vuelta mientras Jiang Cheng lo llevaba a cuestas.

Los demás revoloteaban alrededor de ambos como un enjambre de abejas.

—Hermano Wei, ¿qué ha pasado?

—Entiendo que Lan Zhan quisiera castigarte, pero ¿por qué ha recibido él también?

Apoyado en la espalda de Jiang Cheng, Wei Wuxian exhaló un hondo suspiro.

—¡Me equivoqué! ¡Cometí un error de cálculo! ¡Es muy largo de explicar!

—¡Déjate de cuentos! —le gritó Jiang Cheng—. ¿Qué demonios has hecho?

—¡Nada! Anoche perdí a los dados, ¿no? Y tuve que bajar a comprar Sonrisa de Emperador.

—No me digas que volviste a encontrártelo…

—Pues sí. Yo no sé por qué tengo tan mala suerte, pero, cuando estaba subiendo el muro con las tinajas, ahí estaba él. Yo creo que se pasa el día observándome.

—No todo el mundo está tan ocioso como tú —le dijo Jiang Cheng—. ¿Qué pasó después?

—Lo saludé. Le dije: «¡Lan Zhan! ¡Otra vez tú, qué casualidad!». Él, por supuesto, ni me respondió; fue directo a echarme mano. Yo le dije: «Oye, ¿qué haces?», y él me dijo que los estudiantes invitados que violan el toque de queda de forma reincidente son castigados en el salón ancestral. Entonces yo le dije: «Aquí solo estamos nosotros dos; si tú no dices nada y yo tampoco, nadie tiene que enterarse, ¿verdad? Te garantizo que no volverá a ocurrir. Venga, que ya tenemos confianza, haz la vista gorda…».

Todos compusieron una mueca de espanto.

Wei Wuxian continuó:

—Me dijo que no teníamos confianza, desenvainó su espada y se abalanzó sobre mí. Yo no tuve más remedio que dejar las tinajas de Sonrisa de Emperador a un lado y esquivar sus ataques. Eran tan rápidos e iban tan a la par de mí que no podía librarme de él. Al final, cansado de aquella persecución, le pregunté: «¿De verdad no vas a dejarme ir?». Pero él seguía con lo mismo: «¡Acepta tu castigo!».

El grupo contenía la respiración mientras Wei Wuxian continuaba con su relato. Olvidando que seguía sobre la espalda de Jiang Cheng, pegó una vigorosa palmada en su hombro.

—Yo le dije: «¡De acuerdo!», dejé de esquivarlo, salté encima de él, lo agarré bien agarrado y nos caímos juntos del muro. ¡Pero del lado exterior! Menuda caída fue, vi las estrellas…

Nie Huaisang estaba atónito.

—¿Él… no hizo nada por zafarse? —preguntó.

—¡Lo intentó! Pero yo me había aferrado a él con pies y manos para que no pudiera liberarse. Se puso rígido como una tabla. Entonces le dije: «¿Ahora qué, Lan Zhan? Tú también estás fuera de los límites de Nubes Recónditas, los dos hemos violado el toque de queda. No puedes ser estricto conmigo y tolerante contigo mismo. Si me castigas, debes castigarte a ti también; es lo justo, ¿no?». Se levantó con una cara… Yo me senté a su lado y le expliqué que no tenía nada de lo que preocuparse, que no pensaba decírselo a nadie, que la cosa quedaría entre el cielo, la tierra, él y yo. Se fue sin decir palabra. ¿Quién me iba a decir que esta mañana…? ¡Jiang Cheng, frena un poco, por favor, que me voy a caer!

Jiang Cheng no solo tenía ganas de dejarlo caer, sino de estamparle la cabeza contra el suelo también.

—¡Encima de que cargo contigo, te quejas!

—Yo no te he pedido que lo hagas —replicó Wei Wuxian.

Jiang Cheng enfureció.

—¡De no ser por mí, aún seguirías tirado en el suelo del salón ancestral lloriqueando! ¡Ten un poco más de dignidad! Lan Wangji ha recibido cincuenta golpes más que tú y se ha ido por su propio pie, ¿no te da vergüenza hacerte el inválido? ¡Se acabó, ya no cargo más contigo, bájate ahora mismo!

—¡No, que estoy herido!

Mientras forcejeaban por el angosto camino de grava blanca, toparon con un hombre vestido de blanco inmaculado que llevaba un libro en la mano y se detuvo, sorprendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lan Xichen.

Jiang Cheng, muerto de vergüenza, no sabía qué responderle. Nie Huaisang lo hizo por él:

—Hermano Xichen, el hermano Wei ha recibido más de cien varazos disciplinarios, ¿tienes alguna medicina para él?

El responsable de los castigos en Nubes Recónditas era Lan Wangji. Encima Wei Wuxian se quejaba como si sufriera un dolor atroz, así que Lan Xichen se acercó inmediatamente y le preguntó:

—¿Te ha castigado Wangji? ¿Qué ha pasado exactamente? ¿No puedes caminar?

A Jiang Cheng le daba vergüenza contarle lo que Wei Wuxian había hecho. En el fondo, todos en el grupo tenían parte de culpa por haberlo incitado a escaparse a comprar alcohol y deberían haber sido castigados también. Trató de quitarle hierro al asunto:

—¡Tranquilo, no es para tanto! Puede caminar solo. ¡Wei Wuxian, bájate!

—No puedo caminaaar… —se quejó penosamente Wei Wuxian al tiempo que le mostraba a Lan Xichen las palmas hinchadas y enrojecidas—. Zewu-jun, tu hermano es muy cruel.

Observándolo con compasión, Lan Xichen le dijo:

—No tiene muy buena pinta. Me temo que hasta dentro de tres o cuatro días no te bajará la hinchazón.

Jiang Cheng, que hasta entonces no había sido consciente de la severidad de los golpes, exclamó:

—¿Tres o cuatro días? También le han dado en las piernas y en la espalda… ¿Cómo ha podido Lan Wangji permitir esto?

Sin querer, pronunció esto último con demasiada rabia; solo se dio cuenta al recibir una discreta palmadita de Wei Wuxian. Sin embargo, Lan Xichen no se molestó.

—En realidad, no es tan grave como para necesitar medicinas —dijo, sonriente—. Conozco un remedio que sanará tus heridas en pocas horas.

Aquella noche, en el manantial de aguas frías de Nubes Recónditas, Lan Wangji estaba descansando en el agua helada con los ojos cerrados cuando de repente oyó una voz que le susurraba al oído:

—Lan Zhan.

Lan Wangji abrió los ojos. Wei Wuxian, tumbado sobre las rocas al borde del manantial, le sonreía con la cabeza ladeada. Lan Wangji le espetó:

—¿Cómo has entrado aquí?

Wei Wuxian se incorporó trabajosamente y empezó a desabrocharse el cinturón.

—Zewu-jun me ha abierto.

—¿Qué estás haciendo?

Wei Wuxian se había quitado las botas con los pies. Mientras seguía quitándose prendas y esparciéndolas por el suelo, contestó:

—¿A ti qué te parece? Desnudarme. Me he enterado de que, además de aquietar la mente, las aguas de vuestro manantial también curan las heridas. Tu hermano me ha dejado entrar para que me bañe contigo. Qué poca consideración has tenido viniendo a curarte tú solo… ¡Uy, qué fría! ¡Brrr!

La gélida temperatura del agua lo hacía estremecerse. Lan Wangji se alejó de él rápidamente.

—No he venido a curarme, sino a cultivar —le dijo—. ¡No salpiques!

—Es que el agua está muy fría…

Por una vez no tenía intención de incordiar. Para alguien sin experiencia era realmente difícil acostumbrarse a aquella temperatura tan baja. Temiendo que, si se quedaba quieto por un momento, fueran a congelársele la sangre y las extremidades, empezó a dar saltitos y a agitar los brazos con la esperanza de entrar en calor. Lan Wangji, que hasta entonces había estado meditando en paz, acabó con la cara llena de salpicaduras. Con el pelo y las pestañas goteándole, incapaz de seguir soportando aquello, gritó:

—¡Deja de moverte!

Al tiempo que decía aquello, extendió el brazo y lo posó en el hombro de Wei Wuxian, quien inmediatamente sintió una oleada de calor en la zona en la que sus cuerpos estaban conectados. Sintiéndose reconfortado, no pudo evitar arrimarse a él. Lan Wangji se tensó inmediatamente.

—¿Qué haces?

—Nada —respondió Wei Wuxian inocentemente—. Parece que donde estás tú se está más calentito…

Lan Wangji mantuvo el brazo extendido para mantenerlo a distancia.

—No es verdad —protestó en tono severo.

Wei Wuxian había querido acercarse a Lan Wangji para charlar un poco con él y relajarlo, pero, a pesar de su brusco rechazo, no se molestó. Le había bastado con una mirada a sus manos y a su espalda para ver que sus heridas tampoco habían remitido. No había venido a curarlas.

—Lan Zhan, eres realmente admirable —dijo con sinceridad—. A la hora de la verdad te incluiste en el castigo sin dudarlo. Es algo que me deja sin palabras.

Lan Wangji cerró los ojos y guardó silencio.

—Lo digo en serio. Jamás he conocido a nadie tan recto y tan fiel a su palabra como tú. Yo sería incapaz.

Lan Wangji siguió ignorándolo.

Cuando ya se había acostumbrado al frío, Wei Wuxian se puso a nadar a lo largo del manantial. Sin embargo, al cabo de un rato no pudo resistir volver a acercarse a Lan Wangji.

—Lan Zhan, ¿has entendido lo que te he dicho antes?

Lan Wangji respondió:

—No estoy seguro.

—¿Que no estás seguro? Te estaba haciendo un cumplido, trataba de congraciarme contigo.

Lan Wangji lo miró de reojo.

—¿Para qué?

—Para que seamos amigos. Ya nos conocemos muy bien.

—Eso no es verdad.

Wei Wuxian golpeó el agua con exasperación.

—Ya estás otra vez. Te aseguro que ser amigo mío tiene muchas ventajas.

—¿Como cuáles? —preguntó Lan Wangji con suspicacia.

Wei Wuxian nadó hasta el borde del manantial y se recostó contra las rocas.

—Por ejemplo, soy leal con mis amigos. Pongamos que llega a mis manos un álbum erótico nuevo: podrás leerlo antes que nadie… ¡Eh, eh, no te vayas! Si no quieres, no te los enseño. ¿Has estado alguna vez en Yunmeng? Es un sitio increíble, se come de maravilla. No sé si será cosa de todo Gusu o solo de Nubes Recónditas, pero la comida de tu clan es terrible. Si alguna vez visitas Muelle de Loto, podremos comer un montón de cosas ricas. Te llevaré a coger flores de loto y castañas de agua. ¿Vendrás, Lan Zhan?

—No.

—¡Ay, pero deja ya de decir que no a todo! Suenas tan frío… A las chicas no les gusta eso. Las de Yunmeng son muy guapas. Diferentes del tipo de belleza que se puede ver por aquí. —Le guiñó el ojo izquierdo con picardía —. ¿Seguro que no quieres venir?

Lan Wangji dudó un instante. Luego volvió a decir:

—No…

—Oye, rechazándome tan tajantemente, ¿no tienes miedo de que me enfade y me vaya con tu ropa?

—¡Largo de aquí!

A su regreso de Qinghe, Lan Qiren no volvió a enviar a Wei Wuxian a la biblioteca a copiar los preceptos del clan Lan. En lugar de eso, lo abroncó severamente en presencia de todos sus compañeros. Descontando las múltiples alusiones a obras clásicas, la reprimenda consistió en señalarle que nunca había tenido un alumno tan revoltoso y descarado, en expresarle su deseo de perderlo de vista lo antes posible y en pedirle que se mantuviera alejado de los demás alumnos, especialmente de su querido Lan Wangji.

Wei Wuxian aguantó el chaparrón con una sonrisa en los labios. No se sintió humillado ni enfadado. En cuanto Lan Qiren se fue, se sentó, se volvió hacia Jiang Cheng y le dijo:

—¿No es un poco tarde para que me diga eso? Quiere que me mantenga alejado de todos cuando ya los he corrompido. ¡No tiene remedio!

El abismo acuático de Caiyi supuso un gran quebradero de cabeza para el clan Lan. Era imposible de erradicar por completo y tampoco podían cargarle el mochuelo a otro como había hecho el clan Wen. El líder del clan Lan pasaba la mayor parte del año en reclusión, así que Lan Qiren tuvo que dedicar todas sus energías al asunto. En consecuencia, sus clases se hicieron cada vez más cortas, lo cual dio a Wei Wuxian y a sus amigos cada vez más tiempo para vagar por las montañas.

Un día Wei Wuxian se disponía a salir a dar una vuelta acompañado por otros siete u ocho estudiantes. Cuando pasaron por la biblioteca, a través de las ramas del magnolio vieron a Lan Wangji sentado en soledad junto a la ventana.

Nie Huaisang susurró:

—¿Puede ser que esté mirando hacia aquí? Pero si no estábamos gritando. ¿Por qué pone esa cara?

Wei Wuxian le respondió:

—Estará enumerando mentalmente todas nuestras carencias.

—De «nuestras» nada —lo corrigió Jiang Cheng—, pensará en las tuyas. Yo creo que solo te mira a ti.

Wei Wuxian se rio con desdén.

—Ah, ¿sí? Pues espérate. Ya verás lo que le haré cuando volvamos.

—¿Tú no estás siempre quejándote de que es un insípido y un aburrido? ¡Pues déjalo en paz! ¿Qué necesidad tienes de buscarle las cosquillas todo el rato? Estás tentando a la suerte.

—¿No lo entiendes? Que exista en el mundo una persona tan increíblemente aburrida como él es lo más divertido que hay…

Regresaron a Nubes Recónditas cuando ya casi era mediodía. Lan Wangji estaba sentado a su escritorio ordenando la pila de papeles que acababa de escribir cuando de repente oyó un ruido. Levantó la vista y vio que alguien entraba por la ventana.

Wei Wuxian había trepado el magnolio que había fuera del pabellón.

—¡Lan Zhan, he vuelto! —exclamó exultante—. Llevaba muchos días sin venir a copiar nada, ¿me has echado de menos?

Como uno de esos viejos monjes en trance que todo lo ven y todo lo dejan pasar, Lan Wangji siguió ordenando sus papeles. Wei Wuxian malinterpretó deliberadamente su silencio.

—No hace falta que lo admitas si te da vergüenza. Yo sé que me echabas de menos. Si no, ¿qué hacías antes mirándome?

Lan Wangji le lanzó una mirada de silencioso desagrado.

—Mírate, qué rápido picas el anzuelo —le dijo Wei Wuxian, acomodándose en el alféizar de la ventana—. Es muy fácil hacerte perder la

compostura.

—Vete.

—¿Y si no me voy? ¿Vas a hacerme algo?

Al ver la cara que ponía Lan Wangji, Wei Wuxian temió que una sola palabra más le hiciera perder el control y lo estampara contra la ventana, así que se apresuró a decir:

—¡Oye, no me asustes de esa manera! Te traigo un regalo para hacer las paces.

—No lo quiero —replicó Lan Wangji al instante.

—¿De verdad?

Ante la mirada cada vez más desconfiada de Lan Wangji, como si hiciera un truco de magia, se sacó dos conejos de la túnica. Sosteniéndolos en una mano y sujetándoles las orejas con la otra, los acercó a la cara de Lan Wangji.

—Esta montaña vuestra es muy rara. En vez de faisanes, hay montones de conejos. Y no temen a la gente. ¡Míralos! ¿A que son rechonchetes? ¿No los quieres?

Lan Wangji se limitó a mirarlo fríamente.

—Bueno, pues, si no te interesan, ya se los regalaré a otro. Hace días que no comemos nada sabroso…

Esa última frase hizo reaccionar a Lan Wangji.

—¡Espera!

—No me he movido —replicó Wei Wuxian, encogiendo los hombros.

—¿A quién se los vas a dar?

—Al que mejor le salga el conejo asado.

—En Nubes Recónditas está prohibido sacrificar animales. Es la tercera norma del muro de la disciplina.

—Muy bien. En ese caso, bajaré de la montaña, los mataré fuera de los límites y volveré con la carne. A ti te da lo mismo porque no los quieres, ¿verdad?

Lan Wangji respiró hondo.

—Dámelos.

Wei Wuxian sonrió entre dientes.

—¿Ahora sí los quieres? Hay que ver cómo eres, siempre haces lo mismo.

Los dos conejos eran tan redondos y suaves como dos bolas de nieve esponjosa. Uno tenía cara de bobo y yacía sobre su panza. Su hocico rosado se movía sin prisa mientras mordisqueaba una hoja de lechuga. El otro era tan movido que parecía que se hubiera tragado un abejorro: saltaba continuamente de un lado al otro, se subía encima de su compañero… Wei Wuxian les arrojó unas cuantas hojas de verdura que había conseguido en alguna parte. De repente se puso a gritar:

—¡Lan Zhan! ¡Lan Zhan!

Momentos antes el conejo más movido había pisado la piedra de tinta de Lan Wangji, así que este, con una hoja de papel en la mano, ocupado en decidir la mejor manera de borrar las huellas que había ido dejando por todo el escritorio, en un primer momento quiso ignorar a Wei Wuxian. Sin embargo, la urgencia de su tono le hizo temer que hubiera pasado algo, así que le preguntó:

—¿Qué?

—Míralos cómo se han puesto, uno encima del otro. ¿Crees que estarán…?

—¡Los dos son machos!

—¿Machos? No me digas. —Wei Wuxian levantó a los conejillos por las orejas para echarles un vistazo—. Ah, pues sí. Bueno, tanto da. ¿Por qué te pones tan tenso? ¿En qué estás pensando? Curioso: yo, que los he cazado, no me he fijado en lo que eran, pero tú enseguida has ido a mirarles [illegible]

Lan [illegible] lo agarró y lo tiró por la ventana. La risa de Wei Wuxian resonó en el aire [illegible]

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Lan [illegible]dii cerró la ventana de un golpe enérgico y volvió a sentarse. Luego miró el escritorio, cubierto de papeles esparcidos con huellas de tinta y dos conejos blancos que rodaban de un lado a otro entre hojas de lechuga. Cerró los ojos y se tapó los oídos.

Fue capaz de bloquear hasta el susurro de las ramas en flor del magnolio que había fuera. Pero, por mucho que lo intentó, siguió oyendo la risa despreocupada de Wei Wuxian.

Al día siguiente, Lan Wangji dejó de asistir a clase.

Wei Wuxian había pasado por tres asientos. Al principio se sentaba al lado de Jiang Cheng, pero, como este quería prestar atención en clase para mejorar la reputación de su clan, se cambió a primera fila. Aquella posición era demasiado conspicua y Wei Wuxian no podía hacer tonterías, así que renunció a la compañía de Jiang Cheng y fue a sentarse justo detrás de Lan Wangji. Mientras Lan Qiren impartía su clase, Lan Wangji se mantenía erguido como un muro de hierro, gracias a lo cual Wei Wuxian podía dormir a pierna suelta o dedicarse a garabatear sin ser descubierto. Dejando de lado el hecho de que Lan Wangji interceptaba todas las bolas de papel que tiraba, aquel asiento era ideal. Sin embargo, Lan Qiren no tardó en descubrir su estratagema e hizo que Wei Wuxian y Lan Wangji intercambiaran los asientos. Desde aquel momento, a la mínima que Wei Wuxian se sentaba en una postura ligeramente descuidada, sentía un par de ojos clavándosele en la nuca y la mirada de reprobación de Lan Qiren en la cara.

Estar constantemente vigilado por delante y por detrás era un tormento inimaginable. Sin embargo, después de los incidentes del álbum erótico y de los conejos, Lan Qiren se convenció de que Wei Wuxian era una mala influencia y, temiendo que influyera negativamente en su alumno favorito, eximió a Lan Wangji de volver a clase. Como resultado, Wei Wuxian se sentó otra vez en su antiguo asiento y durante medio mes regresó la paz.

Desgraciadamente, para alguien como Wei Wuxian las alegrías duraban poco.

En Nubes Recónditas había un largo pasillo en el que cada siete pasos se

abría una gran ventana con celosías de madera tallada. Cada una de las tallas tenía un motivo: un cultivador tocando la cítara en la montaña, otro volando por las nubes subido a su espada, otro eliminando monstruos y prodigios… Lan Qiren había explicado que cada una de aquellas ventanas representaba algún episodio de la vida de los antepasados del clan Lan de Gusu. Las cuatro más antiguas y más famosas representaban cuatro escenas de la vida de Lan An, su fundador.

Lan An nació en un templo y se crio al arrullo de los cánticos budistas. Gracias a su inteligencia y su espiritualidad, a una edad muy temprana ya se había convertido en un eminente y respetado monje. Cuando cumplió la mayoría de edad, adoptó como apellido el «Lan» de la palabra que deriva del sánscrito «monasterio» [25] , abandonó la vida religiosa y se hizo músico. En el transcurso de su entrenamiento cultivacional, visitó Gusu, donde conoció a la «persona predestinada» que había estado buscando. Ambos se convirtieron en compañeros de cultivo y sentaron las bases del clan Lan. Tras la muerte de su pareja, Lan An volvió al templo que lo vio nacer y puso fin a su vida.

Los títulos de las cuatro ventanas eran «Monasterio», «Práctica musical», «Pareja cultivacional» y «Regreso al silencio».

Las clases de Lan Qiren nunca solían tratar asuntos tan interesantes como ese. Por una vez, aunque el maestro lo contara como una insulsa clase de historia, Wei Wuxian permaneció atento a todo cuanto dijo. Después de la lección compartió sus impresiones con sus compañeros:

—Resulta que el fundador del clan Lan era monje… Eso explica muchas cosas. Encima lo dejó, encontró pareja y, al morir esta, decidió acompañarla… ¿Cómo puede alguien así tener unos descendientes tan poco románticos?

Al igual que él, ninguno de sus compañeros había imaginado tampoco que el clan Lan, tan estricto y tradicional, hubiera tenido un fundador así. Se pusieron a discutir el asunto con entusiasmo. La conversación derivó al tema de las parejas cultivacionales y empezaron a discutir sobre la compañera ideal y a evaluar a las cultivadoras que conocían.

En esas, alguien preguntó:

—Hermano Zixuan, ¿a ti qué cultivadora te parece mejor?

Cuando Wei Wuxian y Jiang Cheng escucharon aquello, miraron a un chico que estaba sentado en la primera fila del salón orquídea.

Era un joven apuesto y altivo, llevaba un punto bermellón en la frente. Su cuello, sus mangas y su cinturón llevaban bordada una peonía blanca. Se trataba de Jin Zixuan, el joven maestro enviado a Gusu por el clan Jin de Lanling.

—A él no hace falta que le preguntes eso —intervino otro chico—. Ya tiene prometida, seguro que te responde que ella.

Al escuchar la palabra «prometida», Jin Zixuan pareció torcer la boca con cierta insatisfacción. Sin embargo, el discípulo que le había hecho la pregunta no se dio cuenta y persistió en su curiosidad.

—¿En serio? ¿Y de qué clan es? ¡Seguro que combina belleza y talento como ninguna!

Jin Zixuan frunció el ceño.

—No me la recordéis.

Wei Wuxian intervino al momento:

—¿Qué quieres decir con eso?

Todos los presentes lo miraron asombrados. Wei Wuxian siempre llevaba una sonrisa en los labios, incluso cuando lo regañaban o lo castigaban. Sin embargo, ahora la hostilidad era patente en su rostro. Además, Jiang Cheng, que siempre lo regañaba cuando armaba jaleo, permanecía callado con expresión molesta.

Jin Zixuan respondió con altivez:

—¿Qué parte de la frase «no me la recordéis» no entendéis?

Wei Wuxian rio fríamente.

—Su sentido es más que claro. Lo que no entendemos es que le encuentres pegas a mi hermana cultivacional.

Los demás discípulos empezaron a cuchichear. Después de intercambiar un par de frases, todos comprendieron lo que estaba pasando. Sin saberlo, le habían dado una patada a un avispero.

La prometida de Jin Zixuan no era otra que Jiang Yanli, hija mayor del líder del clan Jiang de Yunmeng y hermana de sangre de Jiang Cheng. Tenía

un carácter muy afable, pero poco más; se expresaba con soltura, pero nada de lo que decía era memorable; y, aunque su belleza estuviera por encima de la media, carecía de talentos reseñables. Comparada con las hijas de los demás clanes, quedaba inevitablemente eclipsada.

Jin Zixuan, en cambio, era todo lo contrario. El único hijo legítimo de Jin Guangshan era tan apuesto como talentoso. Jiang Yanli no estaba cualificada para ser su prometida; de hecho, no estaba cualificada ni para competir con las demás mujeres. La única razón por la que estaba comprometida con él era que, antes de casarse, su madre había pertenecido al clan Yu de Meishan, un clan amigo del clan de la madre de Jin Zixuan. Ambas mujeres habían crecido juntas y compartían una estrecha amistad.

El clan Jin se caracterizaba por su orgullo y su altanería, rasgos que Jin Zixuan había heredado en su totalidad. Sus estándares eran tremendamente altos y el compromiso no le satisfacía. No solo porque no le gustaba su prometida, sino también, y eso era lo peor para él, porque su madre había decidido su matrimonio sin consultarlo. La situación lo enervaba cada vez más, así que, al presentársele la oportunidad de exteriorizar su enfado, la aprovechó.

—Pregúntame mejor qué es lo que debería satisfacerme de ella —replicó.

Jiang Cheng se levantó de un salto.

Wei Wuxian lo apartó de un empujón, se colocó delante de él y sonrió con desprecio.

—¡Ni que tú fueras tan magnífico! ¿De dónde sacas la confianza para hacerle ascos a nadie?

Debido al compromiso, Jin Zixuan aborrecía al clan Jiang de Yunmeng. Desde hacía algún tiempo venía observando con desagrado la conducta de Wei Wuxian. Para alguien como él, acostumbrado a que nadie le tosiera, oír que ahora le hablaba en ese tono resultó intolerable.

—¡Si no está contenta, dile que cancele el compromiso! —le espetó—. Para mí no sería ninguna pérdida. ¡Y, si tanto te gusta, pídele tú su mano al padre! Seguro que accede encantado, ¿acaso no te trata mejor que a su propio hijo?

Jiang Cheng se quedó helado al oír esto último. Incapaz de seguir

reprimiendo su ira, Wei Wuxian cargó contra Jin Zixuan con el puño levantado. Este llevaba un tiempo anticipando su ataque, pero no esperaba que fuera tan veloz: el puño le golpeó la cara antes de que terminara la frase. Media cara se le entumeció al instante. Entonces, sin pronunciar palabra, devolvió el golpe.

El altercado alarmó a los dos grandes clanes implicados. Tanto Jiang Fengmian como Jin Guangshan se personaron en Gusu ese mismo día procedentes de Yunmeng y Lanling, respectivamente. Primero fueron a ver a los chicos, castigados de rodillas, luego se presentaron ante Lan Qiren, que les echó un sermón que los dejó temblando. Más tarde, antes de despedirse, Jiang Fengmian puso sobre la mesa la idea de cancelar el compromiso:

—Fue la madre de Yanli quien insistió en casarlos, yo no estaba de acuerdo. Visto lo visto hoy, parece que ninguna de las partes está especialmente interesada en mantener el compromiso. Yo creo que no tiene sentido forzar las cosas.

Jin Guangshan se quedó muy sorprendido. Al principio no sabía qué hacer —al fin y al cabo, romper un compromiso con otro clan prominente nunca era bueno—, así que dijo:

—Todavía son muy jóvenes, ¿qué sabrán de la vida? Dejemos que discutan, hermano Fengmian, mantengámonos al margen.

—Hermano Jin, podemos acordar su matrimonio, pero no podemos vivirlo en su lugar. Al final, serán ellos quienes tendrán que pasar juntos el resto de su vida —respondió Jiang Fengmian.

El enlace no había sido idea de Jin Guangshan. De haber querido consolidar su posición mediante alianzas matrimoniales con otro clan prominente, el clan Jiang de Yunmeng no era la única opción ni tampoco la mejor. El problema era que no se atrevía a contravenir los deseos de su esposa. Sin embargo, ahora la otra parte estaba proponiendo la disolución del compromiso por propia iniciativa. Teniendo además en cuenta que ellos representaban el lado del hombre y no de la mujer, para quien una cancelación siempre era más grave, ¿qué sentido tenía preocuparse? Por si esto fuera poco, su hijo Jin Zixuan nunca había estado conforme con que lo prometieran con Jiang Yanli. Hechas todas estas consideraciones, Jin

Guangshan se armó de valor y aceptó la disolución del compromiso.

Wei Wuxian aún no sabía lo que su pelea había desencadenado. En aquel momento seguía hincado de rodillas en el punto del camino de piedra que Lan Qiren le había asignado.

Jiang Cheng se acercó a él desde la distancia.

—Vaya, vaya; qué recto te arrodillas —se regodeó.

Wei Wuxian le sonrió con satisfacción.

—Sabes que tengo práctica. En cambio, para el mimado de Jin Zixuan seguro que es la primera vez. Si no termina el día llorando y llamando a sus padres, no me apellido Wei.

Jiang Cheng bajó la cabeza. Después de un momento dijo en voz baja:

—Ha venido mi padre.

—Pero Yanli no, ¿verdad? —preguntó Wei Wuxian.

—¿Para qué iba a venir? ¿Para ver cómo la avergonzabas? No ha venido. Si estuviera aquí, ya te habría traído medicinas…

Wei Wuxian exhaló un suspiro.

—Me habría gustado verla… Menos mal que tú no te has metido en la pelea.

—Iba a hacerlo. Si no me lo hubieras impedido, me habría encargado de la otra mitad de su cara.

—Es mejor así. Con media cara hinchada y media normal está aún más feo. Dicen que es tan presumido como un pavo real. ¿Qué pensará esta noche cuando se mire al espejo? ¡Ja, ja, ja…!

Cuando acabó de troncharse de la risa, Wei Wuxian dijo:

—En realidad, tendría que haber dejado que le pegaras tú y mantenerme al margen. Así quizá el tío Jiang no habría venido. Pero no pude evitarlo. ¡No pude evitarlo!

Jiang Cheng resopló con tristeza.

—Ya —dijo en voz baja.

Wei Wuxian había hablado sin pensar, pero a Jiang Cheng se le quedó dentro. Sabía que tenía razón. Jiang Fengmian nunca se había apresurado a

volar a otro clan y personarse el mismo día por ningún asunto que tuviera que ver con él, fuera bueno, malo, grande o pequeño.

Nunca.

Wei Wuxian advirtió su expresión, pero supuso que seguía molesto por las palabras de Jin Zixuan.

—Vete, no hace falta que te quedes a hacerme compañía —le dijo—. Como Lan Wangji vuelva a pasarse por aquí, te pillará. Si tienes tiempo, ve al otro patio a ver la cara de idiota que pone Jin Zixuan cuando se arrodilla.

Jiang Cheng se extrañó.

—¿Lan Wangji ha estado aquí? ¿Se ha atrevido a venir a verte?

—Sí, yo también creo que ha sido valiente por su parte haberse acercado. O puede que su tío le haya mandado venir a comprobar si yo estaba bien arrodillado —dijo Wei Wuxian.

Jiang Cheng tuvo un mal presentimiento.

—¿Y lo estabas?

—En ese momento sí, pero, en cuanto se ha alejado un poco, he cogido una ramita y me he puesto a escarbar la tierra con la cabeza gacha. Es ese montón que tienes a tus pies. Hay un hormiguero, me costó descubrirlo. Cuando se ha girado y me ha visto encogido de hombros, ha debido de pensar que estaba llorando o algo así, porque se ha acercado a preguntarme cómo estaba. Deberías haber visto la cara que ha puesto al ver el hormiguero.

—¡Me parece que ya es hora de que vuelvas a Yunmeng! —dijo Jiang Cheng—. No creo que Lan Wangji quiera volver a verte en la vida.

Y así fue: aquella misma noche Wei Wuxian recogió sus cosas y regresó a Yunmeng con Jiang Fengmian.

[22] Más de treinta y cinco metros.

[23] Un jin equivale a quinientos gramos.

[24] Alusión a Du Fu, quien, en los últimos versos del quinto poema de la serie titulada *Nueve cuartetos improvisados*, hizo esta alegoría de la sensualidad:

El polen se entrega al viento con frenesí,

livianas flores de melocotonero por el agua van.

[25] La palabra es *qielan* , forma abreviada de *sengqielanmo* (transcripción del sánscrito *samgharama* , que significa «monasterio» o «complejo monástico»).

CAPÍTULO V

Juntos

WEI WUXIAN PASÓ TODA LA NOCHE BOCA ABAJO. La primera mitad estuvo preguntándose qué demonios le había pasado a Lan Wangji, luego se durmió. A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, Lan Wangji había desaparecido y él estaba acostado en la cama con los brazos pegados al cuerpo, una postura perfectamente respetable.

Wei Wuxian apartó la colcha que lo cubría y se pasó los dedos de la mano derecha por el pelo. Un sentimiento inexplicable, absurdo y terrible abrumaba su mente, un sentimiento que no podía disipar.

En ese momento resonaron dos comedidos golpes contra la puerta de madera del Jingshi. La voz de Lan Sizhui sonó desde el otro lado:

—Joven señor Mo, ¿está despierto?

—¡¿Por qué me molestáis a estas horas tan tempranas?! —vociferó Wei Wuxian.

—¿Tempranas? —dijo Lan Sizhui—. Pero si ya es la hora de la serpiente…

Los miembros del clan Lan seguían un horario muy específico: se levantaban a la hora del conejo y se acostaban a la hora del cerdo [26] . Wei Wuxian seguía un horario muy específico también: se levantaba a la hora de la serpiente y se acostaba a la hora del búfalo [27] , lo cual suponía un desfase considerable.

Tenía el cuerpo dolorido después de haber pasado la noche recostado boca abajo, así que fue franco.

—No puedo levantarme.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó Lan Sizhui.

—¿Que qué me pasa? ¡Que vuestro Hanguang-jun me ha querido encima de él toda la noche!

La voz furiosa de Lan Jingyi tronó:

—¡Como vuelva a decir otra majadería así, yo no respondo! ¡Salga ahora mismo!

Wei Wuxian se sintió injustamente tratado.

—¡Lo digo en serio! ¡Por su culpa no he podido pegar ojo! No salgo, que me da vergüenza.

Los novicios se miraron sin saber qué hacer. Tenían prohibido entrar en los aposentos de Hanguang-jun sin una razón de peso, así que no podían sacarlo a rastras.

Lan Jingyi estaba fuera de sí.

—¡Qué desfachatez! A Hanguang-jun no le interesan los hombres, ¿por qué iba a quererlo encima toda la noche? Tenemos suerte de que no haya sido usted el que se le haya echado encima. ¡Levántese ya! ¡Tiene que salir a hacerse cargo de su asno, está armando mucho escándalo!

Al oír que Lan Jingyi mencionaba a su montura, Wei Wuxian se levantó de un salto.

—¿Qué le habéis hecho a mi Manzanita? Ojo con él, a la mínima que se enfada, te mete una coz…

—¿Quién es Manzanita? —preguntó Lan Jingyi.

—¡Mi burro! —exclamó Wei Wuxian mientras abría la puerta del Jingshi.

Instó a los novicios a que lo llevaran hasta su montura. Lo condujeron a un prado verde donde, tal y como habían dicho, el burro no paraba de rebuznar. Estaba enfadado porque quería comer hierba, pero las decenas de bolas de pelo blanco que infestaban el prado se lo impedían.

Wei Wuxian se quedó maravillado.

—¡Cuántos conejos! Venga, vamos a ensartarlos y… ¡a las brasas!

—¡En Nubes Recónditas está prohibido sacrificar animales! —protestó Lan Jingyi—. ¡Y calme ya a su borrico, los grupos de estudio matutino se nos han quejado ya varias veces! ¡Como esto siga así, nos va a caer una buena!

Wei Wuxian le tendió al burro moteado su manzana del desayuno y el animal dejó de dar la lata. Mientras la masticaba con fruición, Wei Wuxian le acariciaba el cuello pensando en los salvoconductos de jade que llevaban encima los novicios.

—¿Es verdad que no podemos comérnoslos? —dijo, señalando a los

conejos que saltaban por el prado—. Si aso uno, ¿me echarán de aquí?

Alarmado, Lan Jingyi se apresuró a colocarse frente a él con los brazos extendidos como el que impide el paso a un enemigo formidable.

—¡Estos conejos son de Hanguang-jun! Nosotros solo se los cuidamos de vez en cuando. ¡Ni se le ocurra tocarlos!

Wei Wuxian estuvo a punto de caerse al suelo de la risa.

«¡Vaya con Lan Zhan! No quería aquellos dos conejos que le regalé, pero luego acabó criando un ejército a escondidas. ¿A quién quiere engañar? ¡Por favor! ¡Al final resulta que es amante en secreto de estas bolas peludas! Me lo imagino llevando un conejito en brazos con expresión seria… Ay, madre, no puedo resistirlo…».

Entonces recordó la escena de la noche anterior, acostado sobre su pecho, y se le pasaron las ganas de reír.

De repente, se oyó el tañido de una campana al oeste de Nubes Recónditas.

Era muy diferente del que anunciaba las horas. Era intenso y apremiante, como si un loco estuviera martilleando la campana. Las expresiones de Lan Jingyi y Lan Sizhui cambiaron bruscamente. Sin perder un segundo más en tonterías, se fueron corriendo y dejaron plantado a Wei Wuxian. Este, comprendiendo que algo andaba mal, se apresuró a seguirlos.

El sonido provenía de lo alto de una de las torres vigía de las esquinas del complejo. Aquella torre albergaba el Mingshi, la cámara del inframundo. Sus muros estaban construidos con materiales especiales y sellados con hechizos porque era el lugar donde el clan Lan llevaba a cabo las invocaciones de almas. Que su campana sonara con aquella urgencia solo podía significar una cosa: algo les había ocurrido a quienes estuvieran celebrando un ritual en su interior.

Cada vez llegaban más discípulos, pero ninguno se atrevía a entrar. La puerta de madera negra estaba firmemente cerrada y solo podía abrirse por dentro; forzarla desde fuera no solo era difícil, sino que además estaba prohibido. Que hubiera ocurrido un accidente en mitad de un ritual de invocación de almas resultaba aterrador, pues nadie sabía a qué clase de ser podían haber invocado ni qué iba a ocurrir si conseguían entrar. Desde la

creación de la cámara del inframundo nunca se habían producido fallos en las invocaciones, lo cual preocupaba aún más a todos.

Al ver que Lan Wangji no aparecía, Wei Wuxian tuvo un mal presentimiento. Era imposible que, encontrándose en Nubes Recónditas, no hubiera acudido inmediatamente al escuchar las campanadas de alarma. A menos que…

De pronto, la puerta se abrió de par en par. Un discípulo vestido de blanco salió tambaleándose, le fallaron las fuerzas y rodó escaleras abajo. La puerta se cerró con furia.

Varios de los presentes corrieron a socorrerlo. Lo ayudaron a tenerse en pie, pero enseguida volvió a derrumbarse. Aferrándose a sus auxiliadores mientras lloraba desconsoladamente, dijo:

—No tendríamos que haberlo hecho… No tendríamos que haberlo invocado…

Wei Wuxian lo cogió de las manos y le preguntó:

—¿A qué clase de criatura pertenece el alma a la que invocabais? ¿Quién más hay ahí dentro? ¿Hanguang-jun?

El discípulo parecía tener grandes dificultades para respirar.

—Hanguang-jun… me ha dicho… que escapara…

Antes de que pudiera terminar de hablar, empezó a brotarle sangre de la boca y de la nariz. Wei Wuxian lo arrojó en brazos de Lan Sizhui, comprobó que aún llevaba su flauta improvisada a la cintura y subió las escaleras en pocas zancadas. Entonces dio una poderosa patada a la puerta de la cámara del inframundo.

—¡Ábrete!

La puerta abrió sus fauces de golpe, como si se riera. Wei Wuxian se apresuró a entrar y la puerta se cerró inmediatamente tras él. Sorprendidos, varios discípulos trataron de imitarlo, pero, por más que lo intentaron, fueron incapaces de hacer que la puerta volviera a abrirse.

Un cultivador invitado la golpeó con frustración.

—¿Quién era ese? —preguntó con rabia.

Lan Sizhui, que aún estaba sosteniendo al discípulo desfallecido, gritó:

—¡Ayudadme a mí primero, está sangrando por los siete orificios [28] !

En el interior de la cámara del inframundo, Wei Wuxian fue recibido por la presencia de una opresiva energía oscura.

Parecía una combinación de odio, resentimiento y locura. Era tan intensa que casi se podía palpar, y a Wei Wuxian le causaba dolor en el pecho. La cámara del inframundo medía más de tres zhangs [29] de largo y de ancho. En cada una de sus esquinas yacían varias personas inconscientes y, en mitad del círculo mágico que ocupaba el suelo, estaba el objeto del conjuro.

No era más que un brazo. ¡El brazo que habían traído de la mansión Mo!

Se mantenía erguido como un palo, con el lado cercenado tocando el suelo. Cuatro de sus dedos estaban cerrados formando un puño, pero su índice apuntaba hacia el cielo como si señalara a alguien con furia. La energía oscura que inundaba la habitación emanaba de él.

Todos los participantes del ritual de invocación habían huido o se habían desmayado, excepto uno, que permanecía sentado en la esquina oriental: Lan Wangji.

Tenía una cítara a su lado cuyas cuerdas vibraban incesantemente sin que nadie las tocara. Al principio parecía estar absorto en sus pensamientos o quizá escuchando atentamente, pero, al sentir que alguien entraba, levantó la cabeza.

Su rostro se mantenía igual de impasible que de costumbre, así que Wei Wuxian no pudo saber qué pasaba por su mente. Lan Qiren, que también había formado parte del ritual, yacía en el suelo. Al igual que aquel discípulo que había escapado, sangraba por los siete orificios y estaba completamente inconsciente. Wei Wuxian ocupó su posición, en la esquina occidental, y se llevó la flauta a los labios. Estaba justo enfrente de Lan Wangji.

Aquella noche en la villa de los Mo, Wei Wuxian había mantenido a raya a la criatura con ayuda de los tres cadáveres asesinos que controlaba con sus silbidos antes de que Lan Wangji la atacara con su cítara. Sin saberlo, habían colaborado en su supresión. La mirada de Lan Wangji se encontró con la suya y la entendió sin pronunciar palabra. Levantó la mano derecha y sonó una melodía, a la que Wei Wuxian se unió inmediatamente con

su flauta.

La pieza que interpretaban se llamaba «Invocación». Su melodía era capaz de atraer el alma de un muerto usando como medio su cadáver, partes de su cadáver o incluso algún objeto que la persona hubiera preciado en vida. Por lo general, bastaba con tocar unas estrofas para que el alma del difunto apareciera en el interior del círculo. Sin embargo, estaban terminando la pieza sin que nada respondiera a su llamada.

Las venas del brazo se estaban hinchando. Parecía estar muy enfadado. La sensación opresiva que los rodeaba se estaba haciendo más y más fuerte. De haber sido cualquier otra persona la que hubiera ocupado la esquina occidental en aquel momento, se habría desmayado, igual que Lan Qiren. Wei Wuxian estaba alarmado por dentro: era imposible que no consiguieran invocar nada con la pieza que Lan Wangji y él estaban interpretando. A no ser…

¡A no ser que el alma del muerto al que pertenecía aquel brazo hubiera sido despedazada a la vez que su cadáver!

Todo parecía indicar que aquel infeliz había conocido un destino ligeramente peor que el de Wei Wuxian, quien, a pesar de haber sido despedazado también, al menos había podido conservar el alma intacta.

Viendo que «Invocación» no surtía efecto, Lan Wangji decidió tocar otra pieza.

Su melodía era pausada y serena, no tenía que ver con la tétrica y acuciante pieza de antes. Se titulaba «Reposo». Las dos piezas eran muy famosas en el mundo de la cultivación, así que Wei Wuxian pudo unirse sin temor a levantar sospechas.

La flauta fantasmal del patriarca de Yiling se llamaba Chenqing, la Reveladora, y tenía una fama ampliamente reconocida. En aquel momento, sin embargo, Wei Wuxian se esforzó en tocar su flauta de bambú de la peor manera posible: cambiaba las notas, respiraba cuando no procedía… El resultado era insoportable para el oído. Era más que probable que Lan Wangji no hubiera tocado jamás con alguien tan condenadamente malo. Al cabo de un rato, incapaz de seguir actuando como si no pasara nada, levantó la vista y miró a Wei Wuxian con gesto inexpresivo.

Con todo el descaro que lo caracterizaba, Wei Wuxian no solo lo ignoró,

sino que desafinó aún más. Mientras lo hacía, algo extraño empezó a ocurrir a su lado. Cuando echó un vistazo por encima del hombro, se llevó una sorpresa mayúscula: Lan Qiren, todavía inconsciente, se había sentado. Con la cara ensangrentada y la perilla, la voz y hasta el dedo con que lo señalaba temblándole de rabia, le gritó:

—¡Deja de tocar! ¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡No…!

Antes de que pudiera terminar la frase, escupió una bocanada de sangre y volvió a desplomarse.

Lan Wangji lo observó sin decir una palabra.

Wei Wuxian tampoco dijo nada. Podía imaginar lo que seguía a aquel «¡no…!» de Lan Qiren: «¡No sigas!». «¡No toques una nota más!». «¡No mancilles la música de mi querido Lan Wangji!».

El hecho de que su dueto de cítara y flauta hubiera sido capaz de despertar a un hombre inconsciente y volver a desmayarlo daba una idea de lo horrible que sonaba.

Aun así, poco a poco, sus fuerzas combinadas estaban logrando aplacar al brazo, por lo que Wei Wuxian no sintió vergüenza alguna. Sonaran como sonaran, lo importante era que cumpliesen su propósito.

Al apagarse la última nota de las cuerdas, la puerta de la cámara del inframundo se abrió y la luz del sol inundó su espacio. La campana de alarma de la torre había dejado de sonar, así que todos los discípulos que se habían reunido fuera entraron a la vez, gritando: «¡Hanguang-jun!».

Lan Wangji colocó la mano sobre las cuerdas de su cítara para detener su resonancia, se levantó y fue a tomarle el pulso a Lan Qiren [30] . Con él tomando la iniciativa, los discípulos se calmaron rápidamente. Los más veteranos acostaron en el suelo a las personas que sangraban y empezaron a tratarlas con píldoras y agujas; al mismo tiempo, los novicios fueron a buscar una campana de bronce con la que cubrieron el brazo. Había mucho trabajo que hacer, pero procedían de forma ordenada. Todos hablaban en voz baja y nadie hacía ruido.

Al cabo de un rato, alguien dijo, preocupado:

—Hanguang-jun, no logramos despertarlos de ninguna forma. ¿Qué hacemos?

Lan Wangji, que aún tenía tres dedos sobre las arterias de la muñeca de Lan Qiren, permaneció callado y con el ceño fruncido. A lo largo de su vida el maestro Lan había llevado a cabo innumerables rituales de invocación de almas, la gran mayoría malignas. Que alguien como él también hubiera resultado herido por la energía resentida de aquel brazo fantasma significaba que era formidablemente poderosa, algo nunca visto.

Wei Wuxian volvió a atarse la flauta a la cintura, se arrodilló junto a la campana de bronce y acarició sus inscripciones. Mientras cavilaba, reparó en la expresión alicaída de Lan Sizhui.

—¿Qué te pasa?

Lan Sizhui sabía ya que Wei Wuxian no era una persona ordinaria. En voz baja, algo vacilante, le respondió:

—Me siento un poco culpable, eso es todo.

—¿Culpable por qué? —preguntó Wei Wuxian.

—Ese brazo fantasma iba a por nosotros.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Las banderas invocadoras del mal tienen distintas gradaciones, cada una se dibuja de una forma y poseen una potencia determinada. Las que colocamos en la villa de los Mo tenían un rango de acción de apenas cinco lis [31] . Con la sed de sangre, carne y energía que tiene este brazo, si hubiera estado dentro de ese radio desde el principio, habría causado una masacre en la villa de los Mo mucho antes. Sin embargo, solo empezó a actuar después de nuestra llegada… Eso significa que alguien lo liberó entonces a propósito.

—Buen análisis —lo alabó Wei Wuxian—. Aprendiste bien tus lecciones.

Lan Sizhui bajó la cabeza.

—Si es como digo… entonces somos responsables de las muertes de la villa de los Mo… y del estado en que se encuentran el maestro Lan y los demás…

Se quedaron en silencio. Al cabo de un rato, Wei Wuxian le dio una palmada en el hombro y dijo:

—La culpa no es vuestra, sino de quien soltó a este brazo fantasma. En

este mundo hay cosas sobre las que no tenemos control.

Al otro lado de la habitación, Lan Wangji había terminado de tomarle el pulso a Lan Qiren.

—Hanguang-jun, ¿qué hacemos? —le preguntaron. Él contestó:

—Ir a la raíz del problema.

Wei Wuxian estuvo de acuerdo.

—Bien pensado. Si encontramos el resto del cadáver al que pertenece este brazo, podremos identificarlo y hallar el modo de salvar su alma.

Aunque supiera ya que Wei Wuxian no estaba loco, Lan Jingyi fue incapaz de moderar su acritud hacia él.

—¡Lo dice como si fuera tan fácil! Hemos sido incapaces de invocar su alma. ¿Dónde se supone que debemos buscar después de este desastre?

—En el noroeste —dijo Lan Wangji.

—¿En el noroeste? —preguntó extrañado Lan Sizhui—. ¿Por qué allí, Hanguang-jun?

—¿No te lo está diciendo? —preguntó Wei Wuxian.

—¿Diciendo? ¿Quién? ¿Quién se supone que me lo ha dicho? ¿Hanguang-jun?

—Esa cosa —respondió Wei Wuxian.

Solo entonces comprendieron que se refería al brazo fantasma.

Su dedo índice apuntaba con insistencia en una dirección. Cuando lo movían, se giraba tercamente para volver a su postura original. Ninguno de los presentes había visto nada igual.

—¿E… esa cosa? —tartamudeó Lan Jingyi—. ¿Y qué… qué está señalando?

—¿Qué más puede estar señalando? —le dijo Wei Wuxian—. O el resto de las partes de su cuerpo o al asesino que lo descuartizó.

Al oír esto, varios discípulos que estaban de pie en el rincón noroeste se cambiaron de sitio. Lan Wangji miró a Wei Wuxian. Luego se levantó lentamente y les dijo a los novicios:

—Cuidad de mi tío.

Todos asintieron.

—¡Entendido! Eso quiere decir que… ¿vais a bajar la montaña?

Mientras Lan Wangji asentía, Wei Wuxian ya se le había acercado de manera sigilosa por detrás, murmurando alegremente:

—¡Qué bien, qué bien! ¡Por fin podemos fugarnos juntos!

Sus palabras chocaron a todos, pero especialmente a los mayores. Los más jóvenes empezaban a acostumbrarse.

Tendido en el suelo, Lan Qiren pareció hacer una leve mueca.

Todos pensaron:

«Como siga hablando, el maestro Lan va a volver a despertarse…».

Los líderes de los grandes clanes salían de cacería nocturna acompañados de un numeroso séquito. Lan Wangji, en cambio, prefería viajar solo. El brazo era, además, tan malvado e impredecible que existía la posibilidad de que hiciera daño a alguien si no se manejaba con cuidado, así que no se llevó a ningún discípulo de su clan con él. Solo a Wei Wuxian para tenerlo bien vigilado.

Al principio, Wei Wuxian tenía la intención de aprovechar que salían de la montaña a investigar para fugarse. Sin embargo, todos y cada uno de sus intentos fueron frustrados por Lan Wangji, que inexorablemente terminaba llevándoselo a rastras cogido del cuello. Entonces cambió de estrategia. Empezó a pegarse a él tanto como podía, especialmente por las noches. Se metía en su cama con la esperanza de incomodarlo y que lo echara a espadazos, pero, le hiciera lo que le hiciera, Lan Wangji se mantenía impasible. En cuanto Wei Wuxian se metía debajo de su manta, le daba un suave toque y lo inmovilizaba. Entonces lo envolvía con otra manta, lo colocaba en la posición apropiada para dormir y así lo dejaba hasta que amanecía. Después de cada derrota, Wei Wuxian se levantaba con la espalda dolorida y las piernas entumecidas.

«Con los años se ha vuelto aún más aburrido. Antes, cuando me metía con él, era muy divertido ver cómo se avergonzaba. Pero ahora parece que nada

le afecta e incluso ha aprendido a defenderse. ¡¿Cómo es posible?!».

Siguiendo la dirección indicada por aquel brazo izquierdo, se dirigieron al noroeste. Todos los días tenían que interpretar «Reposo» a dúo para apaciguar su ira y su sed de sangre. Cuando se acercaron a Qinghe, la postura del brazo cambió por fin: relajó el índice y cerró los cinco dedos en un puño.

Eso quería decir que lo que había estado señalando andaba cerca.

Después de investigar en varios lugares, llegaron a una pequeña ciudad. Era mediodía y las calles estaban llenas de gente que iba y venía. Wei Wuxian seguía a Lan Wangji a paso ligero cuando un fuerte olor a ungüentos y potingues hizo que frunciera la nariz.

Acostumbrado al delicado aroma de sándalo de Lan Wangji, Wei Wuxian no pudo evitar exclamar:

—Pero ¿usted qué vende? ¿Cómo puede oler de esta manera?

Hablaba con un vendedor ambulante de cosméticos y cremas medicinales que llevaba la palabra «engaño» escrita en la frente. Iba vestido con una túnica taoísta y cargaba con una maleta llena de afeites y baratijas. Al ver que alguien se interesaba por ellos, se mostró encantado.

—¡Tengo de todo! Polvos y coloretes, buenos y baratos. ¿Se los enseño?

—Sí, por favor —dijo Wei Wuxian.

—¿Busca algo para su señora esposa?

Wei Wuxian le sonrió.

—No, para mí.

El hombre dejó de sonreír. Obviamente, estaba pensando: «¿Me está tomando el pelo?». Antes de poder explotar, vio que otro hombre se daba la vuelta, iba hacia ellos y decía en tono inexpresivo:

—Si no vas a comprar nada, no molestes.

Era excepcionalmente apuesto y elegante. Su túnica y la cinta de la frente eran más blancas que la nieve, tenía los ojos claros y llevaba una espada larga colgada de la cintura. El vendedor era un charlatán que se hacía pasar por cultivador y, por tanto, sabía alguna que otra cosa de su mundo. Al reconocer la insignia del clan Lan de Gusu, no queriendo meterse en líos, se

echó la maleta a la espalda y se fue.

Wei Wuxian le gritó:

—¡Oiga, no se vaya, que quería comprarle algo de verdad!

—¿Tienes dinero? —le preguntó Lan Wangji.

—No, pero seguro que tú me lo prestas —replicó Wei Wuxian, extendiendo la mano para palparlo. Aunque no esperaba encontrar nada, rebuscando en su pechera, dio con algo y lo sacó.

Era un delicado saquito de seda repleto de monedas.

Llevar algo así encima era absolutamente impropio de Lan Wangji. Sin embargo, como no era la primera cosa con la que lo dejaba perplejo últimamente, Wei Wuxian decidió ignorar este hecho y se fue con el saquito. Lan Wangji le dejó hacer lo que quiso sin oponer la más mínima resistencia. Si Wei Wuxian no hubiera conocido su carácter y su integridad moral, y si Hanguang-jun no hubiera tenido una reputación impecable, podría haber sospechado que había algún tipo de idilio entre Mo Xuanyu y él.

¿Por qué iba a tolerar un comportamiento así si no?

Después de caminar un trecho, Wei Wuxian miró hacia atrás de forma instintiva. Lan Wangji seguía sin moverse del sitio y lo miraba desde la distancia.

Aminoró la marcha. Algo le decía que no debía caminar tan rápido, que no debía dejar atrás a Lan Wangji de aquella manera.

Entonces alguien se puso a gritar a su lado:

—¡Estampas del patriarca de Yiling! ¡Una, cinco wenes; tres, diez wenes!

—¡¿De quién?! —gritó Wei Wuxian.

Al girarse para averiguar quién estaba vendiendo estampas suyas, descubrió al falso cultivador de antes. Había guardado sus cosméticos de tercera categoría para sacar un fajo de papeles con el retrato de un demonio que daba más miedo que los mismísimos guardianes de las puertas [32] .

—¡Una, cinco wenes; tres, diez wenes! ¡Aprovechen esta ganga! Recomiendo comprar tres: una para la entrada de la casa, otra para el salón y otra para el cabezal de la cama. ¡Emanan tal cantidad de energía maligna

que no habrá monstruo ni demonio que ose acercárseles! Es como combatir veneno con veneno.

—¡Qué tontería que clama al cielo! —exclamó Wei Wuxian—. Si de verdad funcionan tan bien, ¿por qué las vende a cinco wenes?

—¿Otra vez usted? ¡Si no quiere comprar nada, váyase! —replicó el charlatán—. Pero, si en vez de cinco wenes prefiere pagar cincuenta, yo encantado.

Wei Wuxian ojeó el montón de estampas tituladas «El patriarca de Yiling, erradicador del mal». No podía creer que aquel hombre corpulento con cara de furia y mirada atroz fuera a representarlo.

—¡Wei Wuxian era un hombre conocido por su gran belleza! —alegó—. ¡¿Se puede saber quién es este adefesio?! Si nunca vio al patriarca de Yiling en persona, absténgase de dibujarlo; va a confundir a las nuevas generaciones…

Justo cuando el charlatán iba a contestarle, Wei Wuxian sintió una presencia hostil a la espalda. Se apartó a tiempo de esquivar su ataque, pero el charlatán salió despedido por los aires y se estrelló contra un puesto de molinillos de viento. Varias personas lo ayudaron a levantarse mientras otras recogían los objetos que se habían caído.

El charlatán quiso insultar a su atacante, pero, al ver que se trataba de un joven señor que relucía de pies a cabeza, si no noble, al menos rico, se contuvo. Luego vio la peonía que llevaba bordada en el pecho y se le quitaron del todo las ganas de increparlo. Aun así, incapaz de aceptar aquel maltrato sin una razón, preguntó con un hilo de voz:

—¿Por qué me ataca?

Hablaba con Jin Ling, que se cruzó de brazos y contestó:

—¿Que por qué te ataco? ¡Cualquiera que se atreva a mencionar a Wei Wuxian en mi presencia debe dar gracias por que no lo mate! ¡Tú ibas pregonando su nombre por la calle, debes de querer morir!

Wei Wuxian no había imaginado que Jin Ling fuera a aparecer por allí, mucho menos comportándose de aquella forma tan despótica.

«Qué chico tan violento y arrogante… Ha heredado todos los defectos de su tío y de su padre, y ninguna de las virtudes de su madre. Tengo que

bajarle los humos antes de que sea demasiado tarde para él».

Al ver que Jin Ling seguía sin calmar su furia y se acercaba amenazadoramente al hombre, que seguía tendido en el suelo, gritó:

—¡Jin Ling!

El charlatán no osó decir nada, pero le dirigió una mirada llena de gratitud. Jin Ling se volvió hacia él.

—¿No intentas escapar? —preguntó, desdeñoso—. ¡Mejor!

Wei Wuxian se rio.

—Vaya, ahora mismo no recuerdo quién dejó a quién clavado en el suelo y sin poder levantarse la otra vez en el monte Brahma… ¿Quién sería, quién sería?

Jin Ling hizo una mueca de desprecio y lanzó un corto silbido. Al principio Wei Wuxian no entendió lo que estaba haciendo, pero después oyó el ronco jadeo de una bestia.

Cuando se dio la vuelta para ver qué era, se topó con un perro espiritual de pelaje negro, la mitad de grande que una persona, doblando una esquina y yendo directo hacia él. La gente empezó a gritar:

—¡Un perro loco!

Wei Wuxian se puso blanco como la cera y echó a correr.

Resultaba vergonzoso de explicar, pero lo cierto era que, a pesar de sus frecuentes alardes de invencibilidad, el patriarca de Yiling tenía miedo de los perros. No podía evitarlo. De niño, antes de que Jiang Fengmian lo encontrara, había vivido en la calle y muchas veces no tenía más remedio que robar comida de las fauces de perros fieros. A base de mordiscos, arañazos y persecuciones, terminó cogiéndoles pánico a todos; daba igual que fueran grandes, pequeños o medianos. Jiang Cheng solía burlarse de él por eso. Como no solo era un asunto vergonzoso de explicar, sino que también era difícil de creer, muy pocas personas más estaban al corriente.

Justo cuando ya creía que se moría, Wei Wuxian divisó una figura blanca, alta y elegante, y se puso a gritar:

—¡Lan Zhan, ayúdame!

Jin Ling, que había echado a correr tras Wei Wuxian, se sobresaltó al ver a

Lan Wangji.

«¿Qué hace otra vez con este loco?».

Lan Wangji era un hombre serio y taciturno. Si ya sus iguales sentían aprensión estando en su presencia, las generaciones más jóvenes aún le tenían más respeto. Su poder de intimidación era igual, si no mayor, que el que había tenido Lan Qiren en su época.

El perro de Jin Ling no era un perro ordinario: había sido sometido a un riguroso adiestramiento y, además, era extraordinariamente inteligente. Por eso, entendiendo que no debía actuar impetuosamente en presencia de Lan Wangji, dio media vuelta y se fue gimoteando con el rabo entre las piernas a esconderse detrás de su dueño.

Aquel perro espiritual de pelaje negro pertenecía a una raza muy rara y había sido un regalo de Jin Guangyao. Por lo general, cuando la gente se enteraba de eso, ya no se atrevía a meterse con él. Por desgracia, Lan Wangji no era como la mayoría. A él no iba a importarle quién fuera el dueño ni quién se lo hubiera regalado, él iba a castigar a quien tuviera que castigar con dureza y sin contemplaciones. El responsable de que el perro anduviera suelto era Jin Ling. Y no solo eso, sino que se lo había echado encima a alguien. Al muchacho se le encogió el corazón.

«¡Oh, no! ¡Primero matará al perro que crie con tanto esmero y luego me dará una paliza!».

Pero entonces, a pesar de que ya no era perseguido, Wei Wuxian se coló bajo el brazo de Lan Wangji y empezó a encaramársele por la espalda como si su esbelto cuerpo fuera un poste que quisiera escalar.

En cuanto Lan Wangji sintió sus brazos alrededor, se quedó petrificado. Aprovechando aquella oportunidad, Jin Ling dio dos cortos silbidos y echó a correr seguido de su perro.

Aún sobrecogido, el charlatán se levantó del suelo trabajosamente diciendo:

—¡Hay que ver cómo está el mundo! ¡Hoy en día los jóvenes señores de los clanes prominentes tienen una actitud terrible! ¡Terrible!

Cuando Wei Wuxian oyó que los ladridos estaban lo suficientemente lejos, salió de detrás de Lan Wangji asintiendo y con las manos a la espalda,

haciendo como si no hubiera pasado nada.

—El mundo está fatal, sí; la juventud ya no es lo que era…

El charlatán, que ahora lo veía como a su salvador, cogió las estampas del patriarca de Yiling y se las puso en las manos.

—¡Gracias por salvarme, señor! Como muestra de mi agradecimiento, aquí tiene todas estas imágenes. Si las vende descontadas a tres wenes la pieza, puede sacarse un beneficio de trescientos.

Lan Wangji miró al demonio de los dibujos sin hacer ningún comentario. Wei Wuxian, por otro lado, al oír que el valor de su retrato volvía a depreciarse, no sabía si reír o llorar.

—Pero ¡¿qué clase de recompensa es esta?! ¡Si de verdad quiere darme las gracias, dibújelo más guapo! Espere, no se vaya, que quiero preguntarle una cosa. En el tiempo que lleva aquí, ¿ha oído hablar de algún suceso extraño? ¿O quizá ha visto algo raro?

—¿Algo raro dice? ¡Hace muy bien en preguntarme! Paso aquí la mayor parte del año, me llaman el sabelotodo de Qinghe. ¿Qué clase de sucesos extraños le interesan?

—Pues posesiones demoníacas, descuartizamientos, masacres familiares… Ese tipo de cosas —respondió Wei Wuxian.

—Por esta zona no ha habido nada de eso, pero a unos cinco o seis lis de distancia de aquí hay una montaña llamada Xinglu. No le recomiendo que vaya.

—¿Por qué no?

—Recibe el apodo de montaña Antropófaga —explicó el vendedor—. Con eso ya se lo he dicho todo…

—¿Hay monstruos o demonios que se comen a la gente? —preguntó Wei Wuxian como si tal cosa. Había oído mil leyendas similares y exterminado personalmente a cientos de aquellas criaturas, así que era natural que le parecieran triviales.

—¡Exacto! —respondió el charlatán con voz dramática—. Se dice que en mitad de su espesura hay una fortaleza antropófaga habitada por monstruos que se alimentan de seres humanos. ¡Todo el que va por allí acaba siendo devorado sin excepción y de él no quedan ni los huesos! Aterrador,

¿verdad?

Eso explicaba la presencia de Jin Ling. Después de fracasar en su intento de abatir a la estatua de la diosa devoradora de almas del monte Brahma, ahora debía de ambicionar los monstruos de la montaña Xinglu.

—Sí, sí, muy aterrador —dijo Wei Wuxian—; pero, si no dejan ni rastro, ¿cómo podemos estar seguros de que se los comen?

El charlatán se quedó mudo. Luego dijo:

—Alguien lo habrá visto.

Wei Wuxian replicó:

—Acaba de decir que devoran a todo el que pasa por allí, sin excepción. ¿Quién ha podido hacer correr la noticia? ¡Tuvo que ser alguien realmente extraordinario para ver algo así y vivir para contarlo!

El charlatán volvió a quedarse mudo. Luego dijo:

—Yo solo sé lo que me han contado, nada más.

—¿Sabe a cuántas personas se han comido y cuándo? ¿Eran hombres o mujeres? ¿Cómo se llamaban? ¿De dónde eran?

—No lo sé.

—Conque el sabelotodo de Qinghe, ¿eh? —se burló Wei Wuxian.

Furioso, el charlatán comenzó a recoger sus bártulos.

—¡Los rumores nunca dan tantos detalles! —protestó al tiempo que se echaba la maleta a la espalda.

Wei Wuxian se echó a reír.

—¡Espeeere, no se vaya! —le dijo—. Aún tengo otra pregunta: la montaña Xinglu está dentro de los límites de Qinghe, ¿no? Queda bajo el dominio del clan Nie. Si de verdad está infestada de monstruos que se comen a la gente, ¿por qué no hacen nada?

Por una vez el charlatán no se quedó mudo ante la pregunta.

—¿El clan Nie? —preguntó desdeñoso—. Si fueran el clan Nie del pasado, por supuesto que no se habrían quedado de brazos cruzados. Al día siguiente de enterarse del problema, ya habrían arrasado el lugar. Pero con ese líder que tienen ahora… ¡Je! Don Nada Sé.

El anterior líder del clan Nie de Qinghe había sido Nie Mingjue, también conocido por el sobrenombre de Chifeng-zun. Asumió el liderazgo de su clan antes de cumplir la mayoría de edad, obligado por las circunstancias: su padre había muerto a causa de un desencuentro con el líder del clan Wen de Qishan, Wen Ruohan. Nie Mingjue era un hombre tan justo como implacable, hermano de juramento de Lan Xichen y Jin Guangyao. Después de la campaña de derribo del sol, bajo su liderazgo, durante un tiempo el clan Nie llegó a ser casi tan poderoso e influyente como el clan Jin de Lanling. Por desgracia, luego su cultivación se desvió, fue poseído por el mal y sufrió una muerte pública y violenta: explotó en un descomunal estallido de sangre. Tras ello, el liderazgo del clan pasó a su hermano menor, Nie Huaisang.

—¿«Don Nada Sé»? ¿Por qué lo llaman así? —preguntó Wei Wuxian.

—¿No conoce la historia? El nuevo líder del clan Nie jamás ha respondido una pregunta. Unas veces es por ignorancia; otras, por miedo a hablar. Y, cuando le insisten, sacude la cabeza y grita entre llantos: «¡Yo no sé nada, no sé nada, de verdad que no sé nada!», y pide clemencia. Dígame usted si no le cae bien el mote.

Nie Huaisang había estudiado con él, así que Wei Wuxian lo conocía perfectamente. No era mala persona y tampoco le faltaba inteligencia, simplemente carecía de motivación para estudiar. Dedicaba su intelecto a otras cosas: pintaba abanicos, cazaba pájaros, se saltaba las clases para ir a pescar… Sus habilidades para la cultivación eran sorprendentemente malas: no logró formar su núcleo dorado hasta ocho o nueve años más tarde que los demás cultivadores de su edad. Cuando aún vivía, Nie Mingjue solía exasperarse ante su falta de progreso y era muy estricto con él en su educación, pero se trataba de un caso perdido.

Ahora, sin su hermano protegiéndolo y orientándolo, estaba consiguiendo que el clan Nie decayera a pasos agigantados. Desde que alcanzó la mayoría de edad, especialmente después de convertirse en el líder de su clan, a menudo se sentía tan abrumado por los numerosos asuntos con los que debía lidiar que buscaba ayuda en todas partes. Recurría con especial frecuencia a los hermanos de juramento de su hermano: el día que no estaba en la torre de la Carpa Dorada contándole sus penas a Jin Guangyao, estaba

en Nubes Recónditas delante de Lan Xichen. Gracias al apoyo de los líderes de los clanes Jin y Lan, conseguía cumplir con sus obligaciones a duras penas y mantenerse en el puesto. Sin embargo, si bien la gente se abstenía de decir en voz alta lo que pensaba de él, cada vez que se mencionaba su nombre, todos llevaban la opinión reflejada en la cara: lo consideraban un completo inútil.

Recordando todo lo que había sucedido en el pasado, uno no podía evitar suspirar con tristeza.

Finalizado su interrogatorio sobre la montaña Xinglu, Wei Wuxian quiso tener un buen gesto hacia el charlatán y le compró dos latas de colorete. Con ellas en las manos regresó junto a Lan Wangji, que seguía sin reclamarle el saquito de monedas. Sin mediar palabra, comenzaron a caminar en la dirección que les había indicado el charlatán.

En la montaña Xinglu había un enorme bosque de abetos con amplios senderos que serpenteaban a través de la exuberante vegetación. Caminaron durante un buen rato sin encontrar nada inusual. Tampoco tenían muchas esperanzas: no se fiaban de los rumores, solo querían asegurarse de que eran infundados. Si los rumores sobre un lugar peligroso eran ciertos, siempre era posible obtener información sólida. Por ejemplo, cuando la estatua de la diosa devoradora de almas andaba causando estragos en el monte Brahma, Wei Wuxian había podido obtener con facilidad todo tipo de información: los nombres de las víctimas, su domicilio… ¡incluso el apodo del prometido de la hija del herrero! En cambio, si los rumores no daban nombres ni detalles de las víctimas, lo más probable era que fuesen exageraciones.

Al cabo de algo más de una hora de camino, toparon con algo al fin: siete u ocho siluetas tambaleantes se acercaban a ellos. Tenían los ojos en blanco y llevaban la ropa hecha jirones, daba la sensación de que fueran a desmoronarse al primer golpe de viento. A juzgar por la exasperante lentitud con la que se movían, pertenecían a la clase más baja de cadáveres ambulantes que existía. Aquellos cadáveres como mucho solo lograban intimidarse entre ellos. Cualquier persona con un mínimo de fuerza era capaz de derribar una fila entera, y hasta los niños más pequeños podían dejarlos atrás en un momento. Incluso en el caso de que alguien tuviera la mala suerte de caer en sus manos, tampoco iban a sorberle demasiada

energía.

Tenían un aspecto terrible y apestaban, pero eso era todo: no suponían ninguna amenaza. Durante las cacerías nocturnas, los cultivadores de mayor rango solían ignorarlos y se los dejaban a los jóvenes para que practicaran.

Sin embargo, a Wei Wuxian no le gustó verlos. Se tapó la cara y fue a colocarse detrás de Lan Wangji. Cuando por fin los cadáveres llegaron tambaleándose a menos de cinco o seis zhangs [33] de ellos y lo vieron, como era de esperar, se asustaron y dieron media vuelta para irse por donde habían venido, solo que a una velocidad dos o tres veces mayor.

Aún con la mano sobre la cara, Wei Wuxian dijo:

—¡Por todos los cielos, Hanguang-jun, eres un fenómeno! ¡En cuanto te han visto, han huido aterrorizados! Ja, ja.

Lan Wangji permaneció en silencio.

—Venga, vámonos de aquí —le dijo Wei Wuxian entre risas—. No creo que haya más monstruos que los que acabamos de ver. Los lugareños deben de tener mucha imaginación para haber convertido a cuatro cadáveres ambulantes asustadizos en fieros monstruos que se comen a la gente y no dejan ni los huesos… La fortaleza antropófaga debe de ser un cuento también. ¡Hemos venido para nada!

Tuvo que empujar a Lan Wangji varias veces para que empezara a caminar. Sin embargo, antes de que pudiera seguirlo, escuchó unos frenéticos ladridos procedentes del bosque.

Se puso blanco en menos que canta un gallo. Corrió a refugiarse detrás de Lan Wangji, lo agarró de la cintura y se encogió hecho una bola.

—Suena muy lejos. ¿Por qué te escondes? —preguntó Lan Wangji.

—N… n… no importa… Tú déjame esconderme. ¿Dónde está? ¡¿Dónde está?! —gritó Wei Wuxian.

Lan Wangji escuchó atentamente por un momento. Luego dijo:

—Parece el perro espiritual de Jin Ling.

Al oír el nombre de Jin Ling, Wei Wuxian se enderezó, pero inmediatamente los ladridos hicieron que volviera a agacharse.

Lan Wangji dijo:

—Cuando un perro espiritual ladra de esa manera es que algo pasa.

—Pu… pu… ¡pues vamos a ver qué es! —gimoteó Wei Wuxian, obligándose a tenerse sobre sus temblorosas piernas.

Lan Wangji permanecía quieto.

—¡Hanguang-jun, muévete, por favor! —le dijo Wei Wuxian—. Si no te mueves tú, ¿cómo voy a moverme yo?

Después de una breve pausa, Lan Wangji respondió:

—Primero… suéltame.

Entre empujones y tropiezos, comenzaron a avanzar en la dirección de la que provenían los ladridos. Dieron la vuelta al bosque dos veces, pero el perro seguía lejos. Sus ladridos se acercaban en un momento y se alejaban al siguiente.

Wei Wuxian, que, después de escucharlos durante tanto rato, ya se había acostumbrado, preguntó sin tartamudear:

—¿Alguien ha lanzado un hechizo desorientador sobre este bosque?

Justo después de que hubieran concluido que lo que se decía sobre aquella montaña eran rumores sin fundamento, las cosas se ponían interesantes.

El perro espiritual llevaba ya medio incienso sin parar de ladrar, pero seguía lleno de energía. Cuando lograron romper el hechizo desorientador, volvieron a seguir sus ladridos. Al poco vieron que de las profundidades del bosque emergía la silueta de una lúgubre fortaleza.

Era un complejo formado por varios fortines de piedra grisácea cubiertos de hojarasca y enredaderas. Como tenían forma de cúpula, parecían cuencos gigantes volcados sobre el suelo.

Daba la impresión de que los rumores tenían al menos parte de fundamento: realmente había una fortaleza en la montaña Xinglu. Faltaba por ver qué contenía y si se comía a la gente de verdad.

El perro espiritual de Jin Ling corría alrededor de uno de los fortines gruñendo y ladrando. Cuando vio que Lan Wangji se acercaba, se acobardó y retrocedió unos pasos, pero no huyó; empezó a ladrar aún más fuerte, girando la cabeza repetidamente en dirección al fortín. Ansioso y agitado, comenzó a rascar la tierra del suelo con las patas delanteras.

Escondido tras la espalda de Lan Wangji, Wei Wuxian preguntó:

—¿Por qué no se va…? ¿Y el dueño? ¡¿Dónde se ha metido el dueño?!

Desde que empezaron los ladridos, no habían escuchado a Jin Ling, ni siquiera un grito de auxilio. Tenía que haber sido él quien había traído al perro espiritual y había roto el hechizo desorientador. Sin embargo, parecía como si se hubiera desvanecido.

Lan Wangji dijo:

—Entremos a echar un vistazo.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Wei Wuxian—. No hay puerta.

Decía la verdad. Los bloques de piedra grisácea estaban muy juntos y no dejaban espacio para ninguna apertura. El perro aullaba y saltaba como si quisiera tirar de la manga de Lan Wangji, pero no terminaba de atreverse. Al final lo rodeó, mordió el bajo de la túnica de Wei Wuxian y empezó a tirar de él.

Wei Wuxian sintió que el alma se le escapaba por la boca e inmediatamente extendió los brazos para agarrarse a Lan Wangji.

—Lan Zhan… Lan Zhan, Lan Zhan… ¡Lan Zhan, Lan Zhan, Lan Zhan!

Con el perro tirando de él y él tirando de Lan Wangji, rodearon el fortín hasta la parte trasera. Allí, para su asombro, descubrieron un boquete del tamaño de una persona adulta. Su forma era muy irregular y había cascotes por todas partes, señal de que alguien había volado la pared con ayuda de algún artefacto espiritual. El interior estaba completamente oscuro, pero se intuía una tenue y lejana luz roja. El perro soltó a Wei Wuxian y comenzó a ladrar enloquecido en dirección a la entrada, luego se volvió hacia ellos y los miró moviendo la cola de forma frenética.

Parecía obvio que Jin Ling había entrado en la fortaleza por ahí y que algo debía de haberle ocurrido después.

Bichen se desenvainó un poco. El frío brillo celeste que emitía su hoja iluminó el oscuro camino que se abría ante ellos. Lan Wangji se inclinó y entró primero. Wei Wuxian, abrumado por la presencia del perro, corrió tras él y chocó con su espalda. Negando con la cabeza, Lan Wangji le ofreció la mano para que se estabilizara. No estaba claro si era un gesto de reproche o de resignación.

El perro espiritual quería acompañarlos y lo intentó todo para entrar, pero algún tipo de barrera invisible se lo impedía. No le quedó más remedio que quedarse sentado en la entrada, agitando la cola. Wei Wuxian sintió tal alivio que estuvo a punto de caerse de rodillas. Soltó la mano de Lan Wangji y empezó a avanzar. La luz azul de la espada casi parecía blanca en contraste con la absoluta oscuridad que los rodeaba.

Los árboles de la montaña Xinglu eran altos y frondosos, lo cual hacía que el bosque fuera un lugar bastante fresco. Sin embargo, aquello no era nada comparado con el interior de la fortaleza. Wei Wuxian vestía muy ligero y el frío se le colaba por las aperturas de las mangas y del cuello. El sudor frío que había cubierto su cuerpo a causa del miedo al perro se secó en un instante. Como la llama de una vela al apagarse, la luz de la entrada fue encogiendo hasta que desapareció. Cuanto más se adentraban, más amplio y oscuro se volvía el espacio a su alrededor.

El techo de la fortaleza era curvo. Cuando Wei Wuxian pateó una piedra, pudo escuchar un débil eco. De pronto, cerró los ojos con fuerza y se llevó la mano derecha a la sien.

Lan Wangji se giró.

—¿Qué te pasa?

—Hay mucho ruido… —respondió Wei Wuxian.

La fortaleza estaba sumida en un silencio sepulcral, lo cual no era de extrañar: se parecía mucho a un sepulcro.

Sin embargo, en aquel momento, los oídos de Wei Wuxian percibían una apabullante cacofonía.

Le llegaba de todas direcciones: de enfrente, de atrás, de la derecha, de la izquierda, de encima de la cabeza, de debajo de los pies… Era como un vasto océano de risas, murmullos y susurros; había voces de hombres y de mujeres, de niños y de mayores; algunas hablaban en voz alta, otras cuchicheaban… Wei Wuxian podía discernir alguna que otra frase suelta, pero se sucedían a tal velocidad que no conseguía retener las palabras exactas.

Era insoportable.

Mientras seguía apretándose la sien con una mano, con la otra hurgó en su

bolsa del cosmos y extrajo una brújula del mal. La aguja del artilugio tembló y se tambaleó, dio dos vueltas, luego se hizo cada vez más rápida y pronto estuvo dando vueltas a una velocidad vertiginosa.

Si ya había sido extraño que la aguja hubiera permanecido inmóvil la otra vez en el monte Brahma, que ahora se hubiera puesto a dar vueltas sin parar resultaba desconcertante.

El mal presentimiento que rondaba la mente de Wei Wuxian se hacía cada vez más acusado. Empezó a gritar:

—¡Jin Ling!

Llevaban ya un buen rato vagando por el interior de la fortaleza y aún no habían hallado el más mínimo rastro de Jin Ling. Wei Wuxian lo llamó unas cuantas veces más, pero tampoco obtuvo respuesta. Las primeras cámaras en las que entraron estaban vacías, pero después, al internarse más profundamente, descubrieron una con un ataúd negro en el centro.

Llamaba mucho la atención. Su acabado era muy lustroso y tenía una forma muy bonita. A Wei Wuxian le gustó tanto que no pudo resistirse a pasarle la mano por encima. La madera era noble y sonaba muy sólida.

—Un ataúd de primera —lo alabó.

Se colocaron cada uno a un lado, se miraron, extendieron los brazos y levantaron la tapa.

En ese mismo instante, el clamor que rugía en los oídos de Wei Wuxian se intensificó hasta el punto de abrumarlo. Si hasta entonces ya había tenido la sensación de que eran el blanco de innumerables miradas, miradas cuyos dueños observaban en secreto cada uno de sus movimientos y discutían cada una de sus palabras, ahora, al abrir el ataúd, parecía que sus observadores hubieran enloquecido.

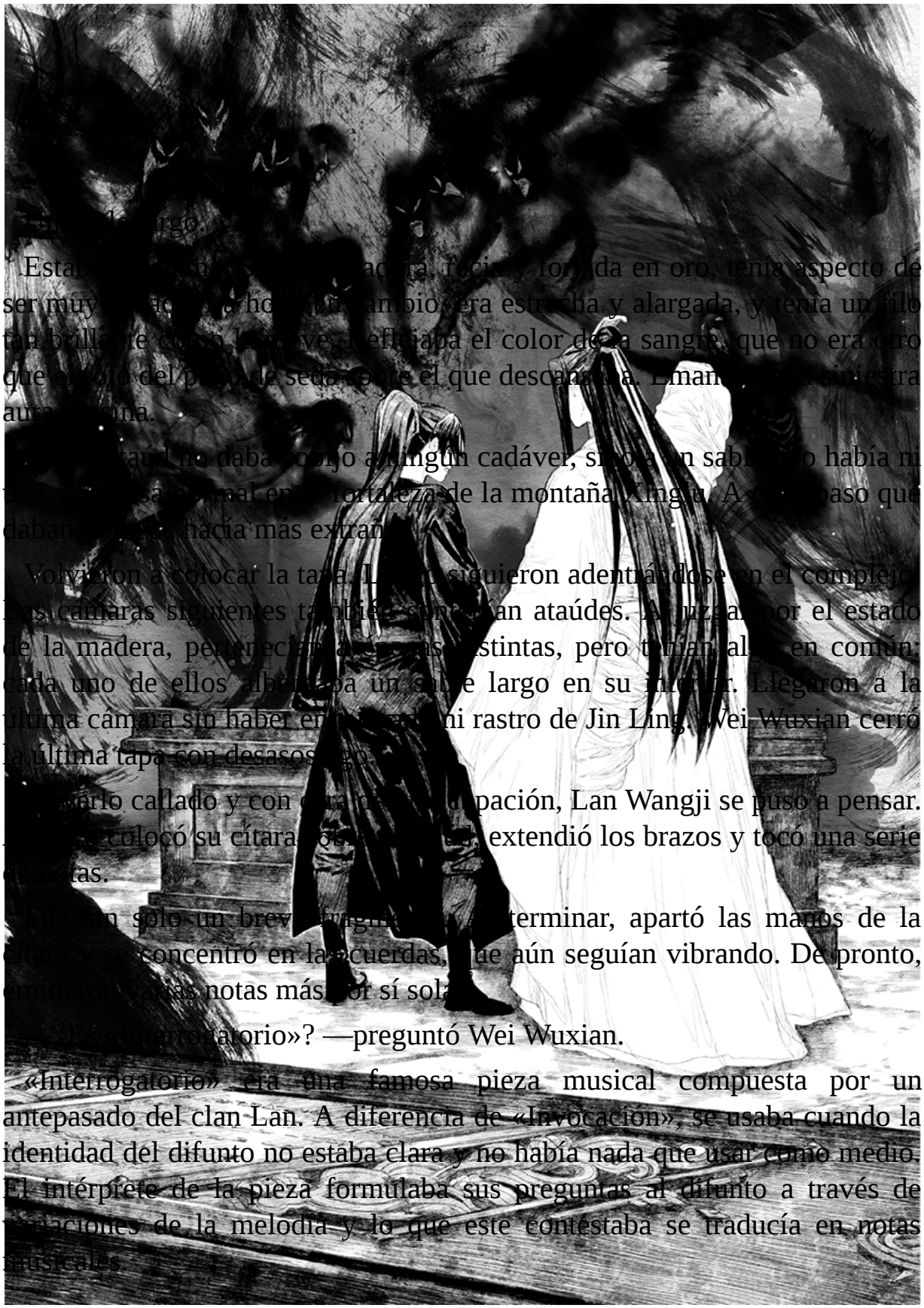
Wei Wuxian había anticipado múltiples posibilidades. Estaba mentalizado para ser asaltado por olores putrefactos, garras demoníacas, líquidos venenosos, gases tóxicos, espíritus resentidos… Evidentemente, por encima de todo eso, tenía ganas de ver a Jin Ling.

Sin embargo, no ocurrió nada de eso. No ocurrió nada en absoluto.

El ataúd estaba vacío.

Wei Wuxian estaba algo sorprendido, pero también decepcionado de no

ver a Jin Ling allí. Lan Wangji se asomó al interior del ataúd un poco más y Bichen se desenvainó sola unas pulgadas. Cuando su luz helada iluminó el fondo del ataúd, se dieron cuenta al fin de que no estaba vacío. Contenía algo mucho más pequeño que un cadáver o que cualquier otra cosa de las que esperaban, algo que se había hundido en el relleno del ataúd.



Fin del largo

Estaba [illegible] madera, recia y forrada en oro, tenía aspecto de ser muy [illegible] hoja. En cambio, era estrecha y alargada, y tenía un filo tan brillante como la nieve. Reflejaba el color de la sangre, que no era otro que el rojo del paño de seda sobre el que descansaba. Emanaba una siniestra aura [illegible].

[illegible] ataúd no daba cobijo a ningún cadáver, sino a un sable. No había ni [illegible] mal en la fortaleza de la montaña Xingju. A [illegible] paso que daban [illegible] hacía más extraño.

Volvieron a colocar la tapa. Luego siguieron adentrándose en el complejo. Las cámaras siguientes también contenían ataúdes. A juzgar por el estado de la madera, pertenecían a épocas distintas, pero tenían algo en común: cada uno de ellos albergaba un sable largo en su interior. Llegaron a la última cámara sin haber encontrado ni rastro de Jin Ling. Wei Wuxian cerró la última tapa con desasosiego.

[illegible] verlo callado y con cara de [illegible] pación, Lan Wangji se puso a pensar. [illegible] colocó su cítara [illegible] extendió los brazos y tocó una serie de notas.

[illegible] solo un breve fragmento. Al terminar, apartó las manos de la cítara y se concentró en las cuerdas, que aún seguían vibrando. De pronto, emitieron varias notas más por sí solas.

—¿Es «Interrogatorio»? —preguntó Wei Wuxian.

«Interrogatorio» era una famosa pieza musical compuesta por un antepasado del clan Lan. A diferencia de «Invocación», se usaba cuando la identidad del difunto no estaba clara y no había nada que usar como medio. El intérprete de la pieza formulaba sus preguntas al difunto a través de variaciones de la melodía y lo que este contestaba se traducía en notas musicales.

El hecho de que las cuerdas de la cítara se hubieran movido solas significaba que una de las almas atrapadas en aquella fortaleza había aceptado la invitación al diálogo de Lan Wangji. A partir de aquel momento, su conversación se desarrollaría en el lenguaje de la cítara.

Aquel lenguaje musical era una de las artes secretas de los miembros del clan Lan de Gusu. Wei Wuxian era un hombre versado en múltiples disciplinas, pero aún había algunas con las que no estaba familiarizado. El lenguaje de la cítara era una de ellas.

—Hanguang-jun —susurró—, pregúntale qué es este lugar, para qué sirve y quién lo construyó.

Lan Wangji tocó con presteza unas cuantas notas claras. Instantes después, las cuerdas volvieron a sonar solas.

—¿Qué ha respondido? —se apresuró a preguntar Wei Wuxian.

Lan Wangji dijo:

—No lo sé.

—¿Eh?

Lan Wangji repitió con calma:

—Ha respondido: «No lo sé».

Wei Wuxian se lo quedó mirando. De pronto, se acordó de cierta ocasión, hacía ya muchos años, en la que habían tenido un diálogo similar y arrugó la nariz.

«Muy bien, Lan Zhan; mírate: has aprendido a dejarme sin palabras».

Después de que su primera pregunta quedara sin respuesta, Lan Wangji probó con otra estrofa. Las cuerdas volvieron a responder, pero produjeron las mismas dos notas de antes. Wei Wuxian comprendió que la respuesta había vuelto a ser «no lo sé».

—¿Qué le habías preguntado?

—La causa de su muerte.

—Puede que no la sepa. Imagina que sufriera un ataque por la espalda. Pregúntale mejor la identidad de su asesino —sugirió Wei Wuxian.

Lan Wangji levantó las manos y volvió a rasguear las cuerdas. La

respuesta fue la misma: «No lo sé».

Un alma atrapada que no sabía dónde estaba ni cómo había muerto ni quién podía haber sido su asesino. Era la primera vez que Wei Wuxian se topaba con un muerto tan poco informado.

—Probemos otra cosa. Pregúntale si es hombre o mujer. Al menos eso tiene que saberlo, ¿no?

Lan Wangji accedió a su petición. En cuanto apartó las manos del instrumento, las cuerdas vibraron con fuerza.

—Hombre —tradujo.

—Por fin sabe algo —celebró Wei Wuxian—. Ahora pregúntale si ha entrado un chico de entre quince y dieciséis años.

La respuesta fue pronta:

—Sí.

—¿Y ahora dónde está? —siguió preguntando Wei Wuxian.

Las cuerdas tardaron unos instantes en responder.

—¿Qué ha dicho? —preguntó impaciente Wei Wuxian.

Lan Wangji adoptó un semblante serio.

—Ha dicho: «Aquí».

Wei Wuxian se quedó perplejo.

«Aquí» tenía que querer decir dentro de aquella fortaleza. Sin embargo, ellos acababan de recorrerla de punta a punta sin hallar ni rastro de Jin Ling.

—¿No estará mintiendo? —preguntó Wei Wuxian.

—A mí no puede mentirme —respondió Lan Wangji.

Era verdad: como interrogador, Hanguang-jun mantenía al espíritu bajo su control y no le permitía decir mentiras. Wei Wuxian escudriñó hasta el último rincón de aquella cámara para ver si había pasado por alto algún mecanismo que abriera un pasadizo secreto. Mientras él hacía eso, Lan Wangji tuvo una idea y volvió a formular una pregunta. Cuando sonó la respuesta, puso cara de preocupación. Al ver esto, Wei Wuxian le dijo:

—¿Qué le has preguntado?

—Su edad y su procedencia —respondió Lan Wangji.

Estas dos preguntas estaban destinadas a descubrir la identidad del alma interrogada. Wei Wuxian estaba seguro de que la respuesta había sido inusual.

—¿Y bien?

—Quince años. De Lanling —dijo Lan Wangji.

Wei Wuxian también puso cara de preocupación.

¿Estaban comunicándose con el espíritu de Jin Ling?

Wei Wuxian se concentró en el clamor de voces. No estaba seguro, pero entre todo el ruido le pareció distinguir unos débiles gritos de auxilio que podrían ser de Jin Ling.

Lan Wangji siguió conversando. Wei Wuxian sabía que le estaba preguntando al espíritu su ubicación exacta, así que se quedó mirando las cuerdas en espera de la respuesta.

En esta ocasión resultó un poco más larga. Después de que Lan Wangji terminara de escucharla, se la transmitió:

—Párate y mira hacia el sudoeste. Escucha el sonido de las cuerdas. Con cada nota que escuches, da un paso. Cuando pare la música, lo tendrás enfrente.

Sin mediar palabra, Wei Wuxian se volvió hacia el sudoeste. Sonaron siete notas a su espalda, así que dio siete pasos hacia delante. Sin embargo, allí no había nada.

La cítara siguió sonando. Los intervalos entre las notas se hicieron cada vez más largos y los pasos de Wei Wuxian se ralentizaron. Un paso, dos pasos, tres pasos…

Al sexto paso, la cítara enmudeció.

Wei Wuxian estaba delante de una pared.

Estaba construida con ladrillos de piedra grisácea firmemente aglomerados y sin el más mínimo hueco entre ellos. Wei Wuxian se dio la vuelta.

—¡¿Está dentro de la pared?!

Bichen salió disparada de su vaina y cuatro destellos azules cortaron un cuadrado en la pared. Wei Wuxian y Lan Wangji se apresuraron a retirar los

ladrillos. Al poco apareció una capa de tierra negra.

Los muros de aquella fortaleza eran dobles y estaban rellenos de tierra prensada. Wei Wuxian se puso a escarbar con las manos y descubrió el rostro de un joven con los ojos fuertemente cerrados.

¡Era Jin Ling!

En el momento en que su cara dejó de estar cubierta, el aire se precipitó dentro de su boca y de su nariz, causando que tosiera violentamente. Al ver que seguía vivo, Wei Wuxian pudo relajarse al fin. La vida de Jin Ling había estado pendiendo de un hilo: de hecho, «Interrogatorio» había podido contactar con su espíritu porque ya estaba abandonando su cuerpo. Por fortuna, debía de llevar poco tiempo dentro de la pared. Si hubieran tardado un poco más en rescatarlo, habría muerto asfixiado.

Sin perder un momento, Wei Wuxian y Lang Wangji siguieron escarbando para sacarlo de allí. Sin embargo, su cuerpo iba con sorpresa: en el momento en que extraían el torso, la espada que llevaba a la espalda se enganchó con algo.

¡El brazo de un esqueleto!

Lan Wangji acostó a Jin Ling en el suelo y comenzó a tomarle el pulso para prestarle auxilio. Por su parte, Wei Wuxian recogió la vaina de Bichen y la usó para apartar vigorosamente la tierra alrededor del brazo de esqueleto. Poco después apareció ante sus ojos el esqueleto completo.

Estaba enterrado de pie en idéntica posición a la de Jin Ling. El blanco de sus huesos, contrapuesto a la negrura de la tierra, resultaba turbadoramente deslumbrante. Wei Wuxian siguió quitando ladrillos y escarbando en la tierra. Al rato descubrió un segundo esqueleto.

A diferencia del anterior, este aún conservaba una fina capa de carne y piel alrededor e incluso una larga y enmarañada cabellera negra. La ropa, hecha jirones, era de color cereza. Se trataba de una mujer. No estaba de pie, sino encorvada de cintura para abajo, posiblemente a causa de un tercer esqueleto que había acurrucado a sus pies.

Wei Wuxian dejó de cavar.

Dio un par de pasos atrás. El clamor en sus oídos era ya tan turbulento y salvaje como el embate de las olas del océano. Estaba prácticamente

seguro: los muros de aquella fortaleza estaban llenos de cadáveres. Sobre su cabeza, bajo sus pies; al sudeste, al noreste; sentados, tumbados, agachados…

¿Qué clase de lugar era aquel?

[26] 05.00 y 21.00, respectivamente.

[27] 09.00 y 01.00, respectivamente.

[28] Los siete orificios de la cabeza, es decir: los agujeros de la nariz, las cuencas de los ojos, los oídos y la boca.

[29] Más de diez metros.

[30] En la medicina tradicional china, la palpación del pulso es un método diagnóstico de primer orden que aporta una visión global del estado del organismo.

[31] 2,5 kilómetros.

[32] Deidades guerreras de mirada intimidante y pose amenazadora que se colocan en pareja a la entrada de las casas y los templos para que ahuyenten a los malos espíritus.

[33] A menos de veinte metros.

CAPÍTULO VI

El insidioso

JUSTO EN ESE MOMENTO, el inconsciente Jing Lin levantó el tronco como si lo impulsara un resorte.

Ante la atónita mirada de Lan Wangji y Wei Wuxian, se puso en pie tambaleándose, aún con los ojos cerrados. Wei Wuxian tenía curiosidad por ver qué hacía, así que no se movió. Jin Ling pasó por su lado, levantó la pierna y volvió a meterse en el agujero del que acababan de sacarlo. Entonces dejó caer los brazos a los costados. Era la misma postura en la que lo habían encontrado.

Divertido, pero también desconcertado, Wei Wuxian tiró de él para volver a sacarlo del agujero. Estaba a punto de decirle a Lan Wangji que sería mejor que no se quedaran allí mucho más tiempo cuando, de pronto, oyó a lo lejos unos ladridos furiosos que lo estremecieron. Habían dejado al perro espiritual obedientemente sentado al lado del boquete de la entrada y moviendo la cola. El pobre estaba tan ansioso por ver a su dueño que no había hecho ningún ruido. En cambio, ahora se había puesto a ladrar con más furia que nunca.

Lan Wangji dijo:

—Ahí fuera está pasando algo.

Alargó el brazo para coger a Jin Ling, pero Wei Wuxian se le adelantó y se echó al chico a la espalda.

—¡Salgamos a ver qué es!

Desanduvieron el camino por el que habían entrado. Al salir por el boquete, vieron al perro espiritual de espaldas a ellos y gruñendo en una dirección concreta. Wei Wuxian trató de obligarse a caminar hacia él, pero sus gruñidos le resultaron insoportables y acabó retrocediendo. Cuando el perro se dio la vuelta y vio que llevaba a su dueño a la espalda, echó a correr hacia ellos. Wei Wuxian soltó un alarido y estuvo a punto de dejar caer a Jin Ling, pero Lan Wangji se interpuso entre ellos.

El animal se detuvo al instante y bajó la cola. Llevaba algo en la boca. Lan Wangji se agachó y le sacó de las mandíbulas un trozo de tela que entregó a Wei Wuxian. Parecía parte de la manga de una túnica. Alguien

había estado espiándolos o, como mínimo, merodeando por la zona. Y debía de haber actuado de manera sospechosa, pues, de lo contrario, los ladridos del perro espiritual no habrían sido tan agresivos.

—Todavía debe de andar cerca —dijo Wei Wuxian—. ¡Vamos tras él!

Pero Lan Wangji replicó:

—No hace falta. Sé quién es.

—Yo también. Debe de ser uno de los que hicieron correr rumores sobre esta montaña, soltaron los cadáveres ambulantes, lanzaron un hechizo desorientador y construyeron la fortaleza. Y pusieron esos sables. Pero, si no lo atrapamos ahora, puede que luego nos cueste seguirle la pista —respondió Wei Wuxian.

—Yo iré tras él. ¿Qué vas a hacer con Jin Ling? —preguntó Lan Wangji.

—Lo bajaré de esta montaña y me lo llevaré a algún lugar seguro en Qinghe. Quedemos en vernos donde encontramos a aquel vendedor de afeites.

Después de aquel diálogo apresurado, Lan Wangji se quedó en silencio.

—¡Venga, date prisa, que se te va a escapar! —lo acució Wei Wuxian—. Estaré esperándote donde te he dicho. ¡Allí me verás!

Al escuchar esto último, Lan Wangji lo miró fijamente. Después, sin decir una palabra, se puso en marcha. Eso dejó vía libre al perro espiritual, que inmediatamente mostró su intención de abalanzarse sobre Wei Wuxian.

—¡Espera, espera, espera! —gritó aquel, preso del pánico—. ¡Llévate al perro contigo, llévatelo!

Lan Wangji no tuvo más remedio que volver sobre sus pasos. Miró al perro con tal severidad que el animal se acobardó y no le quedó otra que seguirlo, gimiendo lastimosamente y girando la cabeza cada pocos pasos para mirar a Jin Ling. Wei Wuxian se secó el sudor de la cara, echó un último vistazo a los tétricos fortines de piedra grisácea y comenzó a descender la montaña con Jin Ling a la espalda.

Estaba oscureciendo. Cargaba con un muchacho inconsciente y los dos estaban cubiertos de suciedad, así que atrajeron las miradas de muchos transeúntes. Wei Wuxian se dirigió a la calle donde Jin Ling le había echado encima a su perro y entró en una posada. Usando parte del dinero del

saquito de Lan Wangji, compró dos mudas de ropa y alquiló una habitación. Una vez en ella, despojó a Jin Ling de su túnica exterior, manchada de tierra y arrugada, pero con la peonía que era la insignia de su clan aún visible. Luego le quitó las botas. Entonces se detuvo.

Le había parecido ver una especie de sombra en la pantorrilla del chico. Wei Wuxian se acuclilló y le subió la pernera del pantalón. Entonces se dio cuenta de que no era una sombra, sino un hematoma. No era un simple moratón. Era una señal maldita.

Las señales malditas eran marcas que los espíritus malignos dejaban en sus presas. Su aparición indicaba que la persona había estado en contacto con un ser extremadamente malévolo que tarde o temprano vendría a por ella. Podía ser que no regresara hasta mucho tiempo después y podía ser que lo hiciera la misma noche. Si tenías suerte, solo se llevaba la parte de tu cuerpo que había marcado; si tenías mala suerte, te mataba.

Jin Ling tenía la pantorrilla completamente negra y la señal seguía extendiéndose. Wei Wuxian nunca había visto una señal maldita con un color tan oscuro o que cubriera un área tan extensa. Cuanto más la observaba, más serio se ponía. Volvió a bajarle la pernera del pantalón al chico. Luego le desabrochó la camisola interior. Al ver que su pecho y su abdomen estaban limpios, respiró aliviado.

Entonces Jin Ling abrió los ojos.

Pasó un tiempo aturdido, pero después sintió frío en el torso y se soliviantó.

—¡¿Qué, qué, qué estás haciendo?! —gritó enfurecido, incorporándose en la cama rojo como un tomate.

Wei Wuxian se echó a reír.

—Oh, no, te has despertado…

Jin Ling parecía preso de una gran conmoción. Se cerró la camisola y se retiró hacia un rincón de la cama.

—¿Qué tramabas? ¿Dónde está mi túnica? ¿Y mi espada? ¿Y mi perro?

—Ahora iba a vestirte —le respondió Wei Wuxian, su tono y su expresión tan dulces como los de una abuela que se dispone a abrigar a su nieto. Pegado a la pared y con el pelo suelto y despeinado, Jin Ling gritó:

—¡A mí no me gustan los hombres!

Wei Wuxian respondió jovial:

—¡Qué pena! A mí sí.

Jin Ling se apresuró a echar mano de su espada, que yacía en el suelo junto a la cama, y la blandió de una forma que sugería que, si Wei Wuxian se acercaba un paso más, primero lo mataría a él y luego se suicidaría para probar su inocencia. Wei Wuxian tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la risa.

—¡No te pongas así, solo era una broma! Deberías darme las gracias, no sabes lo que me ha costado sacarte de aquella pared…

Jin Ling se pasó rápidamente la mano por el pelo para apartarse un mechón de la cara y gritó:

—¡Pues suerte tienes por eso! ¡Si no, ya te habría matado un millón de veces por… por atreverte a desnudarme!

—Uy, no, por favor; morir una vez ya es suficientemente doloroso —dijo Wei Wuxian—. Baja la espada, anda.

El chico, confundido, le hizo caso.

Durante la sesión de «Interrogatorio» su alma había salido de su cuerpo y no recordaba muchos detalles. A pesar de eso, era vagamente consciente de que la persona que tenía enfrente lo había rescatado, había cargado con él y lo había bajado de la montaña. Mientras estaba en la pared, antes de perder la consciencia, se había sentido asustado y agitado. Jamás habría imaginado que la persona que derribaría la pared y lo libraría de su desesperación sería aquel hombre al que había aborrecido desde su primer encuentro. Su rostro pasaba del blanco al rojo, luego se sintió mareado y avergonzado mientras sus pensamientos seguían girando incesantemente en círculos. Cuando miró por la ventana y se dio cuenta de que había oscurecido y las estrellas iluminaban el cielo, se alarmó. Aprovechando que Wei Wuxian se agachaba para recoger la ropa que se había caído al suelo con el alboroto, saltó de la cama, se calzó las botas, agarró su túnica y salió corriendo.

Wei Wuxian había supuesto que, después de todo por lo que había pasado, Jin Ling iba a necesitar mucho reposo. ¿Quién hubiera imaginado que los jóvenes podían tener tanta energía como para ahuecar el ala en un abrir y

cerrar de ojos? Entonces recordó la preocupante señal de su pantorrilla y le gritó:

—¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Vuelve!

Corriendo al tiempo que se ponía la túnica de su clan, sucia de tierra y completamente arrugada, Jin Ling le gritó:

—¡No me sigas!

Era ágil y tenía buenas piernas, así que salió de la posada en unas pocas zancadas. Wei Wuxian lo persiguió por varias calles, pero acabó perdiéndolo de vista.

Siguió buscándolo durante un buen rato. Ya era de noche y cada vez se veía menos gente.

—¡Indignante! ¡Lo de este chico no tiene nombre! —refunfuñaba.

Justo cuando estaba a punto de rendirse, oyó una airada voz masculina proveniente del final de la calle.

—¡Te regaño un poco y desapareces! ¡Cada vez eres más rebelde! ¡Pareces una niña malcriada!

Jiang Cheng.

Wei Wuxian corrió a esconderse en un callejón. La voz de Jin Ling no se hizo esperar:

—He vuelto sano y salvo, ¿no? ¡Deja ya de regañarme!

Así que Jin Ling no había venido a Qinghe solo. No era de extrañar: Jiang Cheng también había estado presente en el monte Brahma para ayudarlo. A juzgar por su discusión, Jin Ling debía de haber subido a la montaña Xinglu por su cuenta después de pelearse con Jiang Cheng en Qinghe. Seguramente había escapado de la posada a toda prisa porque su tío había amenazado con darle una lección si no regresaba antes del anochecer o algo por el estilo.

—¿A esto llamas tú «sano y salvo»? —dijo entonces Jiang Cheng—. ¡Mira cómo te has puesto el uniforme de tu familia! Parece que hayas estado revolcándote en el barro. Qué vergüenza… ¡Ve a cambiarte enseguida! Pero antes di: ¿has encontrado algo?

—¡Te he dicho que no! —contestó Jin Ling, irritado—. Me tropecé y me caí, la excursión ha sido una pérdida de tiempo. ¡Ay, ay, ay! ¡No me hagas

eso, que ya no tengo tres años!

—¿Crees que por eso ya no puedo educarte? Incluso cuando tengas treinta años, seguiré teniendo derecho a tirarte de la oreja. Atrévete a desaparecer sin decir nada otra vez y probarás mi látigo —replicó Jiang Cheng con severidad.

—Me he escapado porque no quería que me ayudara nadie —replicó Jin Ling.

«Dejando lo demás a un lado, Jiang Cheng tiene razón cuando dice que se comporta como una niña malcriada», pensó Wei Wuxian.

—¿Y cómo te ha ido? ¿Has cazado algo? —preguntó Jiang Cheng—. ¿Dónde está el perro espiritual que te regaló tu tío?

Wei Wuxian estaba pensando «a saber dónde se lo habrá llevado Lan Zhan» cuando desde el otro extremo del callejón le llegó un ladrido familiar.

La cara le cambió de color. Sus piernas empezaron a moverse por su cuenta y lo hicieron salir disparado del callejón. El perro espiritual echó a correr tras él, lo rebasó, saltó a las piernas de Jin Ling y empezó a frotarse cariñosamente contra ellas agitando la cola.

La aparición del perro implicaba que Lan Wangji debía de haber atrapado al espía de los fortines y estaría esperándolo en el lugar de reunión que habían acordado. Por desgracia, Wei Wuxian estaba lejos de tener el tiempo libre suficiente para pensar en nada de eso.

Su loca carrera lo había llevado de cabeza hasta Jiang Cheng, Jin Ling y un nutrido grupo de discípulos del clan Jiang.

Los dos bandos se miraron estupefactos por un momento. Entonces Wei Wuxian se dio la vuelta en silencio y echó a correr.

No llegó lejos. Enseguida oyó un zumbido eléctrico y una larga corriente púrpura se le enroscó en las pantorrillas cual serpiente venenosa. Un dolor paralizante recorrió su cuerpo hasta que una violenta sacudida lo hizo caer al suelo. Entonces sintió presión en el pecho: alguien lo estaba agarrando de la espalda para levantarlo. Fue a echar mano de su saquito atrapaespíritus, pero se lo arrebataron.

Era Jiang Cheng. Sin soltarlo, lo llevó unos pasos hasta la posada más

cercana y abrió la puerta de una patada.

Cuando el dueño, que acababa de cerrar, vio entrar a aquel joven bien vestido y con cara de pocos amigos arrastrando a un hombre con actitud de querer abrirle las tripas allí mismo, se quedó mudo de miedo. Un discípulo del clan Jiang se le acercó, le susurró unas palabras al oído y le puso una bolsa de dinero en la mano. El hombre desapareció en la trastienda. Sin necesidad de recibir instrucciones, el resto de los discípulos del clan Jiang se repartieron dentro y fuera de la posada para montar guardia e impedir que nada ni nadie pudiera entrar o salir de ella.

Jin Ling se mantenía al margen. Tenía ganas de decir algo, pero no terminaba de decidirse. Jiang Cheng le dirigió una mirada furibunda.

—¡Quédate donde estás, aún no he terminado contigo!

Desde que tenía uso de razón, Jin Ling no recordaba haber visto nunca a su tío así. Jiang Cheng, líder del prestigioso clan Jiang de Yunmeng desde muy temprana edad, siempre había sido un hombre frío y arisco que hablaba sin empatía ni compasión. Sin embargo, ahora, a pesar de que trataba con todas sus fuerzas de contener las emociones, tenía un brillo en la mirada que resultaba aterrador.

Su rostro, perennemente oculto tras un velo de soberbia y desprecio, se había iluminado; aunque era difícil saber si apretaba los dientes con odio o de pura euforia.

—Préstame a tu perro —le ordenó.

Jin Ling salió de su aturdimiento, pero vaciló. Solo cuando Jiang Cheng lo atravesó con su electrizante mirada, reaccionó y dio un silbido.

El perro espiritual se unió a ellos en unos pocos saltos. Wei Wuxian se puso tan tenso como una viga de hierro y no tuvo más remedio que dejarse arrastrar por la mano que tiraba de él.

Jiang Cheng encontró una habitación vacía, arrojó a Wei Wuxian dentro y cerró la puerta tras de sí. El perro, que los había seguido, se coló dentro y se sentó al lado de la puerta.

Wei Wuxian mantenía la vista fija en él, temiendo que se abalanzara sobre él en cualquier momento. Advirtiendo la rapidez con que Jiang Cheng había logrado someterlo, Wei Wuxian se dijo: «Me conoce como la palma de su

mano».

Jiang Cheng tomó asiento junto a la mesa y se sirvió una taza de té. Durante un tiempo ninguno de los dos dijo nada. La taza estaba humeando. De repente, sin haber tomado un solo sorbo, Jiang Cheng la cogió y la estrelló contra el suelo.

Una sonrisa amarga curvó las comisuras de sus labios.

—¿No tienes nada que decirme?

Al haber crecido juntos, Jiang Cheng había visto a Wei Wuxian echar a correr despavorido por culpa de un perro en infinidad de ocasiones. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, Wei Wuxian podría haber negado ser quien era con un mínimo de convicción. Sin embargo, Jiang Cheng lo conocía demasiado bien. Engañarlo era un desafío aún mayor que la prueba de identidad de Zidian, así que dejó de fingir.

—No sé qué quieres que te diga.

—Sigues sin saber lo que son los remordimientos —dijo Jiang Cheng en voz baja.

Acostumbrado a que sus conversaciones fueran ágiles intercambios de pullas y réplicas mordaces, Wei Wuxian respondió sin pensar:

—Tú tampoco has cambiado.

Jiang Cheng soltó una risa exasperada.

—Ah, ¿no? ¿Quieres que comprobemos quién ha cambiado menos de los dos?

Sin moverse de su sitio, dio un grito y el perro espiritual se puso en guardia.

Si ya el mero hecho de estar encerrado en la misma habitación que él le hacía tener sudores fríos, ver que aquel animal diabólico de orejas puntiagudas y ojos fieros se le acercaba en cuestión de segundos gruñendo y enseñando los dientes consiguió paralizarlo de la cabeza a los pies.

Ya casi no se acordaba de la época en que había sido un niño vagabundo. Sin embargo, había dos cosas que jamás olvidaría: el pánico que sentía cuando lo perseguían y el horrible dolor que le provocaban al clavarle los dientes y las garras en la carne. El terror de aquella época estaba

profundamente arraigado en él y, por más que lo intentara, no era capaz de controlarlo ni de superarlo.

De repente, Jiang Cheng lo miró de reojo.

—¿A quién acabas de llamar?

Wei Wuxian tenía la mente tan confundida que era incapaz de recordar si había llamado a alguien o no. Solo cuando Jiang Cheng ordenó al perro espiritual que retrocediera, recuperó cierta cordura. Tras un breve aturdimiento, de pronto giró la cabeza hacia Jiang Cheng: se había levantado de su asiento y tenía la mano puesta sobre el látigo que le colgaba de la cintura. Entonces se inclinó para mirar a Wei Wuxian a la cara. Después de una pausa, se enderezó de nuevo.

—Justo quería preguntarte por eso. ¿Desde cuándo te llevas tan bien con Lan Wangji?

Wei Wuxian comprendió al momento a quién acababa de llamar de forma inconsciente.

Jiang Cheng esbozó una sonrisa siniestra.

—Es curioso. La otra vez, en el monte Brahma, te protegió. Me pregunto por qué.

Al momento se corrigió:

—O quizá no era a ti a quien protegía. Después de todo, es imposible que el clan Lan haya olvidado lo que tú y tu perro fiel hicisteis. ¿Cómo va a tolerarte alguien como él, tan alabado por su rectitud? No. Puede que tuviera algo con el tipo cuyo cuerpo ocupas.

Sus palabras estaban cargadas de odio, reproches e insinuaciones. Wei Wuxian no podía soportarlo más.

—¡Cuida lo que dices!

—Nunca lo hago —replicó Jiang Cheng—. ¿Se te había olvidado?

—Parece que sí —respondió Wei Wuxian, desafiante.

Jiang Cheng rio con sorna.

—¿Cómo te atreves a decirme que cuide lo que digo? ¿Y lo que le dijiste a Jin Ling en el monte Brahma? ¿Tuviste cuidado tú entonces?

La cara de Wei Wuxian se tensó.

Jiang Cheng volvía a tenerlo acorralado. Su satisfacción al respecto era evidente.

—«Tu madre te parió, pero no te enseñó modales». Qué frase tan bonita, cómo te luciste… ¡Es culpa tuya que Jin Ling sea huérfano y se metan con él! A un anciano venerable como tú se le olvidan muchas cosas… ¡Has olvidado las cosas que dijiste, has olvidado las promesas que hiciste, pero no te atrevas a olvidar cómo murieron sus padres!

Wei Wuxian irguió la cabeza con ímpetu.

—¡No lo he olvidado! Pero…

Luego vaciló. No sabía cómo terminar la frase.

—Pero ¿qué? —le espetó Jiang Cheng—. ¿Se te traba la lengua? No pasa nada. ¡En Muelle de Loto podrás arrodillarte frente al altar de mis padres y tomarte todo el tiempo que quieras para explicárselo!

Wei Wuxian se obligó a serenarse. Tenía que encontrar una manera de escapar de allí. ¡Echaba muchísimo de menos Muelle de Loto, pero no el irreconocible Muelle de Loto del presente!

De pronto se oyeron unos pasos apresurados. Alguien empezó a aporrear la puerta.

—¡Tío!

Era la voz de Jin Ling.

—¡Te dije que te quedaras donde estabas! —le gritó Jiang Cheng—. ¡¿A qué vienes?!

—¡Tío, tengo que decirte una cosa muy importante! —gritó Jin Ling.

—Si es tan importante, ¡¿por qué no me lo has dicho antes, cuando te estaba regañando?!

—¡Precisamente porque me estabas regañando! —replicó con rabia el adolescente—. ¿Quieres oírlo o no? ¡Si no, me callo!

Jiang Cheng abrió la puerta de sopetón.

—¡Dilo y vete!

Jin Ling entró en la habitación al instante. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un uniforme blanco nuevo.

—Hoy me he topado con algo sospechoso. ¡Creo que era Wen Ning!

Jiang Cheng frunció el ceño y se llevó la mano a la espada. Su mirada era asesina.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Esta tarde, en una vieja casucha destartalada a unos diez lis en dirección sur. Me habían dicho que sucedían fenómenos extraños y quise ir a comprobarlo. ¡No esperaba toparme con un cadáver asesino!

Su relato sonaba creíble, pero Wei Wuxian sabía que era una sarta de mentiras. Sabía mejor que nadie dónde había estado el chico aquella tarde. Además, cuando Wen Ning se escondía, a menos que Wei Wuxian lo invocara, era imposible que fuera descubierto por un joven cultivador.

—¡¿Por qué no me lo has dicho antes?! —vociferó Jiang Cheng.

—¡No estaba seguro! Fue muy rápido, en el momento en que yo entraba, se esfumó. Solo vi su sombra, pero escuché un tintineo parecido al que escuchamos en el monte Brahma. Por eso pensé que debía de ser él. Si no te hubieras puesto a regañarme en cuanto me has visto, te lo habría dicho enseguida. Como se nos escape, será culpa de tu mal genio, no mía.

Quiso añadir algo más, pero Jiang Cheng ya lo había echado.

—¡A mi regreso ajustaremos cuentas! —le gritó a través de la puerta cerrada—. ¡Lárgate!

Jin Ling soltó un rezongo y sus pasos se alejaron.

Al ver que Jiang Cheng se volvía hacia él, Wei Wuxian se apresuró a adoptar la expresión atribulada de alguien que ha sido descubierto: «¡Oh, no! ¡Han destapado mi secreto! ¡Han descubierto a Wen Ning!».

Jin Ling era muy astuto. Había aprovechado el odio que su tío sentía hacia Wen Ning para engañarlo.

Jiang Cheng sabía que el patriarca de Yiling y el general fantasma solían sembrar el caos en pareja, así que ya sospechaba que Wen Ning podía andar cerca. Si la historia de su sobrino había sido convincente, la expresión de Wei Wuxian terminó de hacerle morder el anzuelo. Sumándole el hecho de que, cada vez que oía el nombre de Wen Ning, la ira lo cegaba, ¿qué margen le quedaba para dudar? Con el pecho henchido de odio, agarró el

látigo y lo hizo restallar en el suelo junto a Wei Wuxian.

—¡Está visto que no vas a ningún sitio sin tu perro fiel! —le espetó con repugnancia.

—Wen Ning ya está muerto —replicó Wei Wuxian—, como yo lo he estado también. ¿Qué más quieres de nosotros?

Jiang Cheng lo señaló con la mano que empuñaba el látigo.

—¿Que qué más quiero? ¡Aunque murierais mil veces más, cien mil veces más, yo os seguiría odiando! ¡Me alegro de que aún no haya sido aniquilado del todo, así tendré la oportunidad de hacerlo yo! ¡Primero le prenderé fuego y luego te echaré sus cenizas a la cara!

Salió dando un portazo. Luego se dirigió a la zona de recepción, donde instruyó a Jin Ling:

—Vigílalo bien. Desconfía de todo lo que diga, ni siquiera lo escuches. No le permitas emitir el más mínimo sonido. Si intenta silbar o tocar la flauta, ¡tápale la boca! ¡Y, si eso no funciona, córtale la lengua o la mano!

Wei Wuxian sabía que esas frases iban dirigidas a él. Jiang Cheng quería amedrentarlo para que no intentara escapar. No podía llevárselo con él porque eso le daría la oportunidad de controlar a Wen Ning.

Jin Ling no parecía preocupado en lo más mínimo.

—Tranquilo, sé custodiar a una persona. Pero, tío, ¿qué estabas haciendo a puerta cerrada con ese mangacortada? ¿Qué ha hecho esta vez?

—Eso a ti no te importa. Recuerda: ¡como vuelva y se te haya escapado, te rompo las piernas!

Después de preguntarle a su sobrino el lugar exacto donde se suponía que lo había visto, Jiang Cheng partió en busca del general fantasma con la mitad de los discípulos disponibles.

Al cabo de un rato de silencio, Wei Wuxian oyó la voz altiva de Jin Ling:

—¡Tú, allí! Y tú vigila este lado. Vosotros quedaos en la puerta principal, yo entraré a vigilarlo en persona.

Ninguno de los discípulos se atrevió a desobedecer. Al cabo de un rato, se abrió la puerta de la habitación y Jin Ling asomó la cabeza. Sus ojos observaron la habitación. Wei Wuxian se incorporó. Jin Ling se llevó un

dedo a los labios para indicarle que no hablara. Entró en silencio, puso la mano sobre Zidian y susurró algo.

Zidian solo obedecía a su legítimo dueño, pero Jiang Cheng debía de haberlo instruido para que también reconociera a Jin Ling como tal, pues la corriente eléctrica desapareció de inmediato. El látigo se transformó en un anillo de plata con un cristal púrpura engastado que cayó sobre la blanca palma del chico.

—Vamos —susurró.

Los discípulos del clan Jiang se hallaban dispersos y alejados gracias a sus instrucciones de antes. Salieron de puntillas por la ventana, treparon por un muro y ya estaban fuera de la posada. Entonces echaron a correr procurando no hacer ruido.

Al internarse en el bosque, Wei Wuxian percibió un ruido a su espalda. Cuando se dio la vuelta y vio lo que era, casi se muere del susto.

—¡¿Y este por qué nos sigue?! ¡Dile que se vaya!

Jin Ling dio dos breves silbidos. El perro jadeante levantó las orejas, soltó un gemido, dio media vuelta y se alejó cabizbajo.

—Menudo espectáculo estás dando —dijo Jin Ling con desprecio—. Hada no te va a hacer nada; parece muy fiero, pero no lo es. Es un perro espiritual muy bien adiestrado, solo ataca a seres malignos. ¿Lo tomas por un perro ordinario?

—¡Espera! ¿Cómo lo has llamado?

—Hada. Es su nombre.

—Pero ¿cómo pudiste ponerle un nombre así?

—¿Qué tiene de malo? Cuando era un cachorro, lo llamaba Hadita, pero ahora ya está muy crecido para eso, sonaría raro —explicó Jin Ling con gran convencimiento.

Wei Wuxian se negó a aceptar su razonamiento.

—¡No, no, no! ¡No es porque sea grande o pequeño! ¿Quién te enseñó a poner esos nombres?

No hacía falta que respondiera. Wei Wuxian estaba seguro de que había sido su tío. En el pasado, Jiang Cheng había tenido varios perros y a todos

les había puesto nombres como «Princesa», «Jazmín», «Amorcito»…

—Los hombres no se preocupan por estos detalles, ¿a ti qué más te da? —dijo Jin Ling—. ¡Bueno, adiós! Acabo de salvarte de la ira de mi tío. Seguro que te habría dejado medio muerto, así que con esto estamos en paz.

—¿Sabes por qué me ha capturado? —preguntó Wei Wuxian.

—Sí. Sospecha que eres Wei Wuxian.

«Esta vez era más que una sospecha», pensó Wei Wuxian. «Había capturado al hombre acertado». Luego preguntó:

—¿Y tú? ¿No tienes la misma duda?

—No sería la primera vez que mi tío se equivoca —respondió Jin Ling—. Prefiere capturar a un inocente que dejarlo escapar. Pero Zidian no fue capaz de exorcizar tu alma, así que por ahora voy a pensar que no eres él. Además, el tal Wei no iba por el mundo acosando a los hombres; tú, en cambio, te atreviste hasta con…

Antes de que Jin Ling dijera a quién había acosado Mo Xuanyu, se estremeció con repugnancia. Después, agitando las manos como si tratara de ahuyentar al dios de la peste [34] , dijo:

—¡Bueno, da igual! ¡Ya no tienes nada que ver con el clan Jin de Lanling! ¡A partir de hoy, cuando vuelvan a apoderarse de ti tus apetencias, no te metas con nadie de mi familia! ¡De lo contrario, tendrás que vértelas conmigo!

Dicho esto, se dio la vuelta y echó a andar. Sin embargo, a los pocos pasos se volvió hacia él.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Vete ya! ¿Tienes ganas de que mi tío te atrape otra vez? Si esperas que te dé las gracias por salvarme o alguna otra cursilada, lo llevas claro.

Wei Wuxian se llevó las manos a la espalda y se le acercó.

—Joven, en la vida hay que aprender a decir dos palabras muy cursis.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles?

—«Gracias» y «perdón».

Jin Ling bufó con desdén.

—¿Y si no las digo? ¿Vas a obligarme?

—No. Ya llegará el día en que las digas llorando.

Jin Ling chasqueó la lengua con fastidio. Entonces Wei Wuxian dijo:

—Perdóname, Jin Ling.

El chico se sorprendió.

—¿Qué?

—Lo que te dije en el monte Brahma estuvo mal. Lo siento.

A Jin Ling le habían dicho «tu madre te parió, pero no te enseñó modales» muchas veces. Sin embargo, aquella era la primera vez que alguien se disculpaba sinceramente con él por haberlo hecho. No sabía cómo reaccionar.

—No pasa nada —refunfuñó, agitando la mano con displicencia—. No eres el primero que me dice algo así. Es verdad que no tuve una madre que me enseñara modales. ¡Pero eso no me hace inferior a nadie! Al contrario, ¡miradme bien! ¡Soy mucho más fuerte que todos vosotros!

Wei Wuxian sonrió. Justo cuando parecía que iba a decir algo en respuesta, cambió bruscamente de expresión y gritó asombrado:

—¡Jiang Cheng! ¿Eres tú?

Jin Ling, que tenía mala conciencia por haber robado el látigo de su tío y dejado escapar a su prisionero, se dio la vuelta aterrado. Wei Wuxian aprovechó para noquearlo dándole un golpe en el cuello con el canto de la mano. Lo tendió en el suelo, le subió la pernera del pantalón y observó la señal maldita. Probó varios métodos, pero ninguno fue capaz de borrarla. Se trataba de un problema grave.

Exhaló un largo suspiro.

No podía eliminarla, pero sí transferírsela a su propio cuerpo.

Al cabo de un rato Jin Ling empezó a recobrar el sentido. Se palpó el cuello, donde persistía un ligero dolor, y, enfurecido, se levantó de un salto y desenvainó la espada.

—¿Cómo te atreves a pegarme? ¡Ni siquiera mi tío es capaz de hacerlo!

Wei Wuxian se sorprendió.

—¿En serio? Pero si siempre está diciendo que va a romperte las

piernas…

—¡Solo lo dice, no lo hace! —Jin Ling estaba furioso—. Maldito mangacortada, ¿qué demonios te proponías? Me…

Wei Wuxian se llevó las manos a la cara y, mirando a una persona imaginaria a espaldas de Jin Ling, gritó:

—¡Oh! ¡Hanguang-jun!

Jin Ling temía a Lan Wangji aún más que a su tío. Después de todo, su tío era de la familia y Hanguang-jun no. Asustado, echó a correr.

—¡Mangacortada! ¡Tarado! ¡Esta me la apunto, ya verás!

Wei Wuxian se rio tanto que estuvo a punto de ahogarse. Cuando dejó de ver a Jin Ling, aún con un cosquilleo en el pecho, tosió para acabar de apagar la risa. Después de eso, le vinieron a la mente algunos pensamientos.

Wei Wuxian tenía nueve años cuando Jiang Fengmian se lo llevó a casa.

Casi todos sus recuerdos de aquella época se habían desvanecido, pero Jiang Yanli, la madre de Jin Ling, le había contado muchas cosas.

Por ejemplo, le había contado que, cuando su padre, Jiang Fengmian, supo de la muerte de los padres de Wei Wuxian, decidió ir en busca del hijo que habían dejado atrás. Estuvo buscándolo durante mucho tiempo hasta que por fin lo encontró en Yiling. La primera vez que lo vio, el pequeño estaba arrodillado en el suelo comiendo peladuras de fruta que la gente iba tirando.

Los inviernos y las primaveras de Yiling eran muy fríos, pero el niño iba sin abrigo y con los pantalones raídos por las rodillas. Tenía que andar de puntillas porque ninguno de sus zapatos, de distinto tamaño, era de su talla. Aunque estaba ocupado con sus peladuras, cuando Jiang Fengmian lo llamó por su nombre, levantó la cabeza. Tenía las mejillas enrojecidas y agrietadas por el frío, pero, aun así, sonreía.

Según Jiang Yanli, la risa lo había acompañado desde siempre. Nunca se tomaba nada a pecho y conseguía mantenerse alegre en todas las situaciones. Aunque, dicho así, lo hiciera parecer bobo, en realidad era un cumplido.

Jiang Fengmian le ofreció un trozo de melón. Eso fue todo lo que necesitó para convencer al niño de que se fuera con él a Muelle de Loto. Jiang

Cheng, que por entonces tendría ocho o nueve años también, tenía varios cachorros como mascotas. Cuando Jiang Fengmian se dio cuenta de que Wei Wuxian les tenía pánico, le pidió amablemente a su hijo que los regalara. Jiang Cheng se negó y montó una rabieta: lloró, pataleó, tiró cosas al suelo… Pero fue inútil. Al final tuvo que renunciar a ellos igualmente.

Debido a aquello, Jiang Cheng albergó animosidad hacia Wei Wuxian durante mucho tiempo. Sin embargo, a fuerza de convivir, se volvieron inseparables. Acabaron formando un dúo de desastres andantes que causaban estragos allá adonde iban. Y desde entonces, siempre que topaban con algún perro, Jiang Cheng se encargaba de espantarlo… y luego se burlaba de Wei Wuxian por encaramarse a los árboles tratando de escapar.

Wei Wuxian nunca dudó que Jiang Cheng estaría siempre de su lado y que Lan Wangji sería su rival. Jamás se le ocurrió que las tornas fueran a volverse de aquella manera.

Comenzaba a estar cerca del lugar donde había acordado encontrarse con Lan Wangji. La calle estaba mal iluminada, pero no le costó localizar a la familiar figura blanca que lo esperaba al final.

Lan Wangji estaba quieto y cabizbajo. Antes de que Wei Wuxian lo llamara, levantó la cabeza y lo vio. Sus ojos se miraron durante unos instantes. Entonces Lan Wangji empezó a caminar hacia él con gesto severo.

Wei Wuxian dio un paso atrás de manera instintiva. Casi podía ver las venas enrojecidas de los ojos de Lan Wangji. Tenía que admitir… que daba miedo verlo con aquella cara.

Al dar aquel paso atrás, hizo un mal gesto con el pie y pareció como si se fuera a caer al suelo. La expresión de Lan Wangji cambió radicalmente; en cuestión de segundos estuvo a su lado y, al igual que aquella noche en el monte Brahma, agarró su muñeca con firmeza y lo sostuvo. Luego apoyó una rodilla en el suelo y se dispuso a examinarle la pierna. Alarmado, Wei Wuxian se apresuró a disuadirlo:

—¡No, no, no, Hanguang-jun, déjame, no hace falta!

Lan Wangji levantó ligeramente la cabeza y lo miró con sus ojos claros. Luego volvió a centrar la atención en su pierna. Aún prisionero de su mano, Wei Wuxian no tuvo más remedio que mirar al cielo y dejarlo hacer.

Tenía la pierna totalmente cubierta por la señal maldita.

Después de observarla un buen rato, Lan Wangji lo miró muy serio y le dijo con reprobación:

—Te he dejado solo apenas unas horas.

Wei Wuxian se encogió de hombros.

—Unas horas es mucho tiempo, puede pasar de todo. Levanta, anda…

Cogió a Lan Wangji de la mano y tiró de él para ponerlo en pie.

—Es una señal maldita común y corriente. Cuando el espíritu maligno venga a por mí, lo espantaré y ya está. Pero tú tendrás que ayudarme, Hanguang-jun; si no, no podré con él. Dime, ¿has atrapado a nuestro hombre? ¿Era el que imaginábamos? ¿Dónde está?

Lan Wangji miró hacia el cartel de una posada que había al otro extremo de la calle. Wei Wuxian le dijo:

—Venga, resolvamos el asunto de la fortaleza.

Comenzó a caminar en dirección a la posada. No se había dado cuenta hasta aquel momento, pero tenía las piernas entumecidas, probablemente a consecuencia de la descarga eléctrica de Zidian. Tenía suerte de que Jiang Cheng hubiera modulado su potencia y no lo hubiera convertido en un cadáver carbonizado.

De pie detrás de él, de repente Lan Wangji pronunció su nombre de nacimiento:

—Wei Ying.

Wei Wuxian se detuvo un instante. Luego actuó como si no hubiera escuchado aquel nombre.

—¿Qué pasa?

—¿Esa señal maldita la tenía Jin Ling en su cuerpo?

Más que una pregunta, era un reproche. Viendo que Wei Wuxian no lo negaba, Lan Wangji concluyó:

—Te has topado con Jiang Wanyin [35] .

Zidian le había dejado marcas en las piernas claramente visibles a pesar de la señal maldita, así que no era difícil de adivinar.

Wei Wuxian se volvió para mirarlo.

—Y, mientras los dos sigamos vivos, seguiremos topándonos el uno con el otro.

Entonces Lan Wangji le dijo:

—No deberías caminar.

—Ah, ¿no? ¿Me vas a llevar a cuestas? —bromeó Wei Wuxian.

Lan Wangji lo miró sin decir nada. A Wei Wuxian se le congeló la sonrisa en los labios. Tenía un mal presentimiento.

El Lan Wangji de antaño se habría quedado mudo después de su réplica. Le habría puesto mala cara y se habría ido. Lo habría ignorado. Sin embargo, el Lan Wangji de ahora era impredecible. Efectivamente, Lan Wangji se colocó delante de él, se agachó e hizo ademán de cargarlo sobre su espalda. Wei Wuxian se sobresaltó.

—¡Para el carro, que lo he dicho en broma! —le gritó enseguida—. ¡Han sido un par de latigazos de nada, no me ha partido la pierna! Un hombre adulto que necesita que lo lleven a la espalda resulta estúpido.

—¿Estúpido? —preguntó Lan Wangji.

—¿No? —replicó Wei Wuxian.

Después de un breve silencio, Lan Wangji le dijo:

—Tú también cargaste conmigo una vez.

—¿En serio? Pues no me acuerdo.

Lan Wangji respondió impasible:

—Nunca recuerdas estas cosas.

—Suelen decirme que tengo mala memoria, será eso. En fin, que no quiero que me lleves a cuestas —dijo Wei Wuxian.

—¿Seguro?

—Seguro.

Por un momento, los dos permanecieron inmóviles frente a frente. Entonces Lan Wangji le pasó un brazo por detrás de la espalda, se inclinó ligeramente hacia delante y le deslizó el otro bajo el hueco de las rodillas. Como Wei Wuxian era más menudo y ligero que él, consiguió levantarlo

con un solo impulso.

Wei Wuxian jamás habría esperado que la consecuencia de «no quiero que me lleves a cuestas» fuera esa. En la última vida o en esta, era la primera vez que alguien lo llevaba así.

—¡Lan Zhan! —gritó, presa del pánico.

Lan Wangji empezó a caminar sosteniéndolo en los brazos.

—Solo has dicho que a cuestas no.

—¡Así tampoco! —protestó Wei Wuxian.

Por fortuna, la noche estaba ya tan avanzada que no había nadie por la calle, así que la cosa quedó entre ellos. Y, como de todos modos Wei Wuxian tampoco era de los que prestaban atención a las apariencias, al poco se relajó. Asiendo las solapas de su túnica, le preguntó:

—Te has propuesto ganarme en lo de ser descarado, ¿no?

Entonces le abrió la túnica.

Se encontró envuelto por el fresco aroma del sándalo. Lan Wangji ni lo miró; mantuvo la mirada fija al frente, impasible como siempre. Wei Wuxian comprendió que no tenía nada que hacer. Mientras seguía jugueteando con su túnica, pensó: «No puedo creer que Lan Zhan sea así de vengativo. Quiere devolverme todas las burlas que le hice en el pasado dejando de reaccionar para que no me divierta… Sin embargo, debo aplaudirlo: no solo ha mejorado sus habilidades de cultivación, sino que también se ha vuelto más duro».

—Lan Zhan, cuando me viste en el monte Brahma, ¿supiste que era yo?

—Sí.

Wei Wuxian se quedó asombrado.

—¿Cómo me reconociste?

Lan Wangji lo miró.

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Me lo dijiste tú.

—¿Yo? ¿Porque estaba con Jin Ling? ¿Porque invoqué a Wen Ning? No

fue por nada de eso, ¿a que no?

Los ojos de Lan Wangji se turbaron. Fue una leve fluctuación, apenas se notó. Al momento recuperaron su habitual serenidad.

—Piensa —añadió muy seriamente.

—¡Si te pregunto es porque, por más que pienso, no se me ocurre! —protestó Wei Wuxian.

Por mucho que Wei Wuxian le insistió, Lan Wangji mantuvo los labios sellados el resto del camino. Entró en la posada todavía con él en brazos. Aparte del hombre del mostrador, que, al verlos, escupió el té que estaba bebiendo, ninguna de las demás personas del vestíbulo se inmutó. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Wei Wuxian dijo:

—Bueno, ya hemos llegado. Bájame, que no te quedan manos para abrir la…

Antes de que pudiera terminar de hablar, Lan Wangji hizo algo muy impropio de él, un gesto muy grosero que sin duda no había hecho antes en toda su vida.

Sin soltar a Wei Wuxian en ningún momento, le dio una patada a la puerta.

Se abrió de par en par. La persona que había dentro de la habitación rompió a llorar inmediatamente.

—¡Hanguang-jun, yo no sé nada! No sé nada, de verdad que…

Cuando vio la manera en la que entraban, se los quedó mirando atónito y apenas consiguió terminar la frase:

—…no sé nada.

Era don Nada Sé.

Lan Wangji lo ignoró. Metió a Wei Wuxian en la habitación y lo depositó con cuidado sobre la cama. Nie Huaisang, abochornado, abrió su abanico y se cubrió la cara.

Wei Wuxian lo observó por encima de aquel abanico plegable. Su antiguo compañero de clase apenas había cambiado con los años. Tenía los rasgos de un hombre culto y refinado, pero su actitud sumisa hacía que pareciera un pelele fácil de intimidar. Su atuendo, sencillo pero elegante, denotaba un

gusto exquisito; sin duda había dedicado mucho tiempo a elegirlo, pero, más que el líder de un clan, parecía un rico ocioso. Del mismo modo que la túnica del dragón no hacía a los príncipes imperiales, el sable largo que llevaba a la espalda tampoco lo convertía en un líder cultivacional.

Se negó obstinadamente a admitir nada, así que Lan Wangji puso sobre la mesa el trozo de tela que el perro espiritual le había arrancado. Nie Huaisang trató de cubrirse la parte de la manga que le faltaba.

—Yo solo pasaba por allí —admitió, compungido—, de verdad que no sé nada.

Wei Wuxian replicó:

—Ya que tú no sabes nada, permíteme que hable yo. Puede que te refresque la memoria.

Nie Huaisang titubeó sin saber qué responder, así que Wei Wuxian comenzó:

—Todo el mundo en esta zona dice que la montaña Xinglu es una montaña antropófaga porque acoge una fortaleza que se come a la gente. Sin embargo, no hay constancia de víctimas reales, lo cual significa que solo son rumores, rumores que consiguen que la gente se mantenga alejada de esa montaña. Ese es su verdadero propósito: son una línea defensiva. Pero no es la única.

»A esa primera línea defensiva la sigue una segunda: los cadáveres ambulantes que rondan por la montaña. En caso de que alguien no se deje amedrentar por los rumores y suba a la montaña, o si alguien acaba allí después de extraviarse, se irá corriendo en cuanto los vea. Sin embargo, esos cadáveres ambulantes son pocos y muy débiles, no son capaces de causar daños reales.

»El hechizo desorientador que rodea la fortaleza es una tercera línea defensiva. Si las dos primeras se encargan de mantener alejada a la gente corriente, esta está pensada para hacer lo mismo con los cultivadores. Sin embargo, su alcance se limita a los cultivadores ordinarios. Un cultivador con artefactos espirituales o perros espirituales a su disposición o con las habilidades de Hanguang-jun es capaz de burlar esta última defensa.

»¿Qué os llevó a construir una fortaleza antropófaga en la montaña

Xinglu? ¿De dónde vienen los cadáveres que están enterrados en sus muros? ¿De verdad se los comió la fortaleza? Si hoy no nos cuentas lo que pasa allí, el día en que acabe sabiéndose quizá ya sea demasiado tarde; el mundo de la cultivación llamará a tu puerta exigiendo responsabilidades. Para entonces, aunque quieras explicarte, ya nadie querrá escucharte ni creerá lo que tengas que decir.

Nie Huaisang claudicó.

—¡No es ninguna fortaleza antropófaga, es…! Es la tumba ancestral de mi clan.

—¿La tumba ancestral de tu clan? —repitió Wei Wuxian—. ¿Y por qué hay sables en los ataúdes en lugar de cadáveres?

Nie Huaisang puso cara de pena.

—Hanguang-jun, antes de que os cuente nada, considerando la amistad de nuestras familias y el hecho de que tu hermano mayor y el mío eran hermanos de juramento, ¿puedes prometerme algo? Prométeme que, diga lo que diga, tú… y usted también, caballero, no lo divulgaréis bajo ningún concepto. ¡Y que, si algún día llega a saberse, me ayudaréis a defenderme y seréis mis testigos! Siempre has sido un hombre de palabra, así que, si me lo prometes, sabré que puedo sincerarme.

—De acuerdo —prometió Lan Wangji.

—Has dicho que no es una fortaleza antropófaga. Entonces, ¿no ha devorado a nadie? —preguntó Wei Wuxian.

Nie Huaisang apretó los dientes y respondió con sinceridad:

—Bueno, en realidad… sí.

—Ah —dijo Wei Wuxian.

—¡Pero solo una vez! —se apresuró a añadir Nie Huaisang—. ¡Y mi clan no fue el principal responsable! ¡Y fue hace ya varias décadas! Los rumores sobre la fortaleza antropófaga de la montaña Xinglu vienen de entonces. Yo… yo solo los he difundido y exagerado.

—Por favor, explícate —lo conminó Lan Wangji. Luego se sentó con él. Captando la amenaza implícita en sus buenos modos, Nie Huaisang comenzó su confesión.

—Hanguang-jun, como bien sabes, el clan Nie es distinto a los demás. Nuestro fundador era matarife, así que no practicamos con espadas espirituales como los demás clanes, sino con sables y cuchillos.

Este hecho era ampliamente conocido y de ninguna manera un secreto. Incluso la insignia familiar del clan era la cabeza de una feroz bestia con aspecto a medio camino entre un mastín y un jabalí. Nie Huaisang continuó:

—Con un método de cultivación tan peculiar y dados los antecedentes de nuestro padre fundador… era casi inevitable que terminara corriendo la sangre. Los sables empuñados por nuestros líderes durante generaciones albergan una hostilidad y un impulso asesino exacerbados, prácticamente todos nuestros líderes han acabado poseídos por el mal y han sufrido muertes violentas. Los sables también tienen mucho que ver con la irascibilidad de su carácter en vida.

El hermano mayor de Nie Huaisang, Nie Mingjue, había sido un buen ejemplo. Aquel joven líder cultivacional había sido hermano de juramento de Lan Xichen y Jin Guangyao. Chifeng-zun era un hombre enérgico y resuelto, pero también magnánimo; Zewu-jun, cálido y afable, destacaba por la nobleza de su carácter; y el camaleónico Lianfang-zun poseía una mente ágil y astuta. Hicieron su juramento de hermandad al final de la campaña de derribo del sol. Cada uno de ellos había hecho grandes gestas, motivo por el que empezaron a ser conocidos como «la tríada venerada». Sin embargo, justo en la cúspide de su éxito, la cultivación de Nie Mingjue se desvió y acabó poseído por el mal: durante un importante simposio sufrió un arrebato de locura que lo llevó a perseguir y herir a varios asistentes y finalmente explotó en un descomunal estallido de sangre. Un fin deshonroso para alguien tan celebrado por sus actos heroicos.

Nie Huaisang debía de estar pensando en él, pues se lo veía muy abatido.

—Mientras los líderes del clan están vivos, reprimen la agitación de sus sables —continuó—. Pero, tan pronto como fallecen, ya nadie puede controlarlos y se convierten en armas sanguinarias.

Wei Wuxian dijo:

—Esto se acerca bastante a la cultivación demoníaca…

—¡Es diferente! —se apresuró a decir Nie Huaisang—. La cultivación

demoníaca se llama así porque se cobra vidas humanas. A los sables de mi familia no les interesan las personas, solo persiguen a seres malignos como fantasmas resentidos o espíritus beligerantes. Toda su existencia está dedicada a exterminarlos, así que, cuando ya no pueden seguir haciéndolo, enfurecen y empiezan a causar problemas. El espíritu de un sable reconoce a un único propietario, así que nadie puede heredarlos. Tampoco podemos fundirlos y volverlos a forjar: primero, porque sería una falta de respeto hacia nuestros antepasados; segundo, porque no resolvería el problema necesariamente.

—Menudo lío —observó Wei Wuxian.

—Y que lo diga —replicó Nie Huaisang—. Todos los sables que batallaron y cultivaron junto a sus antepasados son igual de ingobernables.

Entonces añadió:

—A medida que las habilidades cultivacionales de nuestros líderes aumentaban, el problema también se acerbaba. Hasta que el sexto líder de mi clan dio con una solución.

—¿Construir la fortaleza? —preguntó Wei Wuxian.

—No… Existe una conexión, pero eso no fue lo que hizo el líder de la sexta generación. Mandó fabricar dos ataúdes: uno para el sable de su padre y otro para el de su abuelo. Entonces los metió en una tumba subterránea. En lugar de llenarla de tesoros y riquezas, colocó cientos de cadáveres a punto de convertirse en cadáveres asesinos.

Lan Wangji arqueó las cejas. Sobresaltado, Nie Huaisang se apresuró a decir:

—¡Hanguang-jun, por favor, deja que me explique! ¡No los matamos nosotros, son cadáveres que hemos ido consiguiendo y recolectando con mucho esfuerzo! La mayoría, a cambio de pequeñas sumas de dinero. Nuestro sexto líder pensó que, si los espíritus de los sables querían luchar con seres malignos, debíamos darles algo con lo que pudieran luchar eternamente. Los cadáveres que estaban a punto de transformarse se enterraron junto a los ataúdes que contenían los sables como si fuesen un ajuar funerario. Los espíritus de los sables se encargaban de mantenerlos a raya para que no se

transformaran y estos, a su vez, servían para canalizar la furia de los sables. Era un equilibrio perfecto. Gracias a este método conservamos la paz durante generaciones.

—Entonces, ¿por qué tuvisteis que construir la fortaleza? —preguntó Wei Wuxian—. ¿Por qué enterrasteis los cadáveres dentro de sus muros? Y antes has dicho que la fortaleza sí se había comido a gente.

—La respuesta a todas esas preguntas es básicamente la misma. Supongo que puede decirse que… se comió a varias personas. ¡Pero no de manera intencionada! Nuestro sexto líder había construido una tumba para los sables que parecía común y corriente, y las generaciones posteriores siguieron su ejemplo. Pero, hace algo más de cincuenta años, esa tumba fue profanada por un grupo de saqueadores.

—¡Oh! —exclamó Wei Wuxian. Pensó: «No tenían ni idea de lo que iban a despertar».

Nie Huaisang continuó:

—La construcción de una tumba es una empresa tan colosal que, por muy discreto que uno quiera ser, es imposible que no se corra la voz. Los saqueadores ya debían de andar haciendo pesquisas y, cuando se enteraron de que la montaña Xinglu acogía una gran tumba, la escogieron como objetivo y se prepararon a conciencia. La banda contaba con un par de miembros verdaderamente habilidosos que lograron identificar la ubicación correcta, romper el hechizo desorientador y llegar hasta la tumba de los sables de nuestro clan. Una vez allí, cavaron un hoyo y entraron. Ganándose la vida de la forma en que se la ganaban, estaban curados de espanto y no tuvieron miedo de los cadáveres que había dentro. Sin embargo, mientras lo ponían todo patas arriba buscando oro y joyas, los cadáveres percibieron su aliento. Eran hombres jóvenes y fuertes, rebosantes de energía luminosa. ¡Y todos los cadáveres estaban a punto de transformarse!

»Es fácil imaginar lo que pasó después. Al instante más de una docena de cadáveres se convirtieron en cadáveres asesinos. Pero los saqueadores eran hombres aguerridos e iban armados hasta los dientes, así que consiguieron acabar con todos. Después de la feroz batalla, con miembros desparramados por todas partes, finalmente se dieron cuenta de lo peligroso que era aquel lugar y quisieron irse… ¡pero justo en ese momento fueron devorados!

»La tumba necesitaba albergar siempre el mismo número de cadáveres, no podían sobrar ni faltar. Eran los justos para mantener el equilibrio con los espíritus de los sables. Pero la irrupción de los saqueadores lo desbarató todo. Si solo hubieran desencadenado la transformación de los cadáveres, todo habría ido bien; los sables habrían utilizado sus poderes para suprimir su transformación en cuanto los saqueadores se hubieran marchado. Pero despedazaron los cadáveres. En un abrir y cerrar de ojos faltaba una docena. Para mantener el equilibrio con los sables, la tumba no tuvo más remedio que… bueno… cerrarse y aprisionar a los saqueadores para que ocuparan el vacío que habían causado…

»Después de la profanación de la tumba de los sables, el líder del clan de la época empezó a buscar otro método. Escogió otra parcela de la montaña Xinglu como nuevo emplazamiento, pero esta vez no construyó una tumba, sino una cripta; y, para evitar que más saqueadores volvieran a sembrar el caos, ocultó los cuerpos dentro de los muros.

»La cripta de los sables es la fortaleza antropófaga de la que todos hablan. Cuando los saqueadores llegaron a Qinghe, se hicieron pasar por cazadores. Como nunca regresaron de la montaña Xinglu ni se encontraron sus cuerpos, se extendió el rumor de que habían sido devorados por monstruos. Más tarde, cuando la fortaleza ya había sido erigida, pero aún no habíamos desplegado el hechizo desorientador, alguien la descubrió por casualidad. Por suerte, como ninguno de los fortines tenía puerta, no pudo entrar; pero, al bajar de la montaña, le contó a todo el mundo que había encontrado una fortaleza misteriosa y que los monstruos antropófagos debían de vivir dentro. Nuestro clan pensó que sería bueno exagerar los rumores para que nadie se atreviera a acercarse, así que añadimos algunos detalles y creamos la leyenda de la fortaleza antropófaga. ¡Pero es verdad que come personas!

Nie Huaisang se sacó de la manga un pañuelo y una piedra blanca del tamaño de un diente de ajo. El pañuelo era para secarse el sudor, pero la piedra se la pasó a sus interlocutores.

—Echadle un vistazo a esto.

Cuando Wei Wuxian tomó la piedra para examinarla de cerca, se dio cuenta de que algo asomaba por debajo del polvillo.

Parte de una falange humana.

Entendió inmediatamente lo que significaba.

Nie Huaisang, que ya había terminado de secarse el sudor, dijo:

—El tal… joven señor Jin… se las arregló para abrir un boquete, no sé cómo. Debía de llevar muchos artefactos espirituales encima para conseguir volar una pared de ese grosor… Pero, bueno, esa no es la cuestión… La cuestión es que la pared que demolió pertenece a la primera cámara que construimos. En esa época aún no se nos había ocurrido la idea de construir muros dobles con un espacio intermedio relleno de tierra que aislara la energía luminosa de los vivos e impidiera la transformación de los cadáveres: los metíamos directamente en el hormigón. Así que, cuando el joven señor Jin voló la pared, destruyó sin saberlo uno de los esqueletos que había dentro. Apenas entró, la fortaleza lo atrajo para que ocupara su lugar. Yo voy por allí de vez en cuando para echar un vistazo y comprobar que todo está bien. Hoy era uno de esos días, así que vi lo que había pasado. Acababa de recoger un escombro cuando apareció un perro y me mordió… Ay… La cripta de los sables viene a ser como la tumba ancestral de nuestro clan. Lo que ha pasado es…

Cuanto más hablaba, más triste se ponía.

—En general, los cultivadores saben que esta zona es territorio de mi clan y a ninguno se le ocurriría ir de caza nocturna a Qinghe. Quién iba a imaginar que…

Quién iba a imaginar que Nie Huaisang tendría tan mala suerte: primero Jin Ling, que nunca seguía las reglas, se aventuró en la montaña Xinglu. Luego se le sumaron Lan Wangji y Wei Wuxian, guiados por el brazo fantasma.

—Por favor, Hanguang-jun… Y a usted también se lo pido, caballero… ¡Espero que mi secreto no salga de aquí! De lo contrario…

De lo contrario, aquel asunto iba a terminar de dar al traste con la ya de por sí maltrecha reputación del clan Nie de Qinghe. Nie Huaisang iba a pasar a la historia como el mayor culpable de todos los tiempos y no iba a ser capaz de mirar a sus antepasados a la cara cuando le llegara la hora de reunirse con ellos. No era de extrañar que prefiriera ser el hazmerreír secreto del mundo de la cultivación a cultivar diligentemente, que no se atreviera ni a empuñar su sable: a medida que sus habilidades

cultivacionales progresaran, su temperamento se volvería cada vez más irascible y al final, tal y como les había ocurrido a su hermano y a todos sus antepasados, sufriría una muerte horrible. ¡Y, tras ella, su sable seguiría causando estragos entre los vivos! No. Si no quería causar aún más problemas a su clan, era mejor que no hiciera nada.

Era un problema sin solución. Lo había sido desde la misma fundación de su clan. ¿Cómo iban sus descendientes a renegar del camino y los cimientos establecidos para ellos? Cada clan cultivacional tenía su especialidad. De manera similar a como los miembros del clan Lan de Gusu destacaban por su habilidad en el manejo de los instrumentos musicales, los miembros del clan Nie de Qinghe eran conocidos por blandir temibles sables; su inmenso y destructivo poder era justo lo que los hacía únicos. Abandonar la disciplina de sus antepasados para empezar de nuevo y forjarse otro camino podía tomar años, y encima el éxito no estaba garantizado. Nie Huaisang tampoco iba a atreverse jamás a cometer la traición que suponía cultivar de otra manera, así que no le quedaba más remedio que ser un inútil.

Si no hubiera tenido que asumir el liderazgo de su clan, podría haber seguido con la vida plácida y feliz que llevaba en Nubes Recónditas. No cabía duda de que, nadando en el lago, pintando abanicos, pescando peces y cazando pájaros, se había sentido infinitamente más a gusto que ahora… Pero la muerte de su hermano no le había dejado otra alternativa que arrastrar aquella carga, aunque fuera a trompicones.

Después de volver a suplicarles que no le contaran nada a nadie un millón de veces más, finalmente se marchó. Wei Wuxian se quedó pensativo durante un rato. Luego vio que Lan Wangji se le acercaba, hincaba la rodilla en el suelo y empezaba a subirle la pernera del pantalón.

—¿Otra vez? ¡Espera! —le dijo enseguida.

—Hay que quitarte la señal —respondió Lan Wangji.

En un solo día, Hanguang-jun se había arrodillado ante él varias veces. Por seria que fuera la expresión de Lan Wangji, Wei Wuxian no podía soportar verlo de esa guisa.

—Déjame a mí.

Se subió el pantalón él mismo. La señal maldita se había extendido de la pantorrilla a la rodilla y comenzaba a subirle por el muslo. Mientras la

miraba, comentó:

—Ya me llega por encima del muslo.

Lan Wangji apartó la vista sin decir nada. Wei Wuxian lo miró sorprendido.

—¿Lan Zhan?

Lan Wangji se volvió de nuevo, pero su mirada siguió evitando la zona. Cuando Wei Wuxian se dio cuenta de lo que pasaba, sintió unas ganas irreprimibles de tomarle el pelo. Justo cuando estaba a punto de decirle algo, se escuchó un estrépito al otro lado de la mesa.

Los dos se levantaron a mirar qué era. La tetera y las tazas de la mesa se habían estrellado contra el suelo. Entre los fragmentos de porcelana blanca y el té derramado, había una bolsa del cosmos selladora del mal. Se había abultado sobremanera y latía como si lo que había atrapado en su interior luchara desesperadamente por salir.

Aquella bolsa del cosmos selladora del mal no era más grande que la palma de una mano, pero su capacidad era infinita; además, tenía una serie de complejos conjuros bordados tanto dentro como fuera que la fortalecían. Lan Wangji había sellado al brazo dentro de la bolsa y luego la había puesto en la mesa debajo de las tazas. Solo ahora, viendo su agitación, recordó que ya era la hora de tocar «Reposo». Si no calmaban al brazo fantasma todas las noches con la melodía de aquella pieza, los poderes represivos de la bolsa, aunque fuertes, eran incapaces de mantenerlo a raya.

Wei Wuxian fue a echar mano de la flauta de bambú que llevaba atada a la cintura, pero no la encontró. Cuando miró a su alrededor, vio que estaba en manos de Lan Wangji, el cual pasó un buen rato manipulándola antes de devolvérsela. Al tomarla de sus manos, Wei Wuxian la observó con detenimiento: le había limado las asperezas y tanto los agujeros como varios detalles más estaban mucho mejor trabajados que antes.

—Toca bien —le dijo Lan Wangji.

Al recordar su horrible actuación en la cámara del inframundo, que había enfurecido a Lan Qiren hasta el punto de despertarlo y volverlo a desmayar, Wei Wuxian estuvo a punto de caerse al suelo de la risa.

«Debe de haber sido duro para él aguantar tanto tiempo», pensó.

Entonces dejó de hacer el tonto y se llevó la flauta de bambú a los labios con expresión seria. Apenas había tocado unas notas cuando, de repente, la bolsa del cosmos se hinchó varias veces y se puso de pie.

Wei Wuxian dejó escapar una nota falsa.

—¿Qué le pasa? —preguntó, divertido—. ¿Tan acostumbrado está a que desafine que, si toco mejor, ya no le gusta?

Tal y como si quisiera responderle, la bolsa del cosmos voló hacia él. La melodía interpretada por los dedos de Lan Wangji cambió bruscamente. Con un solo movimiento de la mano, siete cuerdas de su cítara vibraron simultáneamente y dejaron escapar un rugido tan furioso como un alud. Tras aquella reprimenda del instrumento, la bolsa volvió a caer.

Wei Wuxian continuó tocando como si no hubiera pasado nada. Lan Wangji retomó su interpretación de «Reposo» con movimientos más suaves. Al armonizar de nuevo, el sonido se hizo más y más calmado.

Cuando la pieza concluyó, la bolsa del cosmos selladora del mal había recuperado su tamaño original y ya no se agitaba. Wei Wuxian se colgó la flauta del cinturón.

—Llevaba días sin alterarse tanto. Es como si algo lo hubiera estimulado.

Asintiendo, Lan Wangji se volvió hacia él y dijo:

—Algo que llevas encima.

Wei Wuxian miró hacia abajo para inspeccionarse. Solo había una cosa nueva en él: la señal maldita que se había transferido del cuerpo de Jin Ling al suyo. Este la había adquirido después de estar sepultado en la fortaleza de la montaña Xinglu. Dado que el brazo espiritual estaba reaccionando tan fuertemente a ella, eso podría indicar…

Wei Wuxian preguntó:

—¿Podría ser que en los muros de las criptas de los sables del clan Nie hubiera otras partes de su cuerpo?

A la mañana siguiente, salieron de la posada temprano y regresaron a la

montaña Xinglu.

Después de su amarga confesión del día anterior, Nie Huaisang había reunido a todos los discípulos de su clan que le eran leales para limpiar el desastre dejado por los intrusos. Cuando Wei Wuxian y Lan Wangji llegaron, acababan de cerrar la brecha que habían creado al desenterrar a Jin Ling. Un nuevo cuerpo había sido incrustado en el muro. Nie Huaisang no paraba de secarse el sudor de la frente mientras observaba los ladrillos grisáceos ordenadamente colocados uno encima del otro. Cuando se dio la vuelta y los vio a los dos, le fallaron las rodillas.

—¡Hanguang-jun! Y… compañía… —saludó con una sonrisa contrita.

Wei Wuxian le devolvió el saludo:

—Líder del clan Nie, ¿reconstruyendo las paredes?

Nie Huaisang sacó un pañuelo y empezó a limpiarse el sudor de la frente con tal ímpetu que estuvo a punto de arrancarse una capa de piel.

—S-s-sí…

Con mucha compasión y también un poco de vergüenza, Wei Wuxian respondió:

—Lo sentimos mucho, pero es posible que más tarde tengamos que pedirte que vuelvas a reconstruirlo.

Nie Huaisang respondió:

—Sí, claro, cla… ¿Eh? ¡Un momento!

Antes de que pudiera acabar de verbalizar su objeción, Bichen ya estaba saliendo disparada de su vaina. Nie Huaisang no tuvo más remedio que ver con impotencia cómo el muro que acababa de reparar volvía a ser destruido.

Destruir siempre era más fácil que construir. Wei Wuxian arrancaba los ladrillos de la pared con mucha más agilidad que aquella con la que habían sido apilados. Nie Huaisang aferraba tembloroso su abanico, a punto de explotar ante aquella injusticia. Sin embargo, como Hanguang-jun permanecía inexpresivo a su lado, no se atrevió. Cuando Lan Wangji le describió sucintamente la situación, gritó inmediatamente:

—¡No! ¡Eso es imposible! Todos los cadáveres de la cripta están completos, no hay ningún cadáver masculino al que le falte un brazo. Si no

me crees, estoy dispuesto a derribar contigo los muros que hagan falta para demostrar mi inocencia, pero después tenemos que repararlos inmediatamente; al fin y al cabo, se trata de la tumba ancestral de mi clan…

Varios discípulos del clan Nie se unieron al esfuerzo. Al ver que ya había otras personas encargándose, Wei Wuxian se hizo a un lado y esperó. Al cabo de una hora, más de la mitad de los ladrillos del muro donde Jin Ling había sido sepultado ya se habían retirado. Algunos miembros del clan llevaban mascarillas especiales, otros habían ingerido unas píldoras rojas especiales que evitaban que su aliento y su energía luminosa desencadenaran la transformación de los cadáveres. De vez en cuando aparecían en la negrura de la tierra una pálida mano cadavérica, una pierna con las venas hinchadas o marañas de pelo negro.

Todos los cadáveres masculinos fueron limpiados y colocados en el suelo de manera ordenada. Mientras que varios de ellos no eran más que esqueletos, otros estaban en proceso de descomposición y algunos aún se mantenían relativamente frescos. Los había de todos los tamaños y constituciones, pero todos estaban completos. No había ni uno al que le faltara el brazo izquierdo.

Nie Huaisang preguntó, cauteloso:

—Solo teníamos que derribar este muro, ¿no? No vamos a tener que derribar más, ¿verdad?

No iba a ser necesario. La señal maldita de Jin Ling era muy oscura, por lo que la criatura que se la había dado debía de haber estado enterrada muy cerca de él. Era imposible que hubiera estado fuera de aquella pared. Wei Wuxian se acuclilló junto a una de las hileras de cadáveres y se puso a pensar. Lan Wangji le preguntó:

—¿Abrimos la bolsa del cosmos selladora del mal?

Liberar al brazo izquierdo de la bolsa para que él mismo llevara a cabo la identificación no era mala idea. Sin embargo, si permitían que se acercara demasiado a las demás partes de su cuerpo, corrían el riesgo de que se sobreexcitara y provocara una situación aún más complicada. Por si eso fuera poco, aquel lugar rebosaba de energía oscura, lo cual hacía que el peligro fuera aún mayor. Habían decidido acudir de día precisamente por precaución.

Wei Wuxian negó con la cabeza y permaneció pensativo.

«¿Podría ser que el brazo perteneciera a una mujer? No, yo sé distinguir el brazo de una mujer del de un hombre… ¿Sería un hombre con tres brazos?».

La idea lo hizo sonreír. Entonces Lan Wangji dijo:

—Una pierna.

Solo entonces Wei Wuxian reparó en que había pasado por alto un hecho: la señal maldita se limitaba a su pierna.

Inmediatamente se puso a gritar:

—¡Fuera pantalones, venga!

Nie Huaisang estaba consternado.

—¿Cómo se atreve a decir algo así delante de Hanguang-jun?

—¿Qué pasa? Aquí todos somos hombres, ¿no? —dijo Wei Wuxian—. Venga, ayúdame a bajarles los pantalones a los cadáveres. ¡Solo a los hombres, las mujeres no me interesan! —añadió, extendiendo las zarpas hacia la cintura de los cadáveres del suelo.

El pobre Nie Huaisang era incapaz de creer que, aun después de su amarga confesión del día anterior, fuera a tener que bajarles los pantalones a los cadáveres de la cripta de los sables de sus antepasados. ¡Cadáveres masculinos, además! Estaba seguro de que, cuando muriera y lo enterraran, todos y cada uno de sus antepasados iban a hacer cola para abofetearlo. ¡Iban a herirlo de tal gravedad que se reencarnaría en lisiado! Las lágrimas le surcaban la cara.

Afortunadamente, Lan Wangji detuvo a Wei Wuxian en seco. Justo cuando Nie Huaisang estaba a punto de elogiarlo con un «¡como cabía esperar de Hanguang-jun!», oyó que decía:

—Ya lo hago yo.

—¿Tú? —preguntó Wei Wuxian con escepticismo—. ¿De verdad quieres hacerlo?

Las cejas de Lan Wangji parecieron temblar ligeramente, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo. Entonces repitió:

—Ya lo hago yo. No te muevas.

De todas las conmociones que Nie Huaisang había sufrido aquel día, aquella fue la mayor.

Por supuesto, Lan Wangji no tocó los cadáveres con las manos. Utilizó la energía de su espada para cortar la tela ligeramente y dejar al descubierto la piel que cubría. Algunos de los pantalones no necesitaron corte alguno, pues ya estaban hechos jirones desde hacía tiempo.

Al poco Lan Wangji anunció:

—Lo encontré.

Todos los presentes se apresuraron a mirar al suelo. El cuerpo que yacía junto a las botas blancas de Lan Wangji tenía una débil costura pálida alrededor de los muslos. El color de la piel debajo de esas puntadas era ligeramente distinto. No cabía duda: las piernas y el resto del cuerpo de aquel cadáver pertenecían a personas distintas. ¡Los habían cosido juntos!

Nie Huaisang se quedó sin habla.

—¿Quién se encarga de seleccionar los cadáveres que se usan en la cripta? —preguntó Wei Wuxian.

Aún sin salir de su asombro, Nie Huaisang respondió:

—Por regla general, son los propios líderes en vida quienes los eligen y los almacenan. Pero mi hermano murió a una edad tan prematura que aún no había reunido suficientes y tuve que encargarme yo… Con tal de que tuvieran la cara intacta y no les faltara ninguna extremidad, me los quedaba. Del resto no sé nada…

Averiguar quién había introducido aquel cadáver cosido era una tarea imposible. Había demasiados sospechosos: desde quienes conseguían los cuerpos hasta los miembros del clan Nie que los manipulaban. Si querían llegar al fondo de aquel asunto, iban a tener que encontrar las partes del cuerpo que faltaban y reunirlas con su alma.

Les costó un gran esfuerzo separar las piernas de aquel cuerpo al que no pertenecían. Wei Wuxian guardó cada una en una bolsa del cosmos selladora del mal distinta y después se volvió hacia Lan Wangji.

—Parece que a nuestro buen amigo lo despedazaron bien… Y, por si esto fuera poco, luego desperdigaron las partes. ¡Qué ensañamiento! Recemos para que lo que nos queda por encontrar no esté en cachitos pequeños…

Nie Huaisang se despidió de Wei Wuxian y Lan Wangji diciendo «hasta pronto», pero el terror de su rostro dejaba claro que preferiría no volver a verlos en la vida. Los dos abandonaron la montaña Xinglu y regresaron a la posada. Una vez en aquel entorno más seguro, sacaron los tres miembros de las bolsas y los inspeccionaron con detalle: tal y como esperaban, las piernas y el brazo izquierdo tenían la misma tonalidad de piel. Además, cuando estaban cerca unos de otros, reaccionaban muy fuertemente, agitándose sin parar, como si quisieran unirse. Por desgracia, eso no era posible, pues seguía faltando el torso del cuerpo. Pero no cabía duda de que pertenecían a la misma persona.

Aparte del hecho evidente de que se trataba de un hombre alto y fornido, en buena forma física y espiritual, y con extraordinarias habilidades para la cultivación, no sabían nada de él. Seguían tanteando en la oscuridad. Por suerte, el brazo empezó a señalarles una nueva dirección: el sudoeste.

Esa pista los condujo a la ciudad de Yueyang.

[34] Dios que causa y controla las plagas, epidemias y pestilencias.

[35] Wanyin es el nombre de cortesía de Jiang Cheng.

CAPÍTULO VII

El rocío de la mañana

YA EN LA CIUDAD, mientras caminaban juntos entre el bullicio, Lan Wangji preguntó de repente:

—¿Cómo está tu señal?

Wei Wuxian le respondió:

—Jin Ling estaba sepultado demasiado cerca de nuestro buen amigo y absorbió buena parte de su energía resentida. Aún no se ha desvanecido del todo, le falta un poco. Me parece que, hasta que no nos hagamos con el cadáver entero, o al menos con la cabeza, no tendremos forma de deshacernos completamente de ella. Pero no pasa nada, ahora mismo no me molesta.

Aquel «buen amigo» se refería al hombre descuartizado. Como no conocían su identidad, Wei Wuxian había propuesto llamarlo así. Lan Wangji no había dicho nada al respecto, pero tampoco se había opuesto, lo cual podía interpretarse como un acuerdo tácito. Por supuesto, él nunca usaba aquel término.

—¿Cuánto es «un poco»? —preguntó Lan Wangji.

Wei Wuxian levantó las manos con las palmas enfrentadas a cierta distancia para ilustrar lo que quería decir.

—Un poco es un poco. Cómo te lo explico… ¿Me desnudo y te lo enseño?

Las cejas de Lan Wangji se crisparon ligeramente, como si realmente temiera que Wei Wuxian fuera a quitarse la ropa en plena calle. Luego susurró:

—Ahora no.

Wei Wuxian se echó a reír. Después se dio la vuelta y empezó a andar de espaldas. En el pasado, tratando de escapar de Lan Wangji, había dicho y hecho un montón de bobadas con la esperanza de sacarlo de quicio. Ahora que su identidad había sido revelada, cualquier otra persona en su lugar se habría sentido mortificada al recordarlas. Solo alguien tan descarado como él era capaz de seguir actuando como si tal cosa. Dicho esto, cualquiera con

la más mínima pizca de vergüenza no habría hecho, en primer lugar, cosas tan locas como meterse en su cama, insistir en bañarse con él, maquillarse e ir a preguntarle si estaba guapo…

Wei Wuxian fingía no recordar ninguna de aquellas locuras y, naturalmente, Lan Wangji nunca las sacaba a colación, así que ambos actuaban como si nunca hubieran ocurrido. Aquella era la primera vez que Wei Wuxian le había soltado una broma de aquel tipo.

Cuando terminó de reírse de su propia ocurrencia, se puso serio y dijo:

—Hanguang-jun, ¿crees que quienes liberaron al brazo de nuestro buen amigo en la mansión Mo para que atacara a los jóvenes discípulos de tu clan y quienes cosieron sus piernas a otro cuerpo que luego enterraron en las paredes de la fortaleza… son los mismos?

Tanto ahora como en el pasado, en su cabeza siempre se refería a Lan Wangji por su nombre de nacimiento, Lan Zhan. Sin embargo, de un tiempo a esta parte había cogido la costumbre de llamarlo por su ilustre sobrenombre. Dirigirse a él de aquella manera tan exageradamente seria tenía un punto ridículo que lo divertía sobremanera. Por eso, siempre que estaban en público, lo llamaba así, mitad en serio mitad en broma.

—No. Son grupos diferentes —respondió Lan Wangji.

—Somos del mismo parecer —dijo Wei Wuxian—. Está claro que quienquiera que se tomara la molestia de coser las piernas en otro cadáver que luego enterró no deseaba que fueran encontradas. Y quien usó el brazo para atacar al clan Lan de Gusu sabía que atraería la atención y daría lugar a investigaciones. Unos hacen todo lo posible por ocultarse, mientras que los otros quieren ser descubiertos. No pueden ser los mismos.

Había dicho todo lo que había que decir al respecto, así que Lan Wangji no tuvo más que agregar y se limitó a asentir con un «hm».

Wei Wuxian volvió a darse la vuelta y, sin dejar de caminar, añadió:

—Los que enterraron las piernas sabían de la existencia de la cripta de los sables del clan Nie, y los que liberaron al brazo conocían nuestros movimientos. Esto se está poniendo cada vez más misterioso.

—Paciencia.

—¿Cómo me reconociste?

—Piensa.

Wei Wuxian había querido aprovechar que estaban intercambiando preguntas y respuestas a gran velocidad para intentar coger desprevenido a Lan Wangji y sacarle la respuesta, pero había fracasado. Sin embargo, no se desanimó y rápidamente cambió de tema.

—Nunca había estado en Yueyang. Siempre soy yo el que pregunta a la gente, déjame descansar un poco y haz tú las averiguaciones. ¿Te parece bien, estimado Hanguang-jun?

Lan Wangji se desvió inmediatamente.

—¡Espera! —lo llamó Wei Wuxian—. ¿Adónde vas?

Lan Wangji se giró.

—A preguntar al clan cultivacional local.

Wei Wuxian le agarró la borla de la espada para retenerlo.

—¿Para qué? Este es su territorio. Aunque sepan algo, no te lo van a contar. O bien porque son incapaces de resolver el problema y les avergüenza reconocerlo, o bien porque quieren ocuparse sin interferencias. Estimado Hanguang-jun, no te lo tomes a mal, ¡pero qué suerte tienes de contar conmigo! Haciendo eso que te proponías, no íbamos a conseguir averiguar nada.

Sus palabras habían sido un poco demasiado francas, pero en la mirada de Lan Wangji no había otra cosa más que agrado.

Una vez más, le contestó con un simple «hm».

Wei Wuxian se echó a reír.

—¿Cómo que «hm»? ¿Cómo puedes responder «hm» a todo?

Interiormente estaba encantado de tener la oportunidad de burlarse de él un poco: «Solo sabe decir “hm”. ¡Sigue siendo el Lan Wangji retraído de siempre!».

—¿Adónde quieres que vayamos a preguntar entonces? —preguntó Lan Wangji.

Wei Wuxian señaló en una dirección.

—¡Allí, por supuesto!

Había señalado una ancha avenida repleta de letreros de todos los tamaños y con llamativas banderas de paño rojo que ondeaban al viento: una zona de tabernas. Todos los locales tenían las puertas abiertas de par en par y exponían orondas tinajas negras tanto en la calle como en su interior. Mozos con bandejas de cuencos de licor iban de aquí para allá tratando de captar clientes entre los transeúntes.

El fuerte olor a alcohol que emanaba de aquella avenida hizo que Wei Wuxian aminorase la marcha. Cuando llegaron a la entrada, se detuvo por completo y tuvo que tirar fuertemente de Lan Wangji para que no pasara de largo. Luego le dijo muy serio:

—Los mozos de estos establecimientos suelen ser jóvenes espabilados y dicharacheros. Como atienden a tantos clientes a diario, seguro que están al corriente de todo lo que pasa y no hay fenómeno extraño que escape a su conocimiento.

Lan Wangji volvió a decir «hm», pero su cara decía más bien: «Tú lo que quieres es echar un trago».

Wei Wuxian fingió no comprender aquella expresión y, sin soltar la borla de la espada de Lan Wangji, entró en la avenida con ojos de felicidad. Inmediatamente, cinco o seis mozos de distintos locales lo rodearon, cada cual más entusiasta que el anterior.

—¿Le apetece probar el famoso licor de la familia He?

—¡Pruebe este, señor! No tiene que pagarlo. Si es de su agrado, hónrenos con su visita.

—¡Nuestro licor tiene un aroma muy sutil, pero espere a probarlo!

—¡Si aún se tiene en pie después de beberse este, estoy dispuesto a cambiarme el apellido por el suyo!

Al escuchar eso último, Wei Wuxian no pudo evitar responder:

—¡Trato hecho!

Agarró el cuenco que el mozo sostenía en la mano y se lo bebió de un trago. Luego le dedicó una amplia sonrisa y le mostró el cuenco vacío.

—¿Va a tomar mi apellido?

Lejos de amilanarse, el camarero levantó la cabeza y dijo con desparpajo:

—¡Me refería a beberse una tinaja entera!

—Entonces póngame… tres —replicó Wei Wuxian.

Exultante, el mozo se apresuró a conducirlo a su taberna. Wei Wuxian se volvió hacia Lan Wangji.

—Es un intercambio —le dijo—. Antes de interrogarlo, tenemos que hacer gasto, así luego se le soltará más la lengua.

Lan Wangji pagó y entraron en el establecimiento. El interior estaba lleno de mesas y taburetes donde los clientes departían animadamente. Uno de los camareros quedó tan fascinado por el porte divino de Lan Wangji que se afanó en limpiar su mesa y sus taburetes con ahínco y no les permitió sentarse hasta que los dejó relucientes. Con dos tinajas a los pies y una tercera en la mano, Wei Wuxian entabló una animada conversación con él. Al rato le preguntó si había habido algún suceso extraño por la zona.

El camarero, que era muy hablador, se frotó las manos y preguntó:

—¿Qué entiende por suceso extraño?

—Casas embrujadas, tumbas abandonadas, cadáveres descuartizados… cosas así.

Los ojos del camarero no dejaban de pasar del uno al otro.

—Ya veo… ¿Cuál es su profesión? La de usted y la de su acompañante.

—Yo creo que ya la ha adivinado —respondió Wei Wuxian.

—Pues sí —dijo satisfecho el camarero—. Resulta bastante fácil. Tienen aspecto de ser cultivadores eminentes, de esos que son capaces de volar por las nubes y todas esas cosas. Especialmente el caballero que tiene a su lado. Es muy poco habitual ver a un hombre tan… tan…

Wei Wuxian sonrió.

—Tan hermoso.

El camarero se echó a reír.

—Dicho por usted, seguro que al señor no le resulta agradable. ¿Un suceso extraño decía? Lo ha habido. Pero no recientemente, fue hace unos diez años. Si caminan en esa dirección y salen de la ciudad, al cabo de unos dos o tres lis llegarán a una imponente mansión. No sé si la placa seguirá colgada o no, pero es la residencia del clan Chang.

—¿Y qué pasa con la residencia? —preguntó Wei Wuxian.

—¡Que mataron a todos los que vivían dentro! —dijo el camarero—. Me ha preguntado por sucesos extraños, así que he escogido el más extraño de todos. Murió la familia entera. ¡Según cuentan, de puro terror!

Al escuchar aquello, Lan Wangji se quedó pensativo. Parecía como si hubiera recordado algo de pronto. Wei Wuxian no se percató y siguió preguntando:

—¿Acaso no hay clanes cultivacionales en esta región?

Si había sido capaz de matar de miedo a una familia entera, debía de tratarse de un espíritu maligno formidablemente amenazador. No todos los clanes tenían las mismas dificultades inconfesables que el clan Nie de Qinghe, lo normal era que no tolerasen la presencia de tales seres en su territorio.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo no iba a haberlos? —contestó el camarero.

—¿Y cómo lidiaron con la situación?

—¿Lidiar con la situación? —El camarero se echó el trapo al hombro y se sentó con ellos, listo para asestar el golpe de efecto que venía reservándose —. ¿Es que no conoce el apellido del clan cultivacional de Yueyang? Era Chang. ¡La familia que murió eran ellos! ¿Cómo iban a lidiar con nada si estaban todos muertos?

¡El clan exterminado pertenecía al mundo de la cultivación!

Wei Wuxian nunca había oído hablar del clan Chang de Yueyang, así que no debía de haber sido una familia de mucho renombre. Aun así, el exterminio de un clan entero era un asunto muy grave. Se apresuró a preguntar:

—¿Cómo los exterminaron?

El camarero le respondió:

—Solo sé lo que me han contado. Una noche, de pronto, empezaron a aporrear la puerta de la mansión. El sonido venía de dentro.

—¿De dentro?

—¡Sí! Los golpes eran tan desesperados que hacían que todo temblara. Por los gritos y los llantos que llegaban del patio, parecía que se hubieran

quedado encerrados. Pero es muy raro, porque la puerta se atrancaba por dentro… Si tan desesperados estaban por salir, ¿por qué no la abrían? Por mucho que la aporrearan, la gente de fuera poco podía hacer… Además, si usar la puerta no era una opción, ¿por qué no saltaban la tapia?

»La gente de fuera no sabía qué hacer. Los Chang eran cultivadores. Su líder, creo que se llamaba Chang Ping, tenía una espada voladora e iba subido en ella a todas partes. Si realmente estaba pasando algo ahí dentro que la familia no era capaz de controlar, ¿qué persona normal en su sano juicio iba a atreverse a acudir en su ayuda? Por eso nadie arrimó una escalera para asomarse ni trató de saltar el muro.

»Conforme avanzaba la noche, la conmoción fue decayendo. Al día siguiente, la puerta de la mansión amaneció abierta. Y todos sus moradores, una docena de señores y medio centenar de sirvientes, unos sentados, otros tumbados, estaban muertos de miedo y con espumarajos en la boca.

En ese momento el dueño de la taberna se dio la vuelta y gritó:

—¡Yo sí que te voy a matar! ¿Qué haces chismorreando con el trabajo que tienes?

Wei Wuxian le dijo:

—¡Cinco tinajas más!

Lan Wangji le dio el dinero de diez, con lo que la cara del tabernero se iluminó.

—¡Hazles compañía a estos señores y no te me muevas! —ordenó sonriente.

—Continúe —lo conminó Wei Wuxian.

Ya sin miedo a ser interrumpido, el camarero se entregó a relatar su historia con todo el dramatismo que merecía:

—Desde entonces, durante mucho tiempo, cada vez que alguien pasaba por la mansión Chang de noche, oía golpes aporreando la puerta. Piénselo por un momento: gente como ellos, acostumbrados a cultivar y a volar sobre las nubes, debía de haber visto infinidad de monstruos y fantasmas… y, aun así, murieron de miedo. ¿Cómo de aterrador debía de ser lo que vieron? ¡Incluso después de enterrados, aporreaban los ataúdes! Chang Ping, el líder del clan, se libró de morir porque estaba de viaje…

—¿No decía que habían muerto todos? —preguntó Wei Wuxian.

El camarero asintió.

—No tenga tanta prisa, ahora iba con ello. Están todos muertos. Como decía, el tal Chang Ping se libró, pero solo temporalmente. Al cabo de pocos años, apareció muerto también. Y pereció de la forma más horripilante: ¡le dieron la muerte de los mil cortes! Supongo que no hace falta que le explique en qué consiste, ¿no? Se coge un cuchillo o una espada y se van cortando pedacitos de carne, uno a uno, hasta que solo queda el esqueleto.

Wei Wuxian sabía perfectamente cómo se administraba aquel suplicio. Si alguna vez hubiera que escribir un libro titulado *Mil formas crueles de matar,* probablemente no habría nadie más cualificado que él para hacerlo.

—Entiendo, entiendo —dijo, levantando la mano—. Pero, entonces, ¿se sabe por qué la familia Chang fue aniquilada?

—Dicen que fue una encerrona de otra secta de cultivadores. ¿Qué duda cabe? Si no, no se explica que ni una sola persona de un grupo tan numeroso, cultivadores además, fuera capaz de escapar. Alguien o algo terrible los atrapó.

El dueño de la taberna les llevó un cuenco de cacahuetes y otro de pipas de calabaza para amenizar el ambiente. Wei Wuxian asintió en señal de agradecimiento y empezó a comer pipas mientras seguía preguntando.

—¿Ha averiguado quién o qué fue el responsable?

El camarero se rio.

—Lo dice en broma, ¿no? ¿Qué sabrá una persona normal y corriente como yo, centrada en ganarse la vida como puede, de lo que hagan unos señores que se pasan el día volando por los aires? Ustedes, que son del gremio, deberían saber más que yo. Yo solo he oído rumores que dicen que ofendieron a quien no debían. En cualquier caso, desde entonces los seres malignos campan a sus anchas por esta zona porque ya no tenemos a nadie que los mantenga a raya.

—¿Ofendieron a quien no debían? —repitió Wei Wuxian.

—Exactamente —dijo el camarero al tiempo que se metía dos cacahuetes en la boca—. Los odios y enemistades entre clanes y sectas y todo eso son

tan complicados… Yo me imagino que sí, que el clan Chang fue víctima de algún otro grupo de cultivadores. No es raro que se maten y se roben los tesoros entre ustedes, ¿verdad? Al menos eso es lo que dicen los cuentacuentos. Y las leyendas y las novelas. No sé qué cultivadores serían exactamente, pero parece que estaban relacionados con un famoso malhechor.

Sonriendo mientras se llevaba el cuenco de licor a la boca, Wei Wuxian dijo:

—Supongo que no sabrá el nombre de ese famoso malhechor…

—Ahí se equivoca —respondió risueño el camarero—. Creo que se llamaba algo así como el pazguato… No, el… patriarca. ¡El patriarca de Yiling!

Wei Wuxian se atragantó e hizo pequeñas burbujas en el cuenco.

¡Otra vez él!

—¡Sí, eso! —dijo con convicción el camarero—. Se apellidaba Wei… Wei Wuqian [36] . ¡Siempre que alguien lo menciona, o es con ira o es con miedo!

Wei Wuxian no sabía qué decir.

Después de un rato hurgando en su memoria, pudo confirmar dos cosas: en primer lugar, él nunca había estado en Yueyang; en segundo lugar, ninguna de las personas a las que había matado había sido torturada con aquel método. Se trataba de un nuevo infundio. Giró la cabeza para ver qué cara ponía Lan Wangji.

Aquel, que llevaba tiempo esperando a que lo mirara, dijo:

—Vámonos.

Wei Wuxian comprendió al momento que Lan Wangji tenía algo que decirle sobre el tema, pero que no podía hacerlo delante de tanta gente. Así pues, se levantó.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡La cuenta, por f…! Ah, no, que ya está pagada. Guárdenos el licor que hemos comprado, más tarde volveremos para terminárnoslo.

Entonces, medio en broma, añadió:

—¡Ni se le ocurra bebérselo!

El camarero, que ya se había pulido más de la mitad de los cacahuetes del cuenco, protestó enérgicamente:

—¡Jamás! Somos una taberna honesta. Dejen las tinajas a mi cuidado, les prometo que seguirán esperándolos aquí cuando vuelvan. Piensan ir a la residencia de los Chang, ¿verdad? ¡Increíble! Yo soy de por aquí y nunca he estado, solo me he atrevido a echar algún que otro vistazo de lejos. Pero ustedes van a entrar, ¿a que sí? ¿Qué se traen entre manos?

—También queremos echar un vistazo desde lejos —dijo Wei Wuxian.

El camarero era muy extrovertido y enseguida tomaba confianza con la gente. Después de aquel rato charlando, ya no veía a Wei Wuxian como un extraño, así que le pasó el brazo por encima de los hombros y le preguntó:

—¿Es muy difícil su trabajo? ¿Se gana mucho dinero? ¡Seguro que sí! No hay más que ver cómo visten. Dígame una cosa, ¿es difícil empezar? A mí me…

De repente, detuvo su verborrea. Mirando con recelo hacia un lado, preguntó en voz baja:

—Oiga, ¿por qué me ha mirado así su compañero?

Cuando Wei Wuxian siguió su mirada, solo atinó a ver que Lan Wangji giraba la cabeza, se levantaba y salía de la taberna.

—¿Quién, él? Se crio en una familia muy estricta y no soporta ver a nadie confraternizando con sus amigos… ¿A que es raro?

—Pues sí —siguió susurrando el camarero mientras apartaba el brazo de sus hombros—. Por cómo me ha mirado, cualquiera diría que estaba confraternizando con su esposa…

Por bajo que susurrara, con el oído tan fino que tenía Lan Wangji, era imposible que no hubiera captado el comentario. Imaginando cómo debía de haberle sentado, Wei Wuxian tuvo que hacer tal esfuerzo para contener la risa que estuvo a punto de hacerse daño. Luego se volvió hacia el camarero y le dijo:

—Ah, por cierto. Me he terminado una tinaja.

—¿Eh? —preguntó el camarero, confundido.

Wei Wuxian se señaló a sí mismo.

—Sigo en pie.

El camarero recordó al fin sus propias palabras: «¡Si aún se tiene en pie después de beberse este, estoy dispuesto a cambiarme el apellido por el suyo!».

—Oh… ¡Oooh! ¡Pues es… toda una hazaña! Pensará que exagero, pero es la primera vez que veo a alguien terminarse una tinaja sin que la lengua se le trabe. Dígame, ¿cuál es su apellido?

—Es…

Wei Wuxian recordó que el camarero acababa de mencionar a un «Wei Wuqian». Luego sonrió y dijo:

—Lan.

El camarero, sin ninguna clase de vergüenza, anunció en voz alta:

—¡De acuerdo! ¡A partir de hoy, me apellidaré Lan!

Debajo de la bandera de paño rojo de la taberna, Lan Wangji pareció dar un traspiés. Riendo con maldad, Wei Wuxian se le acercó con las manos a la espalda; le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Gracias por pagar la cuenta, Hanguang-jun. He conseguido que el camarero adopte tu apellido.

Salieron de la ciudad en la dirección que les había indicado el camarero. A medida que disminuía el número de transeúntes, aumentaba el de árboles.

—¿Por qué no me has dejado seguir interrogándolo? —preguntó Wei Wuxian.

—De repente me he acordado de lo que se cuenta sobre el caso del clan Chang de Yueyang. No hacía falta preguntar más —respondió Lan Wangji.

—Antes de que me lo cuentes, aclárame una cosa: ¿el exterminio de la familia Chang fue cosa mía?

Dejando de lado el hecho de que habían pasado diez años, de que cuando los hechos sucedieron, él ya estaba muerto y de que no había habido alma más pacífica que la suya, era imposible que hubiera aniquilado a toda una familia y no lo recordara.

Lan Wangji contestó:

—No.

—Ya veo.

Por un momento, Wei Wuxian había tenido la sensación de haber regresado a cierto período de su vida anterior en el que era odiado y vilipendiado por todos y llevaba peor vida que una rata. Lo acusaban de todas las desgracias que ocurrían. Incluso si el nieto del vecino estaba famélico era sin duda porque las historias sobre el patriarca de Yiling y su general fantasma le habían quitado el apetito.

Pero entonces Lan Wangji añadió:

—Tú no los mataste, pero tiene que ver contigo.

—¿Cuál es la conexión? —preguntó Wei Wuxian.

—Hay dos: en primer lugar, una de las personas implicadas en el asunto guarda relación con tu madre.

Wei Wuxian se detuvo. No sabía qué sentir ni qué cara poner.

—¿Mi madre…? —preguntó, titubeante.

Wei Wuxian era hijo de un sirviente del clan Jiang de Yunmeng llamado Wei Changze y una cultivadora errante cuyo sobrenombre era Cangse-sanren. Tanto Jiang Fengmian como su esposa, Yu Ziyuan, los habían conocido bien a ambos, pero el primero nunca los nombraba y la segunda apenas hablaba con él; de hecho, con que no lo fustigara a latigazos y le mandara arrodillarse en el salón ancestral familiar para mantenerlo alejado de Jiang Cheng, él ya podía darse por satisfecho. Así pues, la mayoría de las historias que Wei Wuxian había oído sobre sus padres le habían llegado de boca de terceros. No sabía mucho más de ellos que el resto de la gente.

Lan Wangji también se detuvo. Se giró para mirarlo y le dijo:

—¿Te suena de algo el nombre de Xiao Xingchen?

Wei Wuxian lo pensó por un momento. Luego respondió:

—No, de nada.

—Tampoco es de extrañar —dijo Lan Wangji—. Abandonó la montaña en la que vivía y se hizo famoso hace exactamente doce años. Hoy ya nadie habla de él.

Aquello había sido un año después del asedio a la colina de las fosas. No habían coincidido por poco.

—¿En qué montaña vivía, quién era su maestro? —preguntó Wei Wuxian.

—Nadie sabe qué montaña era. Estudió los misterios del Tao bajo la tutela de Baoshan-sanren —dijo Lan Wangji.

Wei Wuxian comprendió al fin por qué Lan Wangji había dicho que aquel hombre estaba relacionado con su madre.

—Entonces este Xiao Xingchen viene a ser mi tío cultivacional.

Cangse-sanren, la madre de Wei Wuxian, también había sido discípula de Baoshan-sanren. Eso la convertía en hermana cultivacional de Xiao Xingchen.

Baoshan-sanren era una taoísta ermitaña que vivía aislada del mundo. Pertenecía a la misma generación que Wen Mao y Lan An, pero, si bien ellos habían desaparecido hacía ya mucho, corría el rumor de que ella seguía en este mundo. De ser verdad, debía de tener varios cientos de años y un altísimo nivel de cultivación. A partir del precedente establecido por Wen Mao en su día, el mundo de la cultivación asistió al declive de las sectas y el florecimiento de los clanes. Las comunidades de cultivadores unidos por vínculos de sangre se multiplicaron como el bambú en primavera, cualquier cultivador con un mínimo de renombre fundaba una; ella, en cambio, escogió el retiro. Su nombre taoísta, Baoshan, significaba «la que abrazó la montaña», pero nadie sabía qué montaña. Y era comprensible: si la gente hubiera sabido dónde encontrarla, el suyo no habría sido un verdadero retiro.

Que viviera recluida en una montaña mística de nombre desconocido no significaba que viviera sola. Tenía por costumbre acoger a huérfanos desamparados que luego pasaban a ser sus discípulos. Todos debían hacer un triple juramento: dedicar su vida a la cultivación, no abandonar nunca la montaña y no entablar contacto con el mundo seglar. Hacer cualquiera de esas tres cosas suponía el destierro inmediato. No se les permitiría regresar bajo ninguna circunstancia, tendrían que arreglárselas solos para sobrevivir y el vínculo con su maestra quedaría disuelto.

La gente alababa a Baoshan-sanren por su sabiduría y su presciencia, y

establecer esta norma no hizo más que confirmarlas. Al cabo de los siglos, solo tres de sus discípulos habían abandonado la montaña: Yanling-daoren, Cangse-sanren y Xiao Xingchen; y ninguno de los tres tuvo un buen final.

Wei Wuxian conocía el destino sufrido por los dos primeros desde que era niño, así que no tenía necesidad de volver a escuchar su historia. Así pues, Lan Wangji le habló del último discípulo, el hermano cultivacional de su madre.

Xiao Xingchen tenía apenas diecisiete años cuando bajó de su montaña. Lan Wangji no llegó a conocerlo, pero había oído hablar mucho de él.

Apenas habían pasado unos pocos años desde el final de la campaña de derribo del sol y el asedio a la colina de las fosas de Yiling acababa de terminar. Los grandes clanes dominaban y estaban reclutando jóvenes talentos por todas partes. Xiao Xingchen había abandonado su montaña porque quería salvar el mundo. Era muy habilidoso y había sido entrenado por una excelente maestra. En su primera cacería nocturna logró hacerse con la victoria sin más equipamiento que una espada larga y un mosquero [37] .

Admirados por el talento y el carácter de aquel joven taoísta, los clanes le extendieron docenas de invitaciones. Sin embargo, él las declinó todas alegando que no deseaba afiliarse a ningún clan. Su intención era crear junto con un buen amigo suyo una secta completamente nueva que no diera importancia a los lazos de sangre.

Tenía un carácter muy suave, pero su voluntad era de hierro: gentil por fuera, resuelto por dentro e incorruptible. Cada vez que surgían problemas, la gente corría a pedirle ayuda. Y él siempre la prestaba, con lo que se lo tenía en gran estima.

El exterminio del clan Chang de Yueyang ocurrió justo por aquel entonces.

Un día su líder, Chang Ping, salió de cacería nocturna con varios miembros más de la familia. Al cabo de dos semanas recibió noticia de la matanza y se apresuró a volver. Pasado el período de luto, llevó a cabo una investigación y descubrió que alguien había roto el hechizo protector de su mansión y había metido una auténtica horda de espíritus malignos. Más allá de eso, el resto seguía siendo un misterio.

La tragedia de un clan tan pequeño no debería haber despertado un gran interés. Sin embargo, aquel era un momento especial: no solo la campaña de derribo del sol quedaba ya muy atrás, sino que el asedio a la colina de las fosas había concluido también. El mundo de la cultivación vivía una época bastante pacífica. Así pues, este repentino suceso causó una gran conmoción. Hubo agoreros que difundieron el rumor de que el patriarca de Yiling había vuelto a la vida y se estaba cobrando venganza; sin embargo, nunca se encontraron pruebas que respaldaran tales afirmaciones. Tampoco hubo forma de atrapar al culpable. Por supuesto, Xiao Xingchen no se quedó de brazos cruzados. Se hizo cargo del caso y se dispuso a esclarecer la verdad para Chang Ping.

Al cabo de un mes, encontró por fin al culpable de la masacre.

El nombre del asesino era Xue Yang.

Xue Yang era aún más joven que Xiao Xingchen, apenas un adolescente, pero, a pesar de su corta edad, estaba plagado de malicia. A sus quince años ya era conocido en toda la prefectura de Kui por su sonrisa de suficiencia, sus métodos sanguinarios y su carácter cruel. La mera mención de su nombre conseguía que la gente palideciera. Se había criado en las calles y parecía albergar algún tipo de rencor hacia el padre de Chang Ping desde hacía años. Fue la venganza, entre otras razones, lo que lo llevó a cometer aquel violento crimen.

En cuanto Xiao Xingchen descubrió la verdad, cruzó tres provincias y apresó a Xue Yang, que seguía campando a sus anchas. Aprovechando que el clan Jin de Lanling estaba celebrando un simposio en su residencia de la torre de la Carpa Dorada, llevó a Xue Yang ante la multitud, expuso públicamente y con todo lujo de detalles lo que había hecho y exigió severidad en su castigo.

Xiao Xingchen aportó pruebas tan claras que convenció a la mayoría de los clanes. Solo uno se opuso con vehemencia: el clan Jin de Lanling.

—Obstinarse contra la evidencia es una falta imperdonable a ojos del cielo —dijo Wei Wuxian—. ¿Contaba Xue Yang con el favor de Jin Guangshan por algún motivo?

—Era un cultivador invitado —dijo Lan Wangji.

—¿Invitado? Para entonces el clan Jin ya era uno de los cuatro grandes clanes, ¿no? ¿Por qué habían invitado a un delincuente?

—Por la segunda conexión contigo. —Lan Wangji lo miró a los ojos y dijo lentamente—: El amuleto del Tigre Estigio.

El corazón de Wei Wuxian empezó a palpitar de forma desaforada.

Aquel amuleto no le era en absoluto desconocido. Todo lo contrario: nadie lo conocía mejor que él.

De todas las armas espirituales que Wei Wuxian refinó en su vida anterior, el amuleto del Tigre Estigio era la más aterradora de todas y también la más codiciada.

Funcionaba de manera similar a las téseras con forma de tigre [38] que conferían autoridad para comandar tropas: cualquiera que lo poseyera era capaz de someter a cadáveres, fantasmas y espíritus asesinos a su voluntad y hacer que obedecieran todas sus órdenes.

Wei Wuxian lo creó sin pensarlo mucho. Controlar a los cadáveres y los espíritus con la mente podía ser agotador, así que un día, acordándose de una rara esencia de hierro que había encontrado por casualidad en el vientre de una bestia prodigiosa, la refinó, la fundió y la forjó en forma de amuleto.

Solo tuvo que usarlo una vez para darse cuenta de lo peligroso que era.

Los poderes del amuleto del Tigre Estigio eran mucho mayores de lo que había previsto. Su intención inicial había sido usarlo como un simple suplemento, pero resultó tan terriblemente poderoso que era capaz de llegar a abrumarlo incluso a él, su propio creador. Además, no lo obedecía: serviría a cualquiera que lo tuviera en las manos, fuera bueno o malo, amigo o enemigo.

Había traído un desastre al mundo. Naturalmente, pensó en destruirlo, pero, después de [illegible] había costado [illegible] la tarea iba a ser tanto o más difícil, [illegible] todo su tiempo y energía. Asimismo, empezaba a sospechar que se encontraba en una situación delicada y el mundo estaba a punto de volverse en su contra. El [illegible] tenía un inmenso poder disuasorio; nadie se atrevería a actuar con él mientras lo poseyera, así que decidió conservarlo por el momento. Sin embargo, tuvo la precaución de dividirlo en dos partes de manera que sólo funcionara cuando

ambas estuvieran unidas. Eso aseguraba que no lo usaría de forma precipitada.

Solo recurrió a él en dos ocasiones, y en ambas corrieron ríos de sangre. La primera vez fue durante la campaña de derribo del sol. Después de la segunda, tomó la decisión de deshacerse de él y fue capaz de destruir una mitad. Sin embargo, antes de que pudiera destrozar del todo la otra, comenzó el asedio a la colina de las fosas.

Lo que ocurrió a partir de entonces escapaba a su control.

Sin embargo, estaba en condiciones de afirmar esto sobre su creación: por muchos inciensos y postraciones que le dedicara el clan que se hiciera con ella, seguro que no consiguió nada. La mitad que le había quedado por destruir ya no era más que un trozo de hierro inútil.

Entonces Lan Wangji le reveló algo impactante: ¡el tal Xue Yang había sido capaz de recomponer el amuleto entero a partir de aquella mitad!

Xue Yang era entonces muy joven, pero también excepcionalmente inteligente, además de un hereje extremadamente perverso. El clan Jin de Lanling se enteró de que había recreado una burda versión del amuleto a partir de la mitad restante. A pesar de que aquel duplicado no podía usarse muy seguido y era menos poderoso que el original, ya era capaz de producir resultados aterradores.

Wei Wuxian comprendió al fin lo que había ocurrido.

—El clan Jin necesitaba que Xue Yang siguiera ayudándolos a restaurar el amuleto del Tigre Estigio, por eso lo protegían.

Tal vez el exterminio del clan Chang no había sido una mera venganza. Tal vez Xue Yang había aprovechado la ocasión para probar el poder del amuleto restaurado.

Era lógico que la gente relacionara a Wei Wuxian con aquel caso. Casi podía imaginar a los cultivadores apretando los dientes y pensando: «¡Maldito Wei Wuxian! ¡Si no hubiera creado esa cosa, no habría tantas desgracias en el mundo!».

La conversación volvió a centrarse en los hechos acontecidos en la torre de la Carpa Dorada.

El clan Jin insistía en proteger a Xue Yang y Xiao Xingchen seguía

empeñado en que lo castigaran; ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder. Siguieron así hasta que Nie Mingjue, ausente en aquel simposio, fue alertado de lo que ocurría y se presentó en la torre de la Carpa Dorada.

Nie Mingjue era más joven que Jin Guangshan, pero tenía un carácter muy estricto y no estuvo dispuesto a transigir. Reconvino a Jin Guangshan de forma tan vehemente que lo dejó mudo. Entonces, encendido, desenvainó su sable dispuesto a ejecutar a Xue Yang allí mismo. Su hermano de juramento Jin Guangyao se interpuso tratando de mediar, pero él le ordenó que se apartara con tal fiereza que este corrió a esconderse detrás de Lan Xichen y ya no se atrevió a decir una sola palabra más.

Al final el clan Jin se vio obligado a ceder.

Desde el mismo momento en que Xiao Xingchen lo apresó y se lo llevó a la torre de la Carpa Dorada, Xue Yang había exhibido la tranquilidad de quien se sabe respaldado. No había dejado de sonreír ni siquiera en el momento en el que había tenido al sable de Nie Mingjue presionándole el cuello.

Antes de que se lo llevaran, se dirigió a Xiao Xingchen para decirle con voz suave:

—Taoísta, acuérdate bien de mí. Espera y verás.

Llegado a este punto del relato, Wei Wuxian supo que aquel «espera y verás» había sido la promesa de que Xiao Xingchen pagaría un precio tremendamente doloroso.

Fiel a su reputación, el clan Jin tuvo la desvergüenza de incumplir su palabra. A pesar de haber prometido delante de todos los clanes que se ocuparían de Xue Yang, en cuanto Nie Mingjue se fue de la torre de la Carpa Dorada, se apresuraron a encerrar al criminal en las mazmorras y cambiaron su condena por la de reclusión perpetua. Cuando Nie Mingjue se enteró, se puso furioso y volvió a ejercer presión, pero el clan Jin no dejó de darle largas y ponerle excusas para no entregarle a Xue Yang. Los demás clanes se limitaban a observar el espectáculo sin mover un dedo.

Poco después, la cultivación de Nie Mingjue se desvió y murió poseído por el mal. Había progresado a mayor velocidad que cualquiera de los anteriores líderes de su clan, pero también había muerto antes que ninguno.

La desaparición del hombre que más resistencia oponía a sus planes hizo que el clan Jin perdiera los pocos escrúpulos que le quedaban. Cada vez se les ocurrían ideas más perversas. Jin Guangshan empezó a buscar la manera de sacar a Xue Yang de prisión para que pudiera seguir reparando el amuleto del Tigre Estigio e investigando sus secretos.

Sin embargo, se trataba de un asunto delicado. Liberar a un criminal responsable del exterminio de todo un clan requería una razón de peso.

Así que dirigieron su atención hacia Chang Ping.

Lo amenazaron, lo coaccionaron y lo acosaron hasta que consiguieron que se retractara de sus acusaciones y declarase públicamente que la matanza de la mansión Chang no había tenido nada que ver con Xue Yang.

En cuanto tuvo noticia de ello, Xiao Xingchen corrió a hacerle una visita y le pidió explicaciones, pero él, resignado, le dijo:

—¿Qué otra cosa podía hacer? O hacía lo que me pedían o me arriesgaba a perder lo que queda de mi familia. Se lo agradezco mucho, taoísta, pero… ¡no siga ayudándome, por favor! Si insiste en hacerlo, me estará perjudicando. No quiero que el clan Chang de Yueyang se extinga aún.

Xue Yang fue liberado poco después. Y no tardó en volver a las andadas.

Wei Wuxian se sumió en un profundo silencio.

Si él hubiera estado en el lugar de Chang Ping, le habría dado igual lo poderoso que fuera el clan Jin y lo que le hubieran dicho para coaccionarlo; no habría cedido bajo ninguna circunstancia. En lugar de eso, se habría colado de noche en sus mazmorras y habría descuartizado vivo a Xue Yang. Luego habría invocado su espíritu y habría vuelto a empezar una y otra vez hasta que se arrepintiera de haber nacido.

Sin embargo, no todo el mundo era tan vengativo como él. El clan Chang aún no se había extinguido del todo y el propio Chang Ping seguía siendo joven, aún podía encontrar esposa y tener hijos. También acababa de iniciar su andadura como cultivador. Tanto el bienestar de los miembros restantes de su clan como su propio futuro como cultivador eran razones de peso para que sopesara cuidadosamente sus opciones.

Wei Wuxian no era Chang Ping. No podía indignarse en su nombre, ni ayudarlo a superar el miedo, ni soportar aquella tortura física y mental.

Después de ser liberado, Xue Yang cometió otro acto de venganza, esta vez contra Xiao Xingchen. Pero no sobre su persona.

Xiao Xingchen no tenía familia, solo un buen amigo al que había conocido después de bajar de la montaña. Se llamaba Song Lan y también era un taoísta muy conocido en la época, un hombre de intachable conducta y probada reputación. Los dos querían fundar juntos una secta cultivacional en la que los ideales comunes primaran sobre el linaje. Su afinidad era tal que podía decirse que eran almas gemelas. La gente de la época los describía con estas palabras:

Xiao Xingchen, compañero de la luna y la brisa;

Song Zichen [39] *, desafiador de la nieve y la escarcha.*

Xue Yang decidió atacar esa amistad. Recurrió a sus viejos métodos para arrasar el templo de la Nieve Blanca, que era el lugar donde Song Lan había crecido y estudiado. Además de eso, urdió y llevó a cabo un plan para cegar a Song Lan con polvos cáusticos.

Para entonces ya tenía experiencia en exterminios, así que fue excepcionalmente eficiente en sus acciones y no dejó una sola huella. Todo el mundo sabía que él había sido el responsable, pero ¿qué podían hacer? No había pruebas para incriminarlo. Por si eso fuera poco, Jin Guangshan lo protegía y el iracundo Nie Mingjue había muerto. No quedaba nadie que pudiera hacer nada contra él.

Wei Wuxian encontró eso un tanto extraño. A pesar de su calma apariencia, Lan Wangji aborrecía el mal con tanto ímpetu como el hermano de Nie Huaisang. En su día había criticado abiertamente todas las transgresiones del clan Jin e incluso ahora asistía a muy pocos de sus simposios porque no podía encontrar nada bueno en ellos. Dos crueles masacres seguidas en el plazo de un año tuvieron que llamar mucho la atención en la época, no le cabía en la cabeza que Lan Wangji se quedara de brazos cruzados sin hacer nada. ¿Por qué no fue en busca de Xue Yang para darle su merecido?

Justo cuando iba a preguntárselo, recordó los latigazos de su espalda.

Un solo latigazo disciplinario podía ser letal. Si Lan Wangji había cometido un error tan grande como para recibir una treintena, sin duda

también tuvieron que prohibirle salir durante unos cuantos años. Era probable que las masacres hubieran tenido lugar durante su período de castigo. Por eso antes había dicho que se acordaba de lo que se contaba.

Por algún extraño motivo, las heridas molestaban a Wei Wuxian. Sin embargo, no podía preguntarle directamente a Lan Wangji sobre ellas, así que por el momento no tuvo más remedio que reprimir ese sentimiento. En lugar de eso, preguntó:

—¿Qué fue de Xiao Xingchen después de aquello?

Los hechos que siguieron solo podían ser trágicos. Cuando Xiao Xingchen abandonó la montaña, había tenido que despedirse de su maestra para siempre y jurar que no volvería jamás. Él era un hombre de palabra, pero Song Lan no solo estaba ciego, sino también herido de gravedad, así que rompió su juramento: cargó con Song Lan, lo llevó ante su antigua maestra y le rogó a esta que lo salvara.

Por respeto a su pasada relación, Baoshan-sanren accedió. Entonces Xiao Xingchen abandonó la montaña de nuevo y desapareció sin dejar rastro.

Un año después, Song Lan abandonó la montaña también. Para sorpresa de todos, sus ojos volvían a ser capaces de ver la luz del día. Sin embargo, no se debía a las extraordinarias habilidades curativas de Baoshan-sanren, sino a la generosidad de Xiao Xingchen: se había sacado los ojos para dárselos como disculpa por haberlo involucrado en aquella situación.

Song Lan ardía en deseos de vengarse de Xue Yang. Sin embargo, para entonces Jin Guangshan ya había muerto y el liderazgo del clan Jin de Lanling había pasado a Jin Guangyao, que había sido ascendido a cultivador jefe. Como muestra de su nuevo estilo, lo primero que hizo tras asumir el cargo fue deshacerse de Xue Yang. Además de no volver a mencionar la restauración del amuleto del Tigre Estigio, tomó numerosas medidas para reparar la reputación del clan y acallar los rumores.

Song Lan se fue tras la pista de su viejo amigo. Al principio pudo seguir los vagos rumores que corrían sobre sus movimientos, pero, conforme pasó el tiempo, dejaron de llegar a sus oídos. Como el clan Chang había sido tan poco conocido, muchos de los detalles del caso fueron cayendo en el olvido.

Cuando terminó de escuchar aquella larga historia, Wei Wuxian exhaló un

ligero suspiro. Pensó: «Terminar así por algo con lo que no tenía nada que ver es realmente trágico… Si Xiao Xingchen hubiera nacido unos pocos años antes que yo, o si yo hubiera muerto unos pocos años más tarde, las cosas habrían sido muy diferentes. Estando yo vivo, no habría ignorado unos hechos así. ¡Y seguro que habría trabado amistad con un personaje como él!».

Sin embargo, enseguida tuvo que reírse de sí mismo.

«¿Qué podría haber hecho? Si hubiera estado vivo por aquel entonces, me habrían echado la culpa de todo. Si Xiao Xingchen se hubiera cruzado conmigo por la calle y yo hubiera intentado hablar con él, lo más probable es que me hubiera atizado una buena tunda de mosquerazos, ¡ja, ja!».

Habían pasado la mansión de los Chang y estaban llegando al cementerio adyacente. El pórtico de la entrada tenía grabado el apellido familiar en un tono rojo oscuro. Wei Wuxian preguntó:

—¿Cómo murió Chang Ping? ¿Quién les provocó la muerte de los mil cortes a los miembros de la familia que quedaban?

Antes de que Lan Wangji pudiera responderle, el eco de unos golpes resonó en el crepúsculo azulado. Parecía que alguien estuviera aporreando una puerta, pero no era el caso. Los golpes eran frenéticos, constantes, también un tanto ahogados, como si algo los amortiguara.

Lan Wangji y Wei Wuxian se detuvieron.

Los más de cincuenta miembros del clan Chang de Yueyang estaban aporreando las tapas de sus ataúdes. Su desesperación era la misma que la de aquella noche en la que murieron aterrorizados sin que nadie acudiera en su ayuda.

¡Era la misma escena relatada por el camarero de la taberna!

Sin embargo, según él, el fenómeno había ocurrido diez años atrás y hacía mucho que no había vuelto a repetirse. ¿Cómo podía ser que volviera a darse justo a su llegada?

Se acercaron al pórtico con sigilo. Agazapados tras uno de sus pilares, vieron que entre las tumbas del cementerio había un hoyo. Era muy profundo y los montículos de tierra de su alrededor parecían recientes. De su interior llegaba un débil sonido.

Alguien estaba cavando.

Contuvieron la respiración y esperaron ansiosos a que quienquiera que estuviera dentro de aquel hoyo saliera.

Apenas medio incienso después, dos figuras saltaron al exterior. Wei Wuxian y Lan Wangji tenían muy buena vista y reconocieron que se trataba de dos individuos, pero era difícil distinguirlos. Estaban firmemente unidos, parecían hermanos siameses. Uno de ellos llevaba al otro a la espalda y, como ambos iban vestidos de negro, era difícil discernir detalles.

El que había saltado del agujero estaba de espaldas a ellos. Era alto y espigado. La persona transportada llevaba la cabeza y las extremidades colgando y no mostraba signos de vida. Era natural: acababan de sacarla de una tumba y, por tanto, estaba muerta.

Mientras Wei Wuxian pensaba esto, el saqueador de tumbas giró la cabeza y los vio.

¡Su cara estaba cubierta por una densa niebla negra que enturbiaba sus rasgos!

Wei Wuxian supo que estaba usando algún tipo de hechizo para ocultarse. Al mismo tiempo, Lan Wangji desenvainó la espada, entró en el cementerio y atacó al saqueador. La reacción de este fue inmediata: en cuanto vio el brillo azul de Bichen precipitándose hacia él, trazó un sortilegio con los dedos de la mano e invocó otra espada igual de resplandeciente. Al igual que su rostro, estaba cubierta de niebla negra, por lo que era imposible distinguir su color o su aura. Al cargar con un cadáver, el saqueador se veía obligado a luchar en una postura muy incómoda. Las auras de las espadas chocaron unas cuantas veces. Entonces Lan Wangji invocó de vuelta la de Bichen. Una cortina de escarcha oscurecía su rostro.

Wei Wuxian sabía el porqué de su gélida expresión. ¡Incluso un observador como él había sido capaz de advertir que aquel saqueador estaba muy familiarizado con el manejo de la espada de Lan Wangji!

Sin decir una palabra, Lan Wangji hizo que Bichen arremetiera de nuevo, esta vez más violentamente, con la fuerza del mar embravecido. Su contrincante retrocedió una y otra vez. Consciente de que, con un hombre muerto a sus espaldas, no era rival para Lan Wangji y de que, si continuaba

luchando, sería capturado, se sacó del ceñidor un talismán de color añil.

¡Un talismán transportador!

Los talismanes transportadores eran capaces de transferir a la persona a miles de lis de distancia en un instante, pero consumían tal cantidad de energía espiritual que luego costaba mucho recuperarse. Por eso, a pesar de su gran utilidad, su uso no estaba extendido.

Cuando Wei Wuxian se dio cuenta de que el saqueador estaba a punto de escapar, dio dos palmadas, flexionó una rodilla y golpeó el suelo con el puño.

La fuerza de aquel golpe penetró en la tierra, traspasó los ataúdes y desató la locura de los cadáveres que había dentro. ¡Cuatro brazos ensangrentados brotaron estrepitosamente de la tierra y agarraron con fuerza las piernas del saqueador!

No pareció importarle: canalizó su energía espiritual hacia las piernas y se libró de ellos con una ráfaga explosiva. Wei Wuxian cogió su flauta de bambú. Al momento una lúgubre melodía estridente desgarró la noche y dos cabezas emergieron de la tierra seguidas del resto de su cuerpo. Treparon por las piernas del saqueador de tumbas y se enroscaron alrededor de su cuerpo como si fueran serpientes, abriendo la boca para morderle el cuello y los brazos.

El saqueador rio con desprecio, como si aquello fuera un juego de niños para él. Canalizó su energía espiritual por todo el cuerpo y la liberó, pero entonces se dio cuenta de la trampa en la que había caído.

¡Acababa de desprenderse del cuerpo con el que cargaba!

Wei Wuxian estalló en carcajadas y palmeó frenéticamente una lápida. Por su parte, Lan Wangji pescó el cadáver con una mano y arremetió blandiendo a Bichen con la otra. Al ver que le habían arrebatado lo que acababa de desenterrar, no se atrevió a quedarse más tiempo. Era incapaz de derrotar a Lan Wangji en un combate cuerpo a cuerpo, especialmente con aquel otro alborotador complicándole las cosas con trucos, así que arrojó el talismán transportador a sus pies. Tras un fuerte estruendo, unas enormes llamaradas azules salieron disparadas hacia el cielo y su silueta desapareció con ellas.

Wei Wuxian sabía que el saqueador tenía un talismán transportador en las manos y, por tanto, iba a poder escapar aunque lo atraparan. El cuerpo que había desenterrado ya era una pista, así que no era como si no hubieran conseguido nada. Se acercó a Lan Wangji y le dijo:

—Veamos a quién ha desenterrado.

La visión del cadáver lo dejó asombrado. Se le había abierto la cabeza, pero, en lugar de sangre o materia gris, lo que asomaba de ella eran puñados de algodón ennegrecido.

Wei Wuxian tiró de la cabeza y la arrancó. Levantando aquella falsificación tan lograda, preguntó:

—¿Qué significa esto? ¿Qué hace un cadáver de trapo enterrado en el cementerio del clan Chang?

Lan Wangji, que había sentido el peso del cuerpo al levantarlo, lo corrigió:

—No todo en él es falso.

Wei Wuxian palpó el cadáver de arriba abajo. Sus cuatro extremidades eran muy flácidas, pero el pecho y el abdomen resultaban firmes al tacto. Cuando le arrancó la ropa, comprobó que solo el tronco era real.

La cabeza y las extremidades de algodón debían de servir para hacerle creer que seguía unido a su dueño. A juzgar por el color de la piel y la altura a la que le habían cortado el brazo izquierdo, no cabía duda de que aquel era el torso de su buen amigo. El saqueador había venido a llevárselo.

Wei Wuxian se puso de pie.

—Parece que la misma persona que lo enterró ha sabido que andábamos tras su pista y ha venido corriendo a cambiarlo de sitio. ¡No podíamos haber llegado en mejor momento, ja, ja! —Su tono cambió—. Pero ¿cómo es que conocía el manejo de la espada propio de tu familia?

Era evidente que Lan Wangji se preguntaba lo mismo. La cortina de escarcha seguía oscureciendo su rostro.

—Tenía un nivel cultivacional muy alto —prosiguió Wei Wuxian—. Suficiente para permitirle soportar el agotamiento que causan los talismanes transportadores. Y había hechizado su cara y su espada. Entiendo que

ocultara el rostro, pero ¿qué necesidad tenía de enturbiar su espada? A menos que manejara una espada tan famosa que su brillo fuera reconocible…

Entonces preguntó con cautela:

—Hanguang-jun, ¿a ti te ha parecido que estabas luchando con alguien a quien conocías?

Había evitado mencionar nombres concretos. Por ejemplo, el de Lan Xichen o el de Lan Qiren. La respuesta de Lan Wangji fue tajante.

—No.

Wei Wuxian lo creyó. Sabía que Lan Wangji no era de los que ocultaban la verdad o temían enfrentarse a ella. Si decía que algo no era cierto, no lo era. Tampoco le gustaba mentir: Wei Wuxian estaba convencido de que habría preferido lanzarse el hechizo silenciador a sí mismo antes que decir una falsedad. Así pues, inmediatamente descartó que se tratara de aquellas dos personas.

—Pues eso lo complica todo aún más.

Lan Wangji introdujo el torso en una nueva bolsa del cosmos selladora del mal de doble capa y se la guardó. Después de dar un par de vueltas al recinto, regresaron a la avenida de las tabernas.

El camarero había cumplido con su palabra: la gran mayoría de los locales habían cerrado, pero el suyo seguía con las luces encendidas y con la bandera colgada en la puerta. Lo encontraron sentado en la puerta, engullendo el contenido de un gran bol de comida. Cuando los vio, gritó alegremente:

—¡Hola de nuevo! ¿Ven como cumplimos con nuestra palabra? Qué, ¿han encontrado algo?

Después de departir amablemente con él un rato, Wei Wuxian se sentó con Lan Wangji en la misma mesa que habían ocupado durante el día. Tenía varias mesas supletorias con tinajas alrededor. Wei Wuxian dijo:

—Veamos… ¿Dónde nos habíamos quedado? El saqueador de tumbas ha interrumpido nuestra conversación. Todavía no sé cómo murió Chang Ping.

Lan Wangji terminó de relatarle lo sucedido de manera sucinta y objetiva.

Uno por uno, Xue Yang, Xiao Xingchen y Song Lan habían muerto o habían desaparecido. Años después de la primera matanza, Chang Ping y los demás miembros de su familia que quedaban fueron asesinados en el transcurso de una noche. Todos habían sufrido la muerte de los mil cortes, pero a Chang Ping, además, le habían arrancado los ojos.

Esta vez nadie pudo determinar la identidad del asesino. Al fin y al cabo, todas las personas implicadas en el caso original habían desaparecido. Sin embargo, había una certeza. Las heridas dejaban claro cuál había sido el arma causante de las muertes: Shuanghua, la Escarchada.

La espada de Xiao Xingchen.

Wei Wuxian, que estaba a punto de llevarse el cuenco de licor a la boca, se detuvo.

—¿La espada de Xiao Xingchen? —preguntó asombrado—. ¿Blandida por él?

—Eso está por ver —respondió Lan Wangji—. Sigue desaparecido.

—Ya que no lo encontraban vivo, ¿trataron de invocar su alma?

—Sí. Pero sin éxito.

Solo había dos explicaciones posibles: que no hubiera muerto o que su alma se hubiera desvanecido. Como experto en la materia, Wei Wuxian no pudo evitar dar su opinión:

—Bueno, ya sabes cómo son las invocaciones de almas; tienen que hacerse en el momento y el lugar adecuados, e incluso así pueden fallar. Imagino que muchos pensarán que todo este asunto fue algún tipo de venganza por parte de Xiao Xingchen. ¿Tú qué tienes que decir, Hanguang-jun?

Lan Wangji negó lentamente con la cabeza.

—Nada hasta que no conozca todos los hechos.

Wei Wuxian admiraba profundamente la actitud y los principios de Lan Wangji. Sonriendo, tomó un sorbo de licor. Entonces oyó que Lan Wangji le preguntaba:

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

Wei Wuxian le contestó:

—La muerte de los mil cortes es una forma de tortura, implica la voluntad de castigar. Encima le sacaron los ojos, cuesta mucho no asociarlo con Xiao Xingchen, que en su día se arrancó los suyos. Es natural que la gente asuma que este asunto fue una venganza por su parte, pero…

Se detuvo un instante para escoger las palabras correctas. Luego dijo:

—No creo que Xiao Xingchen se involucrara en este asunto para ganarse la gratitud de Chang Ping. Más bien…

Antes de que se le ocurriera qué añadir después de aquel «más bien», apareció el camarero con dos cuencos de cacahuetes. La interrupción le vino de perlas para dejar de hablar. Miró a Lan Wangji y sonrió.

—Hanguang-jun, ¿por qué me miras así? Como yo tampoco conozco los hechos, debo abstenerme de opinar, igual que tú. Tienes toda la razón: hasta que no se saben todos los detalles de un caso, es mejor evitar sacar conclusiones precipitadas. ¡Ah, oye! Yo solo quería cinco tinajas, has pedido el doble; me temo que no voy a poder acabármelas todas… Ya sé, ¿por qué no bebes conmigo? Esto no es Nubes Recónditas, así que no hay normas que valgan.

Esperaba una negativa, pero, sorprendentemente, Lan Wangji accedió:

—De acuerdo.

Wei Wuxian chasqueó la lengua.

—Hanguang-jun, estás muy cambiado… Recuerdo que una vez me bebí una tinaja de nada delante de ti y te pusiste como una fiera. Querías hacerme caer del muro en el que estaba y hasta me pegaste. Ahora, en cambio, escondes tinajas de Sonrisa de Emperador en tu cuarto para bebértelas a escondidas.

Mientras se enderezaba el cuello de la túnica, Lan Wangji respondió con voz calmada:

—No he tocado ni una tinaja de Sonrisa de Emperador.

—Entonces, ¿para qué las guardas? ¿Para regalármelas a mí? Está bien, te creo; si dices que no las has tocado es que no lo has hecho. Bebe, anda; tengo ganas de ver cuántos cuencos aguanta un miembro del clan Lan, que nunca ha probado una gota de alcohol, antes de emborracharse.

Le sirvió un pequeño cuenco. Lan Wangji, sin dudarlo un instante, lo cogió y se lo bebió.

Lleno de expectación, Wei Wuxian lo observó esperando que se sonrojara. Sin embargo, después de un buen rato, ni el color de su cara ni su expresión habían cambiado lo más mínimo. Sus pálidos ojos seguían mirándolo con la misma serenidad de siempre. ¡No podía ver ningún cambio en absoluto!

Wei Wuxian estaba tremendamente decepcionado. Pero, justo cuando iba servirle otro cuenco, Lan Wangji frunció el ceño y empezó a frotarse el espacio entre las cejas. Un momento después, con la mano sosteniendo su frente, cerró los ojos.

¿Se había quedado dormido?

¡Se había quedado dormido!

Lo normal cuando se bebía alcohol era primero emborracharse y luego dormirse. ¿Cómo era posible que Lan Wangji se hubiera saltado un paso?

¡Lo que Wei Wuxian quería ver era justo la parte de la borrachera!

Agitó la mano delante de la cara de Lan Wangji, que incluso durmiendo seguía erguido y con el mismo gesto circunspecto de siempre. Luego dio una palmada junto a su oreja. No reaccionaba.

Sorprendentemente, solo le había hecho falta un cuenco para quedarse roque.

Wei Wuxian no había esperado aquello. Se dio unas cuantas palmadas en la pierna mientras trataba de pensar algo. Luego cogió el brazo derecho de Lan Wangji, se lo puso alrededor del cuello y lo sacó de la taberna.

Estaba más que acostumbrado a birlar cosas del cuerpo de Lan Wangji, así que no tardó en encontrar su saquito de monedas. Reservó dos habitaciones en una posada. Luego subió a Lan Wangji a una, le quitó las botas, lo acostó y se escabulló en la oscuridad de la noche.

Buscó una zona apartada. Una vez allí, cogió la flauta de bambú que llevaba a la cintura, se la llevó a los labios y tocó una melodía. Después esperó en silencio.

Wei Wuxian llevaba días esperando la ocasión de quedarse a solas para invocar a Wen Ning. Aunque ya no tenía que seguir ocultando su identidad

como al principio, existían más razones por las que no podía invocarlo delante de Lan Wangji: las vidas del clan Lan de Gusu perdidas a manos del general fantasma. Por bien que Lan Wangji tratara a Wei Wuxian ahora, o, mejor dicho, precisamente porque Lan Wangji lo trataba tan bien, no se atrevía a invocar a Wen Ning delante de él. ¡Era un hombre osado, pero no tanto!

Un tétrico siseo metálico lo devolvió a la realidad. La figura de Wen Ning, con la cabeza agachada, apareció entre las sombras de las murallas de la ciudad que Wei Wuxian tenía enfrente. Como Wen Ning vestía de negro de los pies a la cabeza, prácticamente se fundía con la oscuridad que lo rodeaba. Solo sus ojos sin pupila brillaban con un espantoso blanco cegador.

Wei Wuxian se llevó las manos a la espalda y caminó despacio a su alrededor. Wen Ning se giró dispuesto a seguirlo, pero Wei Wuxian lo amonestó:

—Quieto.

Wen Ning obedeció. Sus finas facciones parecían ahora aún más abatidas que antes.

—La mano —ordenó Wei Wuxian.

Wen Ning extendió el brazo derecho. Wei Wuxian lo agarró y lo levantó para inspeccionar las esposas y las cadenas.

Aquellas no eran unas cadenas ordinarias. Cuando Wen Ning enfurecía, se volvía extremadamente violento y era capaz de torcer el acero como si fuera arcilla. De haber podido librarse de ellas, no las arrastraría como estaba haciendo. Era muy probable que estuvieran especialmente diseñadas para aprisionarlo a él.

Y decían que lo habían reducido a cenizas…

¡Si hasta estaban haciendo todo lo que podían para restaurar lo que quedaba del amuleto del Tigre Estigio! Estaba claro que muchos clanes querrían al general fantasma para ellos. ¿Cómo iban a permitir que fuera ajusticiado?

Wei Wuxian soltó una risa amarga. Luego se colocó junto a Wen Ning y estuvo pensando un rato. Entonces estiró la mano y empezó a palparlo

lentamente por debajo del pelo.

Quienquiera que hubiera apresado a Wen Ning estaba impidiéndole pensar por sí mismo. Hacer que obedeciera requería anular su mente, lo cual quería decir que llevaba algo implantado en el cerebro. Y, efectivamente, al poco de palparle la cabeza, Wei Wuxian halló un pequeño bulto en el lado derecho del cráneo. En el lado izquierdo encontró otro exactamente igual. Parecían cabezas de aguja o algo por el estilo.

Wei Wuxian las pellizcó al mismo tiempo, tiró de ellas con cuidado y extrajo dos largos clavos negros.

Medían varias pulgadas de largo y eran casi tan gruesos como los cordones rojos de los colgantes de jade. Se los habían incrustado en el cerebro. Mientras Wei Wuxian los sacaba, Wen Ning contrajo las facciones y los ojos se le llenaron de lo que parecían venas negras. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo.

A pesar de estar muerto, aún era capaz de sentir dolor.

Los clavos tenían complejos e intrincados diseños grabados. Eran muy peculiares, sin duda creados por alguien con un inmenso talento. Wei Wuxian se guardó los clavos en el bolsillo. Luego estudió las esposas que Wen Ning llevaba en las muñecas y los grilletes que tenía en los tobillos. No podía seguir arrastrando toda aquella chatarra. Wei Wuxian necesitaba hacerse con una espada espiritual para liberarlo.

La primera que le vino a la mente fue, por supuesto, Bichen. Aunque cortar las cadenas de Wen Ning con una espada del clan Lan resultase un tanto inapropiado, era la que tenía más a mano. Wen Ning no podía seguir arrastrando aquella carga ni un instante más.

«¡Ya sé lo que haré! Volveré a la posada ahora mismo. Si Lan Zhan está despierto, disimularé; pero, si sigue dormido, le tomaré prestada a Bichen».

Tomada esta decisión, se dio la vuelta. Para su sorpresa, al hacerlo, se dio de bruces con Lan Wangji.

El cúmulo de emociones que había asaltado a Wei Wuxian después de invocar a Wen Ning le había impedido estar pendiente de lo que ocurría a su alrededor. Lan Wangji, por su parte, era perfectamente capaz de acercarse a alguien sin ser detectado si así lo deseaba. Por eso, en el momento en que

Wei Wuxian vio su gélido semblante a la luz de la luna, se llevó tal sobresalto que por un momento sintió que se le paraba el corazón.

No sabía cuánto tiempo llevaba Lan Wangji allí ni si había sido testigo de todo lo que había hecho. ¡Como al final resultara que no estaba borracho realmente y lo hubiera estado siguiendo, la cosa se iba a poner buena! Todo el día evitando mencionarle a Wen Ning para luego escaparse a invocarlo a escondidas en cuanto él se dormía… Qué vergüenza…

Lan Wangji tenía las manos cruzadas sobre el pecho, apresando a Bichen, y una expresión extremadamente fría. Wei Wuxian, que nunca lo había visto expresar su descontento de forma tan abierta, sintió que debía hablar primero para explicarse y tratar de destensar el ambiente.

—Eh… Hanguang-jun…

Lan Wangji no respondió.

Wei Wuxian estaba delante de Wen Ning y miró a Lan Wangji a los ojos. Luego se acarició la barbilla. Por alguna razón, de pronto lo invadió un terrible sentimiento de culpa.

Lan Wangji bajó al fin los brazos y empezó a avanzar. Cuando Wei Wuxian vio que iba directo hacia Wen Ning con su espada en la mano, se temió lo peor.

«¡Oh, no! Lan Zhan solo estaba fingiendo estar borracho para poder matar a Wen Ning cuando yo lo invocara. ¡Claro! ¿Quién se duerme después de un solo cuenco?».

Quiso explicarse.

—Hanguang-jun, escucha…

Lan Wangji le pegó un bofetón a Wen Ning.

Resonó con fuerza, pero no fue un ataque letal ni mucho menos. Wen Ning retrocedió tambaleante unos pasos, luego volvió a erguirse. Su aspecto era de desconcierto.

En su estado actual, Wen Ning era menos irascible y volátil que en el pasado, aunque tampoco por mucho: aquella noche en el monte Brahma, cuando se vio rodeado y atacado, hizo saltar por el aire a varios cultivadores antes de que estos pudieran desenvainar sus espadas; incluso agarró a uno por el cuello. Si Wei Wuxian no lo hubiera aplacado, seguramente los

habría estrangulado a todos. Ahora, en cambio, después del coscorrón de Lan Wangji, mantuvo la cabeza agachada como si no se atreviera a defenderse. Wei Wuxian se sintió sorprendido, pero sobre todo aliviado: si Wen Ning hubiera respondido y los dos hubieran empezado a pelear, habría sido muy difícil separarlos.

En ese momento, como si pensara que un bofetón no era suficiente para expresar su ira, Lan Wangji le propinó un empujón a Wen Ning que lo envió a varios metros de distancia.

—¡Vete! —le gritó, enfurruñado.

Wei Wuxian se dio cuenta al fin de que algo no encajaba.

Tanto el comportamiento como las palabras de Lan Wangji resultaban casi… infantiles.

Ahora que ya había alejado lo suficiente a Wen Ning, Lan Wangji se mostró satisfecho. Dio media vuelta y caminó hasta Wei Wuxian.

Este lo estudió con detenimiento.

La expresión de su cara era la de siempre. Si acaso, parecía más seria que de costumbre, más formal, más impecable. Llevaba la cinta recta, no estaba sonrojado, respiraba con normalidad y se tenía en pie sin problema; todo indicaba que seguía siendo el adusto y sereno Hanguang-jun de siempre.

Entonces Wei Wuxian miró hacia abajo.

Lan Wangji se había puesto las botas al revés.

Antes de escabullirse, se las había quitado y las había dejado al lado de la cama. Ahora Lan Wangji llevaba la izquierda en el pie derecho y la derecha en el pie izquierdo.

Un cultivador distinguido como él, para quien la apariencia y la etiqueta tenían una importancia vital, jamás se dejaría ver así en público.

Wei Wuxian decidió ponerlo a prueba.

—Hanguang-jun, ¿cuántos dedos hay aquí?

Le estaba mostrando dos. En lugar de responderle, Lan Wangji se los agarró con firmeza, cada uno con una mano.

Bichen cayó al suelo.

Wei Wuxian se quedó estupefacto. ¡Definitivamente, a Lan Zhan le

pasaba algo!

—Hanguang-jun, ¿estás borracho? —preguntó.

—No.

Los borrachos nunca admitían estarlo. Wei Wuxian apartó la mano, pero Lan Wangji no se movió y se quedó con los puños agarrando el vacío. Wei Wuxian lo miró sin decir una palabra. Luego, de pie en mitad de la fría brisa nocturna, levantó la cabeza y miró hacia la luna.

La inmensa mayoría de la gente se quedaba dormida después de emborracharse, pero en el caso de Lan Wangji era justo al revés. Y, como borracho seguía pareciendo el mismo de siempre, era muy difícil detectar que lo estaba.

Wei Wuxian había tenido infinidad de compañeros de juergas y visto cientos, si no miles, de ebriedades: unos se echaban a llorar, otros no paraban de reír como idiotas, otros enloquecían y empezaban a gritar, otros se desmayaban, a otros les venían ganas de morirse, otros no dejaban de preguntar «¿por qué ya no me quieres?»… Pero era la primera vez que veía a un borracho como Lan Wangji: sereno y tranquilo, pero con un comportamiento de lo más extraño.

Apretando los labios para reprimir una sonora carcajada, Wei Wuxian se agachó, recogió la espada del suelo, se la echó a la espalda y dijo:

—Anda, ven conmigo.

No podía permitir que Lan Wangji anduviera suelto en aquel estado. No se sabía qué más podía hacer.

Por suerte, aunque estaba borracho, fue fácil de persuadir. Asintió cortésmente y comenzó a caminar al lado de Wei Wuxian. Cualquiera que se hubiera cruzado con ellos en aquel momento habría supuesto que eran dos buenos amigos dando un paseo nocturno y se habría admirado de su distinguido comportamiento.

Wen Ning los alcanzó y se puso a seguirlos en silencio. Wei Wuxian iba a decirle algo cuando Lan Wangji se dio la vuelta bruscamente y volvió a golpearlo, esta vez en la coronilla, y Wen Ning hundió aún más la cabeza. El *rigor mortis* de su rostro le impedía expresar emociones y tampoco había rastro de nada en sus ojos blancos, pero, aun así, fue evidente que se sentía

víctima de un trato injusto.

Wei Wuxian, desconcertado, agarró el brazo de Lan Wangji.

—¿Por qué le pegas?

Entonces Lan Wangji usó un tono amenazador que nunca habría empleado estando sobrio para gritarle a Wen Ning:

—¡¡Vete!!

Wei Wuxian sabía que no había que llevarles la contraria a los borrachos, así que se apresuró a responder:

—Vale, sí; ahora le digo que se vaya.

Entonces cogió su flauta de bambú, pero, antes de que pudiera llevársela a los labios, Lan Wangji se la arrebató y le dijo:

—No puedes tocar para él.

—¿Por qué te pones así de mandón? —preguntó divertido Wei Wuxian.

—¡No puedes tocar para él! —insistió Lan Wangji. Parecía muy disgustado.

Wei Wuxian se dio cuenta de una cosa. Generalmente los borrachos solían tener mucho que decir, pero un hombre tan parco en palabras como Lan Wangji repetía las mismas frases una y otra vez. Sabiendo la opinión que Lan Wangji tenía sobre las artes oscuras, Wei Wuxian supuso que no debía de hacerle gracia que controlase a Wen Ning con el sonido de su flauta y decidió no contrariarlo.

—Está bien. Solo tocaré para ti. ¿Contento?

Lan Wangji asintió con un «hm», pero se quedó con la flauta, reacio a devolvérsela.

Wei Wuxian no tuvo más remedio que recurrir a los silbidos para ordenar a Wen Ning que se retirara.

«Escóndete y no dejes que nadie te descubra».

Wen Ning daba la impresión de querer seguirlos, pero, como había recibido aquella orden y temía más golpes de Lan Wangji, se dio la vuelta muy despacio y se alejó arrastrando sus cadenas con ánimo apesadumbrado.

Wei Wuxian se volvió hacia Lan Wangji.

—Lan Zhan, ¿cómo es que no te pones ni un poquito colorado cuando bebes?

Lan Wangji tenía un aspecto tan normal, incluso más normal que el propio Wei Wuxian, que este no podía evitar hablarle en un tono amistoso.

Sin embargo, al escuchar esto, Lan Wangji lo agarró por los hombros y lo atrajo bruscamente hacia él.

Wei Wuxian, desprevenido, acabó con la cara aplastada contra su pecho. Al tiempo que se recuperaba del sobresalto, la voz de Lan Wangji le llegó desde arriba:

—Escucha mi corazón.

—¿Qué?

—En la cara no se me nota. Escucha —dijo con voz profunda, el pecho vibrándole al hablar.

Su corazón latía con fuerza y consistencia.

Bu-bum. Bu-bum.

Sonaba algo acelerado.

Comprendiendo lo que quería decir, Wei Wuxian echó la cabeza hacia atrás y le dijo:

—No te ruborizas, pero el corazón sí te late más fuerte. Esa es la prueba de que estás borracho, ¿no?

—Hm —confirmó Lan Wangji.

Wei Wuxian tuvo que aguantarse la risa. Al final iba a resultar que Lan Wangji era tan desvergonzado que ni siquiera era capaz de ruborizarse… ¡Pues no lo parecía!

El Lan Wangji ebrio era sorprendentemente franco. Y, en comparación con cuando estaba sobrio, sus palabras y sus actos eran… ¡mucho más desinhibidos!

Para Wei Wuxian era tan raro ver a Lan Wangji de aquella manera… ¿Cómo iba a resistirse a tomarle un poquito el pelo?

Se apresuró a llevarlo de regreso a la posada. Cuando llegaron a la habitación, lo echó sobre la cama y lo descalzó. Suponiendo que no sería

capaz de lavarse la cara solo, le quitó la cinta de la cabeza, llenó una palangana con agua caliente, mojó una toalla, la escurrió, la dobló en un cuadrado y con ella empezó a limpiarle la cara con cuidado.

Lan Wangji se dejó hacer sin oponer la menor resistencia. Exceptuando los momentos en los que tenía que cerrar los ojos porque la toalla pasaba cerca, el resto del tiempo miraba a Wei Wuxian sin pestañear. A este, entretanto, se le estaban ocurriendo un montón de granujerías. Cuando vio sus ojos claros e inocentes, no pudo resistir el impulso de acariciarle la barbilla con la punta de los dedos con una risita.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó—. ¿Tan guapo soy?

Había terminado de lavarlo, así que no esperó su respuesta. Después de arrojar la toalla en la palangana, se giró y le dijo:

—Ya tienes la cara limpia. ¿Quieres beber un poco de agua?

Al no oír respuesta, se dio la vuelta y vio a Lan Wangji sosteniendo la palangana con las manos y con la cabeza metida dentro.

Alarmado, Wei Wuxian corrió a arrebatarle la palangana de las manos y dejarla a un lado.

—¡De esta no!

Lan Wangji levantó la cabeza con expresión impasible. Infinidad de gotas cristalinas le caían de la barbilla y le mojaban el cuello de la túnica. Wei Wuxian se lo quedó mirando con un sinfín de emociones encontradas.

«¿Ha bebido de ella o no? Espero que, cuando se le pase la borrachera, no recuerde nada de esto; si no, no va a saber dónde meterse de la vergüenza…».

Le secó la barbilla con la manga. Luego le pasó el brazo alrededor de los hombros y le preguntó:

—Hanguang-jun, ¿ahora harás todo lo que te pida?

—Hm.

—¿Y contestarás a todas mis preguntas?

—Hm.

Wei Wuxian apoyó una rodilla sobre la cama y sonrió.

—Perfecto. Dime, ¿alguna vez has echado un trago de las tinajas de

Sonrisa de Emperador que guardas en tu cuarto?

—No.

—¿Te gustan los conejos?

—Sí.

—¿Has roto las normas alguna vez?

—Sí.

—¿Te gusta alguien?

—Sí.

No ahondaba en ninguno de aquellos temas porque su intención no era inmiscuirse en los asuntos privados de Lan Wangji. Tan solo estaba asegurándose de que realmente respondía a todo.

—¿Qué piensas de Jiang Cheng?

Lan Wangji frunció el ceño.

—Hmpf.

—¿Y de Wen Ning?

—Bah.

Wei Wuxian esbozó una sonrisa. Entonces se señaló a sí mismo y preguntó:

—¿Y de lo aquí presente?

—Es mío.

Wei Wuxian enmudeció.

Mirándolo fijamente, Lan Wangji repitió con gran énfasis:

—Mío.

Entonces Wei Wuxian se dio cuenta de lo que ocurría.

«Ha debido de pensar que señalaba a Bichen y no a mí mismo. Como la llevo a la espalda…».

Con este pensamiento, se apartó de la cama, desenvainó la espada y recorrió la habitación con ella en la mano: de izquierda a derecha, de arriba abajo… Lan Wangji siguió sus movimientos con la mirada allá donde se colocó, franco y directo, sin ambages ni disimulos.

Había tal pasión en sus ojos que a Wei Wuxian estuvieron a punto de fallarle las piernas. Entonces sostuvo a Bichen frente a la cara de Lan Wangji y le dijo:

—¿La quieres?

—Sí.

Como si eso no fuera prueba suficiente de su deseo, Lan Wangji agarró la mano con la que Wei Wuxian sujetaba la espada, lo miró directamente con sus ojos claros y, exhalando un leve suspiro, insistió:

—Sí.

Wei Wuxian sabía que Lan Wangji estaba borracho y que no se refería a él, pero nada de eso evitó que le flaquearan las fuerzas.

«Este hombre es un peligro…», pensó. «¡La chica a la que le hable con este ímpetu tan sincero estará perdida!».

Cuando se recuperó de la impresión, le preguntó:

—¿Cómo me reconociste? ¿Y por qué me estás ayudando?

Lan Wangji movió lentamente los labios. Wei Wuxian se le acercó para escuchar lo que decía, pero entonces Lan Wangji cambió el gesto y lo empujó sobre la cama, apagó la vela con un simple vaivén y, por segunda vez en lo que iba de noche, dejó caer a Bichen al suelo.

Wei Wuxian, alarmado, pensó que Lan Wangji había recobrado la sobriedad de golpe.

Entonces sintió una rápida punzada en cierto punto de la espalda que ya le era familiar y volvió a pasarle lo mismo que aquella noche en el Jingshi: el cuerpo se le adormeció y ya no fue capaz de moverse.

Lan Wangji apartó la mano, se acostó a su lado y echó la manta sobre ambos. Cuando hubo remetido las esquinas, dijo:

—Es la hora del cerdo. Descansemos.

La atroz disciplina de horarios de la familia Lan atacaba de nuevo.

Frustrado por no poder seguir con su interrogatorio, Wei Wuxian preguntó al tiempo que miraba el dosel de la cama:

—¿No podemos descansar y charlar al mismo tiempo?

—No.

En fin, qué se le iba a hacer. Ya volvería a emborracharlo en otra ocasión. Tarde o temprano le sacaría la respuesta.

—Lan Zhan, déjame suelto, por favor. He pagado dos habitaciones, no hace falta que durmamos apretujados en la misma cama.

Después de un breve silencio Lan Wangji alargó la mano y comenzó a rebuscar debajo de la manta. Al cabo de un rato empezó a deshacer el cinturón de Wei Wuxian.

—¡De acuerdo, me quedo, me quedo! —gritó Wei Wuxian—. ¡Pero para ya, que lo de suelto no iba en este sentido! ¡Ya me duermo!

Un profundo silencio se apoderó de la oscuridad en la que estaban inmersos.

Al cabo de un rato, Wei Wuxian volvió a hablar.

—Ahora ya sé por qué tu familia tiene prohibido el alcohol —murmuró —. Al primer cuenco te emborrachas y empiezas a hacer cosas raras. Si a todos os pasa lo mismo, la prohibición está más que justificada. El que beba merece una paliza.

Lan Wangji, con los ojos cerrados, le tapó la boca.

—Calla.

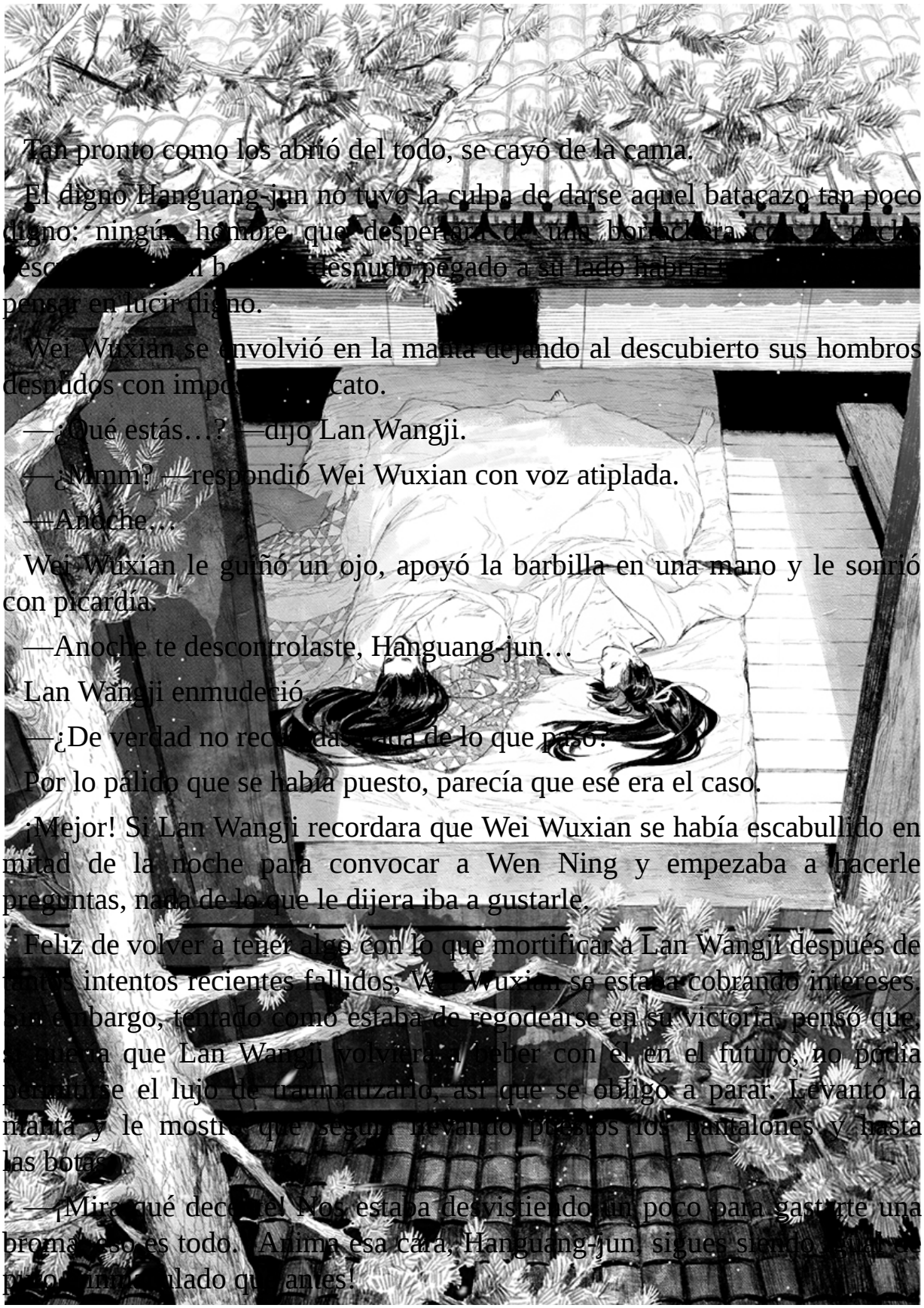
La indignación de Wei Wuxian quedó atrapada a medio camino entre el pecho y los labios, de forma que no pudo reprimirla ni expresarla.

Desde su regreso, cada vez que Wei Wuxian intentaba gastarle una broma como las de antes a Lan Wangji, le salía el tiro por la culata. ¡No debería ser así! ¿Qué estaba haciendo mal?

Esta vez Wei Wuxian no durmió en toda la noche: mantuvo los ojos abiertos hasta la mañana siguiente. Cuando notó que se le pasaba el entumecimiento y podía volver a moverse, se desprendió con calma de la túnica exterior, la sacó de debajo de la manta y la arrojó al suelo.

Entonces aflojó el cinturón de Lan Wangji y le abrió la túnica. Su intención era desvestirlo del todo, pero entonces la visión de la marca a fuego que tenía debajo de la clavícula lo turbó y se detuvo. Recordando los latigazos disciplinarios que Lan Wangji tenía en la espalda, de pronto sintió

que aquello estaba mal. Quiso cerrarle la túnica, pero, en el breve tiempo que tardó en decidirse, Lan Wangji sintió frío, se recolocó ligeramente con el ceño fruncido y empezó a abrir los ojos.



Tan pronto como los abrió del todo, se cayó de la cama.

El digno Hanguang-jun no tuvo la culpa de darse aquel batacazo tan poco digno: ningún hombre que despertara de una borrachera con el pecho desc[illegible] desnudo pegado a su lado habría [illegible] pensar en lucir digno.

Wei Wuxian se envolvió en la manta dejando al descubierto sus hombros desnudos con impo[illegible]cato.

—¿Qué estás…? —dijo Lan Wangji.

—¿Mmm? —respondió Wei Wuxian con voz atiplada.

—Anoche…

Wei Wuxian le guiñó un ojo, apoyó la barbilla en una mano y le sonrió con picardía.

—Anoche te descontrolaste, Hanguang-jun…

Lan Wangji enmudeció.

—¿De verdad no rec[illegible]das nada de lo que pasó?

Por lo pálido que se había puesto, parecía que ese era el caso.

¡Mejor! Si Lan Wangji recordara que Wei Wuxian se había escabullido en mitad de la noche para convocar a Wen Ning y empezaba a hacerle preguntas, nada de lo que le dijera iba a gustarle.

Feliz de volver a tener algo con lo que mortificar a Lan Wangji después de tantos intentos recientes fallidos, Wei Wuxian se estaba cobrando intereses. Sin embargo, tentado como estaba de regodearse en su victoria, pensó que, si quería que Lan Wangji volviera a beber con él en el futuro, no podía permitirse el lujo de traumatizarlo, así que se obligó a parar. Levantó la manta y le mostró que seguía llevando puestos los pantalones y hasta las botas.

—¡Mira qué decente! Nos estaba desvistiendo un poco para gastarte una broma, eso es todo. ¡Anima esa cara, Hanguang-jun, sigues siendo igual de puro, inmaculado que antes!

Lan Wangji, petrificado, aún no se había movido del suelo. Antes de que pudiera decir nada, se oyó un estruendo en el centro de la habitación.

Aquel sonido no les era ajeno. Ya era la segunda vez que lo escuchaban: las bolsas del cosmos de la mesa habían empezado a agitarse y habían volcado la tetera. Sus movimientos eran más violentos porque las tres habían empezado a moverse al mismo tiempo. La noche anterior, con uno borracho y el otro teniendo que ocuparse de él, se habían olvidado de interpretar su dueto.

Wei Wuxian tenía miedo de que Lan Wangji lo cosiera a estocadas en cuanto se recuperara de su conmoción, así que se apresuró a decirle:

—El deber nos llama. Venga, ocupémonos de esto.

Bajó de la cama, se echó la túnica sobre los hombros y luego fue a tenderle la mano a Lan Wangji. Solo quería ayudarlo a levantarse, pero Lan Wangji, que ya se estaba incorporando al mismo tiempo, interpretó que Wei Wuxian quería desnudarlo, dio un paso atrás y tropezó con algo en el suelo. Cuando miró hacia abajo, vio que era su espada, Bichen. Había pasado la noche en el suelo.

En ese momento la cuerda de una de las bolsas se aflojó y una mano cadavérica asomó por la abertura. Wei Wuxian deslizó la mano dentro de la túnica de Lan Wangji y rebuscó en ella hasta que dio con su flauta de bambú.

—Hanguang-jun, no tengas miedo, que no voy a hacerte nada; solo quiero recuperar mi flauta, anoche me la quitaste.

Después le cerró la túnica con delicadeza y hasta le ató bien atado el cinturón.

Lan Wangji lo observaba con una expresión complicada. Parecía querer preguntarle por los detalles de lo que había pasado la noche anterior después de que se emborrachara. Sin embargo, acostumbrado a lidiar con los asuntos importantes primero, se obligó a contenerse y sacó su cítara. De las tres bolsas del cosmos, la primera retenía al brazo izquierdo; la segunda, las piernas, y la tercera, el torso. Constituían la mayor parte del cuerpo. Cuanto más interactuaban, su energía resentida se multiplicaba y cada vez era más difícil lidiar con ellas. Tuvieron que interpretar «Reposo» tres veces

seguidas para calmarlas del todo.

Wei Wuxian se guardó la flauta. Cuando se disponía a recoger los pedazos de cadáver esparcidos por el suelo, de repente hizo un gesto de sorpresa y dijo:

—Vaya, nuestro buen amigo entrenaba duro, ¿eh?

El cinturón de la túnica funeraria del torso se había aflojado, revelando la clavícula y el cuerpo de un hombre joven y fornido: hombros anchos, caderas estrechas y abdominales marcados; fuerte, pero sin exagerar. El cuerpo varonil ambicionado por innumerables hombres. Wei Wuxian le dio un buen repaso hasta que finalmente no pudo aguantar más y le palmeó los abdominales.

—Hanguang-jun, mira. Si estuviera vivo, lo más probable es que, al darle, me rebotara la mano y me hiciera daño. ¿Cómo entrenaría para ponerse así?

Las cejas de Lan Wangji parecieron crisparse un instante, pero no dijo nada. Cuando Wei Wuxian volvió a palmear los abdominales, cogió las bolsas del cosmos y, sin decir palabra, empezó a guardar las partes del cuerpo. Wei Wuxian se apartó. Cuando Lan Wangji terminó de guardar los miembros, cerró las bolsas con doble nudo.

Wei Wuxian no le dio importancia. Bajó la cabeza para mirarse, arqueó las cejas con resignación, se cerró la túnica, se la ató y volvió a parecer decente.

Luego miró a Lan Wangji, el cual estaba observándolo desde que había guardado las bolsas del cosmos. En sus ojos pudo leer que Lan Wangji quería decirle algo, pero luego lo dejó pasar, así que Wei Wuxian dijo a propósito:

—Hanguang-jun, ¿por qué me miras así? ¿Aún sigues preocupado? Créeme, anoche no te hice nada. Ni tú a mí tampoco, por supuesto.

Lan Wangji vaciló un momento. Luego pareció haber tomado una decisión y dijo en voz baja:

—Anoche, aparte de quitarte la flauta…

—¿Que qué más hiciste? Nada, solo hablaste mucho —dijo Wei Wuxian.

La nuez de la nívea garganta de Lan Wangji se movió ligeramente.

—¿Qué dije?

—Nada del otro mundo. Por ejemplo, confesaste tu amor por…

Lan Wangji lo miró petrificado.

—Los conejos —concluyó Wei Wuxian.

Lan Wangji apretó los ojos y echó la cabeza a un lado.

—¡No pasa nada! —lo consoló—. Son muy monos, es normal que te gusten. A mí también me gustan, pero a la brasa, ¡ja, ja, ja, ja! Vamos, Hanguang-jun, anoche bebiste mucho… Bueno, en realidad no bebiste apenas, pero acabaste tan borracho que probablemente tengas un poco de resaca. Lávate la cara, bebe un poco de agua y siéntate un rato. Cuando te encuentres mejor, ya nos iremos. ¡El brazo ha empezado a apuntar al suroeste! Bajo a comprar el desayuno, así te dejo tranquilo.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, Lan Wangji lo llamó:

—Espera.

Wei Wuxian se dio la vuelta.

—¿Qué pasa?

Lan Wangji se quedó mirándolo fijamente durante un buen rato. Luego le preguntó:

—¿Tienes dinero?

Wei Wuxian se echó a reír.

—¡Pues claro! Sé dónde lo guardas. Te traeré algo de desayuno, ¿vale? Tómatelo con calma, Hanguang-jun, sin prisa, sin prisa…

Después de salir de la habitación y cerrar la puerta tras de sí, se quedó en el pasillo un buen rato riéndose en silencio y doblándose.

Lan Wangji parecía haber sufrido un duro golpe. Se quedó a solas en la habitación durante un buen rato. Mientras lo esperaba, Wei Wuxian bajó al piso inferior, salió de la posada y dio un paseo por los alrededores. Volvió con un montón de comida, se sentó en los escalones del edificio y empezó a comer a la luz del sol. Al cabo de un rato, vio pasar corriendo a un grupo de niños.

El que iba delante corría a toda velocidad con un cordel en la mano.

Arrastraba una cometa que bailaba en el aire ni muy alto ni muy bajo. Los niños que iban detrás la perseguían gritando, armados con arcos y flechas de juguete que le disparaban.

Wei Wuxian había jugado a lo mismo de pequeño. El tiro con arco era una disciplina obligada para todos los discípulos de los grandes clanes, pero a la mayoría les aburría disparar a una diana; preferían abatir a los seres malignos de las cacerías nocturnas o, en su defecto, cometas como aquella. Cada uno volaba la suya, y el que consiguiera alcanzarla con mayor precisión y a mayor altura ganaba. El juego empezó siendo popular entre los novicios de los clanes cultivacionales, pero después se extendió también entre los niños de la gente común. La única diferencia era que el alcance y la precisión de sus flechas no tenían ni punto de comparación con los de las flechas de los futuros cultivadores.

Tiempo atrás, cuando Wei Wuxian vivía en Muelle de Loto, solía jugar al tiro a la cometa con los demás discípulos del clan Jiang. La mayoría de las veces se hacía con el primer puesto. Jiang Cheng siempre quedaba por detrás de él: o bien volaba su cometa demasiado alto como para ser capaz de derribarla, o bien lo hacía a una altura menor de la conseguida por Wei Wuxian. Las cometas de ambos eran mucho más grandes que las del resto. Tenían forma de bestia voladora, estaban pintadas con colores vibrantes y mostraban una boca rugiente y una larga cola puntiaguda que ondeaba al viento. Vistas de lejos, resultaban muy llamativas y realistas, aunque no de un modo aterrador, sino más bien entrañable. Jiang Fengmian les había construido el armazón y Jiang Yanli se las había pintado. Cada vez que las sacaban para competir, lo hacían henchidos de orgullo.

Aquel recuerdo arrancó una sonrisa a Wei Wuxian, que levantó la cabeza para mirar la cometa de los niños. Era completamente redonda y de color dorado.

«¿Qué representará? », se preguntó. «¿Una torta? ¿Algún monstruo que no conozco?».

De pronto se levantó una ráfaga de viento y la cometa, que no volaba demasiado alto porque no estaban en un lugar espacioso, cayó al suelo.

—¡Oh, no, el sol ha caído! —gritó uno de los niños.

Wei Wuxian comprendió que estaban representando la campaña de

derribo del sol.

Estaban en Yueyang. En el apogeo de su poder, el clan Wen de Qishan había impuesto su tiranía en todas partes, pero aquella ciudad estaba bastante cerca de Qishan, por lo que sus habitantes la habían sufrido de manera especial. Al que no lo había perseguido algún monstruo de los que liberaban, había sufrido insultos o vejaciones a manos de sus miembros. La campaña de derribo del sol terminó con la aniquilación del clan Wen a manos de la alianza de los demás clanes, poniendo fin a siglos de dominación. Muchas zonas de los alrededores de Qishan habían celebrado la desaparición del clan Wen con actividades que con el tiempo se habían convertido en tradiciones. Probablemente aquel juego fuera una de ellas.

Consternados, los niños dejaron de correr y formaron un corrillo alrededor de la cometa.

—¿Qué hacemos? El sol se ha caído solo antes de que pudiéramos derribarlo. ¿Quién manda ahora?

Un niño levantó la mano.

—¡Yo, claro! ¡Soy Jin Guangyao, yo he matado al malvado líder del clan Wen!

Wei Wuxian se sentó en los escalones de la posada a observarlos con deleite.

Lianfang-zun, flamante cultivador jefe, era el papel más popular en aquel tipo de juegos. Sus orígenes no eran nada honorables, pero precisamente por eso lo admiraban tanto: había tenido que luchar mucho para llegar a la cima. Durante la campaña de derribo del sol había pasado varios años infiltrado en el clan Wen recabando información y revelando una gran cantidad de secretos sin que lo descubrieran. Después, gracias a su capacidad de adulación, su astucia y otros métodos más, se hizo con el puesto de cultivador jefe y era, por derecho propio, el cultivador número uno. Podía decirse que era una leyenda viva. Si Wei Wuxian hubiera participado en aquel juego, también habría querido hacer de Jin Guangyao. ¡Nombrar líder a aquel niño estaba más que justificado!

Otro niño protestó:

—¡Yo soy Nie Mingjue! He ganado más batallas y he capturado más

prisioneros que nadie. ¡Merezco ser el líder!

—¡Pero yo soy cultivador jefe! —replicó «Jin Guangyao».

«Nie Mingjue» agitó el puño en el aire.

—¿Y eso qué más da? ¡Soy mayor que tú, así que más te vale tener cuidado conmigo!

«Jin Guangyao», muy metido en su papel, hundió la cabeza en los hombros y echó a correr.

Entonces otro niño dijo:

—Bah, para lo que vas a durar…

Elegir interpretar a un líder cultivacional determinado implicaba un mínimo grado de aprecio hacia él. «Nie Mingjue» se puso furioso.

—¡Jin Zixuan! Tú sí que no vas a durar. ¡Mueres antes que yo!

«Jin Zixuan» no estaba dispuesto a ceder.

—¿Y qué? ¡En la lista de clasificación de cultivadores soy el tercero!

—¡Pero solo por tu cara bonita!

En ese momento uno de los niños, cansado de estar de pie, fue hacia las escaleras y se sentó al lado de Wei Wuxian. Entonces, mientras agitaba las palmas de las manos, dijo en tono conciliador:

—Bueno, bueno, no discutáis. Yo soy el patriarca de Yiling, yo soy el mejor. Supongo que no tengo más remedio que hacer de líder.

Wei Wuxian se quedó sin habla.

Cuando miró hacia abajo, vio que el chico llevaba un bastoncito de madera atado a la cintura. Debía de representar su flauta, Chenqing. Solo un niño inocente como aquel, que únicamente se fijaba en quién era el más poderoso sin hacer distinciones entre el bien o el mal, podía haber escogido interpretar al patriarca de Yiling.

—¡De eso nada! —protestó otro—. Yo, Sandu Shengshou, soy el mejor.

El «patriarca de Yiling» dijo con suficiencia:

—Jiang Cheng, ¿cómo vas a compararte conmigo si siempre te gano en todo? El mejor dice… Qué vergüenza.

«Jiang Cheng» dijo:

—¿Que no puedo compararme? ¡Ja! ¿Se te ha olvidado cómo mueres?

La plácida sonrisa de los labios de Wei Wuxian desapareció al instante.

Fue como si de repente le hubieran clavado un dardo envenenado. Un intenso dolor le recorrió el cuerpo.

—¡Mírame bien! —vociferó el «patriarca de Yiling»—. Tengo a Chenqing, tengo al amuleto del Tigre Estigio y tengo al general fantasma. ¡Nadie en el mundo puede igualarme! ¡Jaaa, ja, ja!

Con la mano izquierda sostenía su bastón y con la derecha, un pedrusco.

Al terminar su risotada, dijo:

—¿Y Wen Ning? ¡Muéstrate!

Un niño del grupo levantó la mano y dijo con voz débil:

—Estoy aquí… pero… durante la campaña de derribo del sol yo aún no me he muerto…

Wei Wuxian se sintió en la obligación de interrumpir el juego.

—Estimados líderes del mundo de la cultivación, ¿puedo haceros una pregunta?

Era la primera vez que un adulto los interrumpía mientras jugaban. Encima no era para regañarlos, sino para hacerles una pregunta.

El «patriarca de Yiling» lo miró con recelo.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo es que no hay nadie del clan Lan de Gusu?

—Sí que lo hay.

—¿Dónde?

El «patriarca de Yiling» le señaló a un niño que llevaba desde el principio sin abrir la boca.

—Ahí.

Wei Wuxian miró en la dirección que le indicaba. El niño señalado tenía, en efecto, unos rasgos muy delicados y saltaba a la vista que algún día llegaría a ser un hombre apuesto. Llevaba una cuerda blanca atada a la frente.

—¿Quién es? —preguntó Wei Wuxian.

El «patriarca de Yiling» torció la boca con desprecio y dijo:

—¡Lan Wangji!

Claro. Todos los niños habían captado la esencia de sus personajes a la perfección. ¡Y la de Lan Wangji consistía en permanecer callado!

Los labios de Wei Wuxian volvieron a curvarse en una sonrisa. Los efectos del dardo envenenado se disiparon al instante.

Wei Wuxian murmuró para sí:

«Qué cosa tan rara… ¿Cómo puede una persona tan aburrida hacerme siempre tan feliz?».

Cuando Lan Wangji salió por fin del edificio, vio a Wei Wuxian sentado en las escaleras, rodeado de niños. Estaban compartiendo panecillos al vapor. Mientras Wei Wuxian se comía el suyo, les daba instrucciones a los dos niños que estaban espalda contra espalda delante de él.

—En este momento tenéis enfrente a millones de cultivadores del clan Wen. Cada uno de ellos está armado hasta los dientes y su cerco es cada vez más estrecho. Desafiadlos con la mirada. Así, muy bien… Lan Wangji, atiende: en este momento no eres el de siempre. ¡Estás cubierto de sangre! ¡Tus ganas de matar son irrefrenables! ¡Tienes un aspecto aterrador! Wei Wuxian, acércate un poco más a él. ¿Sabes hacer girar la flauta? Con una mano; a ver, que yo te vea. Un poco más de naturalidad, ¿entiendes lo que quiero decir? Trae, que te enseño.

«Wei Wuxian» le entregó el palo que llevaba en la mano. Wei Wuxian hizo girar a «Chenqing» con gran pericia y los niños lo rodearon boquiabiertos.

Lan Wangji se acercó a ellos sin decir nada. Cuando Wei Wuxian lo vio, se sacudió el polvo de los pantalones y se despidió de los niños. Le costó mucho levantarse y, mientras se alejaban, fue riendo todo el camino, como si hubiera tomado alguna extraña pócima.

Lan Wangji seguía sin decir nada.

—¡Ja, ja, ja, ja! Perdóname, Hanguang-jun, les he dado tu desayuno. Ahora compramos algo.

—Hm.

—¿Qué te han parecido esos dos niños de antes? ¿A que eran monos? ¡Adivina a quién imitaba el de la cuerda alrededor de la cabeza! ¡Ja, ja, ja, ja!

Lan Wangji permaneció callado un rato más hasta que ya no pudo contenerse:

—¿Qué más hice anoche?

Tenía que haber hecho algo más. ¿Por qué Wei Wuxian no paraba de reír si no?

Wei Wuxian se apresuró a negarlo:

—Nada, nada; no hiciste nada. No me hagas caso, ja, ja, ja… Bueno, Hanguang-jun, hablemos de cosas serias.

—Di.

—El estruendo de los ataúdes del cementerio del clan Chang llevaba años ahogado —dijo Wei Wuxian con aire solemne—. Ahora, de repente, se ha reanudado. No creo que sea una coincidencia. Tiene que haber un detonante.

—¿Cuál crees que puede ser? —preguntó Lan Wangji.

—Buena pregunta. Diría que la exhumación del torso.

Lan Wangji estaba de acuerdo.

—Hm.

Su cara de concentración le recordó a Wei Wuxian el aspecto que había lucido la noche anterior, aferrado a sus dos dedos. Haciendo verdaderos esfuerzos por contener la risa, añadió:

—He estado pensándolo y creo que descuartizar un cadáver no fue un simple acto de venganza o una manera de desfogar el odio, sino un malévolo método de contención. Quien desmembró el cadáver eligió repartir sus miembros en lugares donde se producían fenómenos sobrenaturales inusuales.

—Para combatir veneno con veneno. Así lograba un equilibrio —dijo Lan Wangji.

—Exacto. Por eso ayer, cuando el saqueador desenterró el torso, los espíritus resentidos de la familia Chang se quedaron sin nada que los aplacara y volvieron a aporrear sus ataúdes. Recuerda a la manera en que los cadáveres de los muros de la cripta del clan Nie mantienen a raya a los espíritus de los sables. Quién sabe, puede que nuestro oponente lo aprendiera de allí. Parece tener algún tipo de conexión con el clan Nie y con el clan Lan. Me temo que no será un oponente fácil.

—No hay muchas personas que cumplan esos requisitos —apuntó Lan Wangji.

—Cierto. Poco a poco se esclarecerá todo. Y el hecho de que nuestro oponente haya empezado a mover las partes del cadáver significa que empieza a ponerse nervioso. Creo que no tardará en hacer otro movimiento; aunque nosotros no vayamos en su busca, seguramente sea él quien venga a nuestro encuentro. A fuerza de buscar, tarde o temprano revelará más detalles de sí mismo. Y encima contamos con nuestro buen amigo, siempre indicándonos la dirección correcta. Pero igual deberíamos darnos más prisa, ya solo nos faltan el brazo derecho y la cabeza. Tenemos que adelantarnos a esa persona.

Partieron en dirección al suroeste. El lugar al que el brazo izquierdo apuntaba esta vez se hallaba en Shudong, una región sombría y cubierta de niebla.

Era una ciudad fantasma que todo el mundo procuraba evitar.

[36] Parónimo de Wei Wuxian que significa «Wei sin blanca».

[37] Objeto ritual compuesto por un mango de madera y una larga cola de pelo o de crin con el que los sacerdotes taoístas purifican espacios y eliminan influencias malignas.

[38] Credenciales de oro o de bronce en forma de tigre empleadas por los gobernantes a la hora de transmitir órdenes de carácter militar. Constaban de dos mitades: una permanecía en la corte y la otra era

confiada a un general. Cuando el soberano quería enviar órdenes al frente, las acompañaba de su mitad para autentificarlas.

[39] Zichen es el nombre de cortesía de Song Lan.

Apéndices

Guía de personajes

Wei Wuxian

El protagonista de nuestra historia. Wei es el apellido familiar y Wuxian, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Ying. Carismático y desinhibido. En su día fue el discípulo principal del clan Jiang de Yunmeng y manejaba con destreza una espada llamada Suibian («Lo que sea»). Sin embargo, luego se apartó de la senda ortodoxa y fundó la cultivación demoníaca, momento en el que pasó a ser conocido como el patriarca de Yiling. Con la ayuda de su flauta travesera Chenqing («la Reveladora»), comandó un ejército de cadáveres que arrasó el mundo de la cultivación, lo cual provocó que los grandes clanes se aliaran para liquidarlo. Ahora, trece años después de su muerte, ha despertado dentro del cuerpo de otro hombre.

Lan Wangji

El otro protagonista de nuestra historia. Lan es el apellido familiar y Wangji, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Zhan. También se lo conoce por el sobrenombre de Hanguang-jun («el noble albergador de luz»). Solemne y circunspecto. Es el segundo joven señor del clan Lan de Gusu, segundogénito del antiguo líder y hermano menor del líder actual. Su perfección como cultivador no tiene rival. Desde muy temprana edad está dispuesto a enfrentarse al caos allá donde se presente, algo que le ha reportado una extraordinaria fama. Blande una espada llamada Bichen («la espada del Retiro de lo Mundano») y toca una cítara china de siete cuerdas que se llama como él, Wangji («la cítara del Olvido de Toda Empresa»).

La familia Mo

La señora Mo

Matriarca de la familia Mo. Mo es el apellido familiar. Tía materna de Mo Xuanyu y madre de Mo Ziyuan.

Mo Xuanyu

El joven que ofrendó su cuerpo a Wei Wuxian. Mo es el apellido familiar y Xuanyu, el nombre de cortesía. Era hijo ilegítimo de Jin Guangshan. Fue admitido en el clan de su padre para que se formara como cultivador, pero al poco lo expulsaron por acosar a otro discípulo. La humillación sufrida y los abusos que le esperaban cuando regresó a casa de su familia materna

consiguieron trastornarlo. Cuando no pudo soportarlo más, recurrió a la cultivación demoníaca y sacrificó su alma para que Wei Wuxian pudiera reencarnarse en su propio cuerpo y se vengara en su nombre de quienes lo atormentaban.

M O Z IYUAN

Hijo de la señora Mo y primo de Mo Xuanyu. Mo es el apellido familiar y Ziyuan, el nombre de cortesía. Suele robar los artefactos espirituales de su primo Mo Xuanyu, a quien maltrata e insulta porque piensa que le robó la oportunidad de ser cultivador.

El clan Jiang

J IANG C HENG

Líder del clan Jiang de Yunmeng. Jiang es el apellido familiar y Cheng, el nombre de nacimiento. Su nombre de cortesía es Wanyin. También se lo conoce por el sobrenombre de Sandu Shengshou («el diestro blandidor de la espada de los Tres Venenos»). Además de dicha espada, Sandu («la espada de los Tres Venenos»), también cuenta con un látigo electrificado llamado Zidian («el Relámpago Púrpura») que tiene la capacidad de convertirse en un anillo. Se crio con Wei Wuxian y fueron inseparables durante muchos años, pero el ascenso de este como patriarca de Yiling supuso el fin de su relación.

J IANG F ENGMIAN

Antiguo líder del clan Jiang de Yunmeng. Jiang es el apellido familiar y Fengmian, el nombre de cortesía. Padre de Jiang Cheng y Jiang Yanli. Se hizo cargo de Wei Wuxian tras la muerte de los padres de este.

J IANG Y ANLI

Primogénita del antiguo líder del clan Jiang. Jiang es el apellido familiar y Yanli, el nombre de nacimiento. Amable y afectuosa. Era la hermana mayor de Jiang Cheng. Se casó con Jin Zixuan y juntos tuvieron un hijo, Jin Ling. Wei Wuxian la recuerda con mucho cariño.

Y U Z IYUAN

Esposa de Jiang Fengmian y madre de Jiang Cheng y Jiang Yanli. Yu es el apellido familiar y Ziyuan, el nombre de nacimiento.

El clan Jin

Jin Guangshan

Antiguo líder del clan Jin. Jin es el apellido familiar y Guangshan, el nombre de cortesía. Mujeriego empedernido. Jin Zixuan fue el único hijo que engendró con su esposa. Mo Xuanyu y Jin Guangyao son solo dos de sus muchos hijos ilegítimos. Murió de agotamiento durante una orgía.

Jin Guangyao

Líder del clan Jin de Lanling. Jin es el apellido familiar y Guangyao, el nombre de cortesía. También se lo conoce por el sobrenombre de Lianfang-zun («el venerado perfume sutil»). Además de liderar el clan Jin, también ostenta el cargo de cultivador jefe, una posición de privilegio. Hizo un juramento de hermandad con Lan Xichen y con el malogrado Nie Mingjue.

Jin Ling

Joven señor del clan Jin de Lanling. Jin es el apellido familiar y Ling, el nombre de nacimiento. Es hijo de los difuntos Jin Zixuan y Jiang Yanli. Engreído y temperamental. Está obsesionado con demostrar su valía como cultivador. Tiene un perro espiritual al que llama Hada.

Jin Zixuan

Heredero del clan Jin y único hijo legítimo de Jin Guangshan. Jin es el apellido familiar y Zixuan, el nombre de cortesía. De joven estudió en Nubes Recónditas junto con Wei Wuxian, Jiang Cheng y Nie Huaisang. Se casó con Jiang Yanli y juntos tuvieron un hijo, Jin Ling.

El clan Lan

Lan An

Fundador del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y An, el nombre de cortesía.

Lan Jingyi

Joven discípulo del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Jingyi, el nombre de cortesía. Amigo de Lan Sizhui. Es directo y sincero, pero tiene demasiado genio. Wei Wuxian lo saca de quicio. Idolatra a Lan Wangji.

Lan Qiren

Venerable maestro del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y

Qiren, el nombre de cortesía. Su prestigio como educador hace que muchas familias se desvivan por enviar a sus hijos a estudiar con él. Como tío paterno de Lan Xichen y Lan Wangji, siente gran debilidad por los dos hermanos. A Wei Wuxian, en cambio, no lo traga: suele mandarle copiar las normas del clan como castigo por su rebeldía y sus constantes transgresiones.

Lan Sizhui

Joven discípulo del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Sizhui, el nombre de cortesía. Amigo de Lan Jingyi. Es apacible y respetuoso. Tiene madera de líder y sabe ver más allá de las apariencias. Idolatra a Lan Wangji.

Lan Xichen

Líder del clan Lan de Gusu. Lan es el apellido familiar y Xichen, el nombre de cortesía. Su nombre de nacimiento es Huan. También se lo conoce por el sobrenombre de Zewu-jun («el noble prodigador de claridad»). Tiene un carácter muy afable y se lleva bien con todo el mundo. Como hermano mayor de Lan Wangji, posee el don de saber lo que pasa por su mente con solo mirarlo. Hizo un juramento de hermandad con Jin Guangyao y el difunto Nie Mingjue.

El clan Nie

Nie Huaisang

Líder del clan Nie de Qinghe. Nie es el apellido familiar y Huaisang, el nombre de cortesía. Su interés por la cultivación es escaso. Asumió el liderazgo de su clan tras la muerte de su hermano, Nie Mingjue, pero demuestra una gran incompetencia para el puesto. Además, es muy llorica. La gente lo considera un líder inepto e ignorante, motivo por el que lo llaman don Nada Sé. De joven estudió en Gusu, donde coincidió con Wei Wuxian y se hizo amigo suyo.

Nie Mingjue

Antiguo líder del clan Nie de Qinghe. Nie es el apellido familiar y Mingjue, el nombre de cortesía. También se lo conoce por el sobrenombre de Chifeng-zun («el venerado filo carmesí»). Era un hombre enérgico y resuelto que no toleraba las injusticias. El clan Nie floreció bajo su

liderazgo, pero, por desgracia, su cultivación se desvió y murió poseído por el mal. Era hermano de juramento de Lan Xichen y de Jin Guangyao.

El clan Wen

Wen Ning

Cadáver asesino. Wen es el apellido familiar y Ning, el nombre de nacimiento. También se lo conoce como el general fantasma. Era la mano derecha del patriarca de Yiling y una de sus mejores creaciones. No teme ni al dolor ni al fuego ni al frío ni a ninguna de las demás cosas a las que suelen temer los vivos; aparte de eso, es exactamente igual a ellos. Los rumores decían que había sido ajusticiado y reducido a cenizas, pero ahora ha regresado. Sin embargo, parece que alguien o algo está suprimiendo su capacidad de raciocinio.

Wen Mao

Fundador del clan Wen de Qishan. Wen es el apellido familiar y Mao, el nombre de cortesía.

Wen Ruohan

Líder del clan Wen de Qishan. Wen es el apellido familiar y Ruohan, el nombre de cortesía.

Otros personajes

Baoshan - sanren

Centenaria maestra taoísta. Baoshan-sanren («la solitaria abrazadora de la montaña») es un sobrenombre. Vive recluida en una montaña en la que acoge a niños huérfanos para tomarlos como discípulos. Fue maestra de Xiao Xingchen y de Cangse-sanren.

Cangse - sanren

Taoísta errante. Cangse-sanren («la solitaria ocultadora del semblante») es un sobrenombre. Fue discípula de Baoshan-sanren. Abandonó la montaña de su maestra y se enamoró de un sirviente del clan Jiang de Yunmeng. Juntos tuvieron un hijo, Wei Wuxian.

Chang Ping

Líder del clan Chang de Yueyang. Chang es el apellido familiar y Ping, el nombre de cortesía. Murió horriblemente asesinado.

S ONG L AN

Amigo de Xiao Xingchen y, como él, reputado taoísta. Song es el apellido familiar y Lan, el nombre de nacimiento. Su nombre de cortesía es Zichen. Se crio en el templo de la Nieve Blanca y fue entrenado por sus sacerdotes. Soñaba con fundar una nueva secta cultivacional junto con Xiao Xingchen.

W EI C HANGZE

Padre de Wei Wuxian. Wei es el apellido familiar y Changze, el nombre de cortesía. Era un sirviente del clan Jiang de Yunmeng.

X IAO X INGCHEN

Reputado taoísta. Xiao es el apellido familiar y Xingchen, el nombre de cortesía. Después de pasar los primeros años de su vida siendo entrenado por Baoshan-sanren en una montaña remota, la abandonó para dedicarse a hacer el bien. Blandía una espada larga llamada Shuanghua («la Escarchada») y un mosquero. Era muy habilidoso con ellos; cada vez que surgían problemas, la gente corría a pedirle ayuda. Sin embargo, un día desapareció y no se ha vuelto a saber de él.

X UE Y ANG

Joven criminal. Xue es el apellido familiar y Yang, el nombre de nacimiento. Sus métodos son tan sanguinarios y su carácter tan cruel que la gente palidece ante la mera mención de su nombre. Desde niño tenía una cuenta pendiente con el clan Chang de Yueyang que saldó matando a todos sus miembros. Jin Guangyao se negó a castigarlo por ello porque necesitaba su ayuda.

Guía de lugares

La villa de los Mo

El hogar de Mo Xuanyu y de su familia. Al principio de nuestra historia está infestado de cadáveres ambulantes, motivo por el que solicitan la ayuda del clan Lan de Gusu.

El monte Brahma

Una montaña a varios días de caminata de la villa de los Mo. Recibe su nombre por el aspecto de su pico, el cual se asemeja a un Buda sonriente. Al principio, Wei Wuxian se confunde de nombre y piensa que es el «monte Rana».

Pie del Buda

Una pequeña aldea al pie del monte Brahma. Es precisamente por esta ubicación por la que recibe su topónimo.

El santuario de la diosa celestial

Un santuario del monte Brahma en el que se venera a una roca con forma de diosa celestial danzante.

Gusu

Una ciudad de la región de Jiangnan. Es el territorio de origen del clan Lan y donde se encuentra su residencia.

Nubes Recónditas

Residencia del clan Lan. Es un gran complejo de edificios blancos con tejados negros escondido en las profundidades de una montaña a las afueras de Gusu. Durante las cuatro estaciones del año dicho lugar se encuentra cubierto por la bruma. Su nombre en chino (Yunshen Buzhichu) alude a los versos finales del poema de Jia Dao titulado «Busco y no hallo al ermitaño»:

Bajo los pinos pregunto a un mozuelo.
«Mi maestro anda recolectando hierbas
en lo recóndito de esta montaña,
oculto en un profundo mar de nubes».

Junto a la entrada del complejo se alza el muro de la disciplina, en el que

están grabadas las cuatro mil normas del clan Lan. Una vez dentro, se hallan, entre otros, el salón orquídea o Lanshi y la habitación del silencio o Jingshi, donde Lan Wangji tiene sus aposentos. También hay un manantial de aguas frías con propiedades mágicas.

C AIYI

Una aldea flotante situada a algo más de veinte lis de Nubes Recónditas. Sus vías fluviales están conectadas con un lago llamado Biling, el cual está infestado de fantasmas.

Q INGHE

Un condado de la región de Hebei. Es el territorio de origen del clan Nie y donde se encuentra su residencia.

L A MONTAÑA X INGLU

Una montaña situada dentro de los límites de Qinghe. Corren rumores de que acoge una fortaleza que se come a la gente.

L A FORTALEZA ANTROPÓFAGA

Un complejo de fortines de piedra grisácea con forma de cúpula cubiertos de hojarasca y enredaderas oculto por un hechizo desorientador. Su interior esconde una cripta misteriosa.

Y UEYANG

Una ciudad de la región de Shaanxi. Es el territorio de origen del clan Chang y donde se encuentra su residencia.

Glosario de términos

Ascensión

La ascensión (*feisheng*), también conocida como «apoteosis», es lo que ocurre cuando un cultivador alcanza la iluminación, se despoja de su forma mortal y se eleva volando hasta los cielos.

Bandera invocadora del mal

Una bandera invocadora del mal (*zhaoyinqi*) es un pedazo de tela con diagramas y caligrafías que le confieren la capacidad de atraer a seres malignos. Las hay de distintas gradaciones, las cuales determinan su rango de acción. Debido al hecho de que llevarlas encima convierte a la persona en un objetivo de los seres a los que atrae, hay quien las llama «banderas diana» (*baqi*). También se las conoce como «banderas del viento negro» (*heifengqi*) en referencia al torbellino de energía oscura que emana de ellas cuando se activan.

Bolsa del cosmos

Una bolsa del cosmos (*qiankundai*) es aquella que, a pesar de su apariencia común, contiene un espacio infinito. Cuando se usa para encerrar objetos o a seres malignos, se la llama «bolsa del cosmos selladora del mal» (*feng'e qiankundai*).

Brújula del mal

Una brújula del mal (*fengxiepan*), también conocida como «rosa de los vientos nefarios», es un instrumento dotado de una aguja giratoria capaz de detectar todo tipo de criaturas malignas y señalar su posición.

Cacería nocturna

Una cacería nocturna (*yelie*) es una expedición que tiene como objetivo la captura y el exterminio de algún ser maligno. Como su nombre indica, suelen tener lugar de noche. Los cultivadores compiten por ver quién se hace primero con la presa, un importante logro que otorga prestigio y reconocimiento.

Cadáver

Los adeptos de la cultivación demoníaca son capaces de reanimar y controlar los cuerpos de los muertos. La mayoría se convierten en cadáveres

ambulantes (*zoushi*), así llamados porque se dedican a vagar sin rumbo. Otros se convierten en cadáveres asesinos (*xiongshi*), mucho más fuertes y ágiles que los primeros, lo cual hace que sean una amenaza considerablemente más letal.

Clan

Un clan (*shi* o *shijia*) es una comunidad de cultivadores descendientes de un mismo antepasado que se transmiten sus enseñanzas de generación en generación. Además de los discípulos por vínculo de sangre (*zidi*), los clanes suelen acoger bajo su protección a discípulos provenientes de otras familias (*mensheng*). Sin embargo, solo los primeros, que ostentan el apellido del clan, pueden llegar a liderarlo. Luego están los cultivadores invitados (*keqing*), visitantes distinguidos pertenecientes a otros clanes o sectas que desempeñan labores de asesoramiento durante una temporada más o menos larga. La mayoría de los clanes tienen un estilo propio que los hace únicos. Por ejemplo, los miembros del clan Nie de Qinghe son conocidos por cultivar con sables y cuchillos porque su fundador era matarife. De la misma manera, los miembros del clan Lan de Gusu utilizan instrumentos musicales porque su fundador era músico.

Cultivación

La cultivación (*xiudao* , *xiulian* , *xiuzhen* o *xiuxian*) es un largo proceso de perfeccionamiento físico y purificación mental que conduce a la inmortalidad, entendida como un plano de existencia superior en el que el individuo se hace uno con el universo. Sus prácticas incluyen la meditación, la calistenia, las artes marciales, la dieta y la alquimia interna.

Cultivación demoníaca

La cultivación demoníaca (*modao* o *guidao*) es una senda alternativa a la tradicionalmente seguida por los cultivadores desde tiempos inmemoriales. En lugar de utilizar energía espiritual, hace uso de la energía resentida (*yuanqi*) acumulada en los cadáveres de quienes sufrieron una muerte violenta, vergonzosa o indigna. Cuando Wei Wuxian plantea la idea a Lan Qiren, el viejo maestro se muestra consternado porque la considera una falta de respeto hacia los muertos que, además, contraviene el orden natural.

Cultivador

Un cultivador (*xiuzhe* , *xiushi* o *xiuxianzhe*) es una persona que practica

artes marciales y místicas con el objetivo de alcanzar la inmortalidad. Lo normal es que pertenezcan a un clan o a una secta, pero existen cultivadores solitarios (*sanxiu*) que van por libre.

Demonio

Un demonio (*mo*) es un ser maligno increíblemente poderoso nacido del envilecimiento de una persona viva.

Desviación

Los cultivadores que aplican de forma incorrecta las técnicas que les enseñaron, que se esfuerzan por encima de sus capacidades, que se ofuscan o que recurren a artes prohibidas que no dominan corren el riesgo de perturbar el flujo de energía vital de su cuerpo. Cuando su cultivación se desvía de esta manera, pueden llegar a sufrir graves lesiones internas (*neishang*) o incluso a sucumbir a la influencia del mal hasta que este los posee (*zouhuorumo*), un proceso degenerativo con múltiples manifestaciones que van desde la irritabilidad hasta los estados alucinatorios y que, si no se detiene, desemboca en la muerte, generalmente explosiva.

Devorador de almas

Un devorador es un ser que sorbe el alma de las personas y se la come. Por un lado, están los espectros devoradores (*shihunsha*), que pertenecen a la categoría de los seres espirituales, y, por otro, están las bestias devoradoras (*shihunshou*), que pertenecen a la categoría de los monstruos.

Energía vital

Todo cuanto existe en el universo está compuesto de energía vital (*qi*) en diferentes estados de rarefacción. Los cultivadores son capaces de absorber esta energía y refinarla dentro del cuerpo mediante procesos de alquimia interna, momento en que pasa a llamarse energía espiritual (*lingqi*). Esta energía refinada extiende su longevidad y les permite desarrollar todo tipo de habilidades sobrenaturales. Puede usarse de muy diversas formas, desde ser expulsada en ráfagas para atacar hasta transferirla para curar. También puede ser imbuida en objetos para que sirvan de ayuda en la cultivación o de defensa en las batallas. Estos objetos se conocen como artefactos espirituales (*faqi*).

Entrenamiento a puerta cerrada

El entrenamiento a puerta cerrada (*biguan*), también conocido como «cultivación a puerta cerrada», es, como su nombre indica, un entrenamiento realizado en reclusión. Sirve para evitar distracciones en momentos cruciales para el cultivador.

Esencia del espíritu

La esencia del espíritu (*yuanshen*), también conocida como «espíritu primordial» o «espíritu embrionario», es aquello que nos hace únicos más allá de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Cuando el cuerpo perece, el alma vuelve a entrar en la rueda de la reencarnación, pero la esencia del espíritu se mantiene inalterada.

Espada

La espada (*jian*) de un cultivador juega un papel fundamental en su entrenamiento. Muchas de ellas están ligadas espiritualmente a su dueño. Se pueden invocar a voluntad, usar su brillo para alumbrarse o incluso montar para volar en el aire. Suelen ser un regalo de un familiar o un maestro y se conceden en una ceremonia solemne. Los cultivadores del clan Nie de Qinghe usan sables (*dao*) en lugar de espadas.

Fantasma

Los fantasmas (*gui*) son los espíritus de los muertos. Existen varios tipos. Por ejemplo, un fantasma errabundo (*guhunyegui*) es aquel que vaga en el estadio intermedio entre una vida y la siguiente porque se ha desorientado o porque siente demasiado apego por lo que deja atrás. Un fantasma avieso (*ligui*) es aquel que, bien por haber muerto de forma injusta o violenta, o bien por carecer de un lugar de descanso donde se le rinda el culto ancestral adecuado, acumula tal cantidad de resentimiento que se dedica a hacer el mal. Los fantasmas acuáticos (*shuigui*) son aquellos que habitan las aguas en que se ahogaron.

Hermano cultivacional

Los discípulos de una misma secta o clan se consideran hermanos. En chino existen cuatro términos diferentes porque se distingue entre hermanos cultivacionales varones de generaciones anteriores (*shixiong*) y posteriores (*shidi*) y hermanas cultivacionales de generaciones anteriores (*shijie*) y

posteriores (*shimei*). Cuando estos mismos términos se refieren a discípulos de una misma escuela de kungfú u otras artes similares, hablamos de «hermanos y hermanas marciales».

Hermano de juramento

Los hermanos de juramento son dos o más personas del mismo sexo, por lo general hombres, que se han prometido mutua lealtad. Esta promesa suele sellarse con un pacto de sangre o algún otro tipo de ceremonia solemne. Históricamente, esta práctica se daba en tiempos de guerra o de necesidad y era una forma de asegurarse apoyo y protección entre hombres no emparentados. En chino existen cuatro términos diferentes porque se distingue entre hermanos de juramento varones de generaciones anteriores (*yixiong*) y posteriores (*yidi*) y hermanas de juramento de generaciones anteriores (*yijie*) y posteriores (*yimei*).

Horas

El día se divide en doce periodos (*shichen*). Cada uno de ellos está asociado con un animal del zodíaco chino.

- De 23.00 a 01.00: la hora de la rata (*zishi*).
- De 01.00 a 03.00: la hora del búfalo (*choushi*).
- De 03.00 a 05.00: la hora del tigre (*yinshi*).
- De 05.00 a 07.00: la hora del conejo (*maoshi*).
- De 07.00 a 09.00: la hora del dragón (*chenshi*).
- De 09.00 a 11.00: la hora de la serpiente (*yishi*).
- De 11.00 a 13.00: la hora del caballo (*wushi*).
- De 13.00 a 15.00: la hora de la cabra (*weishi*).
- De 15.00 a 17.00: la hora del mono (*shenshi*).
- De 17.00 a 19.00: la hora del gallo (*youshi*).
- De 19.00 a 21.00: la hora del perro (*xushi*).
- De 21.00 a 23.00: la hora del cerdo (*haishi*).

Inanimación

Una inanimación (*shihunzheng*) es la pérdida del alma por parte de una persona viva. Suele estar causada por un devorador de almas.

Incienso

El incienso (*xiang*) es una mezcla de sustancias resinosas que despiden buen olor al arder. Su presentación más habitual es en forma de varillas estandarizadas y calibradas que pueden usarse para medir el paso del tiempo tomando como referencia lo que tardan en consumirse. Aunque existen varillas de una gran variedad de longitudes y grosores, en el contexto de esta novela un incienso equivale a treinta minutos.

Inmortal

Un inmortal (*xian* , *xianren*) es una persona que, por diversos métodos de transformación de su naturaleza, ha logrado la transmutación total de la materia de su cuerpo y desaparece de la visión física porque se ha hecho uno con la energía siempre fluyente del cosmos. Los inmortales poseen poderes extraordinarios, como la capacidad de curar, de hacerse invisibles a voluntad, de volar o de bilocarse. Todos los cultivadores aspiran a convertirse en inmortales. Aquellos que ascienden a los cielos en el momento de su transformación reciben el nombre de inmortales celestiales (*tianxian*). A los que, aun estando preparados para la ascensión, eligen permanecer en este mundo se los conoce como inmortales terrenales (*dixian*).

Karma

El karma (*baoying*) es la ley natural según la cual a toda acción le sigue una reacción con sus resultados o consecuencias.

Mangacortada

Un mangacortada (*duanxiu*) es un hombre homosexual. En el contexto de esta novela, es un término estrictamente peyorativo, pero la expresión de la que deriva (*duanxiu zhi pi*) se ha interpretado de forma muy diversa a lo largo de la historia. Así pues, en función de la actitud del momento hacia la homosexualidad, podemos hablar de «pasión» o «predilección» por la manga cortada, pero también de «manía» o incluso «vicio» de cortarse la manga. En cualquier caso, su origen se remonta a un célebre gesto de devoción del emperador Ai de la dinastía Han, quien, siendo reclamado por la corte, prefirió cortarse la manga de la túnica a interrumpir el sueño de su amado, plácidamente dormido encima de esta.

Meditación

La meditación (*jingzuo* o *mingxiang*) es un ejercicio destinado a conducir el cuerpo y la mente hacia un estado de profunda relajación. Los cultivadores pasan muchas horas meditando para estimular la circulación de la energía vital dentro del cuerpo. La postura más habitual para practicarla es la del loto (*lianhua zuo*), que consiste en sentarse con las piernas cruzadas y los pies descansando, plantas hacia arriba, sobre los muslos.

Meridiano

Los meridianos (*jingmai*) son una serie de canales invisibles que recorren el cuerpo y a través de los cuales circula la energía vital. La circulación de la energía sirve para purificarla y refinarla, algo esencial para el cultivador.

Monstruo

Un monstruo (*guai*) es una abominación formada a partir de un ser vivo no humano muerto después de que este absorba y refine una gran cantidad de energía vital. Siempre son malvados.

Mosquero

Un mosquero (*fuchen*) es un objeto compuesto por un mango de madera y una larga cola de pelo, crin o fibra vegetal. Comenzó siendo un humilde utensilio cotidiano usado para limpiar el polvo y espantar moscas —de ahí le viene el nombre—, pero luego se resignificó y pasó a ser un instrumento mágico con el que los taoístas como Xiao Xingchen purificaban espacios y ahuyentaban a los malos espíritus. Los budistas lo consideran un símbolo de autoridad espiritual y los artistas marciales lo utilizan como arma.

Nombre de cortesía

El nombre de cortesía (*zi*), también conocido como «nombre público» o «nombre social», es aquel que las familias de clase alta otorgan a sus hijos varones cuando cumplen la mayoría de edad para que lo usen en la vida pública. Históricamente se otorgaba a los veinte años, pero en el contexto de esta novela, tal y como demuestra el caso de Jin Ling, eso ocurre a los quince. Existen precedentes históricos de mujeres que también recibieron un nombre de cortesía, pero lo normal era que no poseyeran más denominación formal que el apellido de su padre o, una vez casadas, el de su esposo.

Nombre de nacimiento

El nombre de nacimiento (*ming*) es aquel que se da a los tres meses de vida. Lo eligen los padres y suele tener un significado auspicioso. Su uso está restringido al ámbito más íntimo: únicamente lo usan aquellos con una posición más alta en la jerarquía familiar, el cónyuge y las amistades más cercanas. El hecho de que Wei Wuxian se dirija a Lan Wangji por su nombre de nacimiento tan pronto en su trato con él supone una transgresión.

Nombre taoísta

El nombre taoísta (*daohao*), en ocasiones llamado «nombre monástico», es aquel que los taoístas clérigos adoptan al ordenarse.

Núcleo de energía

Los núcleos (*dantian*), también llamados «campos cinábricos» o «campos del elixir», son regiones del cuerpo en las que la energía vital se acumula y se refina. Existen tres: el núcleo superior, a la altura de las cejas; el central, en el interior del pecho; y el inferior, en la parte baja del abdomen. Tras años de arduo entrenamiento, los cultivadores son capaces de desarrollar el núcleo inferior de forma que origine lo que se conoce como núcleo dorado (*jindan*), una fuente interna de energía espiritual que dispara sus habilidades cultivacionales y les permite acceder a estadios previamente inalcanzables para ellos.

Ofrendación

Una ofrendación (*xianshe*) es un ritual en el que una persona invoca a un espíritu maligno y le ofrece su cuerpo para que tome posesión de él a condición de que la ayude a cumplir un deseo. El precio que paga es la pérdida de su cuerpo mortal en beneficio del espíritu y la destrucción de su propia alma. Las ofrendaciones funcionan como una maldición: si el espíritu maligno no cumple el deseo de su invocador antes del plazo estipulado, la esencia de su espíritu quedará destruida y ya nunca más podrá reencarnarse.

Perro espiritual

Un perro espiritual (*lingquan*) es aquel que, debido a su extraordinaria inteligencia, ha sido adiestrado para detectar y atacar a seres sobrenaturales.

Posesión

Una posesión (*duoshe*) es el apoderamiento del cuerpo de una persona por parte de un espíritu maligno. Al revés de lo que ocurre con las ofrendaciones, en las posesiones la persona es una víctima involuntaria.

Prodigio

Un prodigio (*yao*) es un ser vivo no humano que ha adquirido consciencia después de absorber y refinar una gran cantidad de energía vital. Aunque no son malvados por naturaleza, pueden entrar en conflicto con los humanos por motivos diversos. Los más poderosos son capaces de adoptar forma humana a voluntad.

Punto acupresional

Los puntos acupresionales (*xuedao*), también llamados «puntos acupunturales», son ubicaciones específicas de la anatomía humana cuya estimulación, bien sea aplicando presión externa con dedos y manos —acupresión— o insertando agujas a través de la piel —acupuntura—, consigue alterar o restablecer el equilibrio del sistema energético del cuerpo. Empleando la técnica adecuada, es posible inmovilizar a una persona o incluso llegar a matarla.

Red espiritual

Una red espiritual (*fuxianwang*) es una trampa con la capacidad de atrapar a cualquiera que la pise, sea humano, dios, fantasma o demonio. Sus finos hilos dorados limitan las habilidades de aquellos a quienes aprisionan y resultan prácticamente imposibles de romper. Son extremadamente caras.

Saquito atrapaespíritus

Un saquito atrapaespíritus (*suolingnang*) es aquel especialmente diseñado para contener materia espiritual, como almas, espíritus o fantasmas. La diferencia entre estos saquitos —o «sacas» cuando aumentan de tamaño— y las bolsas del cosmos es que las segundas solo pueden contener materia física.

Secta

Una secta (*zong* o *pai*) es una comunidad de cultivadores unidos por su dedicación a la práctica de un método cultivacional concreto. Está dirigida por un líder (*zhangmen*), en ocasiones llamado «patriarca» (*laozu*), que cuenta con la ayuda de los demás miembros de edad para instruir a los

discípulos. A diferencia de lo que ocurre en los clanes cultivacionales, los miembros de una secta no tienen por qué estar emparentados. Hubo un tiempo en el que las sectas eran mayoría, pero el ejemplo de Wen Mao, fundador del clan Wen de Qishan, contribuyó a que los clanes se multiplicaran y ahora son estos los que proliferan.

Señal maldita

Una señal maldita (*ezu hen*) es un tipo de marca parecida a un hematoma que los espíritus malignos dejan en sus presas para poder regresar a ellas. A veces su aparición indica que la persona ha estado cerca de una energía oscura particularmente poderosa. Es lo que le ocurre a Jin Ling en la fortaleza de la montaña Xinglu.

Simposio

Un simposio (*qingtanhui*) es un evento en el que los clanes se reúnen para intercambiar conocimientos, celebrar debates y dirimir asuntos importantes. Suelen incluir competiciones y exhibiciones de diversa índole. Duran varios días y suelen estar precedidos por un gran banquete la noche previa. El clan que ejerce de anfitrión cambia cada vez.

Sobrenombre

Un sobrenombre (*hao*) es un nombre adicional generalmente otorgado por familiares, maestros o amigos con intención laudatoria o en señal de respeto. Aunque no llega a reemplazar el nombre de cortesía, muy a menudo se utiliza en su lugar. Su significado suele aludir a características o logros de la persona y puede llevar un sufijo honorífico, como «el noble» (-*jun*) o «el venerado» (-*zun*).

Sortilegio manual

Los sortilegios manuales (*qiajue*) son gestos o secuencias de gestos hechos con dedos y manos que propician la canalización de la energía espiritual. Los cultivadores los usan para repeler ataques, para invocar su espada y dirigirla, para acompañar sus recitaciones y para muchas otras cosas.

Taoísta

En el sentido más amplio del término, un taoísta es una persona que busca vivir en armonía y comunión con el curso fluyente de la naturaleza y el universo, un equilibrio dinámico de fuerzas opuestas y complementarias

llamado Tao (*dao*) que es origen y destino de todo cuanto existe. En la medida en que sus prácticas derivan de estas creencias, todos los cultivadores son, por tanto, taoístas. Sin embargo, usado como apelativo, este término se refiere específicamente a cultivadores clérigos (*daoshi*) como Baoshan-sanren y sus discípulos. Cuando Xue Yang llama «taoísta» a Xiao Xingchen, está empleando de manera sarcástica un apelativo respetuoso reservado a los maestros de mayor edad y experiencia (*daozhang*).

Talismán

Un talismán (*fu*) es una tira de papel rectangular con diagramas y caligrafías que le confieren poderes mágicos. Los hay de muy diversos tipos y utilidades. Por ejemplo, un talismán iluminador (*minghuofu*) sirve para alumbrar, un talismán combustible (*ranyinfu*) arde al detectar la presencia de energía oscura y un talismán transportador (*chuansongfu*) tiene la capacidad de transferir a la persona que lo usa a otro lugar. Todos los talismanes tienen en común el hecho de que se desintegran cuando su magia se agota.

Published originally under the title of 魔道祖师 (Mo Dao Zu Shi) 1
Author © 墨香铜臭 (Mo Xiang Tong Xiu)
Spanish edition rights under license granted by © 北京晋江原创网络科技有限公司
(Beijing Jinjiang Original Network Technology Co., Ltd)

Ilustraciones cedidas bajo licencia por Reve Books Co., Ltd.
Ilustración de portada © 千二百 (Qian Er Bai)
Ilustraciones interiores © Marina Privalova

Spanish edition copyright © 2024 NORMA EDITORIAL S.A.
Spanish edition arranged through JS Agency Co., Ltd, Taiwan
All rights reserved.

Publicación de Norma Editorial, 2024
Norma Editorial, S.A. Passeig de Sant Joan, 7, principal.
08010 Barcelona. Tel.: 93 303 68 20
E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Javier Altayó (DARUMA Serveis Lingüístics, SL)
Edición externa: Red Cameo
Diseño gráfico: Cuadratín Estudio
Corrección: Laura Calvo
Composición digital: leerendigital.com

ISBN edición digital: 978-84-679-4928-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
El gran maestro de la cultivación demoníaca
Capítulo I. Reencarnación
Capítulo II. El indomable
Capítulo III. El engreído
Capítulo IV. El frívolo y el elegante
Capítulo V. Juntos
Capítulo VI. El insidioso
Capítulo VII. El rocío de la mañana
Apéndices
Guía de personajes
Guía de lugares
Glosario de términos
Créditos